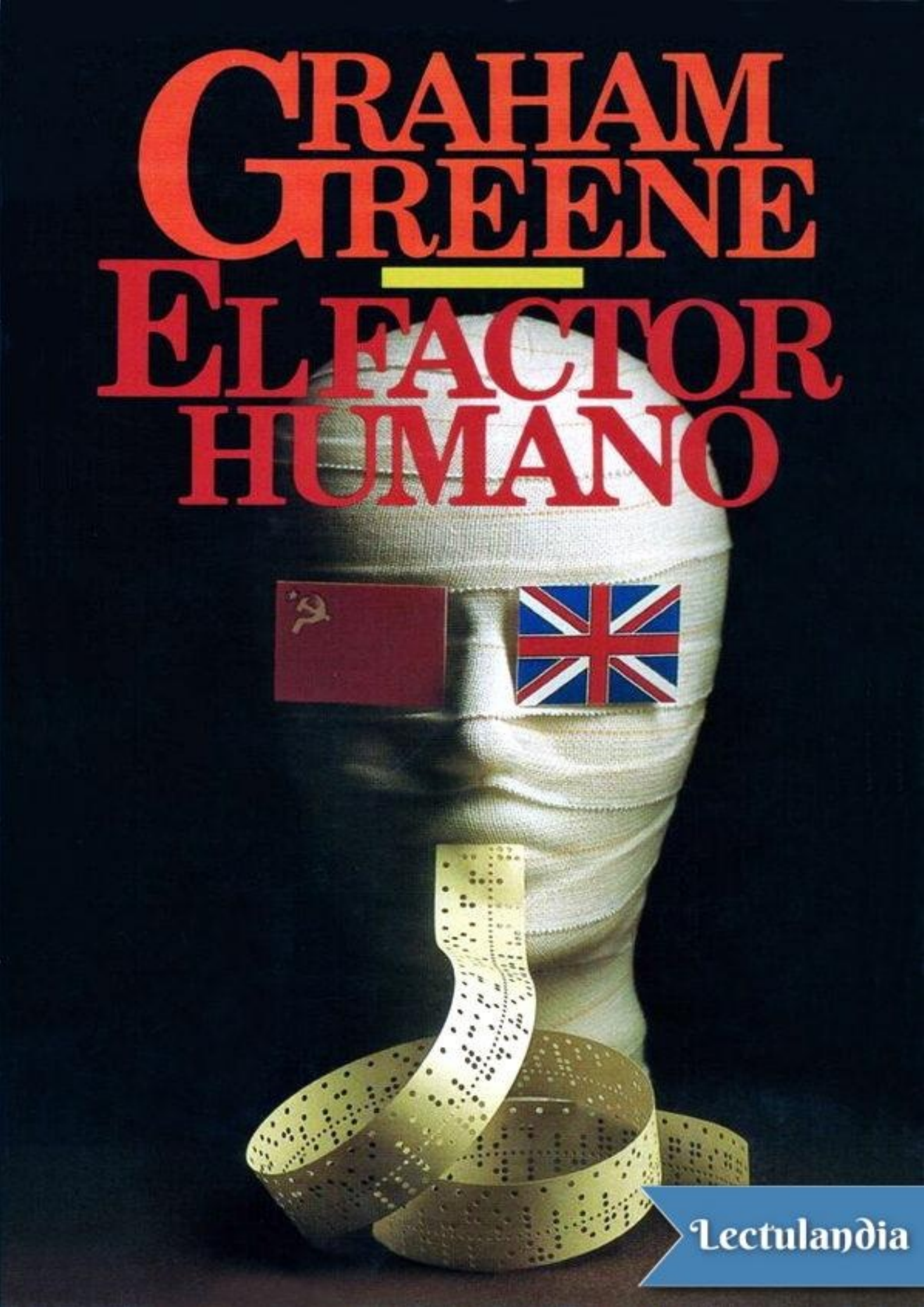
GRAHAM GREENE

EL FACTOR HUMANO



Lectulandia

En una pequeña y gris subdirección del servicio secreto inglés, el descubrimiento de que se están produciendo filtraciones de información desencadena una tensa investigación en la que sólo hay dos sospechosos: un soltero con problemas con el juego y la bebida, y un veterano a punto de jubilarse. Un clásico que aúna la intriga, la tensión narrativa y una profunda comprensión del ser humano. Una de las más perfectas tramas de espionaje que jamás se han escrito.

Novela llevada al cine por Otto Preminger en 1979.

Lectulandia

Graham Greene

El factor humano

ePub r1.3
Titivillus 29.10.15

Título original: *The Human Factor*
Graham Greene, 1978
Traducción: Iris Menéndez & Enrique Sordo
Cubierta: Noguera / Yzquierdo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

GRAHAM GREENE

A NOVEL

THE HUMAN FACTOR

Graham Greene

El factor humano

Biblioteca Graham Greene

edhasa

grandes novelistas

GRAHAM GREENE

El factor humano

emecé

GRAHAM GREENE

EL FACTOR HUMANO

Basado en el "Best-Seller" de Graham Greene
Un film de Otto Preminger
EL FACTOR HUMANO
(The Human Factor)
Richard Attenborough
John Gielgud
Derek Jacobi
Robert Morley
Nicol Williamson
Iman
ecran
color

GRAHAM GREENE

EL FACTOR HUMANO

Solo sé que quien se encadena está perdido. El germen de la corrupción ha entrado en su alma.

JOSEPH CONRAD

A mi hermana Elisabeth Dennys,
que no puede eludir cierta responsabilidad.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Desde la época en que, como un joven recluta más, había entrado en la «Casa» —de eso hacía ya más de treinta años—, Castle almorzaba siempre en un *pub* situado detrás de Saint James's Street, no lejos de la oficina. Si alguien le hubiera preguntado por qué iba a aquel lugar, habría respondido que a causa de sus excelentes salchichas; tal vez hubiera preferido a la Watney's otra marca de cerveza amarga, pero la calidad de las salchichas prevalecía sobre la cerveza. Él siempre estaba dispuesto a dar cuenta de sus actos, incluso de los más inocentes. Asimismo era un hombre de una puntualidad estricta.

A la una en punto estaba ya dispuesto para dejar el trabajo. Su adjunto, Arthur Davis, con el cual compartía el despacho, iba a almorzar exactamente al mediodía, para regresar, teóricamente al menos, una hora después. Quedaba sobreentendido entre ellos que, en caso de llegar un telegrama urgente, uno de los dos tenía la obligación de estar presente para descifrarlo. Pero tanto el uno como el otro sabían positivamente que, en aquella subdivisión del departamento al que pertenecían, nunca había verdaderas urgencias. La diferencia horaria entre Inglaterra y las diversas regiones de África Oriental y África del Sur que eran de su incumbencia —aunque, como ocurría con Johannesburgo, sólo se tratase de poco más de una hora— solía bastar para que nadie ajeno al servicio se preocupase del retraso del mensaje: la suerte del mundo, como solía decir Davis, nunca se decidiría en aquel continente, fuese cual fuese el número de embajadas que pudieran abrir China y Rusia entre Addis-Abeba y Conakry, o la cantidad de cubanos que pudieran aterrizar.

Castle garrapateó una nota para Davis: *«Si Zaire responde al n.º 172, envía copias al Tesoro y al Foreign Office»*. Miró su reloj: Davis se retrasaba ya diez minutos.

Castle se dedicó a preparar su cartera de mano: metió en ella la lista de lo que debía comprar para su mujer en la quesería de Jermyn Street, y para su hijo, a quien había hecho pagar su mal humor de aquella mañana (dos paquetes de Maltesers), así como un libro, *Clarisa Harlowe*, de cuyo primer volumen, y del capítulo LXXIX, nunca había conseguido pasar. En cuanto oyó cerrarse la puerta del ascensor y resonar los pasos de Davis en el pasillo, salió del despacho. El tiempo previsto para su almuerzo de salchichas se había reducido en once minutos. Al contrario que Davis, él regresaba siempre a la hora en punto. Es una de las virtudes de la edad.

En una oficina tan circunspecta, Arthur Davis se singularizaba por sus excentricidades. En aquel instante se acercaba por el otro extremo del largo pasillo blanco, vestido como si acabase de llegar de un fin de semana ecuestre pasado en el campo, o, tal vez, del recinto de un hipódromo. Llevaba una chaqueta deportiva de mezclilla, en la que predominaba el color verde, y ostentaba un pañuelo escarlata de lunares en el bolsillo superior: se le podría haber confundido con un corredor de apuestas. Pero era como un actor con un papel inadecuado: cuando se esforzaba por

estar a la altura de su atuendo, casi siempre destrozaba el personaje. En Londres, parecía que acababa de llegar del campo, mientras que, cuando visitaba a Castle en el campo, se presentaba, inconfundiblemente, como un turista de la capital.

—A la hora en punto, como de costumbre —dijo Davis, con su habitual sonrisa culpable.

—Mi reloj siempre se adelanta un poco —respondió Castle, excusándose por una crítica que no había expresado—. Debo de tener un complejo de ansiedad.

—¿Contrabandeando secretos de Estado, como siempre? —preguntó Davis, en broma, fingiendo que se apoderaba de la cartera de Castle. Su aliento dulzón delataba su afición al oporto.

—¡Oh, he dejado todo un paquete de ellos para que los vendas tú! Conseguirás un precio mejor, con tus misteriosos contactos.

—Muy amable de tu parte, realmente.

—Además, tú eres soltero. Necesitas mucho más dinero que un hombre casado. Yo me arreglo para vivir con la mitad que tú.

—Sí, sí, pero soportando esas sobras, ¡qué horror! Esa mezcla de refritos en el pastel campesino, esas sospechosas albóndigas… ¿Realmente vale la pena? Un hombre casado no puede permitirse ni siquiera un buen oporto.

Davis entró en el despacho que ambos compartían y llamó a Cynthia por teléfono. Hacía ya dos años que Davis trataba de conquistar a Cynthia; pero ella, como buena hija de un general de brigada, apuntaba más alto. De todas maneras, Davis no perdía la esperanza; siempre era más seguro —explicaba él— mantener amoríos en el interior del departamento; esto podía considerarse como una garantía de seguridad. Pero Castle sabía hasta qué punto estaba Davis realmente encariñado con Cynthia. Tenía una profunda inclinación hacia la monogamia y, también, el humor defensivo de todo hombre solitario. En cierta ocasión, Castle le había visitado en el piso que Davis compartía con dos hombres del Departamento del Medio Ambiente, piso situado sobre una tienda de antigüedades, no lejos del Claridge… Muy céntrico, muy West End.

—Tendrías que cambiarte a un sitio más próximo a la oficina —había aconsejado Davis a Castle en el desordenado salón, donde revistas para todos los gustos (*New Statesman*, *Penthouse*, *Nature*) atestaban el sofá, y unos vasos usados, vestigios de alguna reunión anterior, habían sido empujados hacia los rincones hasta que los recogiera la asistenta.

—Sabes muy bien lo que nos pagan —había replicado Castle—. Además, estoy casado.

—Craso error.

—No en lo que a mí concierne —replicó Castle—. Me gusta mi mujer.

—Sin contar, claro está, con el pequeño bastardo —prosiguió Davis—. Yo no podría permitirme el lujo de tener a la vez hijos y oporto.

—Ocurre que también me gusta el pequeño bastardo.

Castle estaba a punto de descender los cuatro peldaños de piedra y de poner el pie en la acera de Piccadilly cuando el conserje le dijo:

—El brigadier Tomlinson quiere verle, señor.

—¿El brigadier Tomlinson?

—Sí. En el despacho A-3.

Castle sólo había visto una vez al brigadier Tomlinson; hacía ya muchos años, más de los que quería recordar. El día de su nombramiento… el día que puso su nombre bajo el juramento de los Secretos de Estado, cuando el brigadier sólo era un modesto oficial, si es que ya llevaba galones. Todo lo que recordaba de él era un bigotito negro que flotaba como un objeto volante no identificado sobre una superficie de papel secante, impecablemente blanca y en blanco, quizá por razones de seguridad. La mancha de su firma, después que la hubo garrapateado al pie del juramento, se convirtió en la única mácula de aquella superficie. Tuvo la certidumbre de que la hoja sería luego arrancada y arrojada al incinerador. Hacía casi un siglo que el caso Dreyfus había revelado los peligros de una papelera.

—Al final del pasillo, a la izquierda, señor —le recordó el conserje cuando estaba a punto de tomar la dirección contraria.

—Adelante, Castle, adelante —invitó el brigadier Tomlinson.

El bigote del brigadier Tomlinson era ahora tan blanco como el papel secante y los años habían hecho que una pequeña barriga asomase por debajo del chaleco cruzado. Sólo subsistía la duda de su graduación. Nadie sabía a qué regimiento había pertenecido en otros tiempos, suponiendo que tal regimiento existiese, porque todos los grados militares ostentados dentro de aquel edificio resultaban algo sospechosos.

Las graduaciones tal vez formaban parte del enmascaramiento general.

—Creo que no conoce usted al coronel Daintry —presentó el brigadier Tomlinson.

—No, en efecto… ¿Cómo está usted?

Daintry, a pesar de su impecable traje oscuro y de su rostro afilado, tenía más aspecto de vivir al aire libre que Davis, aunque éste hacía todos los esfuerzos por tenerlo. Si Davis, a primera vista, parecía estar como en su propia casa en el garito de un corredor de apuestas, Daintry, indudablemente, debía de sentirse muy a gusto en el caro ambiente de un hipódromo o en un coto de caza. Castle disfrutaba trazando esbozos relámpago de sus colegas; a veces, incluso sobre el papel.

—Creo haber conocido a un primo suyo en Oxford, concretamente en Corpus —dijo Daintry con tono amable, aunque parecía algo impaciente: probablemente tenía que tomar en King’s Cross un tren para el norte.

—El coronel Daintry —explicó el brigadier Tomlinson— es nuestro nuevo barrendero —Castle observó que Daintry hacía una mueca al oír cómo eran definidas sus funciones de investigación—. Ha sucedido a Meredith en Seguridad. Pero no estoy seguro de que usted conociera a Meredith…

—Supongo que se refiere a mi primo Roger —contestó Castle a Daintry—. Hace

años que no le veo. Se graduó «cum laude». Creo que ahora está en el Tesoro.

—Ya le he explicado al coronel Daintry los intríngulis de la organización —intervino el brigadier Tomlinson, ateniéndose estrictamente a su propia longitud de onda.

—Yo estudié Leyes. Sólo obtuve una mención especial —prosiguió Daintry—. ¿Usted hizo Historia, verdad?

—Sí. Y me limité a aprobar.

—Entonces, es un antiguo alumno de Christ Church.

—Sí.

—Ya le he explicado al coronel Daintry —insistió Tomlinson— que sólo usted y Davis se ocupan de los telegramas ultra-confidenciales en lo que a la Sección 6A se refiere.

—Si es que a algo se le puede llamar ultra-confidencial en nuestra sección… Es indudable que Watson también lo ve todo.

—¿Davis…? Estuvo en la Universidad de Reading, ¿no? —inquirió Daintry, con lo que podía haber sido un ligero matiz de desdén.

—Veo que conoce usted el tema a fondo…

—Lo cierto es que acabo de conversar con el mismo Davis.

—¡Ah! Entonces ésa es la razón de que se retrasara diez minutos, después del almuerzo.

La sonrisa de Daintry hacía pensar en una herida que se vuelve a abrir dolorosamente. Sus labios, muy rojos, parecían separarse dificultosamente en las comisuras.

—Hablé de usted con Davis. Así que, ahora, hablo de Davis con usted. Un control a plena luz. Sea indulgente con el nuevo barrendero. Tengo que familiarizarme con la escoba —agregó, enredándose un tanto en las metáforas—. Hay que seguir las normas… a pesar de toda la confianza que, por supuesto, tenemos en ambos. A propósito, ¿le ha prevenido él?

—No. Pero ¿por qué habría usted de creerme? Podríamos habernos puesto de acuerdo.

La herida volvió a abrirse un poco y se cerró de nuevo apretadamente.

—Tengo entendido que, políticamente, Davis está un poco a la izquierda. ¿Es así?

—Está afiliado al Partido Laborista. Supongo que él mismo se lo habrá dicho.

—No hay nada de malo en ello, evidentemente —opinó Daintry—. ¿Y usted…?

—A mí no me interesa la política. Presumo que Davis se lo habrá dicho también.

—Pero supongo que votará a veces…

—Creo que, después de la guerra, no he votado ni una sola vez. Hoy, las cuestiones políticas parecen, con demasiada frecuencia… bueno, algo pueblerinas.

—Un punto de vista muy interesante —dijo Daintry, con tono de desaprobación. Castle comprendió que, esta vez, decir la verdad había sido una decisión errónea; y, sin embargo, excepto en ocasiones realmente importantes, siempre prefería esta

actitud. La verdad puede ser comprobada. Daintry miró la hora.

—No le entretendré demasiado. Tengo que tomar el tren en King's Cross.

—¿Va de caza este fin de semana?

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted?

—Pura intuición —respondió Castle.

Castle lamentó de nuevo su respuesta. Siempre es más seguro pasar inadvertido. Había momentos —cada vez más frecuentes, con el transcurso de los años— en que soñaba con una existencia de un conformismo total, del mismo modo que otro podría haber soñado con lograr la mejor jugada en un partido de *cricket* disputado en Lord's.

—Probablemente ha visto el estuche de mi escopeta junto a la puerta.

—Sí —aceptó Castle, que hasta aquel momento no había visto nada—. Fue lo que me puso sobre la pista —y se alegró al ver que Daintry parecía haberse tranquilizado.

—En todo esto no hay nada personal —insistió Daintry—. Un mero control rutinario. Hay tantas normas que, a veces, algunas de ellas se descuidan… Es humano. Por ejemplo, la prohibición de llevarse trabajo a casa… —Daintry echó una significativa mirada a la cartera de Castle.

Un militar o un caballero habrían abierto ésta instantáneamente, prestándose a la inspección con una pequeña broma, pero Castle no era un militar ni se había considerado nunca un caballero. Tenía ganas de ver hasta dónde era capaz de empujar la basura el nuevo barrendero. Dijo:

—Ahora no voy a casa. Salgo a almorzar, solamente.

—¿No le molesta si…? —Daintry extendió la mano para tomar la cartera—. También se lo pedí a Davis —aclaró.

—Davis no llevaba ninguna cartera cuando yo me crucé con él —replicó Castle.

Daintry se ruborizó por su error. Castle estaba seguro de que habría sentido una vergüenza idéntica si hubiera disparado sobre un ojeador.

—¡Oh, debió de ser al otro! —se apresuró a decir Daintry—. Olvidé su nombre.

—¿Watson? —sugirió el brigadier.

—Eso es, Watson.

—¿De manera que incluso registró usted a nuestro jefe?

—Forma parte de mi función —respondió Daintry.

Castle abrió la cartera. Sacó un ejemplar de la *Berkhamsted Gazette*.

—¿Qué es eso? —preguntó Daintry.

—Mi periódico local. Quería leerlo mientras almorzaba.

—Sí, sí, claro. Lo había olvidado. Usted vive bastante lejos, fuera de Londres. ¿No lo encuentra un poco incómodo?

—Menos de una hora en tren. Necesito una casa y un jardín. Tengo un hijo, sabe… y un perro. No puedo encerrar a ninguno de los dos en un apartamento. No sin inconvenientes, al menos.

—Veo que también está leyendo *Clarisa Harlowe*. ¿Le gusta?

—Hasta ahora, sí. Pero hay cuatro volúmenes más.

—Y esto, ¿qué es?

—Una lista de cosas que debo recordar.

—¿Que debe recordar?

—Mi lista de la compra —explicó Castle.

Debajo del membrete impreso de su casa, 129 King's Road, Castle había escrito: Dos Maltesers. Media libra de Earl Grey. Queso… ¿Wensleydale o Double Gloucester? Loción Yardley para antes de afeitarse.

—¿Maltesers? ¿Qué diablos es eso?

—Un tipo de chocolatinas. Pruébelas un día. Son deliciosas. A mi juicio, mejores que los Kit Kats.

—¿Cree usted que le agradarían a mi anfitriona? Me gustaría llevarle algo que se saliera de lo corriente —volvió a mirar la hora—. Tal vez pueda enviar al conserje… me queda el tiempo justo. ¿Dónde los compra usted?

—Dígale que puede conseguirlos en el ABC del Strand.

—¿ABC? —se asombró Daintry.

—Son las siglas de la empresa Aerated Bread Company.

—Compañía del Pan Aireado… ¿qué diablos es…? Bueno, ahora no tenemos tiempo de ocuparnos de eso. ¿Está seguro de que esas… golosinas serán adecuadas?

—Eso es cuestión de gustos…

—Los almacenes Fortnum están a un paso.

—Allí no los conseguirá. Son demasiado baratos.

—No quisiera parecer tacaño.

—Entonces aumente la cantidad. Dígale al conserje que compre tres libras.

—¿Puede repetirme el nombre? O quizá sea mejor que usted mismo, al salir, se lo diga al conserje.

—¿Ha terminado, entonces, mi control? ¿Tengo libre el paso?

—Oh, sí, sí. Ya le dije que era una pura formalidad, Castle.

—Espero que la caza sea buena.

—Muchas gracias.

Castle transmitió el encargo al conserje.

—¿Dijo tres libras?

—Sí.

—¡Tres libras de Maltesers!

—Sí.

—¿Debo llevar un camión?

El conserje llamó a su adjunto, que estaba hojeando una revista llena de fotografías de chicas, y repitió:

—Tres libras de Maltesers para el coronel Daintry.

—Serán unos ciento veinte paquetes, o algo así —observó el adjunto, después de hacer unos cálculos.

—No, no —dijo Castle—; no hay que exagerar. Creo que no se refería a libras

esterlinas, sino a libras de peso.

Les dejó con sus cuentas.

Llegó al *pub* con quince minutos de retraso. Su rincón habitual estaba ocupado. Comió y bebió con rapidez. Calculó que había recuperado tres minutos. Luego compró la loción de Yardley en la farmacia de St James's Arcade, el Earl Grey en Jackson's, y el Double Gloucester también allí, para ganar tiempo, aunque de ordinario se llegaba hasta la quesería de Jermyn Street. Pero en la tienda ABC, donde quería comprar los Maltesers, éstos se habían agotado; el dependiente le informó que se había producido una demanda inesperada. Y tuvo que decidirse a reemplazarlos con Kit Kats. Cuando llegó a la oficina y se reunió con Davis sólo llevaba tres minutos de retraso.

—Tendrías que haberme advertido de que estaban haciendo un control.

—Me hicieron jurar que guardaría el secreto. ¿Por qué lo dices? ¿Te pescaron algo?

—No, exactamente.

—A mí, sí. Me preguntó qué llevaba en el bolsillo del impermeable. Tenía allí el informe de 59800, ya sabes. Quería volver a leerlo mientras almorzaba.

—¿Y qué ocurrió?

—Me dejó ir, pero me hizo una advertencia. Me dijo que las normas se dictaban para ser cumplidas. Pensar que a aquel tipo, ¿te acuerdas?… Blake (¿por qué querría escaparse?), le salieron cuarenta años libres de impuestos, de agotamiento intelectual y de responsabilidad, y ahora somos nosotros quienes pagamos el pato…

—El coronel Daintry no fue muy difícil —dijo Castle—. Conoció a un primo mío en Corpus. Esas cosas ayudan.

CAPITULO II

Por lo general, Castle llegaba a tiempo de tomar en la estación de Euston el tren de las dieciocho y treinta y cinco. Y este tren le dejaba en Berkhamsted a las diecinueve y doce en punto. En la estación le esperaba su bicicleta: se la guardaba el empleado que recogía los billetes, a quien conocía desde hacía muchos años. Luego, pedaleaba hasta su casa por el camino más largo, para hacer ejercicio: cruzaba el puente del canal, pasaba junto a la escuela de estilo Tudor, desembocaba en High Street, dejaba atrás la iglesia parroquial de piedra gris —en donde se conservaba el yelmo de un cruzado— y subía por la cuesta de Chilterns en dirección a su casita, semi aislada, de King's Road. De no haber telefoneado desde Londres para decir algo en contrario, siempre llegaba a casa a las siete y media, justo a tiempo para darle las buenas noches al chico y tomar un *whisky* o dos antes de las ocho, hora de la cena.

En las profesiones raras, todo lo que corresponde a una rutina cotidiana adquiere un gran valor. Quizá fue ésa una de las razones de que Castle, a su regreso de África del Sur, prefiriera volver a su pueblo natal: al canal que corría bajo los sauces llorones, a la escuela, a las ruinas del castillo, antaño famoso por haber resistido un asedio del príncipe Juan de Francia y cuyas obras, según la tradición, había dirigido Chaucer, quién sabe si con algún antepasado de Castle entre sus maestros canteros. Ahora sólo quedaban de él unos cuantos montículos herbosos y varios metros de la muralla de pedernal, que daba sobre el canal y sobre las vías del ferrocarril. Más allá se abría una carretera que salía de la ciudad, bordeada de setos de espino y de castaños españoles, hasta alcanzar la libertad del ejido. Los habitantes de la ciudad —haría años de esto— habían luchado por conseguir el derecho al pastoreo en aquellos terrenos comunales; pero, en el siglo XX, era dudoso que ningún animal, salvo el conejo y la cabra, pudiera encontrar alimento entre los helechos, los tojos y las argomas. Cuando Castle era niño, todavía quedaban en el ejido vestigios de las antiguas trincheras excavadas en la dura arcilla roja durante la primera guerra con Alemania por los miembros del centro territorial del Colegio de Abogados, jóvenes turistas que ejercieron en Berkhamsted antes de ir a morir a Bélgica o a Francia como miembros de unidades más ortodoxas. Era poco seguro vagar por allí sin conocer bien el lugar, porque aquellas viejas trincheras habían sido cavadas hasta varios pies de profundidad, de acuerdo con el modelo de las trincheras originales construidas por los *Old Contemptibles* alrededor de Ypres. Cualquier extraño a estos lugares corría el riesgo de una caída brutal y de romperse una pierna. Los que habían crecido con el conocimiento de aquellos parajes deambularon libremente hasta que el recuerdo comenzó a desvanecerse en ellos. Por una razón misteriosa, Castle siempre lo había recordado y, a veces, en sus días libres, llevaba a Sam de la mano para hacerle conocer los escondrijos olvidados y los múltiples peligros del ejido. ¡Cuántas luchas de guerrilla había librado él, de niño, contra enemigos formidables! Y he aquí que el

tiempo de la guerrilla había retornado y que los ensueños se habían convertido en realidades. Al vivir en un entorno tan profundamente conocido, sentía una seguridad semejante a la del viejo presidiario que vuelve a una cárcel que sabe de memoria.

Castle empujó su bicicleta por la subida de King's Road. Había comprado la casa, con ayuda de una cooperativa inmobiliaria, después de su regreso a Inglaterra. Podía haber ahorrado dinero comprándola al contado, pero no quería parecer distinto de los profesores que le rodeaban: con el salario que ganaban no tenían la menor posibilidad de ahorrar. Por la misma razón conservaba la chillona vidriera de colores, con la figura del Caballero Risueño, sobre el dintel de la puerta. No le gustaba, porque la asociaba con la idea de dentista —en las ciudades de provincias suelen usarse los cristales de colores para ocultar al exterior las torturas infligidas en el sillón del dentista—. Pero, también en este caso, puesto que sus vecinos soportaban el suyo, prefirió no innovar. Los profesores de King's Road eran firmes sustentadores de los principios estéticos de North Oxford, donde muchos de ellos habían tomado antaño el té con sus directores de estudios. También habría encajado allí, en Banbury Road, su bicicleta: en el vestíbulo de entrada, bajo la escalera.

Abrió la puerta con una llave Yale. Alguna vez se le había ocurrido la idea de comprar una cerradura embutida o algo muy especial elegido en Chubb's de St. James's Street, pero se había abstenido de ello: sus vecinos se contentaban con cerraduras Yale y, además, en los últimos tres años, el robo más cercano se había cometido en Boxmoor, lo cual le privaba de cualquier posible excusa. El vestíbulo estaba desierto; lo mismo parecía ocurrir en la sala, que divisó a través de la puerta abierta; no se oía ningún ruido en la cocina. De inmediato percibió que la botella de *whisky* no estaba preparada junto al sifón, sobre el aparador. Se había roto así una costumbre de años y Castle sintió una angustia que le punzaba como el aguijón de un insecto. Llamó a Sarah, pero no obtuvo respuesta. Permaneció de pie junto a la puerta de la sala, al lado del paragüero; echó rápidas miradas sobre el escenario familiar, notó el detalle esencial —la ausencia de la botella de *whisky*— y contuvo el aliento. Siempre, desde que había llegado, había tenido la certeza de que algún día el desastre caería sobre ellos, y sabía que cuando eso ocurriera no debía dejarse dominar por el pánico; tenía que marcharse rápidamente, sin intentar recomponer ninguna pieza de su vida en común (repentinamente rota). «Los que están en Judea deben buscar refugio en las montañas…». Por alguna extraña razón pensó en su primo del Tesoro, como si éste fuera un amuleto que pudiera protegerle, una pata de conejo de la buena suerte. Luego volvió a respirar, aliviado, al oír voces en el piso superior y los pasos de Sarah que bajaban por la escalera.

—No te oí llegar, cariño. Estaba hablando con el doctor Barker.

El doctor Barker apareció detrás de Sarah: un hombre de mediana edad, con una brillante mancha congénita, en forma de fresa, sobre la mejilla izquierda; vestido de gris ceniciento, con dos plumas estilográficas en el bolsillo de la chaqueta (o quizás una de ellas fuera una linterna de bolsillo para examinar las gargantas).

—¿Ocurre algo?

—Sam tiene sarampión, cariño.

—Se pondrá bien —afirmó el doctor Barker—. Que guarde reposo y que no reciba demasiada luz.

—¿Un *whisky*, doctor?

—No, gracias. Todavía tengo que hacer dos visitas y ya voy retrasado para la cena.

—¿Dónde habrá podido contagiarse?

—¡Oh, hay una epidemia! No debe preocuparse. Sólo es un acceso leve.

Cuando el doctor se fue, Castle besó a su esposa. Pasó su mano por el resistente pelo negro de Sarah y acarició sus altos pómulos. Tocó los oscuros contornos de su rostro como alguien que encuentra una buena escultura entre las mediocres tallas que bordean las escaleras de un hotel para turistas blancos. Castle se estaba asegurando de que lo que más estimaba en la vida seguía intacto. Al acabar el día siempre tenía la sensación de que había desaparecido durante años, dejando a Sarah sin defensa. Aunque aquí a nadie le preocupaba la sangre africana que corría por las venas de su mujer. Ni había ninguna ley que amenazara su vida en común. Estaban seguros… todo lo seguros que podían estar.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Sarah.

—Estaba preocupado. Esta noche, cuando entré, todo parecía desordenado. Tú no estabas aquí. Ni siquiera el *whisky*…

—Eres un animal de costumbres.

Castle comenzó a vaciar su cartera mientras ella preparaba el *whisky*.

—Entonces, ¿no hay ningún motivo de preocupación? —quiso saber Castle—. Nunca me gustó la forma en que hablan los médicos, especialmente cuando quieren ser tranquilizadores.

—No, nada.

—¿Puedo subir a verlo?

—Ahora duerme. Será mejor que no lo despiertes. Le di una aspirina.

Castle colocó en la librería el primer volumen de *Clarissa Harlowe*.

—¿Terminaste de leerlo?

—No, y dudo que lo haga. La vida es demasiado breve.

—Pero siempre creí que te gustaban los libros largos.

—Probaré suerte con *Guerra y paz*, antes de que sea demasiado tarde.

—No lo tenemos.

—Lo compraré mañana.

Sarah había medido escrupulosamente un *whisky* cuádruple, de acuerdo con los criterios de los *pubs* ingleses. Se lo acercó y le cerró los dedos sobre el vaso, como si fuera un mensaje que ningún otro debería descifrar. Sólo ellos dos sabían la medida en que bebía Castle, ya que habitualmente lo más fuerte que aceptaba era una cerveza cuando estaba con un colega, e incluso con un extraño, en algún bar. En su profesión,

cualquier indicio de alcoholismo podía considerarse sospechoso. Sólo Davis poseía la indiferencia de beber con total desenvoltura, sin preocuparse de quien le veía; pero él tenía esa audacia producida por la sensación de una perfecta inocencia. Castle había perdido para siempre la audacia y la inocencia a la vez, en África del Sur, mientras esperaba que el cielo cayese sobre la tierra.

—¿No te molesta que hagamos una cena fría? Toda la tarde estuve atareada con Sam.

—Claro que no, cariño.

Castle la rodeó con un brazo. La profundidad del amor que les unía era tan secreta como el *whisky* cuádruple. Hablar de ello con otros habría sido lo mismo que invitar al peligro. El amor era un riesgo total. La literatura siempre lo había proclamado. Tristán. Ana Karenina, incluso la sensualidad de Lovelace: había ojeado el último volumen de *Clarissa*. «Me gusta mi mujer» era lo máximo que le había dicho a Davis.

—No sé qué haría sin ti —comentó Castle.

—Lo mismo que estás haciendo ahora. Tomarías dos dobles *whiskies* antes de cenar a las ocho en punto.

—Cuando llegué y no te encontré con el *whisky*, me asusté.

—¿De qué te asustaste?

—De quedarme solo. ¡Pobre Davis —agregó—, siempre vuelve al vacío de su casa!

—Quizá tenga otras alegrías.

—Ésta es mi alegría. Una sensación de seguridad.

—¿Es tan peligrosa la vida afuera? —Sarah bebió unos sorbos de *whisky* y tocó la boca de Castle con los labios húmedos de J & B

Castle siempre compraba J & B a causa de su color: un generoso *whisky* de esta marca, con un poco de soda, no parecía más fuerte que un breve sorbo de cualquier otra marca. Sonó el teléfono en la mesilla de al lado del sofá. Levantó el auricular.

—¡Diga! —nadie respondió—. ¡Diga! —contó hasta cuatro para sus adentros y colgó el receptor cuando oyó que la conexión se interrumpía.

—¿Nadie?

—Supongo que se han equivocado.

—Ya ha ocurrido tres veces este mes. Siempre que vuelves tarde de la oficina. ¿No crees que puede ser un ladrón que quiere comprobar si estamos en casa?

—No tenemos nada que valga la pena para un ladrón.

—Se leen casos tan terribles, cariño… Hombres con la cara cubierta por una media. Detesto el momento que sigue a la puesta del sol, antes de que tú llegues.

—Por eso te compré a *Buller*. ¿Dónde está *Buller*?

—En el jardín, comiendo hierbas. Está molesto. Además, ya sabes cómo es con los extraños. Les hace fiestas.

—Quizá pusiera objeciones a una máscara hecha con una media.

—Creería que el ladrón se la puso para complacerle. Acuérdate de Navidad… con los sombreros de papel…

—Antes de comprarlo, yo creía que los boxers eran unos perros terribles.

—Y lo son… con los gatos.

La puerta chirrió y Castle se volvió rápidamente: el morro negro y cuadrado de *Buller* abrió la puerta de par en par y luego el animal proyectó su cuerpo contra el vientre de Castle, como si fuera un saco de patatas. Castle lo esquivó.

—Échate, *Buller*, échate —un largo hilo de baba descendió por la pernera de su pantalón—. Si esto es hacer fiestas, cualquier ladrón saldrá corriendo como alma que lleva el diablo.

Buller empezó a ladrar espasmódicamente y a menear sus ancas, como un perro con pulgas, mientras retrocedía en dirección a la puerta.

—Estate quieto, *Buller*.

—Sólo quiere dar un paseo.

—¿A esta hora? Creo haberte oído decir que estaba enfermo.

—Parece que ya ha comido la suficiente hierba.

—Quieto, *Buller*, maldito seas. Nada de paseos.

Buller se tumbó pesadamente y babeó el *parquet* para consolarse.

—Esta mañana, el hombre que vino a ver el contador se asustó mucho con él, pero *Buller* sólo quería ser amable.

—Pero ese hombre lo conoce.

—El que vino hoy era nuevo.

—¿Nuevo? ¿Por qué?

—El que acostumbra a venir tiene la gripe.

—¿Hiciste que te mostrara su credencial?

—Por supuesto. ¿Ahora eres tú quien tiene miedo de los ladrones? Basta, *Buller*, basta —*Buller* lamía sus partes íntimas con el entusiasmo de un político que disfruta de sus prebendas.

Castle pasó por encima del perro y entró en el vestíbulo.

Examinó atentamente el contador, pero no encontró nada irregular en él y regresó a la sala.

—¿Estás preocupado por alguna cosa?

—Por nada importante. Ocurrió algo en la oficina. Vino un tipo nuevo de los Servicios de Seguridad a darse importancia. Me irritó… Llevo más de treinta años en la casa y ya tendrían que confiar en mí. No me extrañaría que la próxima vez que salgamos a almorzar nos registraran los bolsillos. De hecho, ya registraron mi cartera.

—Sé justo, cariño. No es culpa de ellos, sino del oficio.

—Ahora es demasiado tarde para cambiarlo.

—Nunca es demasiado tarde —dijo Sarah, y él lamentó no poder creerla.

Sarah le besó de nuevo cuando se dirigía a la cocina en busca de la carne fría. Cuando volvió a sentarse, y después que él hubo bebido otro *whisky*, Sarah opinó:

—Bromas aparte, estás bebiendo demasiado.

—Sólo en casa. Nadie me ve, salvo tú.

—No lo decía por el trabajo, sino por tu salud. Maldito lo que me importa tu trabajo.

—¿No te importa?

—¡Un departamento del Foreign Office! Todos saben lo que eso significa, pero tú tienes que vivir con la boca cerrada como un criminal. Si me contaras a mí, a mí, a tu esposa, lo que has hecho hoy, te despedirían. Ojalá te despidieran. A propósito, ¿qué has hecho hoy?

—He comadreado con Davis, he apuntado algunas notas en unas tarjetas, envié un telegrama… ¡Ah, y he sido entrevistado por ese nuevo funcionario de la seguridad! Conoció a mi primo cuando estuvo en Corpus.

—¿A qué primo?

—A Roger.

—¿A ese pedante del Tesoro?

—Sí.

Cuando iban a acostarse, Castle preguntó:

—¿Puedo entrar ahora a ver a Sam?

—Claro. Pero estará profundamente dormido.

Buller los siguió y depositó sobre la colcha una gota de baba como si fuese un confite.

—¡Oh, *Buller*!

El perro agitó lo que le quedaba de cola como si le hubieran dedicado una alabanza. Para ser boxer, no era nada inteligente. Había costado mucho dinero, y quizá su pedigree era demasiado perfecto.

El chico dormía atravesado en su cama de madera de teca, con una caja de soldaditos de plomo por almohada. Un pie negro asomaba por debajo de las sábanas y un oficial del cuerpo de tanquistas hacía equilibrios entre sus dedos. Castle observó cómo Sarah le acomodaba, recogía al oficial y rescataba a un paracaidista de debajo de sus muslos. Manipulaba el cuerpo de su hijo con la desenvoltura de una experta y el niño no se despertó.

—Tiene la piel muy caliente y muy seca —comentó Castle.

—Así estarías tú si tuvieras 39° de fiebre.

El niño parecía más africano que su madre y el recuerdo de una imagen de hambre cruzó por la mente de Castle: un pequeño cadáver con los miembros extendidos sobre la arena del desierto y observado por un buitre.

—Es mucha temperatura.

—No para un niño.

A Castle siempre le sorprendía la confianza de Sarah: sabía preparar un plato nuevo sin recurrir a ningún libro de cocina y nunca se rompía nada entre sus manos. Hizo girar al chico hasta que quedó de costado y le arropó con mano firme, sin que él

moviera un párpado.

—Duerme profundamente.

—Excepto cuando tiene pesadillas.

—¿Ha tenido otra?

—Siempre la misma. Tú y yo partimos en tren y él se queda solo. En el andén alguien —no sabe quién—, le coge por el brazo. Pero no debemos preocuparnos. Está en la edad de las pesadillas. Leí que se presentaban cuando se presiente la amenaza del colegio. Ojalá no tuviera que asistir a la escuela preparatoria. Puede tener problemas. A veces casi desearía que aquí también tuvierais *apartheid*.

—Es un buen corredor. En Inglaterra, si destacas en cualquier deporte, no hay problemas.

Aquella noche, Sarah se despertó después de dormir una primera etapa y dijo, como si la idea se le hubiera ocurrido durante el sueño:

—Es extraño que quieras tanto a Sam, ¿verdad?

—¿Extraño? Claro que le quiero. ¿Por qué no iba a quererle? Creí que dormías.

—Nada de «¿por qué no?». Es un bastardo.

—Así le llama siempre Davis.

—¿Davis? ¿Él no sabrá…? —preguntó con temor—. Sin duda no sabe…

—No, no te preocupes. Es el término que usa para referirse a cualquier niño.

—Me alegro que su padre esté a seis pies bajo tierra —dijo Sarah.

—Sí. Yo también. ¡Pobre diablo! Tal vez habría acabado casándose contigo.

—No. Yo siempre estuve enamorada de ti. Incluso cuando quedé embarazada de Sam estaba enamorada de ti. Es más hijo tuyo que suyo. Trataba de pensar en ti mientras hacía el amor con él. Era como una especie de pescado tibio. En la universidad le llamaban Tío Tom. Sam no será tibio, ¿verdad? Será frío o caliente, pero nunca tibio.

—¿A qué hablar ahora de esa vieja historia?

—Porque Sam está enfermo. Y porque tú estás preocupado. Cuando no me siento segura recuerdo lo que experimenté cuando supe que tenía que contártelo. Aquella primera noche, al otro lado de la frontera, en Lourenço Marques. En el Hotel Polana. Pensé: «Volverá a vestirse y se marchará para siempre». Pero no lo hiciste. Te quedaste. E hicimos el amor, a pesar de que estaba embarazada de Sam.

Estaban tendidos en silencio, tantos años después, apenas rozándose los hombros. Castle se preguntó si no sería así como llegaba esa felicidad de la vejez que a veces había visto reflejada en el rostro de un desconocido, aunque sabía que él moriría mucho antes de que Sarah alcanzara la ancianidad. La vejez era algo que nunca podrían compartir.

—¿No te entristece pensar que no hemos hecho un hijo nuestro?

—Sam ya es suficiente responsabilidad.

—No bromeo. ¿No te habría gustado tener un hijo nuestro?

Esta vez Castle supo que no podía seguir eludiendo la cuestión.

—No —afirmó.

—¿Por qué no?

—No quieres dejar piedra sin remover, Sarah. Amo a Sam porque es tuyo. Porque no es mío. Porque no veo en él nada de mí cuando le miro. Todo lo que veo en Sam es algo tuyo. No quiero perpetuarme eternamente. Prefiero que el molde se rompa conmigo.

CAPÍTULO III

1

—Una buena caza matinal —comentó con poco entusiasmo el coronel Daintry a *lady* Hargreaves mientras se quitaba el barro de las botas antes de entrar en la casa—. Las aves han entrado muy bien.

Los demás invitados bajaron de los coches detrás de él, con la forzada jovialidad de un equipo de futbolistas que tratan de demostrar que el partido los ha colmado de gozo, en lugar de confesar que están hartos de barro y de frío.

—Las bebidas les esperan, sírvanse ustedes mismos —invitó *lady* Hargreaves—. Almorzaremos dentro de diez minutos.

Otro coche subía a la colina desde el otro lado del parque, aún muy lejos. Alguien dejó oír una carcajada en el aire frío y húmedo, y otra voz exclamó:

—Ya está ahí Buffy. Justo a tiempo para almorzar, naturalmente.

—¿Y su famoso budín de steak y riñones? —preguntó Daintry—. He oído hablar mucho de él.

—Se refiere usted a mi pastel. ¿Lo pasó realmente bien, coronel? —su voz tenía un leve acento americano… tanto más agradable a causa de esa levedad, que recordaba el aroma de un perfume caro.

—No había muchos faisanes —explicó Daintry—, pero lo pasé muy bien de todas maneras.

—Harry —llamó *lady* Hargreaves por encima de su hombro—, Dicky. ¿Dónde está Dodo? ¿Se perdió?

Nadie llamaba a Daintry por su nombre de pila, porque nadie lo sabía. Con una sensación de soledad, observó la airosa figura alargada de su anfitriona que, cojeando ligeramente, descendía los escalones de piedra para recibir a «Harry» con un beso en cada mejilla. Daintry entró solo en el comedor, donde, sobre una mesa, esperaban las bebidas.

Un hombre sonrosado, bajo y de complexión fuerte, con traje de mezclilla, a quien Daintry creía haber visto antes, se preparaba un martini seco. Llevaba gafas con montura de plata, que relucían bajo la luz del sol.

—Agregue uno para mí —pidió Daintry—, si los prepara verdaderamente secos.

—En proporción de diez a uno —contestó el hombre bajo—. Con una chispita de Martini, ¿verdad? Yo, personalmente, sólo le doy un poco de aroma con el atomizador. Usted es Daintry, ¿no? No se acuerda de mí. Soy Percival. En cierta

ocasión le tomé la tensión sanguínea.

—Ah, sí, el doctor Percival. Pertenecemos más o menos a la misma casa, ¿no es así?

—Así es. «C» quería que nos viésemos discretamente… pero no era necesaria toda esta tontería y estas armas. Yo, ni sé manejar la mía. ¿Y usted? El problema es que no me gusta cazar. Sólo sé pescar. ¿Es la primera vez que viene usted aquí?

—Sí. ¿Cuándo llegó?

—Hace un rato. Hacia el mediodía. Soy un fanático del Jaguar. No puedo conducir a menos de ciento cincuenta.

Daintry miró la mesa. Junto a cada cubierto había una botella de cerveza. No le gustaba la cerveza, pero, curiosamente, esa bebida suele considerarse adecuada para una cacería. Quizá tenía que ver con el carácter juvenil de la ocasión, como la cerveza de jengibre en los grandes partidos de *cricket* de Lord's. Pero Daintry no tenía nada de juvenil. Para él una partida de caza era un ejercicio de estricta capacidad competitiva. En otros tiempos había sido subcampeón en la King's Cup. De pronto advirtió que habían colocado en el centro de la mesa unos pequeños cuencos de plata que contenían sus Maltesers. La noche anterior se había sentido un tanto incómodo, al ofrecerle casi un cajón lleno a *lady* Hargreaves, que evidentemente no tenía la menor idea de qué hacer con ellos. Daintry comprendió que Castle se había burlado deliberadamente de él. Se alegró al ver que parecían más presentables en los cuencos de plata que en las bolsitas de plástico.

—¿Le gusta la cerveza? —le preguntó a Percival.

—Me gusta cualquier cosa alcohólica —respondió Percival—, excepto el Fernet-Branca.

En ese momento entraron en tropel y bulliciosamente los otros muchachos: Buffy y Dodo, Harry y Dicky, y todos los demás. La platería y la cristalería tintinearon alegremente. Daintry se alegró de que Percival estuviera allí, porque así, al menos, serían dos los nombres de pila ignorados por todos. Desgraciadamente, lo separaron de él en la mesa. Percival concluyó en seguida su primera botella de cerveza y comenzó con la segunda. Daintry se sintió traicionado, porque Percival parecía entenderse muy bien con sus vecinos, como si también fueran miembros de la casa. Había empezado a contar una historia de pesca que había hecho reír al que se llamaba Dicky. Daintry estaba sentado entre el que, al parecer, era Buffy y un hombre enjuto, de cierta edad, con cara de abogado. Se había presentado a sí mismo y su apellido le resultaba familiar. Era el procurador, el consejero jurídico de la Corona, o algo parecido, pero Daintry no recordaba exactamente qué, y esta incertidumbre pesaba sobre la conversación. De pronto, Buffy exclamó:

—¡Dios Santo, pero si son Maltesers!

—¿Conoce los Maltesers? —inquirió Daintry.

—¡Hace tantísimos años que no los pruebo! De niño siempre los compraba en el cine. Tienen un gusto delicioso. ¿No me dirá que hay por aquí algún cine?

—No, los traje yo de Londres.

—¿Va mucho al cine? Yo hace diez años que no piso uno. ¿Todavía venden Maltesers?

—También pueden comprarse en las tiendas.

—Nunca lo hubiera imaginado. ¿Dónde los encontró?

—En un ABC.

—¿ABC?

Daintry, lleno de dudas, repitió lo que Castle le había dicho:

—Compañía del Pan Aireado.

—¡Extraordinario! ¿Qué es pan aireado?

—Lo ignoro —confesó Daintry.

—¡Las cosas que inventan hoy! No me sorprendería que las hogazas estuvieran fabricadas por ordenadores —se inclinó hacia adelante, cogió un Malteser y lo hizo crujir junto a su oído como si fuera un cigarro.

—¡Buffy! —exclamó *lady* Hargreaves—. Antes del pastel de steak y riñones, no.

—Lo siento, mi querida amiga. No pude resistir la tentación. No pruebo uno desde que era niño —volvió a dirigirse a Daintry—: Extraordinario asunto ese de los ordenadores. Una vez pagué cinco libras para que me encontraran esposa.

—¿No está casado? —le preguntó Daintry, con los ojos puestos sobre el anillo de oro que llevaba Buffy.

—No. Siempre llevo esto para protegerme. En broma, ya lo comprenderá usted. Pero es que me gusta mucho probar todos los nuevos artefactos. Tuve que rellenar un cuestionario largo como mi brazo. Títulos, intereses, profesión, todo lo que se pueda imaginar —cogió otro Malteser—. Me encanta lo dulce. Desde siempre.

—¿Y encontró… candidatos?

—Me enviaron una muchacha, sí… ¡Muchacha! Ni un día menos de treinta y cinco años. Tuve que invitarla a tomar el té. No lo había probado desde la muerte de mi madre. Le propuse: «¿No preferirías un *whisky*? Conozco al camarero. Nos lo serviría sin que nadie se diera cuenta». Me respondió que no bebía. ¡No bebía!

—¿Se había equivocado el ordenador?

—La chica se había graduado en economía en la Universidad de Londres. Usaba enormes gafas. Pecho plano. Me dijo que era buena cocinera. Respondí que yo siempre comía en White’s.

—¿Volvió a verla?

—No hablé con ella, pero una vez me saludó desde un autobús cuando yo bajaba por la escalera del club. ¡Un verdadero aprieto! Porque aquel día yo estaba con Dicky. Eso ocurre por haber permitido que los autobuses suban por St. James’s Street. Nadie está ya seguro.

Después del pastel de steak y riñones sirvieron una tarta de melaza y un formidable queso de Stilton. *Sir* John Hargreaves hizo circular el oporto. En la mesa se percibía una leve sensación de inquietud, como si el fin de semana se estuviera

prolongando demasiado. Todos empezaron a mirar el cielo gris a través de las ventanas: dentro de pocas horas sería de noche. Bebían el oporto rápidamente, como con cierta sensación de culpa —en realidad no estaban allí por el placer del ocio—, excepto Percival, que estaba tranquilo. Contaba otra historia de pesca y había cuatro botellas de cerveza vacías junto a su cubierto.

El ayudante del procurador del reino —¿o era el propio procurador?— dijo con voz pastosa:

—Tendríamos que empezar a movernos. Ya cae el sol.

Indudablemente, él no había ido por placer, sino por la ejecución, y Daintry simpatizó con su impaciencia. Hargreaves tendría que haber dado la señal, pero estaba medio dormido. Después de años en el Servicio Colonial —en otros tiempos había sido un joven administrador territorial en lo que entonces era la Costa de Oro— había adquirido la habilidad de echar su siesta en las circunstancias más desfavorables, incluso rodeado de jefes de tribu peleones, que solían hacer más ruido que Buffy.

—John —llamó *lady* Hargreaves desde el otro lado de la mesa—, despierta.

Sir John Hargreaves abrió sus serenos e imperturbables ojos azules y dijo:

—Sólo era una cabezadita.

Se comentaba que de joven, en algún lugar de Ashanti, había comido inadvertidamente carne humana, sin que su digestión se alterase en nada. Según la historia seguía, le había dicho al gobernador: «No podía negarme, señor. Aquella gente me estaba haciendo un gran honor ofreciéndome lo mejor que tenía».

—Bien, Daintry —se decidió el dueño de casa—, supongo que ha llegado el momento de proseguir la matanza —se apartó de la mesa y bostezó—. Querida, tu pastel de steak y riñones es demasiado bueno.

Daintry le observó con envidia. En primer lugar, por su posición. Era uno de los poquísimos hombres ajenos al Servicio que había sido nombrado C. En la empresa nadie sabía por qué lo habían elegido. Se supusieron todo tipo de oscuras influencias, puesto que su única experiencia en información era la que adquirió en África durante la guerra. Daintry también le envidiaba su mujer: ¡tan rica, tan decorativa, tan impecablemente norteamericana! El matrimonio con una norteamericana no podía aparentemente catalogarse de matrimonio con una extranjera. Para casarse con una extranjera se necesitaba obtener una autorización especial, que con frecuencia era denegada. Pero casarse con una norteamericana tal vez constituía un modo de confirmar las privilegiadas relaciones existentes entre los dos pueblos. De cualquier manera, Daintry se preguntaba si *lady* Hargreaves habría sido verdaderamente investigada por el MI-5 y aprobada por el FBI.

—Esta noche —añadió Hargreaves— charlaremos un poco, Daintry. Usted, Percival y yo. En cuanto toda esta gente se haya ido a su casa.

2

Sir John Hargreaves, arrastrando la pierna, repartió cigarros, sirvió *whiskies*, atizó el fuego.

—A mí, personalmente, no me gusta demasiado la caza —declaró—. En África nunca disparé, salvo con una cámara; pero mi mujer adora las viejas costumbres inglesas. Si tienes tierras, dice, has de tener caza de pluma. Y me temo que hoy no había bastantes faisanes, Daintry.

—En conjunto, pasé un día estupendo —respondió el coronel.

—Me gustaría que tuvieras un río con truchas —intervino el doctor Percival.

—Claro, lo tuyo es la pesca. Pues bien, podemos decir que algo de pesca tenemos entre manos —rompió en dos un leño con el atizador—. Sé que es un gesto inútil, pero me encanta ver cómo vuelan las chispas… Parece que hubo una filtración en algún lugar de la sección 6.

—¿En el país o fuera? —quiso saber Percival.

—No estoy seguro, pero tengo la desagradable sensación de que ha sido aquí. En una de las secciones africanas… la 6A.

—Acabo de pasar por la sección 6 —dijo Daintry—. Sólo un examen protocolario. Para conocer a la gente.

—Sí, me han informado de ello. Por eso le pedí que viniera. Lo que no excluye, naturalmente, el placer de haber contado con usted para la cacería. ¿Encontró algo que le resultase sospechoso?

—La seguridad está un poco descuidada. Pero eso también es aplicable a las demás secciones. Por ejemplo, realicé una somera inspección de lo que la gente lleva en sus carteras de mano cuando sale a almorzar. Nada grave, pero me sorprendió el número de carteras… Sólo les hice una advertencia, por supuesto. Pero una advertencia puede asustar a un hombre nervioso. No podemos pedirles que se desnuden.

—Eso es lo que hacen en los campos de diamantes, pero convengo en que, en el West End, esa clase de strip-tease resultaría algo desacostumbrado.

—¿No vio nada que le llamara realmente la atención? —preguntó Percival.

—Nada serio. Davis, de la 6A, se llevaba un informe… afirmó que quería leerlo mientras almorzaba. Le hice una advertencia, naturalmente, y le obligué a dejarlo en manos del brigadier Tomlinson. También investigué todas las filiaciones. La depuración se ha llevado a cabo muy eficazmente, desde que estalló el caso Blake; pero todavía tenemos a unos cuantos hombres que estaban ya con nosotros en aquella triste época. Algunos de ellos están en la casa desde los tiempos de Burgess y Maclean. Podríamos seguir su rastro nuevamente, pero es difícil seguir unas huellas ya frías.

—Es posible, naturalmente, sólo posible —opinó C— que la filtración proviniera del exterior y que las pruebas se hayan establecido aquí. Para sembrar la discordia

entre nosotros, minar nuestra moral y desacreditarnos ante los norteamericanos. Si se supiera públicamente que hubo una filtración, sería más perjudicial que la filtración misma.

—Eso es exactamente lo que yo estaba pensando —dijo Percival—. Interpelaciones en el Parlamento. Otra vez los viejos nombres sobre el tapete: Vassall, el asunto Portland, Philby. Pero si lo que ellos buscan es publicidad, es muy poco lo que nosotros podemos hacer.

—Supongo que nombrarían una Comisión de Investigación para cerrar la puerta del establo —conjeturó Hargreaves—. Pero supongamos por un momento que lo que en realidad buscan es información y no escándalo. En ese caso, la sección 6 es de las menos probables. En África no hay secretos atómicos. Hay guerrillas, luchas tribales, mercenarios, pequeños dictadores, escasez, hambrunas, escándalos inmobiliarios, lechos de oro macizo, pero nada demasiado secreto. Por eso me pregunto si lo que buscan no será, sencillamente, el escándalo, para demostrar que han logrado infiltrarse una vez más en el servicio secreto británico.

—¿Es una filtración importante, C? —inquirió Percival.

—Digamos que un pequeñísimo goteo, principalmente económico. Pero lo interesante es que, aparte de la economía, concierne a los chinos. Dado que los rusos son tan neófitos en África, ¿no podría ser que quisieran utilizar nuestro servicio para obtener información sobre los chinos?

—Es muy poco lo que pueden saber por nosotros —acotó Percival.

—Pero ya sabes lo que ocurre en todas las centrales. Si hay algo que nadie puede soportar es una ficha totalmente virgen.

—¿Por qué no les enviamos copias, con nuestros saludos, de todo lo que les mandamos a los norteamericanos? Se supone que hay una *detente,* ¿verdad? Todos nos ahorraríamos montones de problemas —Percival sacó un tubito de su bolsillo y roció las gafas; luego, las secó con un inmaculado pañuelo blanco.

—Sírvanse ustedes mismos el *whisky* —sugirió C—. Estoy demasiado entumecido para moverme después de esta maldita cacería. Daintry, ¿se le ocurre algo?

—La mayoría de las personas de la sección 6 son posteriores al asunto Blake. Si sus antecedentes son dudosos, entonces nadie está a salvo de sospecha.

—De todos modos, la procedencia parece ser la sección 6… Y probablemente la 6A. Aquí o en el exterior.

—Watson, el jefe de la sección 6 es, relativamente, un recién llegado —explicó Daintry—. Fue pasado por la criba concienzudamente. Después está Castle. Hace mucho tiempo que está con nosotros. Lo trajimos de Pretoria hace siete años porque lo necesitaban en la 6A. Además había motivos personales… historias sobre la chica con quien quería casarse. Pertenece a los tiempos de las averiguaciones hechas a la ligera, pero yo diría que está limpio. Es un personaje opaco, aunque de primera clase con los archivos… Generalmente los peligrosos son los más brillantes y ambiciosos.

Castle está casado por segunda vez; su primera mujer murió. Tiene un solo hijo, una casa comprada en las afueras con un crédito. Un seguro de vida con los pagos al día. Tren de vida modesto. Ni siquiera tiene coche. Creo que va diariamente en bicicleta a la estación. Se graduó en historia en la universidad, aprobando simplemente. Preciso, escrupuloso. El Roger Castle del Tesoro es primo suyo.

—¿Entonces, cree que está limpio?

—Tiene sus excentricidades, pero yo diría que no son peligrosas. Por ejemplo, me sugirió que le trajera estos Maltesers a *lady* Hargreaves.

—¿Maltesers?

—Es una historia larga y prefiero no aburrirles con ella ahora. Después está Davis. No sé si me complace tanto Davis, a pesar del resultado positivo de la investigación.

—Sírveme otro *whisky*, por favor, Percival, sé bueno. Cada año digo que será mi última cacería.

—Pero los pasteles de steak y riñones de tu mujer son maravillosos. No me los perdería por nada del mundo —le recordó Percival.

—Podríamos encontrar otra excusa para degustarlos.

—¿Por qué no intentas poner truchas en ese riachuelo…?

Daintry volvió a experimentar un pellizco de envidia: una vez más se sintió excluido. No tenía nada en común con sus compañeros, una vez franqueadas las fronteras de sus dominios: la Seguridad. Incluso como cazador se sentía un profesional. Se decía que Percival coleccionaba pinturas. ¿Y C? Su rica esposa norteamericana le había abierto las puertas de toda la vida social. El pastel de steak y riñones era todo lo que a Daintry se le había permitido compartir con ellos fuera de las horas de oficina… por primera, y quizá por última vez.

—Siga hablando de Davis —pidió C.

—Universidad de Reading. Matemáticas y física. Cumplió parte de su servicio militar en el centro nuclear de Aldermaston. Nunca apoyó, al menos abiertamente, las manifestaciones de protesta. Partido Laborista, por supuesto.

—Como el cuarenta y cinco por ciento de la población —apuntó C.

—Sí, sí, naturalmente; y sin embargo… Es soltero. Vive solo. Gasta con bastante liberalidad. Es muy aficionado al oporto añejo. Apuesta en las carreras. Claro que ésa es una de las formas clásicas de justificar por qué puede permitirse…

—¿Qué es lo que se permite, además del oporto?

—Bueno, tiene un Jaguar.

—También yo —dijo Percival—. Supongo que será inútil preguntarte cómo se descubrió la filtración —Percival se dirigía a C.

—No los habría reunido aquí si no pudiera decirlo. Lo sabe Watson, pero nadie más que él en la sección 6. La fuente de información es poco habitual: un confidente soviético que permanece en su puesto.

—¿No podría provenir la filtración de alguna sección 6 del exterior? —inquirió

Daintry.

—Es posible, pero lo dudo. Aunque es cierto que uno de los informes que cayeron en manos de los otros parecía directamente salido de Lourenço Marques. Palabra por palabra, tal como 69300 lo escribió. Casi como una fotocopia del verdadero informe. De modo que podríamos pensar que la filtración se produjo allí, si no fuera por algunas correcciones y supresiones. Inexactitudes que sólo podían descubrirse aquí, comparando el informe con los archivos.

—¿Una secretaria? —sugirió Percival.

—Daintry empezó por ellas, ¿no es así? A las secretarias se las investiga más profundamente que a nadie. Lo cual nos deja a Watson, a Castle y a Davis.

—Algo que me preocupa —observó Daintry— es que Davis fuera el que sacaba un informe de la oficina. Precisamente un informe de Pretoria. Aparentemente sin importancia, pero que, en cierto sentido, concernía a China. Davis dijo que quería volver a leerlo mientras almorzaba, que él y Castle tenían que discutirlo más tarde con Watson. Comprobé la verdad de sus palabras con este último.

—¿Qué nos sugiere que hagamos? —preguntó C.

—Podríamos establecer un control de máxima seguridad con ayuda de M-5 y de la sección especial. Para todo el personal de la sección 6. Cartas, llamadas telefónicas, aparatos de escucha en sus casas, vigilancia de todos sus movimientos.

—Si las cosas fueran tan sencillas, Daintry, no le habría molestado haciéndole venir hasta aquí. Ésta fue sólo una cacería de segunda categoría y yo sabía que los faisanes le decepcionarían. —Hargreaves levantó su pierna enferma con ambas manos y la acomodó en dirección al fuego—. Supongamos que demostramos que Davis es el culpable… O Castle, o Watson… ¿Qué haríamos entonces?

—Eso quedaría en manos de los tribunales —sostuvo Daintry.

—Titulares en los periódicos. Otro juicio a puerta cerrada. Aparte de nosotros, nadie se daría cuenta de lo insignificante y carente de importancia que era la filtración. A quienquiera que fuese, no le echarían cuarenta años como a Blake. Tal vez cumplirla diez, siempre que la cárcel fuese seguro.

—Eso no es de nuestra incumbencia.

—No, Daintry, claro que no. Pero no me gusta nada la idea de un juicio. Después, ¿qué cooperación podríamos esperar de los norteamericanos? Además, debemos tener en cuenta a nuestra fuente. Ya les he dicho que todavía ocupa su puesto. No debemos quemarlo mientras pueda sernos útil.

—En cierto sentido —intervino Percival—, sería mejor cerrar los ojos como un marido complaciente. Trasladar a la persona que sea a algún departamento inofensivo. Olvidar todo el asunto.

—¿Y encubrir un delito? —protestó Daintry.

—Oh, delito —Percival le sonrió a C como si fueran conspiradores—. Todos cometemos delitos alguna vez. Es nuestro oficio.

—El problema —prosiguió C— consiste en que la situación, efectivamente, es

algo así como un matrimonio que se tambalea. En un matrimonio, si el amante comienza a hartarse del consentimiento del marido, siempre puede provocar un escándalo. Es él quien tiene los triunfos en la mano. Puede elegir el momento. Pero yo no quiero que se provoque ningún escándalo.

Daintry odiaba la frivolidad. La frivolidad era una especie de código secreto del que no poseía la clave. Tenía derecho a leer los cables y los informes «ultra-confidenciales»; pero este tipo de frivolidad era tan secreta que le resultaba imposible comprenderla.

—Personalmente —dijo—, prefiero dimitir que encubrir una cosa así —apoyó el vaso de *whisky* con tanta fuerza que astilló el cristal. Otra vez *lady* Hargreaves, pensó: seguramente fue ella quien insistió en los vasos de cristal.

—Lo siento —murmuró.

—Tiene usted razón, Daintry, claro que sí —concedió Hargreaves—. No se preocupe por el vaso. Le ruego que no piense que le traje hasta aquí para persuadirle de que entierre el asunto, si tenemos pruebas suficientes… Pero un juicio no es, necesariamente, la solución conveniente. Por lo general, los rusos no llevan a los suyos a juicio. El de Penkovsky nos reforzó la moral; incluso exageraron su importancia, como hizo la CIA. Todavía me pregunto por qué celebraron un juicio. Me gustaría ser ajedrecista. ¿Juega usted al ajedrez, Daintry?

—No, lo mío es el *bridge*.

—Los rusos no juegan al *bridge*; o al menos que yo sepa.

—¿Tiene eso alguna importancia?

—Estamos jugando, Daintry, todos jugamos. Es importante no tomarse el juego demasiado en serio o podemos perder. Debemos ser flexibles; pero es importante, naturalmente, que juguemos todos el mismo juego.

—Lo siento, señor —se lamentó Daintry—, pero no comprendo de qué está usted hablando.

Daintry tenía conciencia de que había bebido demasiado *whisky*; y también de que C y Percival evitaban deliberadamente mirarse para no humillarle. Son enigmáticos, pensó, muy enigmáticos.

—Bebamos otro *whisky* —invitó C—. O quizás no ha sido un día muy largo y muy mojado. ¿Percival…?

—A mí me vendría bien otro —reconoció Daintry. Percival llenó los vasos—. Lamento insistir tanto, pero me gustaría tener las cosas más claras antes de acostarme. De lo contrario, no dormiría en toda la noche.

—En realidad, es muy sencillo —resumió C—. Supongamos que pone usted en marcha un control de máxima seguridad. Es posible que levante la pieza sin más dificultades. Él se dará cuenta en seguida de lo que ocurre… si es culpable, quiero decir. Piense usted en algún tipo de trampa: la vieja técnica del billete marcado rara vez falla. Cuando estemos absolutamente seguros de que es nuestro hombre, sólo tendremos que eliminarlo. Sin juicio, sin publicidad. Si antes podemos obtener

información sobre sus contactos, tanto mejor; pero no debemos correr el riesgo de una evasión estrepitosa, seguida de una conferencia de prensa en Moscú. Tampoco podemos considerar la idea de un arresto. Si damos por sentado que está en la sección 6, todos los informes que pueda pasar no harán tanto daño como el escándalo de un proceso ante los tribunales.

—¿Eliminarlo? ¿Quiere decir…?

—Sé que la eliminación es algo bastante nuevo para nosotros. Está más en la línea del KGB o de la CIA. Por eso quería que conociera a Percival. Podemos necesitar la ayuda de la ciencia. Nada espectacular. Un certificado médico. Ninguna investigación judicial, si puede evitarse. Un suicidio es muy fácil, pero siempre representa la apertura de un sumario, lo que puede conducir a una interpelación en la Cámara. Actualmente, todo el mundo sabe lo que significa «departamento del Foreign Office»: «¿Pertenecía realmente a los servicios de Seguridad?». Ya sabe usted el tipo de preguntas que es capaz de hacer un diputado. Y nadie cree, nunca, la respuesta oficial. Menos aún los norteamericanos.

—Sí —intervino Percival—, comprendo. ¡Tiene que morir tranquila y pacíficamente, sin ningún sufrimiento, el pobre diablo! A veces el dolor queda reflejado en el rostro y tenemos que tener en cuenta a los parientes… Una muerte natural…

—Sé que es un poco difícil, con tantos antibióticos nuevos —opinó C—. Supongamos por un momento que es Davis. Tiene poco más de cuarenta años. Está en la flor de la vida.

—Coincido con usted. Tal vez pudiéramos arreglar un ataque cardíaco. A menos que… ¿Sabe alguien si bebe mucho?

—Usted mencionó el oporto, ¿verdad, Daintry?

—No digo que sea culpable —objetó Daintry.

—Nadie lo está diciendo —respondió C—. Sólo estamos tomando a Davis como un ejemplo posible… para ayudarnos a analizar el problema.

—Me gustaría ver su historia clínica —propuso Percival—. Y también me gustaría conocerlo personalmente, con alguna excusa. En cierto modo será mi paciente, ¿no? Es decir, si…

—Usted y Daintry pueden arreglar eso. No corre tanta prisa. Antes tenemos que estar absolutamente seguros de que es nuestro hombre. Y ahora… el día ha sido largo… Demasiadas liebres y muy escasos faisanes. Espero que duerman bien. Les llevaremos el desayuno a la cama. ¿Huevos con tocino? ¿Salchichas? ¿Té o café?

—Los periódicos, café, tocino, huevos y salchichas, si es posible —aceptó Percival.

—¿A las nueve?

—A las nueve.

—¿Y usted, Daintry?

—Sólo café y una tostada. A las ocho en punto, si no les molesta. No suelo

dormir hasta muy tarde y mañana me aguarda mucho trabajo.

—Tendría que descansar más —le aconsejó C.

3

El coronel Daintry era un maníaco del afeitado. Ya lo había hecho antes de la cena, pero se dio una nueva pasada en la barbilla con su Remington. Dejó caer un poco de polvo de barba sobre el lavabo y, al palparse el mentón con la punta de los dedos, se sintió justificado en su escrúpulo. Luego enchufó su cepillo de dientes eléctrico. El leve zumbido fue suficiente para ahogar el ligero golpe que sonó en la puerta, de modo que se sorprendió cuando vio por el espejo que ésta se abría y el doctor Percival entraba con aire dubitativo.

—No quisiera molestarle, Daintry.

—Pase. ¿Necesita algo? ¿Alguna cosa que yo pueda prestarle?

—No, no. Sólo quería conversar un rato antes de acostarme. Es divertido ese artilugio suyo. Muy moderno, además. ¿Es realmente mejor que un cepillo de dientes corriente?

—El agua pasa entre los dientes —explicó Daintry—. Me lo recomendó mi dentista.

—Para eso siempre llevo conmigo un palillo —Percival sacó de su bolsillo un pequeño estuche rojo con la firma de Cartier—. Bonito, ¿verdad? Dieciocho quilates. Mi padre lo usó antes que yo.

—Creo que este aparato es más higiénico —dijo Daintry.

—Yo no estaría tan seguro. Esto se lava fácilmente. Practiqué la medicina general, ¿sabe usted?, en Harley Street y lugares así, antes de entrar en este negocio nuestro. No sé para qué me quieren… Quizá sea para firmar certificados de defunción —recorrió la habitación, interesándose por todo—. Supongo que no habrá caído usted en la moda estúpida del flúor —se detuvo ante una fotografía colocada en un marco plegable, sobre la cómoda—. ¿Su mujer?

—No. Mi hija.

—Bonita.

—Mi mujer y yo estamos separados.

—Yo nunca me casé —declaró Percival—. Si he de decirle la verdad, nunca me interesaron mucho las mujeres. No me interprete mal… Tampoco me interesan los hombres. En cambio un buen río truchero… ¿Conoce el Aube?

—No.

—Una corriente muy pequeña con peces muy grandes.

—La verdad es que nunca me ha interesado la pesca —Daintry empezó a poner en orden su artefacto eléctrico.

—Divago, ¿verdad? —prosiguió Percival—. Nunca puedo ir directamente al grano. Esto también es como la pesca: a veces es necesario hacer cien lanzamientos malos antes de situar bien la mosca.

—Yo no soy un pez y es más de medianoche —le interrumpió Daintry.

—Querido amigo, lo siento sinceramente. No lo entretendré más de un minuto. Pero no quería que se acostara preocupado.

—¿Es que estaba preocupado?

—Me pareció que le escandalizaba un poco la actitud de C… Me refiero a todo en general.

—Sí, tal vez sea así.

—No lleva usted mucho tiempo con nosotros, de lo contrario sabría hasta qué punto vivimos todos encerrados en nuestro compartimiento. Cada uno en su cajón estanco.

—No siempre comprendo.

—Sí, eso ya lo dijo antes, ¿no? La comprensión, en nuestro negocio no es muy necesaria. Veo que le han dado la habitación de Ben Nicholson.

—Yo no…

—Yo estoy en la de Miró. Buenas litografías, ¿verdad? En realidad fue una idea mía… Me refiero a esta decoración. *Lady* Hargreaves quería grabados deportivos para que hicieran juego con los faisanes.

—No comprendo la pintura moderna —manifestó Daintry.

—Eche un vistazo a ese Nicholson. ¡Qué inteligente equilibrio! Cuadrados de distintos colores, y que sin embargo, coexisten juntos y dichosos. No tropiezan. Ese hombre tiene un instinto prodigioso. Si se cambia uno solo de estos colores… o incluso el tamaño de uno solo de los cuadrados… todo se derrumbará… —Percival señaló un cuadrado amarillo—. Ésta es su sección, la 6. A partir de ahora, éste es su cuadrado. No tiene por qué preocuparse del azul o del rojo. Todo cuanto tiene que hacer es echar mano a nuestro hombre y decírmelo luego. Usted no tiene ninguna responsabilidad de lo que ocurra en el cuadrado rojo o en el azul. De hecho, ni siquiera de lo que ocurra en el amarillo. Se limitará a informar. Sin cargo de conciencia. Ni remordimientos.

—Un acto no tiene nada que ver con sus consecuencias… ¿Es eso lo que quiere decir?

—Las consecuencias se deciden en otro lado, Daintry. No tiene que tomarse demasiado en serio la conversación de esta noche. A C le gusta lanzar ideas al aire y ver cómo caen. Le gusta escandalizar. Ya conoce usted su anécdota con los caníbales. Por lo que sé, el culpable, si es que hay un culpable, será entregado a la policía a la manera conservadora. Nada que pueda quitarle el sueño. Pero trate de entender esa

fotografía. Especialmente el cuadrado amarillo. Si usted pudiera verlo con mis ojos, esta noche dormiría muy bien.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

1

Un muchacho viejo, con el pelo hasta los hombros y la mirada angelical de un abate del siglo XVIII, barría la puerta de una discoteca, en la esquina de Little Compton Street, cuando Castle pasó.

Castle había cogido el tren antes que de costumbre y no tenía que llegar a la oficina hasta tres cuartos de hora después. A aquella hora, el Soho todavía conservaba algo del encanto y la inocencia que él recordaba de su juventud. En aquella misma esquina oyó por primera vez una lengua extranjera, y en el restaurante pequeño y barato de al lado había bebido su primer vaso de vino. En aquellos tiempos, cruzar Old Compton Street era lo que más se parecía a cruzar el Canal de la Mancha. A las nueve de la mañana, todos los locales de strip-tease permanecían cerrados y sólo las *delicatessen* de su juventud estaban abiertas. Los nombres colocados junto a los timbres de los pisos —Lulú, Mimí y otros análogos— eran el único signo que indicaba las actividades de la tarde y de la noche en Old Compton Street. Los canalillos de las cunetas dejaban correr el agua fresca y las amas de casa madrugadoras pasaban a su lado, bajo la palidez brumosa del cielo, con abultadas bolsas de salami y leberwurst, y un aire de felicidad y triunfo. Ni un solo policía a la vista; allí, donde después de oscurecer, se les veía deambular por parejas. Castle cruzó la apacible calle y entró en una librería que frecuentaba desde hacía varios años.

Se trataba de una librería que resultaba inusitadamente respetable en aquella zona del Soho. Muy diferente de la que estaba enfrente, que sólo tenía, a modo de muestra, un sencillo cartel con la palabra «Libros» en letras de color escarlata. El escaparate, bajo ese cartel, exhibía revistas pornográficas que nunca se veía comprar a nadie: eran como una señal de un código fácil, largo tiempo atrás descifrado; delataban la naturaleza de las mercancías y los intereses ocultos en el interior. Pero la tienda de Halliday & Son, oponía a esta invitación escarlata, un escaparate lleno de libros de Penguin y Everyman, y ejemplares de segunda mano de los Clásicos Mundiales. El hijo nunca aparecía por allí, atendía personalmente el viejo señor Halliday, encorvado, canoso y revestido de un aire de cortesía, como si fuese del viejo traje con el que probablemente le gustaría ser enterrado. Escribía todas sus cartas comerciales a mano y en aquel momento estaba dedicado precisamente a esa tarea.

—Una hermosa mañana otoñal, señor Castle —le saludó el señor Halliday

mientras caligrafiaba con gran cuidado la frase «su seguro servidor».

—En el campo había un poco de escarcha esta mañana.

—Todavía resulta algo prematuro —opinó el señor Halliday.

—¿Tendrá usted un ejemplar de *Guerra y paz*? No la he leído nunca y creo que ya es hora de hacerlo.

—¿Ya terminó *Clarissa*, señor?

—No, pero sospecho que estoy atascado. Sólo la idea de todos los volúmenes que me quedan por leer… Necesito cambiar.

—La edición de Macmillan está agotada, pero me parece que tengo una de segunda mano, en buen estado, de los Clásicos Mundiales, en un volumen. Traducción de Aylmer Maude. Maude es insuperable para Tolstoi. No era un mero traductor, sino un amigo del autor —posó la pluma y contempló pesaroso la frase «su seguro servidor»; evidentemente, la caligrafía no le resultaba satisfactoria.

—Esa es la traducción que quiero. Dos ejemplares, naturalmente.

—Si me permite preguntárselo, ¿cómo marchan sus cosas, señor?

—Mi hijo está enfermo. Sarampión. Nada que deba preocuparnos, ninguna complicación…

—Eso me tranquiliza, señor Castle. En estos tiempos, el sarampión puede resultar peligroso. Espero que todo ande bien en la oficina. ¿Ninguna crisis en los asuntos internacionales?

—Al menos ninguna que me hayan comunicado. Todo está muy tranquilo. Estoy pensando seriamente en retirarme.

—Lamento oírle decir eso, señor. Necesitamos caballeros que hayan viajado, como usted, para ocuparse de nuestros asuntos extranjeros. Confío en que le darán una buena pensión.

—Lo dudo. ¿Cómo van sus negocios?

—Tranquilos, señor, muy tranquilos. Las modas cambian. Recuerdo los años cuarenta, cuando la gente hacía cola para comprar un nuevo Clásico Mundial. Actualmente hay muy poca demanda de los grandes escritores. Los viejos se hacen más viejos y los jóvenes… bueno, no parecen salir de su juventud y sus gustos difieren de los nuestros… Mi hijo trabaja más que yo, en la tienda de enfrente.

—Supongo que tiene una clientela extraña.

—Prefiero no pensar en eso, señor Castle. Las dos librerías tienen que ser muy distintas… siempre he insistido en ello. Jamás entrará aquí ningún policía para hacer lo que yo llamo, dicho sea entre nosotros, un chantaje. Y no es que las cosas que vende el muchacho puedan causar un daño real. Yo digo que es como predicar a los conversos. Lo que está corrompido no puede corromperse, señor.

—Algún día tengo que conocer a su hijo.

—Cruza al anochecer para ayudarme con las cuentas. Tiene mejor cabeza que yo para los números. A menudo hablamos de usted, señor. Le interesa enterarse de lo que me compra. Creo que a veces me envidia el tipo de clientes que tengo, aunque sean

muy pocos. Él atiende a los tipos vergonzantes, señor. No son de los que conversan sobre los libros, como usted y yo.

—Puede decirle que tengo una edición de *Monsieur Nicolás* que quiero vender. Creo que no es adecuada para usted.

—Tampoco estoy seguro de que lo sea para él, señor. Es una especie de clásico… El título no es lo bastante sugerente para sus clientes, además de que es caro. Los catálogos clasificarían esta obra más como erótica que como curiosa. Naturalmente, mi hijo podría encontrar a alguien que se lo llevara prestado. La mayoría de los libros salen de su tienda en calidad de préstamo. Un día compran un libro y al siguiente lo cambian. No son libros para conservar… como lo era una colección de las obras completas de *sir* Walter Scott.

—¿No se olvidará de decírselo? *Monsieur Nicolás*.

—Oh, no, señor. Restif de la Bretonne. Edición limitada. Publicado por Rodker. Para los libros de antes, tengo una memoria de enciclopedia. ¿Se lleva usted *Guerra y paz*? En ese caso concédame cinco minutos para buscarlo en el sótano.

—Puede enviármelo a Berkhamsted. Hoy no tendré tiempo de leer. Pero acuérdese de decirle eso a su hijo…

—Nunca he olvidado un encargo, ¿verdad, señor?

Cuando Castle abandonó la librería, cruzó la calle y se asomó un instante al otro establecimiento. Lo único que vio fue a un joven granujiento que se paseaba tristemente ante un mostrador lleno de Men Only y *Penthouse*… En el fondo de la tienda había una cortina de reps verde. Probablemente ocultaba ejemplares más sabios y más caros, así como compradores más tímidos, y quizá también al joven Halliday, a quien Castle todavía no había tenido la suerte de conocer… si suerte era el término adecuado.

2

Por una vez, Davis había llegado a la oficina antes que Castle, a quién manifestó en tono de excusa:

—Hoy he llegado pronto. Me dije que el nuevo barrendero podía estar barriendo aún. De modo que pensé… que una apariencia de celo… no vendría mal.

—Daintry nunca aparecerá por aquí un lunes por la mañana. Ha salido de caza durante el fin de semana. ¿Aún no hay nada de Zaire?

—Nada, todavía. Los yanquis piden más información sobre la misión china en Zanzíbar.

—No tenemos nada nuevo que ofrecerles. Eso corresponde al MI-5.

—Por el alboroto que arman, se diría que Zanzíbar está tan cerca de ellos como Cuba.

—Y casi es así, en la era del jet.

Entró Cynthia, la hija del general de brigada, con dos tazas de café y un telegrama. Llevaba un pantalón marrón y un jersey de cuello de cisne. Tenía algo en común con Davis, puesto que también representaba una comedia. Si el fiel Davis parecía tan poco digno de confianza como un corredor de apuestas, Cynthia —de inclinaciones domésticas— parecía tan lanzada como un joven soldado de un comando. Era una pena que su ortografía fuese tan mala, aunque quizá en su escritura hubiera algo tan isabelino como su nombre. Probablemente esperaba a un Philip Sidney, pero hasta entonces sólo había encontrado un Davis.

—De Lourenço Marques —informó Cynthia a Castle.

—Asunto tuyo, Davis.

—Interesantísimo —observó Davis—. «Su 253 de septiembre 10 mutilado. Por favor repitan». Asunto tuyo, Cynthia. Sé buena y corre a cifrarlo nuevamente… y trata de que esta vez la ortografía sea correcta. Eso ayuda. Tú sabes, Castle, que cuando ingresé en esta empresa era un romántico. Pensaba en secretos atómicos. Sólo me aceptaron porque era un buen matemático y en física tampoco andaba mal.

—Los secretos atómicos corresponden a la sección 8.

—Creí que al menos aprendería algunos trucos interesantes, como, por ejemplo, a usar tinta invisible. Estoy seguro de que tú lo sabes todo acerca de las tintas invisibles.

—Una vez tuve la oportunidad… Llegué incluso a utilizar excrementos de aves. Seguí un curso sobre el tema antes de que me enviaran a una misión, al final de la guerra. Me entregaron una bonita caja de madera llena de frascos, como esos estuches de química para niños. Y un hervidor eléctrico… con una provisión de agujas de tejer de plástico.

—¿Para qué demonios servían?

—Para abrir cartas.

—¿Y lo hiciste? Quiero decir si abriste alguna.

—No, aunque una vez lo intenté. Me enseñaron a no abrir el sobre por la solapa, sino por el costado. Y después, para cerrarlo, tenía que utilizar la misma goma. La dificultad fue que no tenía la goma adecuada, de modo que tuve que quemar la carta después de leerla. De cualquier modo, no era nada importante. Sólo una carta de amor.

—¿Y una Luger? Supongo que tenías una Luger. O una estilográfica explosiva.

—No. En esta casa nunca hemos tenido mentalidad de James Bond. No se me permitió llevar ningún arma y mi único coche fue un Mini Morris de segunda mano.

—Al menos podrían darnos una Luger para los dos. Vivimos en la era del terrorismo.

—Pero tenemos un perturbador de emisiones —dijo Castle, con la esperanza de calmar a Davis.

Castle conocía bien la clase de amargo diálogo que solía surgir cuando Davis estaba de mal humor. Una copa de oporto de más, alguna decepción con Cynthia…

—¿Alguna vez manejaste un micropunto, Castle?

—Nunca.

—¿Ni siquiera un veterano como tú? ¿Cuál fue la información más secreta que tuviste en tus manos?

—Una vez supe la fecha aproximada de una invasión.

—¿Normandía?

—No, no. Sólo las Azores.

—¿Fueron invadidas? Lo había olvidado… O quizás nunca lo supe. Bueno, muchacho, supongo que debemos vencer nuestras resistencias y dedicarnos al maldito asunto de Zaire. ¿Podrías decirme por qué los yanquis están tan interesados por nuestras previsiones en cuanto a la producción de cobre?

—Supongo que afecta el presupuesto y que eso quizás influya en los programas de ayuda. Tal vez el gobierno de Zaire pudiera sentirse tentado a completar la ayuda americana con la de otro pacto. Mira, aquí está… Informe 397… alguien de nombre más bien eslavo almorzó el día veinticuatro con el presidente.

—¿Hasta de eso tenemos que informarle a la CIA?

—Por supuesto.

—¿Y crees que, a cambio, nos darán al menos un pequeño misil teledirigido secreto?

Sin duda Davis estaba en uno de sus días malos. Sus ojos tenían un matiz amarillento. Sólo Dios sabría qué brebajes habría bebido la noche anterior en su piso de soltero de Davies Street. Dijo con tono abatido:

—James Bond habría hecho suya a Cynthia hace tiempo. En una playa de arena y bajo un sol ardiente. Hazme el favor de alcanzarme la tarjeta de Philip Dibba, ¿quieres?

—¿Qué número tiene?

—59800/3.

—¿En qué se ha metido ahora?

—Corre el rumor de que su retiro como director de correos en Kinshasa fue obligado. Hizo imprimir erróneamente demasiados sellos para su colección particular. Era nuestro agente más poderoso y de mayor categoría en Zaire.

—Davis se agarró la cabeza con las manos y lanzó un aullido animal de profunda y auténtica aflicción.

—Sé cómo te sientes, Davis —comentó Castle—. Hay momentos en que yo también quisiera jubilarme… O cambiar de trabajo.

—Es demasiado tarde para eso.

—¿Quién sabe? Sarah siempre me dice que podría escribir un libro.

—Secretos oficiales.

—No sería sobre la casa, sino sobre el *apartheid*.

—Ése no es tema para un *best-seller* —Davis dejó de escribir la tarjeta de Dibba —. Bromas aparte, viejo amigo; te ruego que no pienses en eso. No podría soportar este trabajo sin ti. Reventaría si no tuviera a alguien con quien reírme de las cosas. Incluso temo sonreír delante de cualquier otro. Hasta de Cynthia. La quiero, pero es excesivamente leal, y podría informar de que no soy fiable del todo. Sería capaz de decírselo al coronel Daintry. Tendría que hacer como James Bond, que mata a la chica con la que acaba de acostarse. Sólo que Cynthia no se ha acostado conmigo.

—No hablaba en serio —afirmó Castle—. ¿Cómo iba a marcharme? ¿A dónde iría? Salvo que me retirara. Tengo sesenta y dos años, Davis. He rebasado la edad oficial. A veces pienso que se han olvidado de mí, o que tal vez han perdido mi expediente.

—Aquí piden datos sobre un tipo llamado Agbo, un empleado en Radio Zaire, 59800 lo propone como subagente.

—¿Para qué?

—Tiene un contacto en Radio Ghana.

—No me parece demasiado valioso. De cualquier forma, Ghana no es territorio nuestro. Pásalo a la 6-B y quizás ellos puedan utilizarlo.

—No te precipites, Castle. No tenemos por qué regalar un tesoro como ese. ¿Quién sabe lo que puede surgir del agente Agbo? Desde Ghana podríamos incluso penetrar en Radio Guinea. Eso eclipsaría a Penkovsky. ¡Qué triunfo! La CIA nunca ha entrado tan profundamente en el negro corazón de África —el humor de Davis seguía siendo lúgubre.

—Tal vez nosotros sólo vemos el aspecto menos interesante de las cosas de 6A — dijo Castle.

Volvió a entrar Cynthia. Traía un sobre para Davis.

—Tienes que firmar aquí y acusar recibo.

—¿Qué contiene?

—¿Cómo puedo saberlo? Es de la Administración —recogió un único papel de la bandeja de salida—. ¿Esto es todo?

—No estamos precisamente sobrecargados de trabajo, Cynthia. ¿Podemos almorzar juntos?

—No, tengo que comprar unas cuantas cosas para la cena de esta noche —cerró la puerta con decisión.

—Bueno, otra vez será. Siempre igual —Davis abrió el sobre y después de leer el contenido comentó—: ¿Qué inventarán la próxima vez?

—¿De qué se trata? —preguntó Castle.

—¿Tú no recibiste uno de éstos?

—Ah, un examen médico. Por supuesto. Ya no recuerdo cuántas veces me examinaron en mis tiempos. Es algo relacionado con el seguro… o con la jubilación.

Antes de enviarme a Sudáfrica, el doctor Percival (aunque quizá tú no le conozcas), el doctor Percival intentó hacerme creer que tenía diabetes. Me enviaron a un especialista, que descubrió que apenas tenía azúcar en la sangre, en lugar de tener demasiado… Pobre Percival. Creo que estaba un poco alejado de la práctica médica, desde que se mezcló con nosotros. En esta empresa, la seguridad es más importante que un diagnóstico correcto.

—Esta nota lleva la firma de Percival. Emmanuel Percival. ¡Qué nombre! ¿Emmanuel no era el famoso portador de las buenas noticias? ¿No te parece que a lo mejor están pensando en enviarme al exterior?

—¿Te gustaría?

—Siempre he soñado con que algún día me destinaran a Lourenço Marques. Nuestro hombre de allí está en las listas de traslados. Allí el oporto debe de ser de primera, ¿no? Supongo que hasta los revolucionarios beben oporto. Si pudiera llevarme a Cynthia conmigo…

—Y yo que te creía partidario de la vida de soltero…

—No hablaba de matrimonio. James Bond nunca tuvo que casarse. Me gusta la cocina portuguesa.

—Ahora, probablemente será cocina africana. ¿Sabes algo de aquel lugar, aparte de los telegramas de 69300?

—Llegué a reunir un fichero completo de los sitios nocturnos y de los restaurantes antes de su maldita revolución. Es posible que ahora estén todos cerrados. De cualquier manera, creo que 69300 no sabe ni la mitad de lo que yo sé sobre lo que ocurre allí. En primer lugar no tiene mis archivos y, además, es demasiado serio… Sospecho que se lleva el trabajo a la cama. Imagínate las dietas que podríamos ahorrar los dos.

—¿Los dos?

—Cynthia y yo.

—¡Eres un soñador, Davis! Nunca te aceptará. Recuerda a su padre, el general de brigada.

—¿Y quién no sueña? ¿Es que no sueñas tú?

—Creo que a veces sueño en la Seguridad. No en una Seguridad como la de Daintry, no. En el retiro, en una buena pensión. Lo suficiente para mi mujer y para mí…

—¿Y para el pequeño bastardo?

—Y para el pequeño bastardo, naturalmente.

—En esta casa no son muy generosos con las pensiones…

—No. Temo que ni tú ni yo veamos realizados nuestros sueños.

—De todos modos, este examen médico tiene que significar algo, Castle. Aquella vez que fui a Lisboa, nuestro hombre de allí me llevó a una especie de gruta de las afueras de Estoril, donde era posible oír cómo rompía el mar bajo la mesa… Nunca he comido unas langostas tan buenas como aquéllas. He leído algo sobre un

restaurante de Lourenço Marques… Incluso me gusta su vino verde, Castle. Realmente, allí tendría que estar yo, y no 69300. Él no sabe apreciar la buena vida. Tú conoces Lourenço Marques, ¿verdad?

—Pasé allí dos noches con Sarah… hace siete años. En el Hotel Polana.

—¿Sólo dos noches?

—Había dejado Pretoria apresuradamente, ya sabes… adelantándome al BOSS. No me sentía a salvo tan cerca de la frontera. Quería poner algo de mar entre el BOSS y Sarah.

—Claro, tú tenías a Sarah. ¡Qué suerte! En el Hotel Polana, con el océano Indico bajo las ventanas.

Castle recordó el piso de soltero de Davis, los vasos sucios, los ejemplares de *Penthouse* y *Nature*:

—Si lo dices realmente en serio, Davis, yo podría hablar con Watson. Te propondré para un cambio de destinos.

—Pues claro que lo digo en serio, Castle. Quiero escapar de aquí. Desesperadamente.

—¿Hasta ese punto?

—Estamos sentados aquí, redactando telegramas sin sentido. Nos sentimos llenos de nuestra exigua importancia porque sabemos un poco más que otros sobre los cacahuetes o sobre lo que dijo Mobutu en una comida íntima… ¿Sabes que ingresé en este negocio en busca de emociones? Emociones, Castle. Fui un tonto. No sé cómo tú has podido aguantar tantos años…

—Tal vez el estar casado ayuda.

—Si alguna vez me caso, por nada del mundo pasaría mi vida aquí. Estoy harto de este maldito y viejo país, Castle. Cansado de los cortes de electricidad, de las huelgas, de la inflación. No me preocupa el precio de los alimentos… lo que me deprime es el precio del buen oporto. Me uní a este equipo con la esperanza de salir para el extranjero. Incluso aprendí portugués. Pero aquí me tienes, respondiendo telegramas de Zaire, informando sobre no sé qué historias de cacahuetes.

—Siempre creí que te divertías, Davis.

—Me divierto cuando me emborracho un poco. Quiero a esa chica, Castle. No puedo quitármela de la cabeza. Hago el payaso para gustarle, y cuanto más hago el payaso menos le gusto. Quizá si me enviaran a Lourenço Marques… Una vez me comentó que a ella también le gustaría ir al extranjero.

Sonó el teléfono. Davis se apresuró a atender:

—¿Eres tú, Cynthia?

Pero era Watson, el jefe de la sección 6.

—¿Es usted, Castle?

—Soy Davis.

—Póngame con Castle.

—Diga —dijo Castle en el teléfono—. Sí, soy yo. ¿Qué desea?

—C quiere vernos. ¿Puede pasar a recogerme cuando baje?

3

El descenso fue largo, porque el despacho de C se encontraba en el subsuelo, instalado en lo que durante la década de 1890 había sido la bodega de un millonario. La sala en donde Castle y Watson aguardaban a que se encendiera la luz verde sobre la puerta del despacho de C, había sido contigua a un sótano que era leñera y carbonera. Y el propio despacho de C había albergado antaño los mejores vinos de Londres. Se contaba que, cuando el Departamento se hizo cargo de la casa en 1946, y cuando el arquitecto empezó la reconstrucción del edificio, se descubrió en la bodega un falso muro detrás del cual yacían, como momias, los tesoros secretos del millonario: unos caldos de cosechas fabulosas. Según la leyenda un estúpido funcionario de Obras Públicas se lo vendió todo a los almacenes del Ejército y de la Marina al precio de vino de mesa común. Probablemente aquella historia era falsa, pero siempre que aparecía un vino histórico en una subasta de Christie, Davis afirmaba, lúgubre: «Ése es uno de los nuestros».

La luz roja seguía encendida, interminablemente. Era lo mismo que esperar al volante de un coche a que se despejara la carretera después de un accidente de tráfico.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que pasa? —inquirió Castle.

—No. Sólo me pidió que le presentara a todos los hombres de la sección 6 que no conoce personalmente. Ya lo hizo con la 6B y ahora le toca el turno a usted. Según las instrucciones, tengo que presentárselo y retirarme. A mí esto me hace pensar en un vestigio del colonialismo.

—Conocí al C anterior. Antes de mi primera salida al extranjero. Llevaba un monóculo negro. Intimidaba ser observado a través de aquella O negra. Pero lo único que hizo fue estrecharme la mano y desearme buena suerte. ¿No estarán pensando, por casualidad, en trasladarme otra vez al extranjero?

—No. ¿Por qué?

—Recuérdeme que debo hablarle de Davis —la luz verde se encendió—. Ojalá me hubiera afeitado mejor esta mañana —concluyó Castle.

Sir John Hargreaves, a diferencia del anterior C, no intimidaba. Tenía un par de faisanes sobre el escritorio y hablaba por teléfono.

—Los traje esta mañana. Mary pensó que podían gustarte —señaló dos sillas con la mano libre.

De modo que era allí donde el coronel Daintry había pasado el fin de semana,

pensó Castle. ¿Para cazar faisanes o para informar sobre seguridad? Ocupó la silla más pequeña y más dura, con el debido sentido del protocolo.

—Está muy bien. Un poco de reumatismo en la pierna enferma, eso es todo —Hargreaves colgó el teléfono.

—Le presento a Maurice Castle, señor —dijo Watson—. Tiene a su cargo la 6A.

—Tener a cargo suena demasiado importante —opinó Castle—. Sólo somos dos.

—Se ocupa de las fuentes de reserva absoluta, ¿verdad? Usted… y Davis bajo su dirección.

—Y la de Watson.

—Sí, por supuesto. Pero Watson es responsable de toda la 6. Supongo que delega bastante, ¿no es así, Watson?

—Lo cierto es que el 6C es el único servicio que exige toda mi atención. Wilkins no hace mucho que está con nosotros. Tiene que irse adaptando.

—No lo retendré más tiempo, Watson. Gracias por acompañar a Castle.

Hargreaves acarició el plumaje de una de las aves muertas y dijo:

—Al igual que Wilkins, me estoy adaptando. Por lo que veo, las cosas son semejantes a lo que eran cuando estuve de joven en África occidental. Watson sería una especie de Comisario Provincial y usted un Comisario de Distrito, que viene a ser, más o menos, el dueño de su propio territorio. Usted también conoce África, ¿verdad?

—Sólo África del Sur —precisó Castle.

—Sí, lo había olvidado. A mí, África del Sur nunca me parece realmente África. Tampoco la del norte. Ésa es la zona de la que se ocupa la 6C, ¿no? Daintry me ha explicado bastantes cosas durante el fin de semana.

—¿Tuvieron una buena caza, señor? —inquirió Castle.

—Regular. No creo que Daintry haya quedado del todo satisfecho. Tendrá usted que tomar su escopeta y probar suerte con nosotros el próximo otoño.

—No serviría de nada, señor. Nunca la he disparado contra nada en mi vida. Ni siquiera sobre un ser humano.

—Ah, sí, ése es el mejor blanco. A decir verdad, también a mí me aburren los pájaros —C observó un papel que estaba sobre el escritorio—. Hizo usted un buen trabajo en Pretoria. Lo describen como un administrador de primera. Redujo considerablemente los gastos del puesto.

—Relevé a un hombre que era muy brillante reclutando agentes, pero que no tenía mucha idea de las finanzas. Para mí fue fácil. Antes de la guerra trabajé cierto tiempo en un banco.

—Daintry anota aquí que tuvo usted un problema personal en Pretoria.

—Yo no lo llamaría problema. Me enamoré.

—Sí. Comprendo. De una muchacha africana. Una bantú, como dice la gente sin hacer ningún tipo de distinción. Violó usted sus leyes raciales.

—Ahora estamos a salvo y casados. Pero allí pasamos momentos difíciles.

—Sí. Y así nos lo informó usted en aquel momento. Ojalá toda nuestra gente, cuando tiene dificultades, se comportara con la misma corrección. Usted tal vez temía que la policía sudafricana lo descubriera y destruyera su reputación.

—No me parecía correcto que la Casa tuviera un representante vulnerable.

—Como ve, he revisado atentamente su expediente. Le dijimos que se marchara de inmediato, aunque no pensamos ni por un segundo que iba a traer a la chica con usted.

—El HQ había examinado a fondo su caso. No encontraron nada reprochable. Desde su punto de vista, ¿no estuve acertado al sacarla también a ella? La había utilizado como contacto con mis agentes africanos. Yo había dicho que preparaba en mi tiempo libre un serio estudio crítico del *apartheid*. Era mi cobertura. Pero, a ella, en cambio, la policía podría hacerle mucho daño. Por lo tanto, la ayudé a escapar a Lourenço Marques, a través de Swazilandia.

—Hizo muy bien, Castle. Y ahora está casado y tiene un hijo. Espero que todos estén bien.

—Sí, aunque mi hijo está con sarampión.

—Entonces cuídele los ojos, que son el punto débil. Pero el motivo por el que realmente quería verlo, Castle, es por una visita que recibiremos dentro de unas semanas. Vendrá a vernos un tal Cornelius Muller, uno de los jefes del BOSS. Creo que usted le conoció cuando estuvo en Pretoria.

—En efecto.

—Le permitiremos ver parte del material del que usted se ocupa. Naturalmente, sólo lo suficiente para evidenciar el hecho de que estamos cooperando… en cierto sentido.

—Él sabe más que yo de Zaire.

—Lo que más le interesa es Mozambique.

—En ese caso su hombre es Davis, señor. Está más al corriente que yo.

—Ah, sí, claro, Davis. Todavía no le conozco.

—Algo más, señor. Cuando estuve en Pretoria, no me llevaba nada bien con el señor Muller. Si usted examina de nuevo mi expediente, comprobará que fue él quien intentó chantajearme con las leyes raciales. Por eso el predecesor de usted me dijo que dejase aquel país lo antes posible. No creo que eso contribuya a mejorar nuestras relaciones personales. Sería más aconsejable que Davis se ocupara de él.

—Pero usted es el superior de Davis y el funcionario que debe recibirlo. Sé que no será fácil. Los dos se enfrentarán con las uñas afiladas, pero a él le cogerá de sorpresa. Usted sabe exactamente qué es lo que no hay que mostrarle. Es muy importante proteger a nuestros agentes… aunque eso signifique dejar en la oscuridad algún material importante. Davis no tiene su experiencia personal del BOSS… ni del señor Muller.

—¿Por qué razón tenemos que mostrarle algo, señor?

—¿Se ha preguntado alguna vez, Castle, qué le ocurriría a Occidente si las minas

de oro sudafricanas quedaran cerradas por una guerra racial? Y por una guerra perdida de antemano, como en el Vietnam. Antes de que los políticos hayan tenido tiempo para decidir lo que podría reemplazar al oro. Y con Rusia como principal proveedor de este metal. Sería más complicado que la crisis del petróleo. ¡Y las minas de diamantes…! De Beers es más importante que la General Motors. Los diamantes no envejecen como los coches. Y todavía hay aspectos más graves que los asuntos del oro y las piedras preciosas. Piense en el uranio, por ejemplo. Supongo que todavía no le han hablado de un documento secreto de la Casa Blanca sobre una operación que denominan «Tío Remus».

—No. Hubo rumores…

—Queramos o no, África del Sur, Estados Unidos y nosotros somos socios en «Tío Remus». Eso significa que tenemos que ser amables con el señor Muller… aunque le haya chantajeado a usted en otro tiempo.

—¿Y deberé mostrarle…?

—Información sobre guerrillas, acciones de forzar el bloqueo en la frontera de Rhodesia, los nuevos individuos que ocupan el poder en Mozambique, la penetración rusa y cubana, información económica…

—No es mucho lo que queda, ¿no?

—Vaya con cuidado en lo que se refiere a los chinos. Los sudafricanos sienten demasiada inclinación a mezclarles con los rusos. Y puede llegar un día en que necesitemos a los chinos. La idea de «Tío Remus» no me gusta más que a usted. Es lo que los políticos llaman una «política realista», y el realismo nunca llevó muy lejos a nadie en el África que yo conocí. Mi África era sentimental. Quise realmente a África, Castle. Los chinos no la quieren, ni tampoco los rusos, ni los norteamericanos… Pero tenemos que caminar codo con codo junto a la Casa Blanca y al «Tío Remus», y al señor Muller… Todo era más fácil en los viejos tiempos, cuando tratábamos con caciques de tribus, brujos, escuelas de iniciación en la selva, diablos y hacedores de lluvia. Mi África todavía era como la de Rider Haggard. No era tan mal lugar. El emperador Chaka valía cien veces más que el mariscal de campo Amín Dada. Haga lo que pueda con Muller. Es el representante personal del gran jefe del BOSS. Le sugiero que lo reciba primero en su casa… Será una recepción sorprendente para él.

—No sé si mi esposa estará de acuerdo.

—Dígale que yo se lo pedí. Que lo decida ella… Si le resulta demasiado penoso…

Castle se volvió al llegar a la puerta, recordando su promesa:

—¿Podría decirle dos palabras sobre Davis, señor?

—Naturalmente. ¿De qué se trata?

—Ha estado demasiado tiempo en una oficina londinense. Creo que en la primera oportunidad posible deberíamos enviarle a Lourenço Marques. Hacer el cambio con 69300, que también debe necesitar un traslado.

—¿Se lo ha sugerido Davis?

—No exactamente, pero creo que le alegraría salir… a cualquier parte. Está bastante nervioso, señor.

—¿Por qué razón?

—Problemas con una mujer, creo. Y el hastío burocrático.

—¡Ah, comprendo muy bien lo del hastío burocrático! Veremos qué podemos hacer por él.

—A mí, realmente, me preocupa un poco.

—Le prometo que lo tendré en cuenta, Castle. A propósito: la visita de Muller es estrictamente confidencial. Ya sabe que nos gusta que nuestros compartimientos sean herméticos. Éste tiene que ser su compartimiento personal. Ni siquiera se lo he dicho a Watson. Usted tampoco debe decirle nada a Davis.

CAPÍTULO II

En la segunda semana de octubre, Sam seguía oficialmente en cuarentena. No se habían presentado complicaciones, de modo que ahora había un peligro menos que amenazase su futuro… un futuro que a Castle siempre le parecía lleno de imprevisibles emboscadas. Mientras bajaba High Street una mañana de domingo, sintió el repentino deseo de ofrecer una especie de acción de gracias —aunque sólo fuese un mito— porque Sam estaba ya a salvo; y, cediendo a este impulso, entró un momento en la iglesia parroquial. El servicio tocaba casi a su fin y los fieles, hombres y mujeres bien vestidos, de edad madura o avanzada, estaban de pie, en posición de firmes, y cantaban con una especie de desafío, como si interiormente dudaran de la realidad de sus palabras: «Allá lejos hay una colina verde, más allá de las murallas de la ciudad». Las palabras simples y precisas, con una única mancha de color, recordaron a Castle esa clase de paisajes locales que constituyen tan a menudo el fondo en los cuadros de los primitivos… La muralla era como las ruinas del torreón que se alzaban detrás de la estación de Berkhamsted, y la cima de la colina verde era como el ejido sobre el campo de tiro abandonado, donde antaño se erguía un alto poste que sugería imágenes de ahorcados. Por un instante estuvo cerca de compartir la insensata fe de aquellas gentes: ¿qué mal podía haber en murmurar una oración de gratitud al Dios de su infancia, al Dios del ejido y del castillo, una oración de gratitud porque ningún peligro amenazaba ahora al hijo de Sarah? De pronto, un bang supersónico dispersó las palabras del himno, hizo vibrar las viejas vidrieras de la ventana que miraba al este y sacudió el yelmo del cruzado que colgaba de una columna. Castle regresó al mundo de los adultos. Salió rápidamente y compró los periódicos del domingo. El titular de la primera plana del Sunday Express anunciaba: «El cadáver de un niño encontrado en un bosque».

A la tarde llevó a Sam y a *Buller* a dar un paseo por el ejido, mientras Sarah dormía. Hubiera preferido dejar a *Buller* en casa, pero sus protestas habrían despertado a Sarah. De modo que se consoló pensando que no era probable que *Buller* encontrara un gato extraviado en el ejido. Persistía en él aquel temor desde un verano —tres años antes— en que el azar les jugó una mala pasada con la repentina aparición entre las hayas de unos excursionistas, que llevaban consigo un lujoso gato, con un collar azul alrededor del cuello y un cordón de seda escarlata. El gato, un siamés, ni siquiera tuvo tiempo de dar un grito de furor o de dolor antes de que *Buller* le partiera el lomo y arrojara el cadáver por encima de su espalda, como un hombre que carga un saco en un camión. Luego había trotado atentamente entre los árboles volviendo la cabeza a uno y otro lado —donde había un gato tenía que haber otro— y Castle tuvo que enfrentarse a solas con los coléricos excursionistas atormentados por el dolor.

Sin embargo, en octubre era improbable que hubiera excursionistas por allí. Lo cual no impidió que Castle aguardase casi hasta que el sol se puso y mantuviese a

Buller sujeto de la correa mientras bajaban por King's Road hasta más allá de la comisaria de la esquina de High Street. Cuando dejó atrás el canal, el puente del ferrocarril y las casas nuevas (hacía un cuarto de siglo que las habían levantado, pero, a Castle, todo lo que no existía cuando él era niño le parecía nuevo), soltó a *Buller* y éste, de inmediato, como un perro bien adiestrado, arqueó el lomo y, sin apresurarse, dejó caer su cagarruta en el borde del sendero. Sus ojos estaban fijos en el horizonte, pero la mirada era introspectiva. Sólo en circunstancias higiénicas como aquélla parecía *Buller* un perro inteligente. A Castle no le gustaba *Buller*… Lo había comprado con el propósito de que acompañase a Sarah, pero como había demostrado ser tan inepto como perro guardián, ahora sólo significaba una responsabilidad más, aunque con su canina carencia de criterio quería más a Castle que a cualquier otro ser humano.

Los grandes helechos tomaban ya ese dorado oscuro de los buenos otoños y sólo quedaban unas pocas flores entre las retamas. Castle y Sam buscaron en vano los barracones del campo de tiro —un acantilado de arcilla roja— que en otros tiempos estaban allí arriba, sobre el ejido. Ahora habían sido ahogados por la fatigada vegetación.

—¿Mataban espías allí? —preguntó Sam.

—No, no. ¿Cómo se te ocurre semejante idea? Esto sólo servía para hacer prácticas de fusil durante la primera guerra.

—Pero los espías existen, ¿no? Quiero decir los espías de verdad.

—Supongo que sí, sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Quería estar seguro, eso es todo.

Castle recordó que él, a la misma edad de Sam, le había preguntado a su padre si existían las hadas de verdad y la respuesta de aquél había sido menos sincera que la suya. Su padre era un sentimental y a toda costa quería convencer a su hijo de que la vida merecía ser vivida. Habría sido injusto acusarle de engaño: un hada, podría haber argumentado él, es un símbolo que representaba algo que, al menos aproximadamente, es cierto. Pensó que todavía hay muchos padres que les dicen a sus hijos que Dios existe.

—¿Espías como 007?

—Bueno, no exactamente —Castle intentó cambiar de tema—. Cuando yo era niño creía que había un dragón que vivía aquí, en un viejo refugio subterráneo, entre aquellas trincheras.

—¿Dónde están las trincheras?

—Ahora no puedes verlas por los helechos.

—¿Qué es un dragón?

—Ya sabes… una de esas criaturas acorazadas como un caballero que escupen fuego.

—¿Como un tanque?

—Bueno, sí, algo así como un tanque —la falta de contacto entre ambas

imaginaciones desalentó a Castle—. Pero más parecido a un lagarto gigantesco —aclaró.

Después comprendió que el chico había visto muchos tanques, pero que ellos salieron de la tierra de los lagartos antes de que el niño naciera.

—¿Viste alguna vez un dragón?

—Una vez vi salir humo de una trinchera y pensé que era el dragón.

—¿Tuviste miedo?

—No, en aquellos tiempos le temía a cosas muy distintas. Odiaba la escuela y tenía pocos amigos.

—¿Por qué odiabas la escuela? ¿También la odiaré yo? Me refiero a la escuela de verdad.

—No todos tenemos los mismos enemigos. Quizá tú no necesites la ayuda de un dragón, pero yo la necesitaba. Todo el mundo detestaba a mi dragón y querían matarlo. Temían al humo y a las llamas que salían de su boca cuando estaba enfadado. Por las noches yo solía escabullirme de mi dormitorio y llevarle latas de sardinas de mi caja de provisiones. Él las cocinaba dentro de la lata, con su aliento. Le gustaban calientes.

—¿Pero eso ocurrió realmente?

—No, claro que no; pero ahora casi me parece cierto. Una vez estaba tendido en la cama del dormitorio, llorando bajo las sábanas porque era la primera semana del trimestre y todavía faltaban doce infinitas semanas para las vacaciones. Y yo tenía miedo de… de todo. Era invierno y de pronto vi que la ventana de mi cuarto se empañaba con un vapor caliente. Limpié el vapor con la mano y miré hacia abajo. Allí estaba el dragón, echado en la calle húmeda y negra, parecía un cocodrilo en un arroyo. Antes nunca había abandonado el ejido porque todos estaban en contra de él… Como también creía que estaban contra mí. Hasta la policía guardaba rifles en un armario para matarlo si se acercaba a la ciudad. Pero allí estaba, tendido e inmóvil, respirándome cálidas nubes de aliento. Se había enterado de que las clases habían vuelto a empezar y sabía que yo era desdichado y estaba solo. Era más inteligente que cualquier perro, mucho más que *Buller*.

—Me estás tomando el pelo —dijo Sam.

—No, sólo estoy recordando.

—¿Qué pasó después?

—Le hice una señal secreta que significaba «Peligro. Aléjate», porque yo no estaba seguro de que supiera que la policía tenía rifles.

—¿Se fue?

—Sí. Muy lentamente. Miraba hacia atrás por encima de su cola, como si no quisiera dejarme. Pero nunca volví a tener miedo ni a sentirme solo. Por lo menos, no tan a menudo. Sabía que sólo tenía que hacer una señal para que abandonara su refugio subterráneo del ejido y bajara a ayudarme. Teníamos montones de señales secretas, claves, cifras…

—Como los espías —comentó Sam.

—Sí —reconoció Castle decepcionado—, supongo que sí. Como los espías.

Castle recordó que una vez había trazado un mapa del ejido, con todas las trincheras y las sendas secretas ocultas por helechos. También como los espías. Dijo:

—Es hora de volver a casa. Tu madre estará inquieta…

—No. Estará tranquila, porque estoy contigo. Quiero ver la cueva del dragón.

—No existió ningún dragón.

—Pero no estás del todo seguro, ¿verdad?

Castle encontró con dificultad la vieja trinchera. El refugio subterráneo donde vivía el dragón estaba cubierto por un espeso zarzal. Mientras se abría paso en él, sus pies chocaron con una oxidada lata de conservas que salió rodando con ruido de chatarra.

—¿Ves? Le traías comida —dijo Sam, y se arrastró por la trinchera como un gusano, pero no vio ningún dragón ni ningún esqueleto—. A lo mejor la policía acabó llevándoselo —levantó la lata—. Era de tabaco, no de sardinas.

Aquella noche, cuando estaban en la cama, Castle le dijo a Sarah:

—¿De veras no crees que ya es demasiado tarde?

—¿Para qué?

—Para dejar mi trabajo.

—Claro que no. Todavía no eres viejo.

—Tal vez tendríamos que mudarnos de aquí.

—¿Por qué? Esta casa es tan buena como cualquiera otra.

—¿No te gustaría que nos fuéramos? Esta casa… no es una gran cosa, ¿no te parece? Quizá si consiguiera trabajo en el extranjero…

—Me gustaría que Sam estuviera en un hogar estable para que cuando se aleje de él pueda regresar. Volver a algo que conoció en su infancia. Como tú volviste. A algo viejo. A algo seguro.

—¿A una colección de viejas ruinas al borde de las vías?

—Sí.

Castle recordó las voces burguesas, tan reposadas como las endomingadas personas a las que pertenecían, y que se elevaban bajo la bóveda de piedra y expresaban su momento de fe semanal: «Allá lejos hay una colina verde, más allá de las murallas de la ciudad…».

—Las ruinas son bonitas —afirmó Sarah.

—Pero tú nunca podrás volver a tu infancia.

—Es diferente, yo no sabía lo que es sentirse segura. Hasta que te conocí. Y no había ruinas… Sólo chozas.

—Vendrá Muller, Sarah.

—¿Cornelius Muller?

—Sí. Ahora es un hombre importante. Tengo que ser amable con él… Me lo ordenaron.

—No te preocupes. Ya no puede hacernos daño.

—No, pero no quisiera molestarte.

—¿Por qué me ibas a molestar?

—C quiere que lo invite a casa.

—Invítalo, entonces. Y deja que vea cómo tú y yo… y Sam…

—¿Estás de acuerdo?

—Claro que sí. Una anfitriona negra para el señor Cornelius Muller. Y con un hijo negro.

Ambos rieron, pero por detrás de su risa asomaba una sombra de temor.

CAPÍTULO III

1

—¿Cómo está el pequeño bastardo? —preguntó Davis, como todos los días desde hacía tres semanas.

—Ya pasó todo. Está completamente restablecido. El otro día quería saber cuándo vendrías a visitarnos. Le gustas… aunque no logro imaginar por qué. A menudo habla de aquella excursión que hicimos el verano pasado y de cuando jugamos al escondite. Parece creer que nadie sabe esconderse como tú. Te toma por un espía. Habla de los espías como en mis tiempos hablábamos de las hadas. ¿O no era así?

—¿Crees que me prestaría a su padre por esta noche?

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Ayer, cuando tú no estabas, vino el doctor Percival y conversamos. ¿Sabes que realmente creo que piensan mandarme al extranjero? Me preguntó si no me molestaría que me hicieran algunas pruebas más… sangre, orina, radiografía de los riñones, etcétera, etcétera. Me dijo que había que tener mucho cuidado con el trópico. Me gustó. Tiene un aire muy deportivo.

—¿Carreras?

—No, en realidad sólo la pesca. Un deporte bastante solitario. En cierto modo, Percival se parece a mí: no tiene esposa. Se nos ocurrió que esta noche podíamos salir juntos y dar una vuelta por la ciudad. Hace mucho que no lo hago. Esos tipos del Departamento del Medio Ambiente son bastante aburridos. ¿No te animas a hacer de soltero por una noche?

—El último tren sale de Euston a las once y media.

—Esta noche tengo todo el piso a mi disposición. Los dos del Medio Ambiente se han trasladado a una zona contaminada. Puedo cederte una cama. Doble o sencilla, como prefieras.

—Por favor… sencilla. Me estoy volviendo viejo, Davis. No sé qué planes tenéis tú y Percival…

—Podríamos cenar en el Café Grill y después ir a un espectáculo de strip-tease. En el Raymond’s Revuebar actúa Rita Rolls…

—¿Tú crees que a Percival le gusta ese tipo de espectáculo?

—Le sonsaqué. Y, aunque no lo creas, en su vida ha visto un strip-tease. Afirmó que le encantaría hacerlo con colegas dignos de confianza. Ya sabes lo que ocurre en nuestro trabajo. Él siente lo mismo que nosotros. No puede abrir la boca en ninguna

reunión por razones de seguridad. John Thomas ni siquiera tiene la posibilidad de levantar la cabeza. Es un taciturno… ésa es la palabra. Pero si muere John Thomas, Dios te ayude, también puedes morir tú. Claro que tu caso es diferente… Estás casado. Siempre puedes hablar con Sarah y…

—Se supone que no debemos hablar ni siquiera con nuestras esposas.

—Apuesto a que tú lo haces.

—No, Davis. Y si estás pensando en arrastrar a un par de furcias, te informo que tampoco hablaría con ellas. Muchas están al servicio del MI-5… ¡Oh, siempre olvido que nos han cambiado el nombre! Ahora somos todos DI, Departamento de Información. ¿Por qué será? Supongo que habrá un Departamento de Semántica.

—Tú también pareces un tanto aburrido.

—Sí. Quizá me venga bien una juerguecita. Telefonearé a Sarah y le diré… ¿qué le diré?

—Dile la verdad. Saldrás a cenar con uno de los jefes. Importante para tu futuro en la empresa. Y dile que yo te invité a dormir. Sarah confía en mí. Sabe que no te llevaré por mal camino.

—Sí, creo que confía en ti.

—Es la pura verdad, ¿no?

—Le telefonearé cuando salga a almorzar.

—¿Por qué no lo haces desde aquí y ahorras dinero?

—Me gusta que mis llamadas personales sean privadas.

—¿Realmente crees que se molestan en escucharnos?

—¿No lo harías tú en su lugar?

—Supongo que sí. ¡Pero cuánto debe aburrirse la mesa de escucha mientras nos graban!

2

La noche sólo fue un éxito a medias, aunque había comenzado bastante bien. El doctor Percival, a su manera, lento y poco animado, no era un mal compañero. Logró que Castle y Davis olvidaran que era su superior en el departamento. Cuando surgió el nombre del coronel Daintry, se burló amablemente de él… Lo había conocido, dijo, en una cacería de fin de semana.

—No le gusta el arte abstracto y yo no le caigo bien. Será porque no sé cazar —explicó el doctor Percival—. Sólo pescar.

Estaban en el Raymond’s Revuebar, apretados ante una pequeña mesa, sólo lo

suficientemente grande para sostener tres vasos de *whisky*, mientras una muchacha muy bonita hacía curiosas monerías en una hamaca.

—Me gustaría echarle mi anzuelo a esa —exclamó Davis.

La chica bebía de una botella de High and Dry suspendida con una cuerda sobre la hamaca. Después de cada trago, se quitaba una prenda con aire de melancólico abandono. Finalmente vieron sus nalgas desnudas dibujadas por la hamaca como la rabadilla de una gallina vista a través de la red de la bolsa de un ama de casa del Soho. Un grupo de hombres de negocios de Birmingham aplaudió con cierta violencia y uno de ellos llegó a blandir una tarjeta del Diners Club por encima de su cabeza, tal vez para revelar su categoría financiera.

—¿Qué suele pescar usted? —inquirió Castle.

—Principalmente truchas o tímalos —respondió Percival.

—¿Hay mucha diferencia?

—Mi querido amigo, pregúntele a un cazador de fieras si existe alguna diferencia entre un león y un tigre.

—¿Cuál prefiere usted?

—En realidad, no es una cuestión de preferencia. Adoro la pesca… cualquier pesca con mosca. El tímalo es menos inteligente que la trucha, pero eso no significa siempre que sea más fácil. Exige una técnica muy diferente. Y es un animal combativo… lucha hasta que está totalmente agotado.

—¿Y la trucha?

—Es el rey de las aguas. Se asusta fácilmente… el roce de una bota, o de un bastón, o cualquier ruido, y desaparece. Además, es necesario colocar la mosca con exactitud al primer golpe. De lo contrario… —Percival hizo un gesto con el brazo, como si estuviera echando la caña, en dirección a otra chica desnuda que, por el efecto de los focos, parecía vestida de rayas blancas y negras, como una cebra.

—¡Qué grupa! —exclamó Davis, con una especie de respeto religioso.

Davis se había quedado con el vaso de *whisky* a medio camino de sus labios mientras observaba cómo su trasero giraba sobre su eje con la precisión del mecanismo de un reloj de cuarzo suizo.

—Eso no le hará ningún bien a su tensión sanguínea —le regañó Percival.

—¿Tensión sanguínea?

—Le dije que la tiene demasiado alta.

—¡Oh, esta noche no debe usted fastidiarme con esas cosas! —replicó Davis—. Es la gran Rita Rolls en persona. ¡La única!

—Tendría que hacerse un examen más completo si realmente piensa ir al extranjero.

—Me siento perfectamente, Percival. En mi vida me sentí mejor.

—Precisamente ahí está el peligro.

—Acabará por asustarme. El roce de una bota o de un bastón. Ahora entiendo por qué la trucha… —Davis tomó un sorbo de *whisky* como si se tratara de un repugnante

medicamento y volvió a apoyar el vaso en la mesa.

El doctor Percival le apretó un brazo y dijo:

—Sólo bromeaba, Davis. Usted pertenece más al tipo del tímalo.

—¿Quiere decir que no tengo ningún interés?

—No debe subestimar al tímalo. Tiene un sistema nervioso muy delicado. Y es combativo.

—Entonces yo debo de estar más cerca del bacalao —opinó Davis.

—No me hable de los bacalaos. No practico esa clase de pesca.

Subió la intensidad de las luces. Había concluido el espectáculo. Cualquier otra cosa —había decidido la dirección— significaría un anticlímax después de Rita Rolls. Davis se entretuvo un rato en el bar, probando su suerte con una máquina tragaperras. Perdió todas las monedas que llevaba y le pidió dos a Castle.

—No es mi noche —recuperó el mal humor: era evidente que el doctor Percival le había impresionado.

—¿Qué les parece si tomamos la última copa en mi casa? —invitó Percival.

—Creí que me aconsejaba que tuviese cuidado con la bebida…

—Querido amigo, estaba exagerando. De cualquier modo, el *whisky* es la bebida más sana que existe.

—De todos modos empiezo a sentir ganas de irme a la cama.

En Great Windmill Street, las prostitutas que montaban guardia en el quicio de las puertas, bajo los tejadillos rojos, preguntaban:

—¿Subes, cariño?

—Supongo que también me advertirá contra esto, ¿no? —inquirió Davis.

—Bien, la regularidad del matrimonio es más sana. Menos perjudicial para la tensión.

El portero nocturno frotaba los peldaños de Albany cuando el doctor Percival se despidió de ellos. Sus aposentos de Albany estaban designados con una letra y una cifra, D.6, como si se tratara de otra sección de la gran Casa. Castle y Davis observaron cómo caminaba con muchas precauciones para no mojarse los zapatos… Extraña precaución en un hombre que está acostumbrado a chapotear y hundirse hasta las rodillas en el agua helada de los torrentes.

—Siento que nos haya acompañado —se quejó Davis—. Podríamos haber pasado una noche estupenda sin él.

—Creí que te caía bien.

—Y así era. Pero esta noche me puso los nervios de punta con sus malditas historias de pesca, además de toda su cháchara sobre mi tensión sanguínea. ¿Qué tiene que ver mi tensión con él? ¿Es realmente médico?

—Tengo la impresión de que hace muchos años que apenas ejerce —dijo Castle —. Es el que sirve de enlace a C con las gentes de la guerra bacteriológica… Supongo que es práctico tener allí a una persona con título de médico.

—Ese lugar, Porton, me da escalofríos. La gente habla mucho de la bomba

atómica, pero olvida nuestra pequeña institución, con su ambiente bucólico. Nadie se ha molestado nunca en hacer una marcha de protesta contra sus malditos microbios. Nadie lleva pegatinas antibacterianas. Y si se prohibiera la bomba, seguiríamos contando con la muerte en probeta…

Dieron la vuelta en la esquina del Claridge. Una mujer alta y enjuta, con vestido largo, subió a un Rolls Royce seguida por un hombre ceñudo, con frac y corbata blanca, que consultaba furtivamente su reloj… Parecían dos actores representando una comedia eduardiana. Eran las dos de la madrugada. Las empinadas escaleras que llevaban al piso de Davis estaban cubiertas por un gastado linóleo amarillento, lleno de agujeros, como un queso gruyere. Pero cuando figuraba el elegante distrito W.1 en el membrete del papel de cartas, nadie se preocupaba por esos detalles insignificantes. La puerta de la cocina estaba abierta y Castle vio un montón de platos sucios en el fregadero. Davis abrió la puerta de un aparador: los estantes estaban abarrotados de botellas casi vacías… La protección del medio ambiente no empezaba por casa. Davis trató de encontrar una botella de *whisky* que contuviera suficiente cantidad para dos vasos.

—No importa —afirmó—, los mezclaremos. De cualquier modo, todos son mezclas —combinó lo que quedaba de un Johnnie Walker con un White Horse y obtuvo un cuarto de botella.

—¿Nadie friega aquí? —preguntó Castle.

—Viene una mujer dos veces por semana y lo dejamos todo para ella —Davis abrió una puerta—. Éste es tu dormitorio. Me temo que la cama no está hecha. A la asistenta le toca venir mañana —levantó un pañuelo sucio del suelo y, en aras de la pulcritud, lo metió en un cajón.

Luego Davis, tomando a Castle por el brazo, le llevó hasta el salón, quitó de un manotazo las revistas que se amontonaban en el asiento de una butaca y las arrojó al suelo.

—Estoy pensando en cambiar legalmente mi apellido —comentó.

—¿Cómo quieres llamarte?

—Davis, pero con una e. Davies, como Davies Street. Tiene cierta resonancia distinguida —apoyó los pies en el sofá—. ¿Sabes que esta mezcla que he hecho sabe muy bien? La llamaré White Walker. La idea es como para amasar una fortuna: se puede hacer publicidad con la figura de un hermoso fantasma del sexo femenino. ¿Qué piensas sinceramente del doctor Percival?

—Me pareció muy cordial. Pero hay algo que sigo preguntándome…

—¿Qué?

—¿Por qué se molestó en pasar la noche con nosotros? ¿Qué quería?

—Pasar una velada con gente con la que puede hablar. ¿Por qué buscarle cinco pies al gato? ¿No te fastidia tener que mantener la boca cerrada cuando estás en compañía de otros?

—Él no abrió mucho la suya. Ni siquiera con nosotros.

—Lo hizo antes de que tú llegaras.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de nuestra famosa institución de Porton. Según parece, llevamos la delantera a los norteamericanos en una determinada mercancía y nos han pedido que concentremos nuestros esfuerzos en un bichito cuyo empleo es ideal en ciertas altitudes, y que, al mismo tiempo, puede sobrevivir en climas desérticos… Todos los detalles de temperatura y similares apuntan a China. O tal vez a África.

—¿Por qué te contó todo eso?

—Bueno, se supone que nosotros sabemos algo acerca de los chinos a través de nuestros contactos africanos. Desde aquel informe de Zanzíbar nuestra reputación ha ganado considerablemente.

—Eso ocurrió hace dos años y el informe sigue sin confirmar.

—Me dijo que no debemos emprender ninguna acción abierta. Ningún interrogatorio a los agentes. Es un asunto muy secreto. Debemos mantener los ojos abiertos en busca de algún indicio en cualquier informe, en el sentido de que los chinos están interesados en esa antesala del infierno y luego informárselo directamente a él.

—¿Por qué habló contigo y no conmigo?

—Supongo que lo habría hecho contigo, pero llegaste tarde.

—Me retuvo Daintry. Percival podría haberse acercado a la oficina si quería hablar.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Me estoy preguntando, sencillamente, si te dijo la verdad.

—¿Y por qué razón…?

—Puede querer propalar un falso rumor.

—No con nosotros. No somos precisamente unos cotillas, ni tú, ni yo, ni Watson.

—¿Habló con Watson?

—No… en realidad… hubo la habitual charla de los compartimientos estancos. Reserva absoluta, me dijo… Pero eso no puede aplicarse a ti, ¿verdad?

—Por si las dudas, será mejor que no se enteren de que me lo dijiste.

—Muchacho, has cogido nuestra enfermedad profesional: la sospecháis…

—Sí. Es una enfermedad muy contagiosa. Por eso estoy pensando en retirarme.

—¿Para cultivar tus puerros?

—Para hacer cualquier cosa que no sea secreta, que tenga poca importancia y que resulte inofensiva. En cierta ocasión estuve a punto de ingresar en una agencia de publicidad.

—Ten cuidado. También ellos tienen secretos… secretos comerciales —sonó el teléfono en el rellano de la escalera—. ¡A esta hora! —protestó Davis—. Es antisocial. ¿Quién puede ser? —se levantó penosamente del sofá.

—Rita Rolls —sugirió Castle.

—Sírvete otro White Walker.

Antes de que tuviera tiempo de servírselo, Davis le llamó:

—Castle, es Sarah.

Eran casi las dos y media y le asaltó un temor. ¿Podía un chico tener complicaciones tan avanzada la cuarentena?

—¿Sarah? —preguntó en el teléfono—. ¿Qué ocurre? ¿Es Sam?

—Lo siento mucho, cariño. No estabas acostado, ¿verdad?

—No. ¿Qué pasa?

—Tengo miedo.

—¿Sam?

—No, no se trata de Sam. Pero el teléfono sonó dos veces desde medianoche y nadie responde al otro lado de la línea.

—Número equivocado —dijo con alivio—. Siempre ocurre.

—Alguien sabe que no estás en casa. Estoy aterrorizada, Maurice.

—¿Qué puede ocurrir en King's Road? Está el cuartelillo a doscientos metros. ¿Y *Buller? Buller* está contigo, ¿no?

—Duerme profundamente y ronca.

—Volvería si pudiera, pero ya no hay trenes y ningún taxi me llevaría a esta hora.

—Te llevaré en el coche —se ofreció Davis.

—No, no, por supuesto que no.

—¿No qué? —preguntó Sarah.

—Estaba hablando con Davis. Se ofreció a llevarme en su coche.

—¡Oh, no, eso no! Ahora que he hablado contigo me siento mejor. Despertaré a *Buller*.

—¿Sam está bien?

—Perfectamente.

—Tienes el número de la policía. Llegarían en dos minutos.

—Soy una tonta, ¿no es cierto? Una tonta.

—Una tonta adorable.

—Dile a Davis que lo siento. Seguid disfrutando de la bebida.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Maurice.

El empleo del nombre de pila era una señal de amor… cuando estaban juntos era una invitación al amor. Las palabras cariñosas como cariño y querida son moneda corriente que se emplea delante de testigos, pero el nombre de pila es estrictamente íntimo y no debe exponerse nunca ante un extraño ajeno a la tribu. En el clímax del amor ella gritaba en voz alta el nombre tribal secreto de Castle. La oyó colgar el teléfono, pero mantuvo un momento el receptor pegado a la oreja.

—¿De verdad nada anda mal? —quiso saber Davis.

—No con Sarah, no —volvió a la sala y se sirvió el *whisky*—. Pero creo que tu teléfono está intervenido.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. El instinto, eso es todo. Estoy tratando de recordar qué me hizo pensar en ello.

—No estamos en la Edad de Piedra. Hoy nadie puede darse cuenta de que un teléfono está intervenido.

—A menos que sean unos descuidados. O que quieran que te enteres.

—¿Para qué querrían que lo supiera?

—Para que te asustaras, quizá. ¿Quién sabe?

—De cualquier modo, ¿para qué intervendrían mi teléfono?

—Una cuestión de seguridad. No confían en nadie. Especialmente en la gente que ocupa puestos como los nuestros. Somos los más peligrosos. Se supone que conocemos todas las malditas cuestiones de reserva absoluta.

—Yo no me siento peligroso.

—Pon el tocadiscos —pidió Castle.

Davis tenía una colección de música pop que conservaba con más cuidado que cualquier otro objeto del apartamento. Todo estaba catalogado tan meticulosamente como la biblioteca del Museo Británico y los pops más destacados de cualquier año determinado ocupaban la memoria de Davis tan fácilmente como los ganadores del Derby.

—Prefieres algo realmente pasado de moda, clásico, ¿no? —preguntó a Castle y puso ¡Qué noche la de aquel día!

—Más fuerte.

—No tiene que escucharse más alto.

—Da igual, súbelo.

—Así suena horrible.

—Me siento más en la intimidad —afirmó Castle.

—¿Crees que nos están escuchando?

—No me sorprendería.

—Indudablemente, padeces de deformación profesional —apuntó Davis.

—Me preocupa la conversación de Percival contigo… No acabo de creerlo… huele mal. Me parece que andan tras una filtración y están tratando de confirmarla.

—Por mí que lo hagan. Es su obligación, ¿no? Pero no me parece muy peligroso si uno puede descubrir la maniobra con tanta facilidad.

—Es verdad… Pero eso no impide que también pueda ser verdad la historia de Percival. Cierta y soplada ya. Un agente, si sospechara algo, se vería forzado a transmitirla por si…

—¿Y tú piensas que ellos piensan que la filtración procede de nosotros?

—Sí. De uno de los dos. O quizás de ambos.

—Pero como no es así, ¿qué nos importa? —insistió Davis—. Hace rato que tendríamos que estar durmiendo, Castle. Si hay un micrófono debajo de la almohada, sólo escucharán mis ronquidos —apagó el tocadiscos—. Tú y yo no tenemos madera de agentes dobles.

Castle se desvistió y apagó la luz. La pequeña y desordenada habitación estaba mal ventilada. Intentó levantar la ventana de guillotina, pero la cinta estaba rota. Miró hacia la calle. A aquella hora de la madrugada, no pasaba nadie, ni siquiera un policía. Un único taxi ocupaba un lugar en la parada, Davies Street abajo, en dirección al Claridge. Una alarma antirrobos dejó oír un inútil repiqueteo desde algún lugar de la zona de Bond Street. Había empezado a caer una ligera llovizna que hacia salir de la calzada unos reflejos negros, como los del impermeable de un policía. Cerró las cortinas y se acostó, pero no durmió. Un interrogante le mantuvo despierto largo tiempo: ¿Siempre había habido una parada de taxis tan cerca del piso de Davis? ¿No había tenido una vez que caminar hasta el otro lado del Claridge para encontrar uno? Antes de quedarse dormido, le inquietó otra duda. Se preguntó si era posible que estuvieran utilizando a Davis para vigilarle a él. ¿O se servían de Davis para que inocentemente le pasara a él un billete marcado? En el fondo no creía en la historia del doctor Percival referente a Porton. Y, sin embargo, tal como le había dicho a Davis, podía ser cierta.

CAPÍTULO IV

1

Castle había empezado a preocuparse realmente por Davis. Es verdad que éste se burlaba de ello con su humor sombrío, pero ese humor sombrío estaba profundamente arraigado en él y Castle consideraba una mala señal que Davis hubiera dejado de perseguir a Cynthia. Además, los pensamientos que expresaba en voz alta cada vez guardaban menos relación con el trabajo que tuvieran entre manos. En un momento dado, Castle le preguntó:

—6930014, ¿quién es?

—Una habitación doble en el Polana, con vistas al mar —había sido la respuesta de Davis.

De cualquier manera, su salud no podía estar seriamente amenazada, porque recientemente el doctor Percival le había practicado un examen completo.

—Como de costumbre, estamos esperando un cable de Zaire —dijo Davis—. 59800 nunca piensa en nosotros mientras descansa en el caluroso anochecer, sorbiendo sus tragos sin preocuparse por el mundo.

—Será mejor que le enviemos un aviso —opinó Castle.

Escribió, en una hoja de papel: «Nuestro 185 urgente repetición o respuesta». La dejó en una bandeja para que lo recogiera Cynthia.

Aquel día el atuendo de Davis tenía aire de regatas. Un pañuelo de seda escarlata, sembrado de dados amarillos, muy nuevo, colgaba de su bolsillo como una bandera en un día sin brisa; su corbata era de color verde botella, con un dibujo también escarlata. Incluso el pañuelo de mano que asomaba por la manga de su chaqueta parecía nuevo: azul pavo real. Indudablemente se había empavesado.

—¿Pasaste bien el fin de semana? —preguntó Castle.

—Sí, sí. En cierta forma. Muy tranquilo. Mis boyscouts de la contaminación habían ido a oler el humo de una fábrica de Gloucester. Una fábrica de goma.

Entró una chica llamada Patricia (que siempre se había negado a que la llamasen Pat), y que formaba parte de las secretarias no cualificadas, y recogió el único telegrama que había sobre la bandeja. Igual que Cynthia, era un producto militar, sobrina del general de brigada Tomlinson. Emplear a parientes cercanos a hombres que ya trabajaban en el departamento se consideraba bueno para la seguridad… y acaso facilitaba el trabajo de investigación, ya que esto suponía, naturalmente, muchos contactos dobles.

—¿Esto es todo? —inquirió la chica como si estuviera acostumbrada a trabajar para secciones más importantes que la 6A.

—Temo que no podamos hacer más, Pat —replicó Castle.

Patricia se fue dando un portazo.

—No tendrías que haberla enfadado —le recriminó Davis—. Puede hablar con Watson y nos dejarán después de la hora de clase escribiendo telegramas.

—¿Dónde está Cynthia?

—Hoy es su día libre.

Davis carraspeó estentóreamente, como si fuera una señal para el inicio de la regata y su rostro pareció enarbolar la enseña roja de la marina mercante:

—Quería preguntarte… si no te molestaría que me escabullera a las once. Te prometo que volveré a la una en punto, además de que no hay nada que hacer. Si alguien pregunta por mí, dile que he ido a ver al dentista.

—Tendrías que ir vestido de negro —observó Castle— para convencer a Daintry. Los llamativos harapos que llevas no hacen juego con una consulta odontológica.

—Bueno… La verdad es que no voy a visitar al dentista. Ocurre que Cynthia me dijo que se encontraría conmigo en el zoológico para ver a los pandas gigantes. ¿No crees que está empezando a ceder?

—Estás realmente enamorado, ¿verdad, Davis?

—Todo lo que quiero, Castle, es una aventura seria. Una aventura indefinida. Un mes, un año, una década. Estoy harto de los amores de una noche. Regreso a casa desde King’s Road después de una fiesta, a las cuatro de la madrugada, con una condenada resaca. A la mañana siguiente, me digo: «No estuvo tan mal, la chica era maravillosa; pero podría haber hecho mejor las cosas, por ejemplo no mezclar las bebidas…». Y entonces pienso cómo habría podido ser aquello con Cynthia y en Lourenço Marques. Con Cynthia se puede hablar. A John Thomas le ayuda poder hablar un poco de su trabajo. Las niñas de Chelsea, en cuanto se acaba la diversión, quieren averiguar cosas. ¿A qué me dedico? ¿Dónde tengo la oficina? Antes yo solía decir que seguía en Aldermaston, pero ahora todo el mundo sabe que ha cerrado sus puertas. ¿Qué debería responder?

—Que haces algo en la City, por ejemplo.

—No hay nada brillante en eso y, además, aquellas furcias se pasan la información.

Davis empezó a recoger sus cosas. Cerró con llave su fichero. Sobre su escritorio había dos páginas mecanografiadas y se las guardó en el bolsillo.

—¿Sacas trabajo de la oficina? —le preguntó Castle—. Cuidado con Daintry. Ya te pescó una vez.

—Ha concluido con nuestra sección. Ahora le toca a la 7. De todos modos, sólo es la tontería habitual: «Exclusivamente para su información. Destrúyalo después de leerlo». ¡Una estupidez! Lo aprenderé de memoria mientras espero a Cynthia. Sin duda alguna, llegará tarde.

—Recuerda a Dreyfus. No lo dejes en un cubo de la basura para que lo descubra el barrendero.

—Lo quemaré como una ofrenda a los dioses a los pies de Cynthia —salió, pero casi inmediatamente volvió a entrar—. Quisiera que me desearas buena suerte, Castle.

—Por supuesto. Con todo mi corazón.

La manida frase llegó espontáneamente a los labios de Castle, pero a éste le sorprendió el calor que puso al decirlo, como si al penetrar en una caverna conocida —de vacaciones, junto al mar—, hubiera observado en una roca familiar la pintura primitiva de un rostro humano que antes siempre había confundido con un dibujo fortuito de los líquenes.

Media hora más tarde sonó el teléfono. Una voz de mujer joven dijo:

—J. W. quiere hablar con A. D.

—Lamentablemente —informó Castle—, A. D. no puede hablar con J. W.

—¿Quién habla? —inquirió la voz con suspicacia.

—Alguien que se llama M. C.

—Espere un momento, por favor.

Castle oyó una especie de agudo ladrido desde el otro lado de la línea. Entonces sonó la voz de Watson, destacó sobre el sonoro fondo canino:

—¿Es Castle?

—Sí.

—Tengo que hablar con Davis.

—No está aquí.

—¿Dónde está?

—Volverá a la una.

—Será demasiado tarde. ¿Dónde está ahora?

—En la consulta del dentista —dijo Castle a regañadientes; no le gustaba mezclarse en las mentiras de otros, esto suele complicar las cosas.

—Será mejor que cambiemos de línea —dijo Watson.

Se produjo la confusión habitual: uno de ellos apretó demasiado pronto el botón correspondiente y volvió a la transmisión normal precisamente cuando el otro cambió. Cuando por fin sus voces se ajustaron, Watson continuó:

—¿Puede usted buscarle? Le necesitan en una conferencia.

—No puedo arrancarle del sillón del dentista. De cualquier manera, ignoro cuál es el suyo. Eso no figura en el expediente.

—¿No? —el tono de Watson era desaprobador—. Entonces tendría que haber dejado una nota con la dirección.

En otros tiempos Watson había intentado ser abogado y había fracasado. Tal vez su visible integridad ofendía a los jueces. El tono moral, debieron de pensar la mayoría de los jueces, debía reservarse para ellos y no ser empleado por jóvenes letrados. Pero en «un departamento del Foreign Office» había ascendido rápidamente

por la misma cualidad que le había hecho tan poco favor en la abogacía. Había dejado atrás fácilmente a hombres como Castle, de una generación anterior.

—Tendría que haberme hecho saber que saldría —dijo Watson.

—Quizá tuvo un dolor de muelas repentino.

—Precisamente C quería que Davis estuviera presente. Hay un informe que quería discutir después con él. Supongo que lo habrá recibido.

—Mencionó un informe, en efecto. Creo que consideraba que se trataba de una rutina como de costumbre.

—¿Rutina? Era un asunto de reserva absoluta. ¿Qué hizo con el informe?

—Supongo que lo dejó en la caja fuerte.

—¿No le molesta comprobarlo?

—Se lo diré a su secretaria. ¡Oh, lo siento, no puedo! Hoy es su día libre. ¿Pero tan importante es?

—Eso es lo que parece pensar C. Bien, ya que Davis no está, supongo que será mejor que asista usted a la conferencia. Pero era un asunto de Davis. En la oficina 121, a las doce en punto.

2

La reunión no parecía tener ni tanta urgencia ni tanta importancia. Estaba presente un miembro del MI-5, a quien Castle no conocía; porque el punto principal del temario consistía en establecer una delimitación más precisa que antes entre las respectivas responsabilidades del MI-5 y las del MI-6. Antes de la última guerra, MI-6 nunca había operado en territorio británico, y la seguridad de éste estaba a cargo de MI-5. El sistema se rompió en África, con la derrota de Francia y la necesidad de infiltrar agentes del territorio británico en las colonias de Vichy. Con el retorno de la paz nunca se había restablecido totalmente el viejo sistema. Tanzania y Zanzíbar estaban oficialmente unidas como un estado miembro de la Commonwealth, pero era difícil considerar a la isla de Zanzíbar como territorio británico, con sus campos de entrenamiento chinos. La confusión había surgido porque, tanto MI-5 como MI-6, tenían representantes en Dar-es-Salaam y las relaciones entre ellos nunca habían sido muy estrechas ni muy cordiales.

—La emulación —manifestó C cuando abrió la conferencia— es saludable hasta cierto grado. Pero en algunas ocasiones ha existido también falta de confianza. No siempre hemos intercambiado los datos sobre nuestros agentes. A veces hemos estado moviendo al mismo hombre para espionaje y contraespionaje —se apoyó en el

respaldo del asiento para dejar que el representante de MI-5 dijera lo suyo.

Castle conocía muy poco a los presentes, excepto a Watson. Sabía que un hombre canoso y delgado, con una prominente nuez, pasaba por ser el más antiguo de la empresa. Se llamaba Chilton. Databa de bastante antes de la guerra de Hitler. Sorprendentemente, carecía de enemigos. Ahora se ocupaba principalmente de Etiopía. También era la máxima autoridad viviente en marcas de artesanía del siglo XVII y a menudo recibía consultas de Sotheby's. En cuanto a Laker, otro rostro, más o menos familiar, era un antiguo oficial de la guardia, de cabello y bigote pelirrojos, que se ocupaba de las repúblicas árabes del norte de África.

El hombre de MI-5 acabó su pequeño discurso sobre las interferencias de los servicios. C dijo:

—¡Bien, así están las cosas! El pacto de la oficina 121. Estoy seguro de que ahora todos comprendemos mejor nuestra posición. Fue muy amable de su parte asistir a esta reunión, Puller.

—Pullen, señor.

—Disculpe, Pullen. Ahora, si no le parecemos poco hospitalarios, debo decirle que tenemos que discutir algunas cuestiones internas… —después que Pullen hubo cerrado la puerta, prosiguió—: Nunca me siento del todo cómodo con estos tipos del MI-5. Por alguna razón, siempre parecen arrastrar consigo una especie de olor a policía. Claro, es natural, ocupándose como se ocupan del contraespionaje. A mi entender, el espionaje, hoy, es un trabajo de caballeros; pero, por supuesto, yo soy de la vieja escuela.

Percival alzó la voz desde un rincón distante. Castle ni siquiera se había enterado de su presencia.

—Personalmente, siempre me sentí atraído por el MI-9.

—¿Qué hace el MI-9? —quiso saber Laker, mientras se atusaba el bigote con la conciencia de ser uno de los escasos militares auténticos entre todo el personal de la Información.

—Lo he olvidado hace tiempo —dijo Percival—, pero siempre me parecieron más simpáticos.

Chilton ladró sintéticamente: era su manera de reír. Watson tomó la palabra:

—¿No se ocupaban de los métodos de fuga durante la guerra? ¿O eso lo hacía el M-11? Ignoraba que existieran aún.

—Bueno, a decir verdad, hace mucho que no los veo —reconoció Percival con su amable aire de doctor paternalista, como si estuviera describiendo los síntomas de la gripe—. Tal vez ya han hecho el equipaje.

—A propósito, ¿está Davis aquí? —inquirió C—. Hay un informe que quiero comentar con él. Creo que no lo he conocido en mi peregrinación por la sección 6.

—Está en la consulta del dentista —informó Castle.

—No me lo advirtió, señor —se quejó Watson.

—Bueno, no es urgente. Nada relativo a África es urgente. Los cambios se

producen muy despacio y, en general, para durar muy poco. Ojalá pudiera decirse lo mismo de Europa.

C reunió sus papeles y se retiró en silencio, como un invitado que siente que la fiesta seguirá mucho mejor sin él.

—Es extraño —murmuró Percival—. El otro día, cuando examiné a Davis, su dentadura me pareció perfecta. Me dijo que nunca había tenido ningún problema dental. Tampoco tenía indicios de sarro. Dicho sea de paso, Castle, ¿puede conseguirme el nombre de ese dentista? Para mi archivo clínico. Si Davis tiene molestias, quisiéramos recomendarlo a nuestros propios profesionales. Es mejor para la seguridad. Las precauciones siempre son necesarias.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

1

El doctor Percival había invitado a *sir* John Hargreaves a almorzar en su club, el Reform. Tenían la costumbre de comer alternativamente en el Reform y en el Travellers una vez por mes, siempre en sábado, cuando la mayoría de los socios de los clubs se han ido ya al campo. Las altas ventanas enmarcaban la vista de Pall Mall, que tenía el color gris acero de un grabado Victoriano. El veranillo de San Martín estaba a punto de concluir, en todos los relojes se había cambiado ya la hora y se sentía la proximidad del invierno oculto en el aire, en el menor soplo de brisa. Empezaron por trucha ahumada, lo que llevó a *sir* John Hargreaves a decirle al doctor Percival que estaba pensando seriamente en llevar alevines de este pez al riachuelo que separaba su parque de las tierras de cultivo.

—Necesitaré tu consejo, Emmanuel —cuando estaban a solas se llamaban por sus nombres de pila.

Durante largo rato hablaron de la pesca de la trucha; o, mejor dicho, habló el doctor Percival. Era un tema que, a Hargreaves, siempre le parecía limitado aunque sabía que el doctor Percival era capaz de alargarlo hasta la cena. No obstante, éste pasó de la trucha a otro de sus asuntos favoritos por un casual desvío al tema de su club.

—Si yo tuviera conciencia —dijo el doctor Percival— no seguiría siendo socio de este club. Lo soy porque la comida… (y también la trucha ahumada, discúlpame, John) son de las mejores de Londres.

—A mí me gusta la comida del Travellers tanto como la de aquí —le contradijo Hargreaves.

—¡Pero te olvidas de nuestro paté caliente de steak y riñones! Ya sé que no te gusta que lo diga, pero lo prefiero al pastel de tu mujer. Una pasta mantiene la salsa a distancia. El paté, la absorbe. El paté, podríamos decir, colabora.

—Pero ¿por qué razón tendría que inquietarse tu conciencia, Emmanuel, aun en el caso de que la tuvieras… lo cual es una hipótesis peregrina?

—Tienes que saber que para hacerme socio de este club tuve que firmar una declaración en favor de la ley de Reforma de 1832. Es verdad que esa ley no estaba tan mal como alguna de las que la siguieron (por ejemplo, la que concedió el voto a los dieciocho años), pero abrió las puertas a la perniciosa doctrina de «un hombre un voto». Incluso los rusos hoy sólo la consienten por razones de propaganda, pero son

lo bastante astutos para asegurarse de que, entre ellos, las cosas por las que se vota no tengan la más mínima importancia.

—Eres un reaccionario, Emmanuel. No obstante, creo que hay algo en lo que dices acerca del paté y el pastel. Podríamos intentar hacer el paté el año que viene… si todavía podemos permitirnos el lujo de una cacería.

—Si no puedes, será a causa de que un hombre significa un voto. Sé sincero, John, y reconoce el embrollo que esa estúpida idea ha producido en África.

—Supongo que lograr que funcione la auténtica democracia lleva tiempo.

—Ese tipo de democracia nunca podrá funcionar.

—¿Realmente te gustaría volver al voto del cabeza de familia, Emmanuel? —Hargreaves nunca sabía hasta qué punto el doctor Percival hablaba en serio.

—Sí, ¿por qué no? Los ingresos requeridos para que un hombre pueda hacer uso del voto serían convenientemente ajustados cada año, por supuesto, de acuerdo con la tasa de inflación. Cuatro mil libras anuales podría ser acertado para tener derecho a voto en nuestros días. Con esa tasa, los mineros y los portuarios, podrían votar, lo que nos ahorraría muchos problemas.

Después del café bajaron, de común acuerdo, la enorme escalinata gladstoniana hacia el aire fresco de Pall Mall. La construcción de ladrillo del St. James's Palace rojeaba difusamente, como un fuego agonizante, a través de la atmósfera gris, y el centinela despedía unas chispas también rojas: última llama expirante. Cruzaron al parque y el doctor Percival dijo:

—Volviendo por un instante a las truchas…

Escogieron un banco desde el que podían observar a los patos bogar circularmente, moverse con la total ausencia de esfuerzo de los juguetes magnéticos, por la superficie del estanque. Ambos hombres llevaban el mismo abrigo de gruesa mezclilla, ese abrigo que prefieren las gentes que viven en el campo. Pasó junto a ellos un hombre cubierto con un hongo; llevaba paraguas y frunció el ceño, con alguna idea íntima, mientras proseguía su camino.

—Se llama Browne, con una e al final —informó el doctor Percival.

—Conoces a mucha gente, Emmanuel.

—Es uno de los consejeros económicos del primer ministro. Yo no le concedería el derecho al voto ganara lo que ganase.

—Bien, ¿qué te parece si hablamos de lo nuestro? Ahora estamos solos. Supongo que en el Reform temías ser escuchado.

—¿Por qué no? Rodeado de un montón de fanáticos de lo de un hombre un voto… ¡Si fueron capaces de darle el voto a esa banda de caníbales…!

—No debes vilipendiar a los caníbales —protestó Hargreaves—, algunos de mis mejores amigos han sido caníbales y, ahora que Browne con e está fuera del alcance del oído…

—John, lo he analizado todo muy atentamente con Daintry, y personalmente estoy convencido de que Davis es el hombre que buscamos.

—¿También está convencido Daintry?

—No. Todo es circunstancial, como cabía esperar, y Daintry tiene una mentalidad muy legalista. No puedo decir que me guste Daintry. No tiene sentido del humor. Pero es muy concienzudo, naturalmente. Hace unas semanas salí una noche con Davis. No es un alcohólico avanzado como Burgess y Maclean, pero bebe mucho… y creo que aumentó la dosis desde que se inició nuestra investigación. Igual que aquellos dos y que Philby, se encuentra, evidentemente, bajo algún tipo de tensión. Tiene algo de maníaco depresivo… y, habitualmente, en un maníaco depresivo suele haber un elemento esquizoide, esencial para un agente doble. Está ansioso por salir del país. Probablemente porque sabe que está vigilado y quizá le han prohibido que trate de fugarse. Naturalmente, en Lourenço Marques, estaría fuera de nuestro control y en un lugar muy útil para sus amigos.

—¿Y las pruebas?

—Todavía prendidas con alfileres; pero ¿podemos permitirnos el lujo de esperar a tener unas pruebas perfectas? A fin de cuentas, no tenemos la intención de llevarle ante los tribunales. La alternativa es Castle… coincidiste conmigo en que podíamos descartar a Watson, y hemos investigado a Castle con la misma minuciosidad. Un segundo matrimonio feliz (su primera esposa murió en un bombardeo), buenos antecedentes familiares… El padre era médico… uno de esos internistas al viejo estilo, miembro del Partido Liberal (pero no, por favor, tenlo en cuenta, del Reform), que atendía a sus parientes durante toda la vida y olvidaba reclamarles sus honorarios. La madre todavía vive… fue directora de asistencia civil durante el bombardeo y ganó una medalla. Es bastante patriota y asiste a las reuniones de los conservadores. Reconocerás que Castle es de buena estirpe. No presenta síntomas de beber en exceso y además es cuidadoso con el dinero. Davis gasta muchísimo en oporto, en *whisky* y en su Jaguar, apuesta a menudo en las carreras: finge ser un experto en apuestas y ganar mucho… la excusa clásica para gastar más de lo que ganas. Daintry me contó que en una ocasión lo descubrió sacando de la oficina un informe de 59800. Afirmó que quería leerlo mientras almorzaba. Además, recuerda el día que celebramos la reunión con el MI-5 y tú querías que estuviera presente. Abandonó la oficina para ir a su dentista… y no fue. Su dentadura está en perfectas condiciones, lo comprobé personalmente. Dos semanas después tuvimos pruebas de otra filtración.

—¿Sabemos a dónde fue?

—Daintry ya lo hacía seguir por la Sección Especial. Fue al zoológico. Pasó por la entrada de socios. El hombre que le seguía tuvo que hacer cola en la entrada normal y le perdió. Un golpe maestro.

—¿Se tiene alguna idea de con quién se encontró?

—Es astuto. Debía de saber que lo vigilaban. Ocurrió que le había confesado a Castle que no iría a ver al dentista. Dijo que se encontraría con su secretaria, que tenía el día libre, en la zona de los pandas. Pero recuerda aquel informe que tú querías

comentar con él. No estaba en la caja fuerte… Daintry lo comprobó.

—No era un informe muy importante. Reconozco que todo es un poco oscuro, Emmanuel, pero yo no diría que tenemos pruebas irrefutables. ¿Se encontró con la secretaria?

—Claro que sí. Salió del zoológico con ella. Pero ¿qué ocurrió en el ínterin?

—¿Has intentado la técnica del billete marcado?

—Le conté en forma absolutamente confidencial una historia falsa referente a las investigaciones de Porton, pero todavía no ha surgido nada.

—No comprendo cómo podemos actuar con lo que tenemos por el momento.

—Supón que se sintiera presa del pánico e intentara evadirse.

—Entonces tendríamos que actuar con toda premura. ¿Has decidido cómo lo haríamos?

—Estoy elaborando una pequeña y bonita idea, John, cacahuetes.

—¿Cacahuetes?

—Esas menudencias saladas que comes en los cócteles.

—Sé perfectamente lo que son cacahuetes, Emmanuel. No olvides que fui alto comisario en África Occidental.

—Bien, pues ahí está la respuesta. Los cacahuetes, cuando se estropean, producen un moho causado por la *aspergillus flavus*… pero puedes olvidar su nombre. No es importante y sé que el latín nunca fue tu fuerte…

—Prosigue, por Dios.

—Para facilitar tu comprensión, me concentraré en el moho. Éste produce un grupo de sustancias de alta toxicidad conocidas con el nombre colectivo de aflatoxina. La aflatoxina es la respuesta a nuestro pequeño problema.

—¿Cómo opera?

—No lo sabemos con certeza en lo que respecta a los seres humanos, pero ningún animal parece inmune, por lo que es sumamente improbable que nosotros lo seamos. La aflatoxina mata las células hepáticas. Éstas sólo necesitan estar expuestas a esa materia unas tres horas. En los animales, los síntomas son pérdida del apetito y estado letárgico. En las aves, se debilitan las alas. La autopsia muestra hemorragia, y necrosis del hígado, así como obstrucción renal, si no te molesta mi jerga científica. La muerte se produce, generalmente, en el transcurso de una semana.

—Maldito seas, Emmanuel, siempre me gustaron los cacahuetes. Ahora nunca podré volver a comerlos.

—No tienes por qué preocuparte, John. Tus cacahuetes salados son seleccionados a mano… Aunque supongo que podría producirse un accidente, pero al ritmo que deglutes una lata no es probable que se estropeen.

—Me parece que has disfrutado realmente con tus investigaciones. Emmanuel, a veces me horripilas.

—Tienes que admitir que es una solución muy limpia para nuestro pequeño problema. Una autopsia sólo mostraría la lesión del hígado y abrigo la esperanza de

que el forense prevenga a la opinión pública de los peligros de los excesos en la ingestión de oporto.

—Supongo que incluso has elaborado la forma de obtener esa aero…

—Aflatoxina, John. No existen graves dificultades. En Porton ya me están preparando algunas dosis. Sólo se necesita una cantidad ínfima. Apenas 0,0063 miligramos por kilo de peso corporal. Naturalmente, he pesado a Davis. Una dosis de 0,5 miligramos será suficiente. Pero para estar seguros la haremos de 0,75. Aunque primero podríamos probar con una dosis aún menor. Una ventaja accesoria de todo esto es que podríamos adquirir una información muy valiosa sobre la forma en que la aflatoxina actúa en el ser humano.

—¿Nunca te escandalizas de ti mismo, Emmanuel?

—John, esto no tiene nada de terrible. Piensa en las demás muertes que podría tener Davis. Una verdadera cirrosis sería mucho más lenta. Con una dosis de aflatoxina apenas sufrirá. Letargo creciente, y quizás alguna molestia en las piernas, ya que no tiene alas y, por supuesto, cabe esperar que sienta algunas náuseas. Una sola semana de agonía es un destino venturoso cuando uno piensa en lo que mucha gente sufre.

—Hablas como si ya estuviera condenado.

—Bueno, John, estoy absolutamente convencido de que es nuestro hombre. Sólo espero que me des luz verde.

—Si a Daintry le parece suficiente lo que tenéis.

—¡Oh, Daintry! John, no podemos aguardar el tipo del pruebas que exige Daintry.

—Háblame de una sola prueba irrefutable.

—Todavía no puedo, pero será mejor no aguardar demasiado. Recuerda lo que dijiste aquella noche, después de la cacería: un marido complaciente siempre está a merced del amante. No podemos permitirnos otro escándalo en la empresa, John.

Pasó otra figura con sombrero hongo, con el cuello del abrigo levantado, y se perdió en la oscuridad de octubre. Se encendieron las luces, una a una, en el Foreign Office.

—Hablemos un poco más de las truchas, Emmanuel.

—Ah, las truchas. Deja que otros se jacten del salmón… esos estúpidos animales gordos y aceitosos con su ciego deseo de nadar contra la corriente, lo que los convierte en presa fácil de los pescadores. Todo lo que necesitas son unas grandes botas, un brazo fuerte y un ayudante listo. En cambio, la trucha, ¡ah, la trucha…! Es el rey de las aguas.

2

El coronel Daintry vivía en St. James's Street, en un piso de dos ambientes que había descubierto por mediación de otro miembro de la Casa. Durante la guerra había sido utilizado por el MI-6 como lugar de cita para entrevistar a los posibles aspirantes. Sólo había tres apartamentos en el edificio, que era atendido por un viejo conserje que ocupaba un cuarto debajo del tejado, fuera del alcance de la vista. Daintry estaba en el primer piso, sobre un restaurante (el bullicio de abajo le mantenía despierto hasta altas horas de la noche, cuando el último taxi se alejaba). En el piso superior vivía un comerciante retirado que en otro tiempo había estado relacionado con el SOE, el servicio enemigo en tiempos de guerra, y también un general retirado que había luchado en el Desierto Occidental. El general era ahora demasiado viejo para que se le encontrase a menudo en la escalera, pero el comerciante —que padecía de gota— solía llegarse hasta el Carlton Club, que estaba al otro lado de la calle. Daintry no era buen cocinero y, por lo general, economizaba una de las comidas comprando salchichas frías en Fortnum. Nunca le habían gustado los clubs; si tenía hambre —raro acontecimiento—, abajo estaba el Overton's. El dormitorio y el cuarto de baño daban a un minúsculo y antiguo patio, que albergaba la tienda de un platero y un reloj de sol. Muy pocos de los transeúntes que bajaban por St. James's Street conocían la existencia de aquel patio. El piso de Daintry era, en consecuencia, muy discreto y nada inapropiado para un hombre solo.

Por tercera vez, Daintry se pasó la Remington por la cara. Los escrúpulos higiénicos crecen con la soledad, como el pelo crece en un cadáver. Se disponía a salir a cenar con su hija, cosa que hacía con muy poca frecuencia. Él había sugerido Overton's, donde le conocían; pero ella había insistido en que quería rosbif. De cualquier modo, se negó a ir al Simpson's, donde también Daintry era conocido, arguyendo que la atmósfera era demasiado masculina. Insistió en reunirse con él en el Stone's de Panton Street, donde le esperaría a las ocho. Nunca había visitado el piso de Daintry… porque eso habría sido deslealtad para con su madre, aunque sabía que no lo compartía con ninguna mujer. Quizás hasta el Overton's estaba contaminado por la proximidad de su piso.

A Daintry siempre le irritaba entrar en el Stone's y ser recibido por un hombre con una ridícula chistera que le preguntaba si había reservado mesa. La vieja y anticuada taberna que él conoció en su juventud había sido destruida por el bombardeo y reconstruida luego con una decoración de lujo.

Daintry recordó con nostalgia los camareros de antaño, con su frac polvoriento, el suelo cubierto de serrín y la densa cerveza, especialmente elaborada en Burton-on-Trent. Ahora, a todo lo largo de la pared de la escalera se veían absurdos paneles que exhibían unas gigantescas barajas, más adecuadas para decorar una casa de juego, y blancas estatuas de mujeres desnudas bajo el agua que caía de una fuente instalada al fondo del restaurante, detrás del cristal esmerilado. Allí, el otoño parecía más frío que

en la calle. Su hija le estaba aguardando.

—Siento haber llegado tarde, Elizabeth —se disculpó Daintry; aunque sabía que aún faltaban tres minutos para las ocho.

—No importa. Pedí una copa.

—Yo también tomaré un jerez.

—Tengo novedades para ti. Por ahora sólo lo sabe mamá.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Daintry con formal cortesía. Siempre era su primera pregunta y se quedaba más tranquilo en cuanto se la quitaba de encima.

—Bien, dadas las circunstancias. Fue a pasar una o dos semanas en Brighton, para cambiar de aire.

Era lo mismo que si hablara de una persona a quien apenas conociese. Era extraño pensar que había habido una época en que él y su mujer fueron lo bastante próximos para compartir el espasmo sexual del que había salido aquella joven belleza que con tanta elegancia bebía su Tío Pepe frente a él.

Como de costumbre, se presentó la tristeza, que nunca andaba lejos de Daintry cuando se encontraba con su hija… Era como un sentimiento de culpabilidad. Siempre luchaba consigo mismo preguntándose por qué había de sentir remordimientos. Nunca había dejado de ser eso que se llama un marido fiel.

—Espero que tenga buen tiempo —comentó.

Daintry sabía que había aburrido a su esposa, pero eso no tenía por qué hacerle sentir remordimiento. Al fin y al cabo ella había aceptado casarse con él sabiéndolo todo, había ingresado voluntariamente en el desalentador mundo de los silencios prolongados. Daintry envidiaba a los hombres que eran libres para volver a su casa y contar todos los chismes de una vulgar vida de oficina.

—¿No quieres oír la noticia, papá?

Por encima del hombro de Elizabeth, notó la presencia de Davis, que estaba solo, ante una mesa preparada para dos. Aguardaba y tamborileaba la mesa con los dedos, los ojos fijos en su servilleta. Daintry confió en que no levantaría la vista.

—¿Una noticia?

—Ya te lo he dicho. Sólo lo sabe mamá. Y otra persona, por supuesto —agregó con una risa nerviosa.

Daintry observó las mesas que estaban a ambos lados de Davis. Casi esperaba ver al seguidor de éste en cualquiera de ellas, pero las dos parejas ancianas que estaban a punto de terminar de comer no tenían el menor aspecto de miembros de la sección especial.

—No me pareces nada interesado, papá. Tus pensamientos están a kilómetros de distancia.

—Lo siento. He visto a alguien que conozco. ¿Cuál es la noticia secreta?

—Me caso.

—¡Te casas! —exclamó Daintry—. ¿Lo sabe tu madre?

—Acabo de decirte que lo sabe.

—Lo siento.

—¿Por qué sientes que me case?

—No quise decir eso. Me refería a… Claro que no, no lo siento si él es digno de ti. Eres una chica muy bonita, Elizabeth.

—No estoy en venta, papá. Supongo que en tus tiempos un buen par de piernas hacían subir el precio en el mercado.

—¿A qué se dedica?

—Trabaja en una agencia de publicidad. Administra el presupuesto del talco Jameson's para bebés.

—¿Y eso es bueno?

—Muy bueno. Gastan cifras astronómicas con la intención de lograr que el talco Johnson's pase a ocupar el segundo puesto. Colin ha organizado unos anuncios televisivos maravillosos. Incluso ha escrito el tema de una canción.

—¿Te gusta mucho? ¿Estás absolutamente segura de que…?

Davis había pedido su segundo *whisky*. Tenía la vista clavada en la carta… Ya la había leído tantas veces, que tendría que saberla de memoria…

—Los dos estamos absolutamente seguros, papá. Al fin y al cabo, hace un año que vivimos juntos.

—Lo siento —repitió Daintry: parecía una noche de lamentaciones—. No lo sabía. Supongo que tu madre sí.

—Lo adivinó, naturalmente.

—Ella te ve más que yo.

Se sentía como un hombre que parte a un largo exilio y que desde la cubierta del barco que le lleva contempla la borrosa línea de la costa patria que se hunde poco a poco en el horizonte.

—Me propuso venir esta noche para que os presentara, pero le dije que esta vez quería estar a solas contigo.

«Esta vez»: sonaba como un largo adiós. Ahora Daintry ya sólo veía el horizonte desnudo; la tierra había desaparecido.

—¿Cuándo te casas?

—El sábado veintiuno. Sólo por lo civil. No invitaremos a nadie. Excepto a mamá, por supuesto. Y a unos pocos amigos. Colin no tiene padres.

Colin, se preguntó Daintry, ¿quién será Colin? ¡Ah, claro, el hombre de Jameson's!

—Nos encantaría que vinieras… pero siempre tuve la impresión de que tienes miedo de encontrarte con mamá.

Davis había abandonado todas sus esperanzas, cualesquiera que éstas fueran. Cuando pagó los whiskys, levantó la vista de la nota y vio a Daintry. Fue como si dos emigrantes hubieran llegado a la cubierta con el mismo propósito, el de contemplar por última vez su tierra natal, y que, al advertirse mutuamente, se hubiesen preguntado si debían hablarse… Davis dio media vuelta y se encaminó hacia la

puerta. Daintry lo siguió con la mirada, apesadumbrado… Aunque todavía no tenían necesidad de entablar un más hondo conocimiento: habían emprendido juntos un largo viaje.

Daintry dejó su vaso con un golpe seco y derramó un poco de jerez. Sintió una repentina irritación contra Percival. Aquel hombre no tenía contra Davis ninguna prueba que pudiera sustentarse ante un tribunal. No confiaba en Percival. Recordó el día de la partida de caza. Percival no había estado solo ni un instante, reía con tanta facilidad como hablaba, sabía de pintura, se sentía cómodo con los extraños. No tenía una hija que vivía con un desconocido en un piso que él no había visto nunca… y que ni siquiera sabía dónde estaba.

—Después pensamos tomar unos tragos y comer algo en un hotel, o quizás en el apartamento de mamá. Luego, ella volverá a Brighton. Pero si quieres venir…

—Creo que no podré. Ese fin de semana saldré de viaje —mintió.

—¡Pues sí que haces tus proyectos por adelantado!

—No puedo evitarlo —volvió a mentir lamentablemente—. Son demasiados compromisos. Soy un hombre muy ocupado, Elizabeth. Si lo hubiera sabido…

—Quise darte una sorpresa.

—Tendríamos que pedir la comida, ¿no? ¿Prefieres rosbif o pierna de cordero?

—Rosbif.

—¿Irás de luna de miel?

—Ese fin de semana nos quedaremos en casa. Tal vez cuando llegue la primavera… Ahora Colin está demasiado ocupado con el talco Jameson's.

—Tendríamos que festejarlo —propuso Daintry—. ¿Una botella de champán? —No le gustaba el champán, pero sabía cumplir con su deber.

—Prefiero un vaso de vino tinto.

—Hay que pensar en un regalo de boda.

—Un cheque será lo mejor… y más fácil para ti. Supongo que no querrás ir de compras. Mamá nos regalará una alfombra divina.

—No llevo el talonario encima. Te enviaré un cheque el lunes.

Después de comer, se separaron en Panton Street. Él se ofreció a llevarla a casa en taxi, pero ella le aseguró que prefería andar. Daintry no tenía la menor idea de dónde se encontraba el piso que la muchacha compartía con su Colin. La vida privada de Elizabeth estaba tan celosamente oculta como la suya, aunque, en su caso, nunca había habido demasiado que ocultar. Si no comían juntos más a menudo era porque apenas tenían qué decirse; pero, ahora, cuando Daintry comprendió que nunca volvería a verla a solas, experimentó una sensación de abandono. Le dijo:

—Tal vez pueda aplazar el compromiso de ese fin de semana.

—A Colin le gustará conocerte, papá.

—¿Te molestaría que fuera con algún amigo?

—Claro que no. Trae a quien quieras. ¿Con quién vendrás?

—No estoy seguro. Probablemente con alguien de la oficina.

—Me parece muy bien. Pero ya sabes… en realidad no tienes por qué tener miedo. Mamá te quiere.

La observó alejarse hacia Leicester Square —no tenía menor idea del camino que seguiría después—; Daintry giró en sentido contrario, hacia St. James’s Street.

CAPÍTULO II

1

Había retornado por un día el veranillo de San Martín y Castle accedió a salir de excursión. Sam se estaba poniendo impaciente, después de la larga cuarentena, y a Sarah se le había metido en la cabeza que cualquier microbio recalcitrante sería barrido por el viento del otoño con las hojas de las hayas. Había preparado un termo lleno de sopa de cebolla caliente, medio pollo frío que comerían con los dedos, unos pastelillos secos, un hueso de carnero para *Buller* y otro termo con café. Castle sumó su botellín de *whisky*. Prepararon dos mantas para sentarse y Sam aceptó llevar un abrigo por si se levantaba viento.

—Es una locura ir de excursión en octubre —observó Castle, muy contento ante la temeridad que aquello significaba.

La excursión representaba una fuga de la cautela oficinesca, de las conversaciones precavidas, de las prevenciones tácticas. Pero sonó el teléfono, con el estruendo de una sirena policial, mientras acomodaban las bolsas en las bicicletas. Sarah comentó:

—Otra vez los enmascarados. Nos estropearán la tarde. No dejaré de pensar ni un solo instante en lo que estará pasando en casa.

Castle respondió al teléfono con voz sombría y puso la mano sobre el receptor:

—No te preocupes, es Davis.

—¿Qué quiere?

—Está en Boxmoor, con el coche. El día es tan espléndido que se le ocurrió visitarnos.

—¡Al diablo con Davis! Precisamente cuando lo teníamos todo preparado. No hay más comida en casa, excepto nuestra cena. Y tampoco hay suficiente para cuatro.

—Si quieres ve tú sola con Sam. Yo almorzaré con Davis en el Swan.

—Una excursión sin ti no sería nada divertido —dijo Sarah.

—¿Es el señor Davis? —intervino Sam—. Quiero que venga el señor Davis, así podremos jugar al escondite. Sin él no somos bastantes.

—Podríamos llevarle con nosotros —sugirió Castle.

—¿Medio pollo para cuatro…?

—Tenemos pastelillos para un regimiento.

—No le gustará ir de excursión en octubre. A no ser que él también esté loco…

Davis demostró estar tan loco como ellos. Afirmó que le encantaban las

excursiones, incluso en los días más calurosos del verano, cuando había avispas y moscas; pero que prefería el otoño. Como en su Jaguar no había sitio para todos se reunió con ellos en un lugar acordado del ejido. Mientras comían se ganó el hueso de los deseos del medio pollo mediante un ágil giro de la muñeca. Entonces les enseñó un nuevo juego. Los demás debían acertar cuál era su deseo haciéndole preguntas, y, si no lo adivinaban, podía esperar que se cumpliera. Sarah lo adivinó en un arranque de intuición. El deseo de Davis había sido llegar a convertirse, algún día, en «el papa de los pops».

—De cualquier modo, tenía pocas esperanzas de que se cumpliera. No sé escribir una sola nota de música.

Cuando llegaron al último pastelillo, el sol de la tarde había descendido ya hasta quedar encima de las matas de helechos. Empezó a soplar el viento. Las hojas cobrizas revoloteaban y venían a posarse sobre los hayucos del año anterior.

—Ahora, el escondite —sugirió Davis y Castle vio que Sam le contemplaba con la admiración que se siente por un héroe.

Echaron suertes para decidir a quién le correspondía ocultarse primero y le tocó a Davis. Éste desapareció por entre los árboles a grandes zancadas, con el cuello hundido en su abrigo de pelo de camello y el aspecto de un oso que se ha escapado del zoológico. Después de contar hasta sesenta, los demás comenzaron la búsqueda. Sam se dirigió hacia el lindero del ejido, Sarah en dirección a Ashridge y Castle hacia la arboleda, en la que había visto hundirse a Davis. *Buller* le siguió, probablemente con la esperanza de atrapar a algún gato. Un débil silbido guió a Castle hasta el lugar en donde estaba Davis, oculto en un hoyo rodeado de altos helechos.

—Hace un frío espantoso en la sombra —comentó Davis.

—Tú mismo sugeriste el juego. Todos estábamos dispuestos a volver a casa. ¡Échate, *Buller*! ¡Échate, maldito seas!

—Ya lo sé, pero me di cuenta de que el pequeño bastardo se moría de ganas de jugar.

—Pareces conocer a los niños más que yo. Será mejor que les llame para que sepan que te encontré. Aquí nos vamos a morir…

—No, no lo hagas todavía. Esperaba que me encontraras tú. Quiero hablar contigo a solas. Es algo importante.

—¿No puedes esperar a decírmelo mañana en la oficina?

—No. Tú me has hecho sospechar de la oficina. Castle, realmente creo que me están siguiendo.

—Ya te dije que me parecía que tenías el teléfono intervenido.

—No te creí. Pero desde una noche… El jueves llevé a Cynthia a Scott’s. Cuando bajamos había un hombre en el ascensor. Luego lo vi en Scott’s, bebiendo un Black Velvet. Y hoy, mientras me dirigía a Berkhamsted, noté que me seguía un coche en Marble Arch… Pura casualidad, porque por un instante me pareció que conocía al conductor. No era así, pero volví a verlo, detrás de mí, en Boxmoor. En un Mercedes

negro.

—¿El mismo de Scott’s?

—No, por supuesto. No serían tan estúpidos. Mi Jaguar arrancó bruscamente y, como era domingo y había mucho tráfico en el camino, lo perdí antes de Berkhamsted.

—No confían en nosotros, Davis. Ni en nadie. Pero ¿por qué preocuparnos si somos inocentes?

—Sí, sí, ya sé todo eso. La vieja canción, ¿no? ¿Por qué preocuparse? «Soy inocente. ¿Por qué preocuparse? Si me pescan desprevenido, diré que fui a comprar manzanas, peras y scoubidous…». Todavía puedo llegar a ser el papa del pop.

—¿Estás seguro de que lo perdiste antes de Berkhamsted?

—Sí. Al menos, eso creo. ¿De qué se tratará, Castle? ¿Sólo un control de rutina, como dijo Daintry? Tú, que has estado en este maldito negocio más tiempo que cualquiera de nosotros, tendrías que saberlo.

—Ya te lo dije aquella noche que salimos con Percival. Pienso que tiene que haber habido algún tipo de filtración y sospechan de un agente doble. En consecuencia, montan un control de seguridad y no les importa demasiado que te des cuenta. Piensan que, si eres culpable, puedes perder la calma y traicionarte.

—¿Agente doble yo? No lo creerás tú, ¿verdad, Castle?

—No, claro que no. No tienes por qué preocuparte. Sé paciente. Deja que concluyan la investigación y tampoco ellos lo creerán. Supongo que también me están controlando a mí… y a Watson.

Oyeron que, a lo lejos, Sarah gritaba:

—¡Nos rendimos! ¡Nos rendimos!

—No, no nos rendimos. Siga escondido, señor Davis. Por favor, señor Davis… —imploró una vocecita desde más lejos.

Buller ladró y Davis estornudó.

—Los niños son despiadados —observó Davis.

Se oyó un crujido entre los helechos que rodeaban el escondrijo y apareció Sam.

—¡Descubierto! —pero cuando Sam divisó también a Castle concluyó—: Tú hiciste trampa.

—No —afirmó Castle—, no pude gritar. Me lo impidió a punta de pistola.

—¿Dónde está la pistola?

—Mira en el bolsillo de su abrigo.

—Eso sólo es una estilográfica —dijo Sam.

—Es una pistola de gas —explicó Davis— camuflada de estilográfica. Observa este botón. Arroja un chorro de algo que parece tinta, pero no lo es. El líquido es gas nervioso. A James Bond nunca le permitieron llevar una como ésta… es demasiado secreta. Arriba las manos.

Sam obedeció.

—¿Es usted un espía de verdad? —preguntó.

—Soy un agente doble y trabajo para Rusia —declaró Davis—, y si aprecias tu vida debes concederme cincuenta metros de ventaja —se lanzó a los helechos y corrió torpemente, dentro de su pesado abrigo, a través de las hayas.

Sam lo persiguió cuesta arriba y cuesta abajo. Davis llegó a una loma que daba al camino de Ashridge, donde había dejado su Jaguar de color escarlata. Apuntó con su estilográfica a Sam y gritó un mensaje tan mutilado como uno de los cables de Cynthia:

—Excursión… recuerdos… Sarah —y desapareció con una potente explosión del tubo de escape.

—Dile que vuelva —rogó Sam—, invítale a venir otro día.

—Naturalmente. ¿Por qué no? Cuando llegue la primavera.

—Falta mucho para la primavera —se quejó Sam—. Entonces estaré en la escuela.

—Siempre habrá fines de semana —replicó Castle, aunque sin convicción: recordaba muy bien con cuánta lentitud se desliza el tiempo en la infancia.

Pasó un coche junto a ellos, en dirección a Londres; un coche negro… Quizá fuera un Mercedes, pero Castle entendía muy poco de coches.

—Me gusta el señor Davis —dijo Sam.

—A mí también.

—Nadie juega al escondite como él. Ni siquiera tú.

2

—No avanzo mucho con *Guerra y Paz,* señor Halliday.

—¡Oh, Dios santo, Dios santo! Es un gran libro si se sabe tener paciencia. ¿Ha llegado a la retirada de Moscú?

—No.

—Es una historia terrible.

—Hoy nos parece mucho menos terrible, ¿no cree usted? Al fin y al cabo los franceses eran unos soldados… Y la nieve no es tan mala como el napalm. Dicen que uno se queda dormido… que no se quema vivo…

—Sí. ¡Cuando pienso en esos pobres niños de Vietnam…! Quise unirme a alguna de aquellas marchas de protesta que solían hacer por aquí, pero mi hijo nunca me lo permitió. Como tiene esa tienda, la policía le pone nervioso; aunque no comprendo qué daño pueden hacer uno o dos libros escabrosos. Como yo siempre digo, los hombres que los compran… bueno, no es posible que a ellos les hagan ningún daño,

¿no es cierto?

—No, no se trata de pulcros jóvenes norteamericanos, de noble corazón, que cumplen con su deber lanzando sus bombas de napalm —a veces, a Castle le resultaba imposible no mostrar una breve astilla de la vida de iceberg sumergido que llevaba.

—Y sin embargo, ninguno de nosotros podría haber hecho nada —añadió Halliday—. El gobierno habla de democracia, pero no le presta la menor atención a nuestras pancartas y consignas. Excepto en época de elecciones. Entonces te ayudan a escoger las promesas que quebrantarán después, eso es todo. Al día siguiente solíamos leer en el periódico que otra aldea inocente había sido borrada del mapa por error. Dentro de poco harán lo mismo en África del Sur. Primero fueron los niños amarillos, no más amarillos que nosotros, y luego serán los niños negros…

—Cambiemos de tema —propuso Castle—. Recomiéndeme algo para leer que no trate de guerra.

—Siempre nos queda Trollope —sugirió el señor Halliday—. A mi hijo le gusta mucho, aunque no coincide con el tipo de libros que él vende.

—Nunca he leído a Trollope. ¿No es un tanto eclesiástico? De cualquier manera, pídale a su hijo que me elija alguno de sus libros y me lo envíe a casa.

—¿A su amigo tampoco le gustó *Guerra y paz*?

—No. De hecho, se cansó antes que yo. Quizá también para él era demasiada guerra.

—No me cuesta nada cruzar la calle y hablar de ello con mi hijo. Sé que él prefiere las novelas políticas… o las que el llama sociológicas. Le he oído comentar muy favorablemente *La vida que hoy vivimos*. Un buen título, señor. Siempre contemporáneo. ¿Quiere llevárselo esta noche?

—No, hoy no.

—¿Dos ejemplares como de costumbre? Le envidio que tenga un amigo con el que puede hablar de literatura. Hoy, hay muy poca gente que se interese por la literatura.

Cuando Castle salió de la tienda del señor Halliday se encaminó a la estación de Piccadilly Circus y buscó un teléfono. Eligió la cabina de un extremo y a través del vidrio observó a su única vecina: una gordita llena de granos que reía entre dientes y mascaba un chicle mientras escuchaba algo que le complacía. Una voz respondió:

—Diga.

—Lo siento —dijo Castle—, me he vuelto a confundir de número —abandonó la cabina telefónica.

La gordita estaba pegando su chicle en la contracubierta del listín telefónico mientras se acomodaba para sostener una conversación larga y apasionante. Castle aguardó junto a una máquina expendedora de billetes y la observó un rato con el rabillo del ojo, hasta que se aseguró de que no tenía ningún interés por él.

3

—¿Qué haces? —preguntó Sarah—. ¿No oíste que te llamaba?
Sarah miró el libro que había sobre el escritorio de Castle y dijo:
—*Guerra y paz*. Creí que te habías cansado de *Guerra y paz*.
Castle cogió una hoja de papel, la dobló y se la guardó en el bolsillo.
—Estoy tratando de escribir un artículo.
—Enséñamelo.
—No. Sólo si se publica.
—¿A dónde lo enviarás?
—A *New Statesman*… A *Encounter*… ¿quién sabe?
—Hacía mucho que no escribías nada. Me alegro de que empieces de nuevo.
—Sí. Parezco condenado a empezar siempre de nuevo.

CAPÍTULO III

1

Castle se sirvió otro *whisky*. Hacía mucho que Sarah estaba arriba con Sam y que él estaba solo, esperando a que sonara el timbre, esperando… Su mente vagabundeó, se trasladó hasta aquella otra ocasión en que había aguardado tres cuartos de hora por lo menos frente al despacho de Cornelius Muller. Le habían dado un ejemplar del *Rand Daily Mail*… extraña elección, dado que el periódico era enemigo de la mayor parte de las cosas que defendía el BOSS, la organización que empleaba a Muller. Había leído el de aquel día con el desayuno, pero volvió a leerlo página tras página, sin otro propósito que el de dejar pasar el tiempo. Cada vez que levantaba la vista para mirar el reloj, se encontraba con la mirada de uno de los dos funcionarios subalternos que permanecían rígidamente sentados detrás de sus escritorios y que quizás se relevaban para vigilarle. ¿Esperaban que sacara una navaja y se abriera las venas? Pero la tortura, dijo para sus adentros, siempre quedaba a cargo de los Servicios de Seguridad… o eso creía él. Y en su caso, al fin y al cabo, no podía temer torturas de ningún servicio: le protegía la inmunidad diplomática; era uno de los «intorturables». No obstante, la inmunidad diplomática no podía proteger a Sarah. El último año transcurrido en África del Sur había aprendido la secular lección de que el temor y el amor son inseparables.

Castle terminó su *whisky* y se sirvió otro, más pequeño esta vez. Tenía que cuidarse. Sarah le habló desde lo alto de la escalera:

—¿Qué haces, cariño?

—Espero al señor Muller y bebo otro *whisky* —respondió.

—Que no sean demasiados, cariño.

Habían decidido que, primero, Castle recibiría a Muller a solas. Éste, indudablemente, llegaría de Londres en un coche de la embajada. ¿Un Mercedes negro, como los que usaban los funcionarios importantes en África del Sur? «Venza las primeras dificultades», —había dicho C.— «y deje las cuestiones serias para el despacho. Es más probable que en su casa capte algún indicio útil… me refiero a lo que nosotros tenemos y ellos no. Pero, por Dios, Castle, mantenga la calma». Y ahora Castle se esforzaba por mantener la calma con ayuda del tercer *whisky* sin dejar de estar atento al menor ruido de coche, de cualquier coche; pero a esa hora había poco tráfico en King’s Road: hacía rato que todos los que regresaban diariamente de sus trabajos habían llegado a sus casas.

Si el miedo y el amor son inseparables, también lo son el miedo y el odio. El odio es una respuesta automática al miedo, porque el miedo humilla. Cuando por fin pudo dejar caer el *Rand Daily Mail* e interrumpir su cuarta lectura del mismo articulo de fondo (una habitual e inútil protesta contra la mezquindad del *apartheid*) tenía una profunda conciencia de su cobardía. Tres años de vida en África del Sur y seis meses de amor por Sarah le habían convertido —lo sabía muy bien— en un cobarde.

En el despacho interior le esperaban dos hombres: el señor Muller estaba sentado detrás de un enorme escritorio fabricado con la más preciosa madera de los bosques sudafricanos y sobre el cual no había otra cosa que un papel secante en blanco, una pluma en su reluciente soporte y un solo expediente, significativamente abierto. Muller era un poco más joven que Castle, probablemente rayando con la cincuentena, y tenía esa clase de rostro que, en circunstancias normales, Castle habría olvidado fácilmente: un rostro de vida de hogar, tan liso y pálido como el de un empleado de banca o el de un joven funcionario público; un rostro no torturado por ninguna creencia humana o religiosa, un rostro dispuesto a recibir órdenes y a obedecerlas con presteza y sin objeciones; un rostro, en fin, conformista. Sin duda alguna, no era la cara de un sádico. Pero este término describía perfectamente los rasgos del otro hombre, vestido de uniforme y cuyas piernas estaban colocadas insolentemente encima del brazo de un sillón, como si quisiera demostrar su sentido absoluto de la igualdad. En cuanto a su rostro, no se podía decir que no había conocido el sol: tenía una especie de infernal enrojecimiento, como si hubiese estado expuesto demasiado tiempo a un calor muchísimo más intenso del que pueden soportar la mayoría de los mortales. Las gafas de Muller tenían una montura de oro: aquél era un país que estaba todo él montado sobre oro.

—Tome asiento —dijo Muller a Castle.

Estas palabras sonaron con la suficiente amabilidad para pasar por cortesía. Pero el único asiento disponible para Castle era una silla dura y estrecha, tan incómoda como el banco de una iglesia; pero si le hubieran pedido que se arrodillase, no habría encontrado ni un cojín en el suelo para poner sus rodillas. Se sentó en silencio y los dos hombres, el pálido y el carmesí, le miraron y no dijeron nada. Castle se preguntó cuánto tiempo continuaría el silencio. Cornelius Muller dejó frente a sí una hoja que había apartado del expediente; y al cabo de un rato empezó a tamborilear sobre ella con la punta de su bolígrafo de oro, siempre en el mismo lugar, como si estuviera clavando un clavo. El leve golpeteo medía la longitud del silencio como el tictac de un reloj. El otro individuo se rascaba la pierna por encima del calcetín. Y eso era todo: tap-tap-tap y crash-crash-crash.

Al fin Muller se decidió a hablar:

—Me alegro que le haya sido posible venir, señor Castle.

—Sí, no fue muy fácil; pero, en fin, aquí estoy.

—Quisimos evitar el escándalo innecesario de escribir a su embajador.

Ahora le tocó a Castle el turno de guardar silencio, mientras trataba de

comprender lo que pretendían decir con la palabra «escándalo».

—El capitán Van Donck (éste es el capitán Van Donck) es el que nos ha informado del asunto. Consideró más conveniente que nos ocupáramos nosotros de ello y no los servicios de seguridad… a causa de la situación que usted ocupa en la embajada británica. Ha estado bajo vigilancia, señor Castle, durante largo tiempo; pero creo que una detención en su caso no tendría ningún interés práctico… su embajada podría apelar a la inmunidad diplomática. Naturalmente, siempre estaríamos en condiciones de discutirlo ante un juez, en cuyo caso a usted le enviarían a su país. Ese sería, probablemente, el fin de su carrera, ¿no es verdad?

Castle no respondió.

—Ha sido usted muy imprudente, incluso estúpido —continuó Cornelius Muller —. Aunque yo no considero que la estupidez tenga que ser castigada como un delito. Sin embargo, el capitán Van Donck y los servicios de seguridad sostienen un punto de vista diferente, una perspectiva legalista… Y es posible que tengan razón. Él preferiría el sistema de detención y de juicio ante un tribunal. Opina que la inmunidad diplomática a menudo se extiende indebidamente en lo que respecta a los empleados subalternos de una embajada. Le gustaría recurrir a un juicio por cuestión de principios.

El duro asiento se estaba volviendo dolorosamente incómodo y Castle deseaba cambiar de posición, pero pensó que aquel movimiento podía interpretarse como un signo de debilidad. Trataba desesperadamente de descubrir qué era lo que realmente sabían. ¿Cuántos de sus agentes, se preguntó, estaban incriminados? Su propia protección, comparativamente, le hizo sentir vergüenza. En una guerra auténtica, el oficial siempre tiene la posibilidad de morir con sus hombres y conservar así la propia estimación.

—Empiece a hablar, Castle —ordenó el capitán Van Donck.

Con un movimiento de cintura y un balanceo de sus piernas, el capitán Van Donck se dispuso a levantarse… o intentó que así pareciera: probablemente era una fanfarronada. Abrió y cerró el puño y fijó la mirada en su sortija de sello. A continuación empezó a lustrar el anillo de oro con un dedo, como si fuera un arma que tenía que mantener bien engrasada. En aquel país era imposible eludir al oro. Estaba en el polvo de las ciudades, los artistas lo usaban como pintura; nada más natural que la policía lo emplease para golpear a un hombre en la cara…

—¿Hablar de qué? —inquirió Castle.

—Usted es como la mayoría de los ingleses que vienen a esta República —intervino Muller—. Siente una cierta simpatía espontánea por los africanos negros. Comprendemos perfectamente sus sentimientos, tanto más cuanto que nosotros somos africanos. Vivimos aquí desde hace trescientos años. Los bantús son unos recién llegados, como ustedes. Pero no me parece necesario darle una lección de historia. Como le he dicho, entendemos su punto de vista, aunque sea un punto de vista que denota una gran ignorancia. Sin embargo, cuando conduce a la emotividad,

se vuelve peligroso, y cuando se llega a infringir la ley…

—¿Qué ley?

—Creo que sabe muy bien a qué ley me refiero.

—Es verdad que tengo pensado hacer un estudio sobre el *apartheid*. La embajada no me pone objeciones. Pero se trataría de un estudio sociológico serio, totalmente objetivo… y sólo existe aún en mi cabeza. Todavía no tienen derecho a censurarlo. De todos modos, imagino que no se publicará en este país.

—Si quiere tirarse a una puta negra —le interrumpió con impaciencia el capitán Van Donck—, ¿por qué no va a un burdel de Lesotho o de Ngwane? Todavía forman parte de su Commonwealth.

Por primera vez, Castle comprendió que era Sarah, y no él, quien estaba en peligro.

—Soy demasiado viejo para interesarme por las prostitutas —respondió.

—¿Dónde estuvo las noches del 4 y el 7 de febrero? ¿Y la tarde del 21 de febrero?

—Obviamente usted lo sabe… o cree saberlo —dijo Castle—. Mi agenda de citas está en la oficina.

Hacía cuarenta y ocho horas que no veía a Sarah. ¿Estaría ahora en manos de hombres como el capitán Van Donck? Su temor y su odio aumentaron simultáneamente. Olvidó que, en teoría, era un diplomático, aunque subalterno.

—¿De qué diablos me está hablando? ¿Y usted? —añadió dirigiéndose a Cornelius Muller—. Usted también, ¿para qué me hizo venir?

El capitán Van Donck era un hombre brutal y simple, que creía en algo, por repugnante que fuera… Era uno de esos a los que se puede perdonar. Pero a quien Castle nunca podría perdonarle nada era a aquel suave y educado funcionario del BOSS. Los de su especie, los hombres que tienen educación suficiente para saber lo que hacen, son los que organizan el infierno, a pesar del cielo. Pensó en aquello que tan a menudo le había dicho Carson, su amigo comunista: «Nuestros peores enemigos no son los ignorantes ni los simples, por crueles que éstos sean; nuestros peores enemigos son los inteligentes y los corruptos».

—Usted sabe muy bien que ha infringido la ley de Relaciones Raciales con su amiguita bantú —dijo Muller con tono de razonable reproche, como un empleado de banca que muestra un saldo deudor inaceptable a un cliente insignificante—. Sabe perfectamente que, si no fuera por la inmunidad diplomática, ahora estaría en la cárcel.

—¿Dónde la ocultó? —le presionó el capitán Van Donck y Castle sintió un intenso alivio.

—¿Ocultarla?

El capitán Van Donck se había puesto de pie y se frotaba el anillo de oro, en el que incluso llegó a escupir.

—Está bien, capitán —afirmó Muller—. Yo me ocuparé del señor Castle. No

seguiré quitándole su tiempo. Gracias por la ayuda que le ha proporcionado a nuestro departamento. Quiero hablar a solas con el señor Castle.

Cuando se cerró la puerta, Castle se encontró enfrentado, como había dicho Carson, con el verdadero enemigo. Muller prosiguió:

—No haga caso del capitán Van Donck. Los hombres como él no ven más allá de sus narices. Hay otras formas más razonables de arreglar esta cuestión que un juicio que le destruiría a usted y que apenas nos ayudaría a nosotros.

—¡Oigo el motor de un coche! —una voz de mujer le devolvió al presente.

Era Sarah, que le hablaba otra vez desde lo alto de la escalera. Castle se acercó a la ventana. Un Mercedes negro avanzaba por delante de las indiferenciadas casas de King's Road. Se veía que el conductor buscaba un número; pero, como de costumbre, varias farolas estaban fundidas.

—Es el señor Muller —respondió Castle y, al dejar su *whisky*, descubrió que su mano temblaba por haber estado demasiado crispada alrededor del vaso.

Al oír el timbre, *Buller* empezó a ladrar. Pero en cuanto Castle abrió la puerta dedicó todas sus gracias al desconocido con una carencia total de discriminación y dejando huellas de afectuosa baba en los pantalones de Cornelius Muller.

—Hermoso perro, hermoso perro —comentó Muller con cautela.

Los años habían producido un cambio notorio en Muller: ahora tenía el pelo casi blanco y su rostro era mucho menos delicado. Ya no parecía un funcionario que siempre sabe las respuestas convenientes para todo. Desde su última entrevista, algo le había ocurrido: parecía más humano. Tal vez con los ascensos, y al asumir mayores responsabilidades, habían nacido con ellas las incertidumbres y las preguntas sin respuesta.

—Buenas noches, señor Castle, lamento llegar tan tarde. Había mucho tráfico en Watford… Me parece que ese lugar se llama Watford.

Ahora podía confundírsele con un hombre tímido, o quizá sólo fuera que se sentía perdido sin su despacho, sin su escritorio de madera preciosa y la presencia de dos colegas de categoría inferior en la oficina contigua. El Mercedes negro se alejó. También el chófer intentaría cenar. Muller estaba solo en una población desconocida, en una tierra desconocida, donde los buzones llevaban las iniciales de una soberana, «E II», y donde no había estatuas de Kruger en las plazas de mercado. Castle sirvió dos vasos de *whisky*.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos —Muller abrió la conversación.

—¿Siete años?

—Fue muy amable de su parte invitarme a cenar en su casa.

—«C» pensó que era lo mejor para romper el hielo. Parece ser que vamos a trabajar estrechamente unidos. En «Tío Remus».

Los ojos de Muller se pasearon por el teléfono, por la lámpara de la mesa, por el florero.

No se preocupe. No hay micros. Si alguien nos escuchase aquí, sería mi gente —

aclaró Castle— y estoy prácticamente seguro de que no lo harán —levantó el vaso—. Por nuestro último encuentro. ¿Recuerda que entonces sugirió que podía trabajar para usted? Bien, aquí me tiene. Ya estamos trabajando juntos. ¿Ironía histórica o predestinación? Su iglesia holandesa cree en eso.

—Es evidente que, en aquellos tiempos, yo no tenía idea de su verdadera situación —explicó Muller—. Si lo hubiera sabido, no habría estado usted amenazado por el asunto de aquella desventurada chica bantú. Ahora sé que sólo era una de sus agentes. Incluso podríamos haberla utilizado los dos. Pero le confundí con uno de esos altruistas y sentimentalistas antiapartheid. Su jefe me dio una gran sorpresa cuando me dijo que era usted el hombre al que yo debía ver para lo de «Tío Remus». Espero que no me guarde rencor. Al fin y al cabo usted y yo somos profesionales y ahora estamos ambos del mismo lado.

—Sí, supongo que así es.

—No obstante, me gustaría que me contara… total ya no tiene importancia… cómo ayudó a escapar a aquella bantú. ¿Fue por Ngwane?

—Sí.

—Yo creía que teníamos eficazmente controlada aquella frontera… salvo para los auténticos expertos en guerrillas. Nunca pensé que usted fuera un experto. Me di cuenta de que tenía algunos contactos comunistas, pero supuse que los necesitaba para aquel libro sobre el *apartheid* que nunca se publicó. Me engañó completamente, y no digamos la forma en que se engañó Van Donck. ¿Recuerda al capitán Van Donck?

—Oh, sí, vívidamente.

—Tuve que pedirles a los servicios de seguridad que lo degradaran, después del asunto con usted. Actuó muy torpemente. Estoy seguro de que si hubiéramos tenido a la chica en prisión usted habría aceptado trabajar para nosotros, pero Van Donck dejó que se le escapara de las manos. No se ría… yo estaba convencido de que era un asunto amoroso. He conocido a muchos ingleses que partieron de la idea de atacar el *apartheid* y terminaron atrapados en la cama de una muchacha bantú. La romántica idea de infringir una ley que consideran injusta les atrae tanto como un par de muslos negros. Nunca imaginé que esa chica, creo recordar que se llamaba Sarah Mankosi, fuera agente del MI-6. Ella tampoco lo sabía. También creía en mi libro. ¿Otro *whisky*?

—Sí, gracias —Castle sirvió dos vasos con la esperanza de que su cabeza fuese la más resistente—. Según todos los informes, era una muchacha muy inteligente. Investigamos sus antecedentes. Había asistido a la Universidad Africana de Transvaal, donde los profesores del Tío Tom siempre producen estudiantes peligrosos. Sin embargo, personalmente he descubierto que cuanto más inteligentes son los africanos, más fácilmente pueden ser doblegados… en uno u otro sentido. Si hubiésemos tenido encarcelada a esa chica un mes, estoy absolutamente seguro de que la habríamos doblegado. Bueno, quizás ahora podría habernos sido útil a los dos

en la Operación «Tío Remus». ¿O tal vez no? Uno se olvida siempre de ese viejo diablo que es el Tiempo. Supongo que ya estará demasiado madura. Las mujeres bantús envejecen rápidamente. Por lo general están acabadas, por lo menos para el gusto blanco, mucho antes de los treinta. Castle, estoy realmente encantado de que trabajemos juntos y de que usted no sea lo que creíamos en el BOSS: uno de esos idealistas que quieren cambiar la naturaleza de los seres humanos. Conocíamos a la gente con quien usted estaba en contacto, o a la mayoría de ellos, y sabíamos el tipo de tonterías que le estarían contando. Pero usted fue más listo que nosotros. Y por lo tanto también fue más listo con los bantús y con los comunistas. Supongo que ellos también creyeron que estaba escribiendo un libro que sería útil a su causa. Permítame decirle que no soy un antiafricano como el capitán Van Donck. Yo mismo me considero un cien por ciento africano.

Sin duda alguna, el que ahora hablaba no era el Cornelius Muller de la oficina de Pretoria. El pálido abogado que cumplía su tarea conformista nunca se habría expresado con tanta fluidez y confianza en sí mismo. Lo había logrado el *whisky*. Muller era ahora un alto funcionario del BOSS, al que le habían confiado una misión en el extranjero, que no aceptaba órdenes de nadie cuya graduación fuese inferior a la de general. Podía relajarse, sentirse cómodo. Podía ser —inquietante pensamiento— él mismo, y a Castle le parecía que empezaba a parecerse cada vez más, por la vulgaridad y la brusquedad de su discurso, al capitán Van Donck, a quien tanto despreciaba.

—He pasado fines de semana bastante gratos en Lesotho —prosiguió Muller—. Me rocé con mis hermanos negros en el casino de la Holliday Inn. Y, ¿por qué no confesarlo?, incluso tuve una vez una pequeña… digamos aventura. Allí todo parecía diferente… Y no era contrario a la ley. Yo no estaba en el territorio de la República.

—Sarah —llamó Castle desde la sala—, baja a Sam para que salude al señor Muller.

—¿Se casó? —inquirió Muller.

—Sí.

—De ese modo aún me halaga más el que me haya invitado a su casa. Traje conmigo algunos pequeños recuerdos de Sudáfrica y quizá haya algo que le guste a su esposa. Pero no ha respondido a mi pregunta. Ahora que trabajamos juntos…, como yo quise hacerlo en otro tiempo ¿recuerda?…, ¿no podría decirme cómo se las arregló para salir del país con aquella chica? Ya no puede perjudicar a ninguno de sus antiguos agentes y tiene cierto peso sobre «Tío Remus» y los problemas que debemos afrontar juntos. Su país y el mío, y por supuesto los Estados Unidos, tienen ahora una frontera común.

—Quizá se lo cuente ella personalmente. Permítame presentarle a Sarah y a mi hijo Sam —bajaban juntos la escalera cuando Cornelius Muller se volvió—. El señor Muller me preguntaba cómo logré introducirte en Ngwane, Sarah.

Castle había subestimado a Muller. La sorpresa que había imaginado fracasó por

completo.

—Encantado de conocerla, señora Castle —Muller le tomó la mano.

—No pudimos conocernos hace siete años —dijo Sarah.

—Sí. Siete años perdidos. Su esposa es muy hermosa, Castle.

—Gracias —respondió Sarah—. Sam, dale la mano al señor Muller.

—Éste es mi hijo, señor Muller —Castle sabía que Muller tenía que ser un buen juez de los matices de color y Sam era muy negro.

—¿Cómo estás, Sam? ¿Ya vas a la escuela?

—Empezará dentro de una o dos semanas. Ahora vete a la cama, Sam.

—¿Sabe usted jugar al escondite? —quiso saber Sam.

—Solía jugarlo en otros tiempos, pero siempre estoy dispuesto a aprender nuevas reglas.

—¿Es usted un espía, como el señor Davis?

—He dicho que fueras a acostarte, Sam.

—¿Tiene una pluma con veneno?

—¡Sam! ¡Arriba!

—Y ahora, Sarah, para responder a la pregunta del señor Muller, ¿por dónde y cómo te introdujiste en Ngwane?

—Creo que no debo decírselo, ¿qué opinas tú?

Intervino Cornelius Muller:

—Olvidemos Ngwane. Todo eso es historia pasada y ocurrió en otro país.

Castle observó cómo Muller se adaptaba, con la misma naturalidad de un camaleón, al color del suelo que pisaba. Debió de adaptarse de la misma manera durante su fin de semana en Lesotho. Tal vez habría encontrado más simpático a Muller si hubiera sido menos adaptable. Durante toda la cena, Muller mantuvo una cortés conversación. Sí, pensó Castle, realmente habría preferido al capitán Van Donck. Éste habría salido a toda prisa de la casa al ver a Sarah. Un prejuicio tiene algo en común con un ideal. Cornelius Muller carecía de prejuicios y, en consecuencia, de ideales.

—¿Qué le parece este clima, señora Castle, después del de África del Sur?

—¿Se refiere al tiempo?

—Sí, a la temperatura.

—Es menos extremada —opinó Sarah.

—¿Nunca echa de menos África? Yo he venido por Madrid y Atenas, si bien es cierto que hace varias semanas que salí de allí. ¿Sabe lo que más echo en falta? Los escoriales de las minas que rodean Johannesburgo; su color, cuando se va a poner el sol. ¿Qué echa usted de menos?

Castle no había sospechado que Muller tuviera sentimientos estéticos. ¿Sería uno de los intereses más amplios que surgen con los ascensos? ¿O era una adaptación a la circunstancia y al país, como una cortesía?

—Mis recuerdos son diferentes —explicó Sarah—. Mi África era distinta de la

suya.

—Oh, pero ambos somos africanos. A propósito, he traído algunos regalos para mis amigos de aquí. Como no sabía que usted era de los nuestros, le traje un chal. Usted ya sabe que en Lesotho hay esas extraordinarias tejedoras… las Tejedoras Reales. ¿Acepta usted ese presente… de su antiguo enemigo?

—Por supuesto. Se lo agradezco.

—¿Cree que a *lady* Hargreaves le gustará un bolso de piel de avestruz?

—No la conozco. Pregúnteselo a mi marido.

«No estará a tono con los inevitables cocodrilos de la dama», pensó Castle; pero dijo:

—Estoy seguro… Viniendo de usted…

—Tengo por los avestruces una especie de interés que viene de familia —se explayó Muller—. Mi abuelo era uno de esos que hoy se llaman millonarios del avestruz… Sus negocios se hundieron cuando la guerra de 1914. Tenía una gran hacienda en la provincia de El Cabo. En otros tiempos fue espléndida, pero ahora sólo es una ruina. En realidad, las plumas de avestruz nunca volvieron a entrar en Europa y mi padre quebró. No obstante, mis hermanos todavía crían algunos avestruces.

Castle recordó su visita a una de esas grandes casas, conservada como una especie de museo, donde vivía, de modo de conservador, el director de esos últimos restos de la cría de avestruces. Este director casi pedía disculpas por la riqueza y el mal gusto de aquel lugar. El cuarto de baño era el broche de oro del recorrido —los visitantes siempre eran llevados allí en último lugar—. Destacaba en él una bañera que parecía una enorme cama de matrimonio, con grifos chapeados en oro y sobre la pared una mala imitación de un primitivo italiano: en los halos empezaban a desprenderse hojas de auténtico oro.

Cuando terminaron de cenar, Sarah les dejó solos y Muller aceptó un vaso de oporto. La botella —un regalo de Davis— no había sido tocada desde la última Navidad.

—Ahora, seriamente —dijo Muller—. Preferiría que me diera algunos detalles acerca de la ruta que siguió su esposa hasta Ngwane, sin necesidad de mencionar nombres. Sé que tenía usted algunos amigos comunistas… aunque ahora comprendo que era parte de su trabajo. Ellos creían que usted era un compañero de viaje sentimental… Como lo creíamos nosotros. Por ejemplo, Carson debió pensar que usted… ¡Pobre Carson!

—¿Por qué «pobre Carson»?

—Fue demasiado lejos. Tenía contactos con las guerrillas. A su manera, era una buena persona. Y un buen abogado. Planteó muchos problemas a los servicios de seguridad con sus leyes sobre la libre circulación.

—¿Ya no lo hace?

—¡Oh, no! Murió en la cárcel. Hace un año.

—No estaba enterado.

Castle se dirigió hacia el aparador y se sirvió otro *whisky* doble. Con mucha agua gaseosa, el J & B doble no era más fuerte que uno sencillo.

—¿No le gusta este oporto? —preguntó Muller—. En otros tiempos solíamos recibir un admirable oporto de Lourenço Marques. ¡Ay, aquella época quedó atrás!

—¿De qué murió Carson?

—De una neumonía —informó Muller, y agregó—: Bueno, eso le salvó de un largo proceso.

—Me gustaba Carson —reconoció Castle.

—Sí. Lástima que siempre identificara a los africanos con su color. Es el tipo de error que suele cometer la segunda generación. Se niega a reconocer que un hombre blanco puede ser tan buen africano como un negro. Mi familia, por ejemplo, llegó allí en 1700. Fueron de los primeros en desembarcar —miró la hora—. En cambio, parece que yo soy de los que se van tarde. Mi chófer debe de estar esperándome desde hace más de una hora. ¿Querrá usted disculparme? Debo irme.

—Tendríamos que hablar un poco los dos de «Tío Remus» antes de que usted se vaya —propuso Castle.

—Eso puede quedar para la oficina —opinó Muller. Cuando llegó a la puerta se volvió—: Lamento sinceramente lo de Carson. Si hubiera sabido que usted no estaba enterado no habría hablado tan bruscamente.

Buller lamía afectuosamente el bajo de los pantalones del visitante, sin el menor discernimiento.

—Buen perro, buen perro —insistió Muller—. No hay nada como la fidelidad de un perro.

2

A la una de la madrugada, Sarah rompió un largo silencio:

—Todavía estás despierto. No finjas. ¿Tan penoso te resultó volver a ver a Muller? Estuvo muy amable.

—Oh, sí, mucho. En Inglaterra adquiere modales ingleses. Se adapta con mucha facilidad.

—¿Te traigo un somnífero?

—No. Me dormiré en seguida. Sólo que… tengo que decirte algo. Carson ha muerto. En la cárcel.

—¿Le mataron?

—Muller asegura que murió de una neumonía.

Sarah apoyó la cabeza sobre el brazo de Castle y hundió la cabeza en la almohada. Él supuso que lloraba. Le dijo:

—Esta noche no podía dejar de recordar la última nota que recibí de él. La encontré en la embajada, cuando volví de ver a Muller y a Van Donck: «No te preocupes por Sarah. Toma el primer avión que te sea posible para L. M. y espérala en el Polana. Está en buenas manos».

—Sí. Yo también recuerdo esa nota. Estaba con él cuando la escribió.

—Nunca pude agradecérselo… excepto con estos siete años de silencio y…

—¿Y?

—No sé lo que iba a decir —repitió lo que le había manifestado a Muller—. Me gustaba Carson.

—Sí. Yo confiaba en él. Mucho más que en sus amigos. Durante aquella semana, mientras tú me aguardabas en Lourenço Marques, tuvimos tiempo de discutir. Yo solía decirle que no era un verdadero comunista.

—¿Por qué? Era miembro del partido. Uno de los miembros más antiguos que quedaban en Transvaal.

—Es verdad. Ya lo sé. Pero hay miembros y miembros, ¿no? Le conté lo de Sam aun antes de decírtelo a ti.

—Tenía una manera especial de atraer a la gente…

—La mayoría de los comunistas que conocí repelían, en lugar de atraer.

—De cualquier modo, Sarah, era un puro, un auténtico comunista. Sobrevivió a Stalin como los católicos romanos sobrevivieron a los Borgia. Me hizo tener una mejor opinión del partido.

—Pero nunca te atrajo totalmente, ¿verdad?

—Bueno, siempre hubo en él algo que se me atragantaba. Solía decirme que yo era capaz de asustarme de un mosquito y de tragarme un camello. Tú sabes que nunca he tenido un espíritu religioso… Abandoné a Dios en la capilla del colegio. Pero en África encontré a algunos sacerdotes que me devolvieron la fe… sólo durante un momento, el tiempo de tomar una copa. Si todos los sacerdotes hubieran sido como ellos y yo los hubiera visto con bastante frecuencia, tal vez me habría tragado la Resurrección, la Inmaculada Concepción, Lázaro y todo lo demás. Recuerdo a uno de ellos; le vi dos veces. Quería utilizarle como agente, como te utilicé a ti. Pero no era aprovechable. Se llamaba Connolly… ¿O tal vez era O’Connell? Se desvivía en las chozas de Soweto. Me dijo exactamente lo mismo que Carson: te asustas de un mosquito y te tragas… Durante algún tiempo, casi creí en su Dios, como casi había creído en el de Carson. Quizá nací para ser un creyente a medias. Cuando la gente habla de Praga y de Budapest y de que es posible encontrarle un rostro humano al comunismo, guardo silencio. Porque yo he visto —una vez— ese rostro humano. Me digo a mí mismo que, si no hubiera sido por Carson, Sam podría haber nacido en una cárcel y tú habrías muerto en prisión. Una clase de comunismo, o de comunista, os

salvó a ti y a Sam. No tengo más fe en Marx o en Lenin que en san Pablo, pero tengo derecho a ser agradecido, ¿no?

—¿Por qué te preocupa tanto eso? Nadie te reprocharía el ser agradecido. Yo también agradezco. La gratitud está muy bien siempre que…

—¿Siempre qué?

—Creo que iba a decir: siempre que no te lleve demasiado lejos.

Pasaron horas antes de que Castle se durmiera. Permaneció despierto y pensó en Carson y en Cornelius Muller, en «Tío Remus» y en Praga. No quería dormirse hasta asegurarse, por la respiración de Sarah, de que ésta dormía. Entonces se permitió sumergirse, como su héroe de la infancia, Allan Quatermain, en esa larga y lenta corriente subterránea que le arrastraría hacia las profundidades de aquel continente oscuro donde acaso esperaba encontrar una patria permanente, una ciudad donde le aceptaran como ciudadano (como ciudadano sin profesión de fe). No sería la ciudad de Dios o de Marx, sino la ciudad de la Paz del Espíritu.

CAPÍTULO IV

1

Una vez al mes, en su día libre, Castle tenía la costumbre de llevar de excursión a Sarah y a Sam por entre las playas y los pinos de East Sussex para ver a su madre. Nadie había puesto nunca objeciones a la necesidad de esta visita, pero Castle dudaba incluso de que a su madre le satisficiera, aunque había de reconocer que la pobre mujer hacía todo lo posible por complacerles —según su idea, muy personal, de parecer agradable—. Invariablemente, la misma provisión de helado de vainilla aguardaba a Sam en el refrigerador —él prefería helado de chocolate— y, aunque sólo vivía a setecientos metros de la estación, llamaba a un taxi para que fuera a recogerles. Castle, que nunca había querido tener coche desde su regreso a Inglaterra, sentía la impresión de que su madre le consideraba un hijo fracasado y sin dinero. En cuanto a Sarah, ella misma le había dicho en cierta ocasión cómo se sentía allí: como una invitada negra que asistía a una recepción antiapartheid al aire libre y a la que se mimaba tanto que se sentía incómoda.

Otra de las causas de tensión nerviosa era *Buller*. Castle había renunciado a insistir en que era preciso dejar a *Buller* en casa. Sarah estaba segura de que, sin estar protegido por ellos, *Buller* sería asesinado en seguida por unos enmascarados, aunque Castle le recordaba que lo habían comprado para que los defendiera y no para ser defendido. A la larga resultó más fácil ceder, aunque a su madre le disgustaban profundamente los perros y tenía un gato birmano cuyo aniquilamiento era la obsesión de *Buller*. Antes de que éste llegase había que encerrar al gato en el dormitorio de la señora Castle. Y ese triste exilio, privado de toda compañía humana, daba lugar a frecuentes alusiones por parte de su dueña durante la interminable jornada. Una vez encontraron a *Buller* echado, con las cuatro patas muy separadas, delante de la puerta de la alcoba, aguardando su oportunidad y jadeando fuertemente, como un asesino shakesperiano. Posteriormente, la señora Castle escribió a Sarah una larga carta llena de reproches a propósito de ello. Al parecer, los nervios del gato habían estado afectados durante más de una semana. Había rechazado su ración de Friskies y sólo se alimentaba a base de leche: una especie de huelga de hambre.

Un negro abatimiento se apoderaba casi siempre de toda la familia en cuanto el taxi penetraba en la avenida sombreada de laureles que conducía hasta la casa eduardiana, con tejado a dos aguas, que su padre había comprado para disfrutar de su jubilación, porque estaba cerca de un campo de golf (poco después había sufrido un

ataque y ni siquiera pudo acercarse caminando hasta el edificio del club).

Casi siempre, también, la señora Castle les aguardaba de pie en lo alto de la escalinata, elevada y rígida silueta envuelta en una falda pasada de moda que dejaba ver unos finos y bonitos tobillos, y en un cuello alto como el de la reina Alejandra, que ocultaba las arrugas de la edad. Con el propósito de disimular su abatimiento, Castle se mostraba afectadamente alegre y saludaba a su madre con un apasionado abrazo que ella apenas devolvía: estaba convencida de que toda emoción abiertamente expresada tenía que ser falsa. Tendría que haberse casado con un embajador o un gobernador colonial más que con un médico rural.

—Estás maravillosa, mamá —dijo Castle.

—Me siento bien para mi edad —tenía ochenta y cinco años. Para que Sarah la besase, ofreció su mejilla de inmaculada blancura y olorosa a espliego—. Espero que Sam esté ya totalmente restablecido.

—Oh, sí, nunca ha estado tan bien.

—¿Salió de la cuarentena?

—Por supuesto.

Tranquilizada, la señora Castle madre otorgó al niño el privilegio de un leve beso:

—Supongo que pronto empezarás a asistir a la escuela preparatoria, ¿no? —Sam asintió—. Te gustará jugar con los otros chicos. ¿Dónde está *Buller*?

—Está arriba. Ha ido a buscar a *Tinker Bell* —respondió Sam, no sin satisfacción.

Después de almorzar, Sarah llevó a Sam y a *Buller* al jardín, para dejar a Castle a solas con su madre durante un rato. Ésa era la rutina mensual. Sarah lo hacía con buena intención, pero Castle tenía la impresión de que su madre se alegraba cuando concluía la entrevista íntima. Invariablemente se producía un prolongado silencio entre ellos, mientras la señora Castle servía otros dos cafés que saboreaban sin placer. En seguida, iniciaba un tema de conversación que Castle sabía había preparado tiempo atrás con el fin de disimular aquel incómodo intervalo.

—La semana pasada hubo una terrible catástrofe aérea —la señora Castle dejó caer el azúcar en las tacitas: un terrón para ella y dos para él.

—Sí. Fue terrible. Terrible —trató de recordar a qué compañía pertenecía el avión… ¿TWA? ¿Calcutta?

—No pude dejar de pensar qué habría sido de Sam si tú y Sarah hubieseis estado a bordo.

Castle lo recordó todo, justo a tiempo para responder:

—Pero eso ocurrió en Bangladesh, mamá. ¿Por qué diablos nosotros…?

—Tú estás en el Foreign Office. Pueden enviarte a cualquier sitio.

—No, no pueden. Estoy encadenado a mi escritorio de Londres, mamá. De todos modos, sabes muy bien que te hemos nombrado tutora de Sam por si nos ocurriera algo.

—Soy una vieja próxima a los noventa.

—Ochenta y cinco, mamá.

—Todas las semanas leo en los periódicos que muchas ancianas mueren en accidentes de autobús.

—Tú nunca viajas en autobús.

—No veo ninguna razón para convertir en un principio el hecho de no tomar el autobús.

—Ten la plena seguridad de que, si alguna vez te ocurre algo, nombraremos a otra persona de confianza.

—Podría ser demasiado tarde. Es necesario estar preparados por si ocurren accidentes simultáneos. Y en el caso de Sam… Bueno, hay problemas especiales.

—Supongo que te refieres a su color.

—No puedes dejarlo bajo la tutela de un tribunal. Muchos de esos jueces, tu padre siempre lo decía, son racistas. Además, ¿se te ha ocurrido pensar, querido, que si todos muriéramos, puede haber personas… fuera del país… que podrían reclamarlo?

—Sarah no tiene padres.

—Lo que tú dejes, por poco que sea, puede confundirse con una fortuna… Quiero decir para alguien de afuera. Si las muertes son simultáneas, se considera que el de más edad es el primero en morir, al menos eso me han dicho. Entonces mi dinero se sumaría al tuyo. Sarah debe de tener algún pariente que podría reclamar…

—Mamá, ¿no te estás expresando tú también con cierto racismo?

—No, querido. Yo no soy nada racista, aunque tal vez sea anticuada y patriota. Sam es inglés de nacimiento, nadie puede negarle esto.

—Pensaré en ello, mamá —esta declaración ponía punto final a casi todas sus discusiones; pero nunca estaba de más desviar el tema al mismo tiempo—. He estado pensando en la conveniencia de retirarme.

—Donde tú trabajas no dan buenas pensiones, ¿verdad?

—He ahorrado un poco. Vivimos muy modestamente.

—Cuanto más hayas ahorrado, mayor razón hay para que busques un tutor suplementario… sólo por si acaso… Creo ser tan liberal como lo fue tu padre, pero no soportaría ver que a Sam lo llevaban a Sudáfrica a la fuerza.

—Pero tú no lo verías, mamá, porque estarías muerta.

—No estoy tan segura de eso, querido. No soy atea.

Era una de las visitas más penosas y a Castle sólo le salvó *Buller*, que regresó del jardín con firme determinación y subió pesadamente las escaleras en busca de *Tinker Bell*, encerrado en la alcoba.

—Al menos, espero no tener que ser nunca tutora de *Buller* —dijo la señora Castle.

—Eso puedo prometértelo, mamá. En el caso de un accidente fatal en Bangladesh que coincida con un accidente del autobús de la Unión de Abuelas en Sussex, he dejado instrucciones muy claras para que sacrifiquen a *Buller*… sin hacerlo sufrir.

—No es el tipo de perro que yo, personalmente, habría elegido para mi nieto. Los perros guardianes como *Buller* son siempre muy sensibles al color. Y Sam es un niño

nervioso. Tú eras igual a su edad… excepto por el color, naturalmente.

—¿Yo era un niño nervioso?

—Siempre tuviste un exagerado sentido de la gratitud por la menor amabilidad. Era una especie de sentimiento de inseguridad, aunque no sé por qué tenías que sentirte inseguro conmigo y con tu padre… Una vez le regalaste a alguien de la escuela una hermosa estilográfica porque te había dado un buñuelo relleno de chocolate.

—Bueno, mamá, ahora siempre insisto en que me paguen lo que corresponde.

—Tengo mis dudas.

—Y he renunciado bastante a la gratitud —pero, mientras hablaba, recordó a Carson muerto en la cárcel y lo que Sarah le había dicho; agregó—: Al menos no dejo que me lleve demasiado lejos. Ahora exijo más que un buñuelo de un penique.

—Hay algo en ti que siempre me resulta extraño. Desde que conociste a Sarah nunca has vuelto a mencionar a Mary. Yo la quería mucho. Me habría gustado que hubieras tenido un hijo con ella.

—Trato de olvidar a los muertos —dijo, pero no era verdad.

En los primeros tiempos de su anterior matrimonio, Castle se había enterado de que era estéril. Por eso no tuvieron hijos. Pero fueron muy felices. Era tanto un hijo único como una esposa lo que perdió cuando ella voló en pedazos por la explosión de una V-2 en Oxford Street, mientras él estaba sano y salvo en Lisboa, estableciendo un contacto. No había podido protegerla y no había muerto con ella. Por eso nunca hablaba de Mary. Ni siquiera con Sarah.

2

—Lo que siempre me sorprende de tu madre —comentó Sarah cuando, ya en la cama, empezaron a rememorar el desarrollo de su día de campo— es que acepte con tanta facilidad el hecho de que Sam sea hijo tuyo. ¿Nunca se le ha ocurrido pensar que es demasiado negro para tener un padre blanco?

—No parece percibir los matices.

—El señor Muller, sí. Juraría que sí.

Abajo sonó el teléfono. Era casi medianoche.

—¡Diablos! —exclamó Castle—. ¿Quién puede llamarnos a esta hora? ¿Otra vez tus enmascarados?

—¿No piensas contestar?

El campanilleo se interrumpió.

—Si son tus enmascarados, tendremos la posibilidad de atraparlos.

El teléfono sonó por segunda vez. Castle miró la hora.

—Por Dios, responde.

—Seguro que se equivocan de número.

—Si tú no lo coges lo haré yo.

—Ponte la bata. Puedes resfriarte.

Pero en cuanto Sarah se levantó, el teléfono dejó de sonar.

—Seguro que sonará otra vez —afirmó Sarah—. ¿Recuerdas que el mes pasado llamaron tres veces seguidas a la una de la madrugada?

Pero esta vez el teléfono permaneció mudo. Se oyó un grito desde el otro lado del pasillo. Sarah dijo:

—Malditos sean, han despertado a Sam. Maldito sea, fuera quien fuese.

—Iré yo a verle. Tú estás temblando. Vuelve a la cama.

—¿Eran ladrones? —preguntó Sam—. ¿Por qué no ladró *Buller*?

—*Buller* sabía lo que hacía. No son ladrones, Sam. Era un amigo mío, que me telefonea tarde.

—¿Era ese señor Muller?

—No. Ese no es un amigo. Duérmete. El teléfono no volverá a sonar.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Sonó más de una vez.

—Sí.

—Pero no contestaste. ¿Cómo sabes que era un amigo?

—Haces demasiadas preguntas, Sam.

—¿Era una señal secreta?

—Sam, ¿tienes secretos tú?

—Sí. Montones.

—Cuéntame alguno.

—No. Si te lo contara ya no sería un secreto.

—Bueno, pues yo también tengo mis secretos.

Sarah seguía despierta.

—Ya está tranquilo —le dijo Castle—. Creyó que los que llamaban eran ladrones.

—Quizá lo eran. ¿Qué le dijiste?

—Que eran señales secretas.

—Siempre encuentras la forma de calmarle. Le quieres, ¿no?

—Sí.

—Es extraño. No lo comprendo. Ojalá fuera realmente hijo tuyo.

—Yo no pienso lo mismo, ya lo sabes.

—Nunca entendí realmente por qué.

—Te lo he dicho muchas veces. Me basta con lo que veo de mí mismo todas las mañanas al afeitarme.

—Todo lo que ves es un hombre bueno, cariño.

—Yo no me describiría así.

—Para mí, un hijo tuyo habría sido una razón de vivir el día en que tú ya no estés. No vivirás eternamente.

—No, a Dios gracias.

Las palabras brotaron de los labios de Castle impensadamente. Y lamentó haberlas pronunciado. Era la tierna comprensión que demostraba Sarah lo que le hacía ir demasiado lejos. Por más que trataba de endurecerse, siempre acababa por contárselo todo. A veces la comparaba cínicamente con el hábil inquisidor, que emplea la simpatía y tiende el cigarrillo oportuno.

—Sé que estás preocupado —dijo Sarah—. Me gustaría que pudieras decirme la razón… pero no puedes, lo sé también. Tal vez algún día… cuando seas libre… Si esto sucede alguna vez, Maurice —agregó con tristeza.

CAPÍTULO V

1

Castle dejó su bicicleta en manos del empleado de la estación de Berkhamsted y subió al andén de Londres. Conocía de vista a casi todos los usuarios, incluso saludaba con un movimiento de cabeza a algunos de ellos. La fría niebla de octubre flotaba sobre el estanque del castillo, casi comido por la hierba, y goteaba de los sauces llorones sobre el canal del otro lado de la vía férrea. Recorrió el andén de un lado a otro. Creyó reconocer todos los rostros, excepto el de una mujer envuelta en un abrigo de raída piel de conejo… Era raro que fuesen mujeres en aquel tren. La vio subir a un compartimiento y escogió el mismo para observarla más atentamente. Los hombres abrieron sus periódicos y la mujer se enfrascó en la lectura de una novela de Denise Robins. Castle empezó a leer el segundo volumen de *Guerra y paz*. Era una infracción a las reglas de la prudencia, e incluso un pequeño acto de desafío, leer públicamente para su placer. «Un paso más allá de esa línea fronteriza, que recuerda a la que divide a los vivos de los muertos, residen la incertidumbre, el sufrimiento y la muerte. Y, ¿qué hay allá? ¿Quién? Allá, más allá de aquel campo, aquel árbol…». Castle miró por la ventanilla y le pareció ver, con los ojos del soldado de Tolstoi, la línea perfectamente recta y horizontal del canal que apuntaba en dirección a Watford. «¿… más allá de ese tejado iluminado por el sol? Nadie lo sabe, pero tú bien quisieras saberlo. Tienes miedo y, sin embargo, ansías franquear esa línea…».

Cuando el tren se detuvo en Watford, Castle fue el único que abandonó el compartimiento. Permaneció junto al tablero de horarios de los trenes y observó hasta el último pasajero que atravesaba la puerta automática. La mujer no estaba entre ellos. Una vez fuera de la estación, vaciló en la cola del autobús, sin dejar de observar minuciosamente todos los rostros. Luego miró la hora y con un estudiado gesto de impaciencia, destinado a cualquier observador que pudiera notar su presencia, echó a andar. Estaba seguro de que nadie le seguía. Pero al mismo tiempo se sentía un tanto inquieto al pensar en la mujer del tren y en el pequeño desafío a las reglas que él acababa de lanzar. Era necesario ser meticulosamente prudente. Desde la primera estafeta de correos que encontró telefoneó a la oficina y preguntó por Cynthia. Ésta llegaba siempre, como mínimo, media hora antes que Watson, que Davis o que él mismo.

—Por favor, dile a Watson que llegaré un poco tarde. Tuve que apearme en Watford para ver a un veterinario. *Buller* tiene una extraña erupción. Díselo también a

Davis.

Por un instante se le ocurrió pensar si no sería mejor, para fortalecer su coartada, visitar realmente al veterinario. Pero decidió que, a veces, tomar demasiadas precauciones puede ser tan peligroso como tomar muy pocas… Lo más sencillo es siempre lo mejor, lo mismo que decir la verdad siempre que sea posible, porque es mucho más fácil recordar la verdad que la mentira. Entró en la tercera cafetería de la lista que había memorizado y esperó. No reconoció al hombre que entró tras él, alto y flaco, vestido con un abrigo que había conocido tiempos mejores. El hombre se detuvo ante su mesa y dijo:

—Disculpe, ¿no es usted William Hatchard?

—No, me llamo Castle.

—Lo siento. Un parecido extraordinario.

Castle bebió dos tazas de café y leyó *The Times*. Valoraba el aire de respetabilidad que ese periódico parecía prestar al lector. Vio cómo el hombre se ataba los cordones de los zapatos, cincuenta metros calle abajo, y tuvo una sensación de seguridad análoga a la que había experimentado en cierta ocasión, cuando le llevaban desde su habitación del hospital hacia el quirófano para practicarle una operación grave… Como entonces, volvió a sentirse como un objeto en una cinta transportadora que le conducía a un destino predeterminado, libre de toda responsabilidad ante todo y ante todos, incluso ante su propio cuerpo. Para bien o para mal, lo que ocurriese sería obra de otro, de alguien con la más elevada capacidad profesional. Así debía de ser como llegaba la muerte, al final de todo, pensó, mientras seguía, lentamente y con el corazón ligero, los pasos del desconocido. Abrigaba la esperanza de que avanzaría hacia la muerte con la misma sensación de que muy pronto le liberarían para siempre de la angustia.

Notó que la calle por la que caminaban se llamaba Elm View, aunque no había a la vista ni olmos ni ninguna clase de árboles. Y la casa a la que fue enviado era tan anónima y poco llamativa como la suya propia. Incluso tenía, sobre la puerta, vidrieras de colores muy parecidas a las suyas. Tal vez también allí había trabajado un dentista. El hombre delgado que le precedía interrumpió sus pasos por un instante junto a una puerta de hierro que daba a un jardín del tamaño aproximado de una mesa de billar y luego siguió su camino. Había tres timbres en la puerta, pero sólo uno tenía una tarjeta identificadora, muy gastada por la intemperie y con una escritura ilegible que terminaba en las palabras «ition Limited». Castle tocó el timbre y observó que su guía había cruzado Elm View y caminaba en sentido contrario por la acera de enfrente. Cuando llegó a la altura de la casa sacó un pañuelo de la manga y se sonó la nariz. Probablemente era la señal indicadora de que todo iba bien, porque de inmediato Castle oyó el crujido de unos pasos que bajaban una escalera interior. Se preguntó si «ellos» habían tomado tantas precauciones con el fin de protegerle de un posible seguidor, para protegerse a sí mismos de una posible traición… o bien para ambas cosas. No le importaba: estaba en la cinta transportadora.

La puerta se abrió y apareció un rostro familiar que no esperaba ver: ojos de un azul resplandeciente sobre una amplia sonrisa de bienvenida, una pequeña cicatriz sobre la mejilla izquierda que Castle sabía que databa de una herida infligida a un niño, en Varsovia, cuando la ciudad cayó en manos de Hitler.

—¡Boris! —exclamó Castle—. Creí que no volvería a encontrarte nunca.

—Me alegro de verte, Maurice.

Es extraño, pensó. Sarah y Boris son las únicas personas del mundo que me llaman Maurice. Para su madre era, sencillamente, «cariño», en momentos de afecto. En la oficina vivía entre apellidos e iniciales. Instantáneamente se sintió cómodo en aquella casa desconocida que nunca había visitado antes: una casa apolillada, con gastada alfombra en la escalera. Por alguna extraña razón, pensó en su padre. Quizá de niño lo había acompañado a ver a un paciente en una casa parecida.

Llegado al primer rellano, siguió a Boris a una pequeña habitación cuadrada, con una mesa de escritorio, dos sillas y una ancha lámina montada sobre unos cilindros y que mostraba a una familia numerosa comiendo en un jardín, ante una mesa cargada de una insólita variedad de manjares. Todos los platos parecían haber sido presentados simultáneamente: una tarta de manzana junto a un cuarto de buey asado, y un salmón y un plato de manzanas al lado de una sopera. Había un jarro de agua, flanqueado por una botella de vino y por una cafetera. Vio varios diccionarios en un estante y un puntero apoyado sobre una pizarra en la que persistía, semiborrada, una palabra de un idioma que Castle no pudo identificar.

—Decidieron enviarme aquí después de tu último informe —dijo Boris—. El referente a Muller. Me alegro mucho de ello. Inglaterra me gusta mucho más que Francia. ¿Cómo te fue con Iván?

—Muy bien, pero no era lo mismo —Castle buscó en sus bolsillos un paquete de cigarrillos, que no encontró—. Tú conoces a los rusos. Tenía la impresión de que Iván no confiaba en mí. Además, siempre quería más de lo que yo prometí hacer por vosotros. Incluso quería que intentase cambiar de departamento.

—Fumas Marlboro, ¿verdad? —Boris le ofreció un paquete. Castle tomó un cigarrillo y dijo:

—Boris, mientras estuviste aquí, ¿sabías que Carson había muerto?

—No. No lo sabía. Me enteré hace unas semanas. Ni siquiera conozco los detalles todavía.

—Murió en la cárcel. De neumonía. O eso dicen. Iván tenía que saberlo; pero esperaron a que me enterase por boca de Cornelius Muller.

—¿Tanto te sorprendió? Dadas las circunstancias, quiero decir. Una vez detenido… nunca hay muchas esperanzas.

—Lo sé y, sin embargo, siempre creí que algún día volvería a verlo… En algún lugar seguro, alejado de África del Sur… quizá en mi casa, y que entonces podría darle las gracias por haber salvado a Sarah. Pero ha muerto sin oír ni una palabra de agradecimiento de mi parte.

—Todo lo que has hecho por nosotros fue como una forma de agradecimiento. Él lo habrá comprendido. No tienes por qué sentir pesar.

—¿Tú crees? La razón no ahoga los pesares… Agradecer es lo mismo que enamorarse.

Pensó, con cierta sensación de repugnancia: «Esta situación es absurda. No existe nadie en el mundo a quien yo pueda hablarle de todo esto, excepto este Boris, cuyo verdadero nombre desconozco…». No podía hablar con Davis, ya que éste ocultaba la mitad de su vida; ni con Sarah, que ni siquiera sospechaba que Boris existiese. Un día, incluso le había contado a Boris su noche en el Hotel Polana, la noche que supo la verdad sobre Sam. Un «control» es semejante a lo que debe ser un sacerdote para un católico: un hombre que recibe la ajena confesión, cualquiera que ésta sea, sin ninguna emoción.

—Cuando me cambiaron de «control» e Iván ocupó tu puesto, me sentí insoportablemente solo. Con él nunca pude hablar de nada, sólo de lo indispensable.

—Lamento haber tenido que marcharme. Discutí con ellos esta cuestión. Hice todo lo posible para quedarme. Pero tú ya sabes cómo ocurren las cosas en tu «casa». En la nuestra es igual. Todos nosotros vivimos en compartimientos estancos y no somos nosotros los que los elegimos.

¡Cuántas veces había oído Castle la misma comparación en su oficina! En ambos campos existían los mismos clichés. Castle dijo:

—Ha llegado el momento de cambiar de libro.

—Sí. ¿Eso es todo? Nos pasaste una señal de urgencia por teléfono. ¿Más novedades de Porton?

—No. No creo demasiado en esa historia.

Estaban sentados en unas sillas incómodas, a ambos lados del escritorio, como maestro y alumno. Sólo que en este caso el alumno era mucho mayor que el maestro. Bueno, pensó Castle, también ocurría en el confesonario que un anciano le contase sus pecados a un sacerdote lo bastante joven para ser su hijo. Con Iván, en sus escasas entrevistas, el diálogo siempre había sido breve: se habían pasado información, se habían hecho preguntas, pero todo era estrictamente objetivo. Con Boris podía relajarse.

—¿Francia significó una promoción para ti? —tomó otro cigarrillo.

—Lo ignoro. Nunca se sabe, ¿verdad? Quizá haber vuelto aquí sea una promoción. Puede significar que se tomaron muy en serio tu último informe y que consideraron que yo podría manejar el asunto mejor que Iván. ¿O tal vez estaba comprometido? Tú no crees en la historia de Porton, pero ¿tienes pruebas realmente concretas de que tu gente sospecha que hubo una filtración?

—No. Pero en un juego como el nuestro, uno empieza a confiar en sus propios instintos y es obvio que han efectuado un control de trámite en todo el departamento.

—Tú mismo has dicho de trámite.

—Sí, puede ser de trámite, en parte lo hacen abiertamente; pero yo creo que,

detrás, hay algo más que eso. Me parece que el teléfono de Davis está intervenido y el mío también puede estarlo, aunque no lo creo. De todos modos, creo que será mejor abandonar esas llamadas-señales a mi casa. Has leído el informe que hice sobre la visita de Muller y la Operación «Tío Remus». Espero que en tu lado se canalice de manera diferente si hay una filtración. Tengo la sensación de que pueden estar pasándome un billete marcado.

—No tienes nada que temer. Hemos sido muy prudentes en lo que se refiere a ese informe, aunque no creo que la misión de Muller pueda ser lo que tú llamas un billete marcado. Es posible que lo de Porton lo sea, pero no lo de Muller. Hemos recibido confirmación de ese asunto desde Washington. Nos tomamos muy en serio a «Tío Remus» y necesitamos que te concentres en eso. Puede afectarnos en el Mediterráneo, en el golfo Pérsico, en el océano Indico. Incluso en el Pacífico. A largo plazo…

—Para mí no hay largo plazo, Boris. Ya he rebasado la edad de la jubilación.

—Lo sé.

—Quiero retirarme ahora.

—Eso no nos gustaría nada. Los próximos dos años pueden ser muy importantes.

—También para mí. Quisiera vivirlos a mi manera.

—¿Haciendo qué?

—Cuidando a Sarah y a Sam. Yendo al cine. Envejeciendo en paz. Para vosotros sería más seguro prescindir de mí, Boris.

—¿Por qué?

—Llegó Muller y se sentó a mi mesa y comió de nuestra comida y fue amable con Sarah. Condescendiente. Fingió que no existen las barreras del color. ¡Me repugna ese hombre! Y detesto todo lo que hace el BOSS. Odio a los hombres que mataron a Carson y ahora llaman a eso neumonía. Les odio por haber tratado de detener a Sarah, y porque Sam habría podido nacer en una cárcel. Sería mejor que empleaseis a alguien que no odie, Boris. El odio hace cometer errores. Es tan peligroso como el amor. Y yo soy doblemente peligroso, Boris, porque también amo. El amor es un defecto en nuestros servicios.

Sintió el enorme alivio de hablar sin prudencia con alguien que, según creía, le comprendía. Los ojos azules parecían brindarle una absoluta amistad. Aquella sonrisa le estimulaba a descansar por un momento de la carga del secreto. Dijo:

—«Tío Remus» es la última gota… ¡Que entre bastidores debamos unirnos a Estados Unidos para ayudar a esos cabrones del *apartheid*! Vuestros peores crímenes, Boris, siempre pertenecen al pasado, y el futuro todavía no ha llegado. No puedo seguir repitiendo como un papagayo: «¡Recuerda Praga! ¡Recuerda Budapest!»… Eso ocurrió hace años. Hay que preocuparse por el presente, y el presente es «Tío Remus». Me naturalicé negro cuando me enamoré de Sarah.

—¿Por qué piensas, entonces, que eres peligroso?

—Porque durante siete años he mantenido mi temple y ahora lo estoy perdiendo.

Me lo está haciendo perder Cornelius Muller. Quizá C me lo envió a mí por esa misma razón. Quizá quiera quebrantarme.

—Sólo te pedimos que aguantes un poco más. Naturalmente, los primeros años de este juego son siempre los más fáciles, ¿no? Las contradicciones no son tan evidentes y la necesidad del secreto no ha tenido aún tiempo de convertirse en histeria o en menopausia femenina. Trata de no preocuparte demasiado, Maurice. Toma tu Valium y un Mogadón todas las noches. Ven a verme siempre que te sientas deprimido y tengas ganas de conversar con alguien. Es el peligro menor.

—Ya he hecho lo suficiente para pagar mi deuda con Carson, ¿no?

—Sí, por supuesto. Pero todavía no podemos perderte… a causa de «Tío Remus». Como tú dices, ahora te has naturalizado negro.

Castle se sintió como si se estuviera recobrando de una anestesia, como si la operación hubiera concluido satisfactoriamente.

—Lo siento. Hice el tonto —no recordaba exactamente qué había dicho—. Dame un trago de *whisky*, Boris.

Boris abrió un cajón del escritorio y sacó una botella y un vaso.

—Sé que te gusta el J & B —sirvió una medida generosa y observó con cuánta prisa la bebía Castle—. ¿No bebes algo más de la cuenta ahora, Maurice?

—Sí, pero nadie lo sabe. Sólo en casa. Sarah se da cuenta.

—¿Cómo andan las cosas en tu casa?

—Sarah está preocupada por las llamadas telefónicas. Siempre piensa en ladrones enmascarados. Y Sam tiene pesadillas porque pronto comenzará la escuela preparatoria… una escuela para niños blancos. Me inquieta pensar en qué les sucedería a ellos si algo me ocurriese a mí. Siempre acaba por suceder algo, ¿no?

—Deja eso en nuestras manos. Te lo prometo. El itinerario de tu evasión está cuidadosamente planeado. Si se presenta una emergencia…

—¿Mi evasión? ¿Y Sarah? ¿Y Sam?

—Irán después. Puedes confiar en nosotros, Maurice. Los cuidaremos. Nosotros también sabemos expresar nuestra gratitud. Recuerda a Blake: «Nosotros velamos por los nuestros…». —Boris se acercó a la ventana—. El camino está libre. Deberías ir a tu despacho. Mi primer alumno llegará dentro de un cuarto de hora.

—¿Qué idioma le enseñas?

—Inglés. No te rías de mí.

—“Su inglés es casi perfecto”.

—Mi primer alumno de hoy es polaco, como yo. Uno que huyó de nosotros, no de los alemanes. Me gusta: es un feroz enemigo de Marx. ¡Ah, sonríes! Así es mejor. No debes volver a permitir que tu estado de ánimo te lleve tan lejos.

—Es ese maldito control de la oficina. Incluso está deprimiendo a Davis… Y él es inocente.

—No te preocupes. Encontraré la forma de desviar el fuego.

—Trataré de no preocuparme.

—A partir de ahora pasaremos al tercer buzón y si las cosas se ponen difíciles hazme la señal de inmediato… Sólo estoy aquí para ayudarte. ¿Confías en mí?

—Naturalmente que confío en ti, Boris. Pero quisiera que tu gente confiara realmente en mí. La clave a través de libros… es una forma de comunicación terriblemente lenta y anticuada. Y ya sabes lo peligrosa que resulta.

—No es que no confiemos en ti, sino que lo hacemos por tu propia seguridad. Podrían registrar tu casa en cualquier momento por un control de trámite. Al principio querían darte un equipo de micropuntos… pero yo no lo permití. ¿Te tranquiliza esto?

—Aún hay algo más.

—Dímelo.

—Quisiera lo imposible: que todas las mentiras fueran innecesarias. Y también que estuviéramos del mismo lado.

—¿Quiénes?

—Tú y yo.

—¡Pero si lo estamos!

—Sí, en este caso… Y por el momento. ¿Sabes que una vez Iván intentó sobornarme?

—¡Qué estúpido! Supongo que por eso volvieron a enviarme a mí.

—Entre tú y yo todo estuvo siempre claro. Yo te proporciono toda la información que necesitas de mi sección. Nunca he fingido compartir tu ideología… nunca seré comunista.

—Por supuesto. Siempre hemos comprendido tu punto de vista. Sólo te necesitamos para África.

—Pero yo tengo que ser el único juez de lo que te informo. Pelearé de tu lado en África, Boris… no en Europa.

—Todo lo que te pedimos son los detalles que puedas obtener de «Tío Remus».

—Iván pretendía demasiado. Me amenazó.

—Iván ya no está. Olvídalo.

—Os arreglaríais mejor sin mí.

—No, serían Muller y sus amigos quienes se arreglarían mejor —concluyó Boris.

Como un maníaco depresivo, Castle había sufrido otra crisis; luego, la rabia recurrente cedió y se sintió más aliviado que nunca.

2

Le tocaba el turno al «Travellers». Y allí, *sir* John Hargreaves, que formaba parte del comité, se sentía como en su casa, al contrario de lo que le ocurría en el «Reform». Hacía mucho más frío que el último día que habían almorzado juntos y no veía ninguna razón para ir a conversar al parque.

—¡Oh! Ya sé lo que estás pensando, Emmanuel; pero aquí todos te conocen demasiado bien —le dijo al doctor Percival—. Nos dejarán en paz con el café. Saben que tu único tema de conversación es la pesca. A propósito, ¿qué te pareció la trucha ahumada?

—Un poco seca —se quejó el doctor Percival—, en comparación con las del «Reform».

—¿Y el asado de buey?

—¿No te pareció un poco demasiado hecho?

—Eres un hombre imposible de satisfacer, Emmanuel. ¿Un cigarro?

—Si es un auténtico habano…

—Por supuesto.

—Me pregunto si los conseguirás en Washington.

—Dudo que la *detente* haya llegado hasta los cigarros. De cualquier modo, la cuestión de los rayos láser tendrá prioridad. ¡Qué juego éste, Emmanuel! A veces me gustaría volver a África.

—¡Ah! ¿Dónde estará la antigua África?

—Sí, tienes razón. La antigua África.

—Ha muerto para siempre.

—No estoy tan seguro. Quizá si destruyéramos el resto del mundo, los caminos desaparecerían bajo la vegetación y todos los grandes hoteles de lujo se derrumbarían, y volverían los bosques, los caciques de tribu, los hechiceros… Todavía hay un hacedor de lluvia en el nordeste de Transvaal.

—¿También dirás eso en Washington?

—No. Pero hablaré sin entusiasmo de «Tío Remus».

—¿Estás en contra?

—Estados Unidos, África del Sur y nosotros… Unos aliados incompatibles. Pero el plan seguirá adelante, porque el Pentágono, ahora que no tiene una guerra real, quiere jugar a juegos bélicos. Bien, dejaré que Castle lo juegue con el señor Muller. A propósito, Muller se ha marchado a Bonn. Espero que Alemania Occidental no entre también en el juego.

—¿Cuánto tiempo estarás ausente?

—No creo que más de diez días. No me gusta el clima de Washington… en el más amplio sentido de la palabra —con una sonrisa de placer, dejó caer de su cigarro una considerable cantidad de ceniza—. Los habanos del doctor Castro no tienen nada que envidiar a los del sargento Batista.

—Ojalá no tuvieras que irte precisamente en este momento, John, cuando parece que tenemos un pez prendido en el anzuelo.

—Confío totalmente en que lo lleves a la orilla sin mi ayuda… Y tal vez sólo se trate de una bota vieja.

—No lo creo. Se llega a conocer el tirón de una bota vieja.

—Lo dejo en tus manos con toda confianza, Emmanuel. Y también en las de Daintry, naturalmente.

—¿Y si no coincidiéramos?

—En ese caso tú tendrás que tomar la decisión. Eres mi delegado en este asunto. Pero, por Dios, Emmanuel, no hagas nada precipitadamente.

—Sólo me precipito cuando conduzco mi Jaguar, John. Cuando pesco, tengo una paciencia infinita.

CAPITULO VI

1

El tren de Castle llegó con cuarenta minutos de retraso a Berkhamsted. En algún lugar, más allá de Tring, estaban haciendo reparaciones en la vía y, cuando él llegó a la oficina, su despacho le pareció vacío… con un vacío insólito. Davis no estaba allí, pero eso apenas explicaba la sensación de soledad. Castle estaba solo en el despacho con bastante frecuencia: Davis almorzando, Davis en el lavabo, Davis en el zoológico para encontrarse con Cynthia. Transcurrió media hora hasta que encontró la nota de Cynthia en su bandeja: «Arthur no se siente bien. El coronel Daintry quiere hablar con usted». Por un instante, Castle se preguntó quién demonios era Arthur; sólo pensaba en Davis como Davis. Se preguntó si por fin Cynthia se estaría rindiendo al prolongado sitio. ¿Sería ése el motivo de que utilizase ahora su nombre de pila? La llamó y le preguntó:

—¿Qué le ocurre a Davis?

—No sé. Telefoneó uno de los del Medio Ambiente. Dijo algo parecido a espasmos estomacales.

—¿Resaca?

—Si hubiera sido sólo eso habría telefoneado personalmente. Usted no estaba y yo no sabía qué hacer, de modo que telefoneé al doctor Percival.

—¿Qué dijo?

—Lo mismo que usted…: resaca. Parece que anoche salieron juntos y bebieron demasiado oporto y *whisky*. Irá a visitarle a mediodía. Hasta entonces estará ocupado.

—¿Crees que es grave?

—No creo que sea grave, pero tampoco creo que sea resaca. Si fuera grave, el doctor Percival habría ido en seguida, ¿no?

—Con C en Washington, dudo que le quede mucho tiempo para la medicina —dijo Castle—. Iré a ver a Daintry. ¿Qué número tiene su despacho?

Abrió la puerta señalada con el número 72. Encontró a Daintry y al doctor Percival. Tuvo la sensación de haber interrumpido una disputa.

—Ah, Castle —saludó Daintry—. Quería verle.

—Yo me retiro —informó el doctor Percival.

—Más tarde hablaremos, Percival. No coincido con usted. Lo lamento, pero así es. No puedo estar de acuerdo.

—Recuerde lo que le dije acerca de los compartimientos estancos y… de Ben

Nicholson.

—No soy pintor —declaró Daintry— y no comprendo el arte abstracto. De todos modos, hablaremos después.

Daintry permaneció en silencio hasta bastante después de cerrarse la puerta. Luego dijo:

—No me gusta que la gente saque conclusiones apresuradas. Me han enseñado a creer en las pruebas… en las pruebas concretas.

—¿Algo le preocupa?

—Si fuera una cuestión de enfermedad, haría análisis de sangre, rayos X… No conjeturaría un diagnóstico.

—¿El doctor Percival?

—No sé cómo empezar… se supone que no debo hablar de esto con usted.

—¿De qué?

Sobre la mesa de Daintry se veía la fotografía de una hermosa muchacha. Su mirada se volvía constantemente a ésta.

—¿No se siente algunas veces condenadamente solo en esta empresa? —estalló Daintry.

—Bueno… —Castle vaciló—. Me llevo bien con Davis. Esto cambia mucho las cosas.

—¿Davis? Ah, sí. Precisamente quería hablar con usted sobre Davis.

Daintry se levantó y se acercó a la ventana. Daba la impresión de un prisionero encerrado en una celda. Contempló con mirada taciturna el lúgubre cielo y no se tranquilizó. Dijo:

—Es un día gris. Ha llegado realmente el otoño.

—«Yo no veo en torno mío más que cambio y decadencia» —citó Castle.

—¿Qué es eso?

—Un himno que solía cantar en la escuela.

Daintry volvió a su escritorio y contempló nuevamente la fotografía.

—Mi hija —dijo, como si sintiera la necesidad de presentarla.

—Le felicito. Es una encantadora muchacha.

—Se casará este fin de semana. Pero creo que no podré asistir a la boda.

—¿No le gusta el novio?

—Me atrevería a decir que es una buena persona. No le conozco. Pero ¿de qué puedo hablar con él? ¿Del talco Jameson’s para recién nacidos?

—¿Talco para recién nacidos?

—Jameson’s está tratando de desplazar a Johnson’s… o al menos eso me dijo ella —se sentó y se hundió en una tristeza silenciosa.

—Parece ser que Davis está enfermo —apuntó Castle—. Hoy llegué tarde a la oficina. Davis ha elegido un mal día. Tengo que ocuparme de la valija de Zaire.

—Lo siento. Entonces no lo retendré. No sabía que Davis estuviese enfermo. ¿Es algo grave?

—Creo que no. El doctor Percival irá a verle a mediodía.

—¿Percival? —se extrañó Daintry—. ¿Es que no tiene un médico particular?

—Si lo ve el doctor Percival, la visita la paga nuestra «Casa», ¿no?

—Sí. Pero… trabajando con nosotros… tiene que haber perdido algo de práctica… De práctica médica quiero decir.

—Probablemente se trata de un diagnóstico muy sencillo —al decir esto, oyó interiormente el eco de otra conversación.

—Castle, la única razón por la que lo llamé es… bien, ¿está usted absolutamente satisfecho de Davis?

—¿Qué quiere decir con «satisfecho»? Trabajamos muy bien juntos.

—En algunas ocasiones tengo que hacer preguntas un poco tontas… excesivamente simples… pero mi trabajo es la seguridad. No significan necesariamente algo. Davis juega, ¿verdad?

—Un poco. Le gusta hablar de caballos. Dudo que gane o pierda demasiado.

—¿Y bebe?

—No creo que beba más que yo.

—¿Entonces usted tiene plena confianza en él?

—Plena. Naturalmente, todos estamos expuestos a errores. ¿Ha habido alguna queja? No quisiera que trasladaran a Davis, a menos que fuera a Lourenço Marques.

—Olvide lo que le pregunté —le pidió Daintry—. Hago el mismo tipo de preguntas respecto a todas las personas. Incluso acerca de usted mismo. ¿Conoce a un pintor llamado Nicholson?

—No. ¿Es uno de los nuestros?

—No, no. A veces me siento desbordado —manifestó Daintry—. Me pregunto si… aunque supongo que por la noche usted siempre vuelve a su casa, con su familia.

—Pues sí, claro… eso es lo que hago.

—Si por cualquier razón tuviera que quedarse en la ciudad alguna noche… podríamos cenar juntos.

—Eso no ocurre a menudo —respondió Castle.

—No, ya lo supongo.

—Mi mujer se pone nerviosa cuando está sola.

—Naturalmente. Comprendo. Sólo fue una idea mía —volvió a mirar la fotografía—. Mi hija y yo solíamos comer juntos de vez en cuando. Espero que sea feliz. Uno nunca puede hacer nada, ¿verdad?

El silencio se interpuso entre ambos como una nube de humo. Ninguno de los dos veía la calzada: tenían que tantear el camino con las manos extendidas.

—Mi hijo no está en edad de casarse —observó Castle—. Y me alegro de no tener todavía esa preocupación.

—El sábado vendrá a la oficina, ¿no? Quizá pudiera quedarse en Londres una hora o dos más… En la boda no conozco a un alma, excepto a mi hija… Y a su madre, por supuesto. Me dijo… (mi hija, quiero decir) que si quería podía

acompañarme alguien de la oficina. Para hacerme compañía.

—Naturalmente, estaré encantado… Si realmente cree… —rara vez podía resistirse a una llamada de desesperación, por disimulada que estuviera.

2

Por una vez, Castle prescindió de su almuerzo. No sintió hambre, pero sí la interrupción de la rutina. Estaba inquieto. Necesitaba ver a Davis.

Cuando salió del inmenso edificio anónimo, a la una en punto, después de guardar sus papeles —incluso una nota de Watson carente de sentido del humor— bajo llave en la caja fuerte, vio a Cynthia en el portal.

—Iré a ver cómo se encuentra Davis —le dijo—. ¿Quieres acompañarme?

—No, ¿por qué iba a hacerlo? Tengo que ir de compras. ¿Por qué va usted? No es nada grave, ¿verdad?

—No, pero se me ocurrió hacerle una visita. Está solo en aquel piso, salvo esos tipos del Medio Ambiente, que no regresan hasta la noche.

—El doctor Percival prometió visitarle.

—Sí, lo sé, pero probablemente ya se marchó. Pensé que quizá quisieras venir conmigo… para ver…

—Bueno, si no nos quedamos demasiado tiempo. Supongo que no necesitamos llevarle flores. Sería distinto si estuviera en un hospital —Cynthia era una chica dura.

Davis les abrió la puerta cubierto con una bata. Castle percibió que su rostro se animó al ver a Cynthia. Sólo un instante; luego se dio cuenta de que no iba sola. Comentó sin entusiasmo:

—Ah, habéis venido.

—¿Qué te ocurre, Davis?

—Lo ignoro. Pero nada importante. Mi viejo hígado que me está dando guerra.

—Tu amigo me había dicho por teléfono que tenías espasmos estomacales —le recordó Cynthia.

—Bueno, el hígado está cerca del estómago, ¿no? ¿O son los riñones? Soy terriblemente ignorante en cuanto a mi propia geografía.

—Mientras habláis te haré la cama, Arthur —propuso Cynthia.

—No, no, por favor, no lo hagas. Sólo está un poco arrugada. Siéntate y ponte cómoda. Toma un trago.

—Vosotros dos podéis beber, pero yo te haré la cama.

—Es muy testaruda —comentó Davis—. ¿Qué quieres beber, Castle? ¿Un

whisky?

—Medio, gracias.

Davis sirvió dos vasos.

—Si estás mal del hígado sería mejor que no bebieras. ¿Qué dijo exactamente el doctor Percival?

—Trató de asustarme. Los médicos siempre hacen lo mismo.

—No me molesta beber solo.

—Me dijo que si no frenaba un poco, corría peligro de cirrosis. Mañana debo hacerme una radiografía. Le aclaré que no bebo más que la mayoría de la gente, pero él insistió en que algunos hígados son más débiles que otros. Los médicos siempre tienen la última palabra.

—En tu lugar, yo no bebería ese *whisky*.

—Él me dijo «reduzca» y yo he reducido este *whisky* a la mitad. Y le he prometido que dejaría el oporto. De modo que lo abandonaré por una o dos semanas. Cualquier cosa con tal de complacerle. Me alegro de que hayas venido, Castle. Si he de decirte la verdad, el doctor Percival me asustó realmente un poco. Tuve la impresión de que no me decía todo lo que sabía. ¿No te parece que sería horrible que hubieran decidido enviarme a L. M. y él no me lo permitiera? Y existe otro temor… ¿han hablado de mí contigo?

—No. Daintry me preguntó esta mañana si estaba satisfecho contigo y le respondí que sí… absolutamente.

—Eres un buen amigo, Castle.

—Es ese estúpido control de seguridad. ¿Recuerdas el día que te encontraste con Cynthia en el zoo? Les dije que habías ido a ver al dentista, pero de todos modos…

—Sí. Yo soy el tipo de hombre al que siempre descubren. Sin embargo, casi siempre obedezco las reglas. Supongo que es por mi forma de lealtad. Contigo no ocurre lo mismo. Si alguna vez saco un informe de la oficina para leerlo mientras almuerzo, me pescan. Pero a ti te he visto hacer lo mismo montones de veces. Tú corres riesgos… como dicen que deben hacer los sacerdotes. Si yo realmente fuese culpable de una filtración, sin intención, naturalmente, me confesaría contigo.

—¿Esperando la absolución?

—No, esperando un poco de justicia.

—En ese caso te equivocarías, Davis. Yo no tengo la menor idea de lo que significa la palabra «justicia».

—¿Es decir, que me condenarías a que me fusilaran al amanecer?

—Oh, no. Yo siempre absolvería a la gente que me gusta.

—Entonces el verdadero riesgo para la seguridad eres tú —afirmó Davis—. ¿Cuánto tiempo crees que durará este maldito control?

—Supongo que hasta que encuentren la filtración o decidan que no la hubo. Tal vez algún hombre del MI-5 interpretó mal las pruebas.

—O alguna mujer, Castle. ¿Por qué no una mujer? Si no somos ni yo, ni tú, ni

Watson, podría ser una de nuestras secretarias. Sólo pensarlo me produce escalofríos. Cynthia quedó en cenar conmigo la otra noche. Yo la estaba esperando en el Stone's y en la mesa de enfrente había una chica muy bonita que también aguardaba a alguien. Nos sonreímos porque los dos estábamos de plantón: compañeros de desdicha. Le habría hablado… Después de todo, Cynthia me había fallado. Pero entonces se me ocurrió… que quizá la habían apostado allí para pescarme, que quizá me habían oído reservar la mesa por el teléfono de la oficina. Tal vez Cynthia había recibido órdenes de no acercarse. Y entonces, ¿a que no te imaginas quién se reunió con la chica? Adivínalo… Daintry.

—Probablemente era su hija.

—¿Y nuestra empresa no utiliza a las hijas? ¡Qué maldita y estúpida profesión la nuestra! No puedes confiar en nadie. Ahora incluso desconfío de Cynthia. Me está haciendo la cama y sabe Dios lo que esperará encontrar allí. Pero todo lo que descubrirá son las miguitas del pan de ayer. Quizá las hagan analizar. Una miga puede contener un micropunto.

—No puedo quedarme mucho más. Me espera la valija de Zaire.

Davis apoyó el vaso en la mesa:

—Maldita sea, el *whisky* no sabe igual desde que Percival me llenó la cabeza de ideas raras. ¿Tú crees que tengo cirrosis?

—No, pero cuídate durante un tiempo.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Cuando estoy aburrido bebo. Tú tienes la suerte de estar con Sarah. ¿Cómo está Sam?

—Siempre pregunta por ti. Dice que nadie sabe jugar tan bien como tú al escondite.

—Es un pequeño bastardo muy simpático. Ojalá yo también pudiera tener un pequeño bastardo… pero sólo con Cynthia. ¡Vaya una esperanza!

—El clima de Lourenço Marques no es muy bueno…

—Dicen que está muy bien para los niños hasta los seis años.

—Bueno, quizá Cynthia se esté ablandando. Al fin y al cabo, te está haciendo la cama.

—Sí, me atrevería a decir que me hace de madre. Y es una de esas chicas que siempre están buscando alguien a quien admirar. Le gustaría un tipo como… como tú. El problema consiste en que cuando hablo en serio no puedo comportarme seriamente. Proceder con seriedad me desconcierta. ¿Puedes imaginar que alguien me admire?

—Sí, Sam te admira.

—Dudo que a Cynthia le guste jugar al escondite.

Cynthia volvió a la sala y dijo:

—Tu cama era un revoltijo atroz. ¿Cuándo fue la última vez que te la hicieron?

—Nuestra asistenta viene los lunes y los viernes. Hoy es jueves.

—¿Por qué no la haces tú mismo?

—La estiro un poco cuando me acuesto.

—Y esos tipos del Medio Ambiente, ¿qué hacen?

—Ellos están adiestrados para no advertir la contaminación hasta que se les notifica oficialmente.

Davis los acompañó hasta la puerta.

—Hasta mañana —dijo Cynthia y bajó la escalera. Por encima del hombro agregó que tenía que hacer muchas compras.

—«No debió haberme mirado si pretendía que no la amara» —citó Davis.

Castle se sorprendió. Jamás habría imaginado que Davis hubiera leído a Browning… excepto en la escuela, por supuesto.

—Bien —concluyó—, vuelvo a la valija de Zaire.

—Lo lamento, Castle. Sé que esa valija te irrita. Pero no me estoy fingiendo enfermo, de verdad. Tampoco es una resaca. Son las piernas, los brazos… los siento como si fueran de gelatina.

—Métete en la cama.

—Creo que voy a hacer eso. Sam consideraría que no estoy en forma para el escondite —añadió Davis mientras se apoyaba sobre la barandilla y seguía a Castle con la mirada. Cuando éste llegó al pie de la escalera, gritó—: ¡Castle!

—¿Qué? —Castle levantó la vista.

—Tú no crees que esto pueda cerrarme el camino, ¿no es cierto?

—¿Cerrarte el camino?

—Sería un hombre diferente si pudiera llegar a Lourenço Marques.

—Yo he hecho todo lo posible. Hablé con C.

—Eres un gran chico, Castle. Ocurra lo que ocurra, gracias.

—Vuelve a la cama y descansa.

—Creo que eso es lo que voy a hacer.

Pero continuó de pie, con la vista clavada en Castle, hasta que éste dio la vuelta y descendió.

CAPÍTULO VII

1

Castle y Daintry llegaron finalmente a la oficina del registro civil y ocuparon asientos en la última fila de la lúgubre sala de color pardo. Estaban separados por cuatro filas de sillas vacías de los demás invitados, no más de una docena, divididos en clanes rivales, como en una boda religiosa, en la cual cada clan observa al otro con interés crítico y cierto desdén. Quizá sólo el champaña podría lograr, algo más tarde, una tregua entre ellos.

—Supongo que ése es Colin —el coronel Daintry señaló a un joven que acababa de reunirse con su hija frente a la mesa del secretario del registro civil. Agregó—: Ni siquiera conozco su apellido.

—¿Quién es la mujer del pañuelo? Parece muy conmovida.

—Es mi esposa —explicó el coronel Daintry—. Confío en que podamos escabullirnos antes de que me vea.

—No puede usted hacer eso. Su hija ni siquiera se enteraría de que había asistido a la boda.

El secretario empezó a hablar. Alguien hizo «sssss», como si se tratara de un teatro y se hubiera levantado el telón.

—El apellido de su yerno es Clutters —susurró Castle.

—¿Está seguro?

—No, pero eso es lo que creo haber oído.

El secretario expresó ese tipo de votos de felicidad sin credo a los que se suele llamar sermón laico. Algunos invitados se retiraron, mirando el reloj a modo de excusa.

—¿No le parece que es hora de que también nosotros nos vayamos? —inquirió Daintry.

—No.

Sin embargo, nadie pareció advertir su presencia cuando se encontraron en Victoria Street. Los taxis pasaban volando, como aves de rapiña, y Daintry hizo un nuevo intento de escapar.

—No sería usted justo con su hija —argumentó Castle.

—Ni siquiera sé a dónde van —se justificó Daintry—. Supongo que a un hotel.

—Podemos seguirlos.

Los siguieron… hasta los grandes almacenes Harrods y más allá aún, en medio de

una fina neblina otoñal.

—No puedo imaginar a qué hotel… —dijo Daintry—. Creo que los hemos perdido —se inclinó y atisbó el interior del coche que iba delante—. No tenemos suerte. Distingo la nuca de mi mujer.

—No es demasiado, para guiarse.

—Sin embargo, estoy completamente seguro. Estuvimos casados quince años. Y hace siete que no nos dirigimos la palabra —concluyó tristemente.

—El champaña ayudará —opinó Castle.

—Pero a mí no me gusta el champaña. Castle, fue muy amable al acompañarme. No podría haber soportado yo solo todo esto.

—Tomaremos una copa y nos iremos.

—No puedo imaginar a dónde van. Hace años que no hago este camino. ¡Parece haber tantos hoteles nuevos!

Bajaban a empujones por Brompton Road.

—Por lo general, cuando no se hace en un hotel, los invitados se reúnen en casa de la novia —sugirió Castle.

—El caso de Elizabeth es distinto. Oficialmente comparte un piso con una amiga, pero por lo visto, hace bastante que vive con ese Clutters. ¡Clutters! ¡Vaya nombre!

—Es posible que no se llame así. El secretario del registro civil no lo pronunció con claridad.

Los taxis empezaron a dejar a los demás invitados, como si fueran paquetes envueltos para regalo, ante una casa excesivamente bonita erigida sobre una calle que formaba una media luna. Afortunadamente no eran muchos: en aquel lugar las casas no habían sido construidas para dar grandes fiestas. Sólo dos docenas de personas bastaban para dar la sensación de que las paredes podían inclinarse o los pisos ceder.

—Creo que sé dónde estamos… En el apartamento de mi mujer —dijo Daintry—. Me dijeron que había comprado algo en Kensington.

Se abrieron paso por la abarrotada escalera hasta un salón. Desde todas las mesas, desde las librerías, desde el piano, desde el manto de la chimenea, unas lechuzas de porcelana fijaban la mirada en los invitados, con ojos alertados y depredadores sobre las crueles curvas de sus picos.

—Sí —confirmó Daintry—, es su casa. Siempre le apasionaron las lechuzas… Pero la pasión ha aumentado desde entonces.

No vieron a la novia entre la muchedumbre que se apiñaba ante el buffet. Los corchos de las botellas de champaña detonaban intermitentemente. Había un pastel de boda, con una lechuza de yeso haciendo equilibrios sobre el azucarado andamiaje de color de rosa. Un hombre alto, de bigotes recortados exactamente igual que los de Daintry, se acercó a ellos y dijo:

—No sé quiénes son ustedes, pero sírvanse “champ” —a juzgar por la palabra de argot, debía ser de los tiempos de la Primera Guerra Mundial, o casi. Tenía ese aire ausente de los anfitriones de antaño—. Hemos economizado en camareros —explicó.

—Yo soy Daintry.

—¿Daintry?

—Esta es la boda de mi hija —aclaró Daintry con una voz seca como una galleta de barco.

—¡Ah, pero entonces usted es el marido de Sylvia!

—Sí. No entendí bien su nombre…

El hombre se alejó gritando:

—¡Sylvia! ¡Sylvia!

—Vayámonos —rogó Daintry, desesperado.

—Tiene que saludar a su hija.

Una mujer se abrió camino a través de los invitados que rodeaban el aparador. Castle la reconoció: era la mujer que lloraba en el registro civil. Pero ahora no parecía nada acongojada.

—¡Querido! Edward me dijo que estabas aquí. ¡Qué amabilidad de tu parte haber venido! Sé lo terriblemente ocupado que estás siempre.

—Sí; ahora, realmente, tenemos que irnos. Te presento al señor Castle, un compañero de oficina.

—¡Esa maldita oficina! ¿Cómo está, señor Castle? Iré a buscar a Elizabeth… y a Colin.

—No les molestes. De verdad tenemos que irnos.

—Yo sólo estaré aquí hoy. He venido de Brighton. Me trajo Edward.

—¿Quién es Edward?

—Ha sido muy servicial. Encargó el champaña y todo lo demás. La mujer necesita un hombre en estas ocasiones. No has cambiado nada, querido. ¿Cuánto tiempo hace?

—¿Seis… siete años?

—¡Cómo vuela el tiempo!

—Has coleccionado muchas más lechuzas.

—¿Lechuzas? —se alejó llamando—: Colin, Elizabeth, venid.

Llegaron cogidos de la mano. Daintry no relacionaba a su hija con la ternura infantil; pero probablemente ella había considerado que, el día de la boda, era obligado cogerse de la mano.

—Me alegro mucho de que hayas venido, papá —dijo Elizabeth—. Sé cuánto detestas estas cosas.

—Es la primera vez que paso por esta situación.

Daintry observó al compañero de Elizabeth, que llevaba un clavel en el ojal y un flamante traje a rayas. Tenía el pelo negro como el azabache y muy alisado detrás de las orejas.

—¿Cómo está, señor? Elizabeth me ha hablado mucho de usted.

—No puedo decir lo mismo —replicó Daintry—. ¿Así que usted es Colin Clutters?

—No es Clutters, papá. ¿De dónde sacaste eso? Se llama Clough. Es decir, nos llamamos Clough…

Un grupo de recién llegados que no había estado en el registro civil separó a Castle del coronel Daintry. Un hombre de chaleco cruzado se dirigió a aquél:

—No conozco ni a un alma, aquí… Excepto a Colin, naturalmente.

Se oyó el sonido de porcelana hecha añicos. La voz de la señora Daintry se elevó por encima del griterío:

—¡Dios santo, Edward! ¿Es uno de los búhos?

—No, no. No te preocupes, querida. Sólo era un cenicero.

—Ni a un alma —repitió el hombre del chaleco—. A propósito, me llamo Joiner.

—Yo soy Castle.

—¿Conoce a Colin?

—No, vine con el coronel Daintry.

—¿Quién es?

—El padre de la novia.

En algún lado empezó a sonar un teléfono. Nadie le prestó la menor atención.

—Tendría que conocer al joven Colin. Es un muchacho brillante.

—Tiene un apellido extraño, ¿verdad?

—¿Extraño?

—Bueno… Clutters…

—Su apellido es Clough.

—Entonces lo oí mal.

Volvió a romperse algo. La voz de Edward sonó tranquilizadora en medio del bullicio:

—No te preocupes, Sylvia. Nada grave. Todos los búhos están sanos y salvos.

—Prácticamente ha revolucionado nuestra publicidad.

—¿Trabajan juntos?

—Podríamos decir que yo soy Talco Jameson’s para bebés.

Edward cogió a Castle por el brazo:

—¿Usted se llama Castle?

—Sí.

—Alguien le llama por teléfono.

—Pero si nadie sabe que estoy aquí…

—Es voz de mujer. Me pareció un poco trastornada. Dice que es urgente.

Los pensamientos de Castle se centraron en Sarah. Ella sabía que asistiría a esa boda, pero ni siquiera Daintry conocía el lugar a donde irían a parar. ¿Habría vuelto a ponerse enfermó Sam? Inquirió:

—¿Dónde está el teléfono?

—Sígame.

Cuando llegaron al aparato blanco que estaba junto a una blanca cama de matrimonio, custodiado por una lechuza blanca… vieron que el teléfono estaba

colgado.

—Lo siento —dijo Edward—. Espero que vuelva a llamar.

—¿No le dijo quién era?

—No logré oír el nombre por el ruido. Tuve la impresión de que lloraba. Acompáñeme y sírvase un poco más de champaña.

—Si no le importa, prefiero quedarme cerca del teléfono.

—Claro. Discúlpeme si no le hago compañía. Tengo que cuidar esos búhos, ¿comprende? Sylvia se moriría de pena si se rompiera alguno. Le sugerí que los quitara de en medio, pero tiene más de cien. La casa habría parecido desnuda sin ellos. ¿Usted es amigo del coronel Daintry?

—Trabajamos en la misma oficina.

—En uno de esos puestos confidenciales, ¿no? Para mí fue incómodo conocerle en este momento. Sylvia pensó que no vendría. Quizá tendría que haberme mantenido al margen. Por una cuestión de tacto. Claro que, entonces, ¿quién habría cuidado de los búhos?

Castle se sentó en el borde de la enorme cama blanca y la lechuza blanca le contempló desde su sitial junto al teléfono blanco, tal como si lo identificara con un inmigrante ilegal que acabara de pisar el límite de aquel extraño continente de nieve: hasta las paredes eran blancas. Y había una alfombra blanca bajo sus pies. Castle tenía miedo… Miedo por Sam, miedo por Sarah, miedo por sí mismo… Un miedo que fluía, como un gas invisible, de la boca del mudo teléfono. Él y todo lo que él amaba estaban amenazados por aquella misteriosa llamada. El escándalo de las voces del salón sólo parecía ahora el lejano clamor de unas tribus que estuviesen al otro lado del desierto nevado. Sonó el teléfono. Apartó la lechuza blanca y levantó el receptor.

Con gran alivio oyó la voz de Cynthia:

—¿Es M. C?

—Sí, ¿cómo conseguiste encontrarme?

—Llamé al registro civil, pero ya os habíais ido. Después busqué el número de la señora Daintry en el listín.

—Cynthia, ¿qué ocurre? Tu voz es extraña.

—M. C, ha ocurrido algo espantoso. Arthur ha muerto.

Castle, volvió a preguntarse, por un instante, quién era Arthur.

—¿Davis? ¿Muerto? ¡Pero si pensaba volver al despacho la semana que viene!

—Lo sé. La asistenta le encontró cuando fue a… hacerle la cama —se le quebró la voz.

—Voy en seguida a la oficina, Cynthia. ¿Has visto al doctor Percival?

—Él fue quien telefoneó para darme la noticia.

—Tengo que comunicárselo al coronel Daintry.

—¡Oh, M. C, ojalá hubiera sido más amable con él! Todo lo que hice por él en la vida fue… hacerle una vez la cama —Castle percibió que Cynthia contenía el aliento

para no llorar.

—Iré lo antes posible —colgó.

El salón estaba más atestado que antes y tan ruidoso como antes. Habían cortado el pastel y todos buscaban lugares discretos para zampar sus porciones. Daintry estaba solo, con un trozo en la mano, detrás de una mesa llena de lechuzas. En cuanto le vio, dijo:

—¡Por Dios, vayámonos, Castle! Yo no encajo en este tipo de cosas.

—Daintry, me han llamado de la oficina. Davis ha muerto.

—¿Davis?

—Ha muerto. El doctor Percival…

—¡Percival! —exclamó Daintry—. Dios mío, ese hombre… —ocultó su porción de pastel entre las lechuzas, y una enorme, de color gris, perdió el equilibrio y se hizo trizas contra el piso.

—¡Edward —chilló una voz de mujer—, John ha roto el búho gris!

Edward se acercó a ellos con premura.

—No puedo estar en todas partes a la vez, Sylvia.

La señora Daintry apareció detrás de él y estalló:

—John, maldito viejo estúpido. Nunca te lo perdonaré… ¡nunca! Además, ¿qué demonios haces tú en mi casa?

—Vamos, Castle —dijo Daintry—. Te compraré otro búho, Sylvia.

—Éste es irremplazable.

—Ha muerto un hombre. También es irremplazable.

2

—No esperaba que ocurriera esto —les dijo el doctor Percival.

A Castle le pareció una frase extrañamente indiferente, una frase tan fría como el pobre cuerpo que yacía sobre la cama, con su arrugado pijama. La chaqueta estaba totalmente abierta, descubriendo el pecho desnudo, donde mucho antes, sin duda, habían buscado en vano el indicio de un latido. Hasta ese momento, Castle se había sentido cautivado por la simpatía del doctor Percival, pero esa simpatía se quedó como congelada en presencia de la muerte. Había una incongruente nota de azorada disculpa en las extrañas palabras que acababa de musitar.

Este repentino cambio había golpeado a Castle, como un choque, cuando se encontró de pie en aquella desordenada habitación, después del bullicio de las voces de los invitados desconocidos, de las bandadas de lechuzas de porcelana y de la

explosión de los descorches de champaña en casa de la señora Daintry. El doctor Percival guardó de nuevo silencio, después de su infortunada frase, y tampoco ninguno de los presentes abrió la boca. Permanecía junto a la cama casi como si estuviera exponiendo un cuadro ante un par de críticos exigentes y aguardara temeroso el juicio de éstos. Daintry también guardaba silencio. Parecía contentarse con observar al doctor Percival, como si fuese éste el que hubiera de explicar el obvio error que se esperaba encontrara él en la pintura.

Castle sintió necesidad de romper el largo silencio:

—¿Quiénes son esos hombres que están en el salón? ¿Qué están haciendo aquí?

El doctor Percival se alejó de mala gana de la cama.

—¿Qué hombres? ¡Ah, ésos! Pedí a la sección especial que echara un vistazo.

—¿Por qué? ¿Cree que le mataron?

—No, no. Claro que no. Nada de eso. Tenía el hígado en un estado lamentable. Hace unos días le hicimos una radiografía.

—Entonces, ¿por qué dijo que no esperaba…?

—No esperaba que las cosas evolucionaran tan rápidamente.

—Supongo que le harán la autopsia, ¿no?

—Naturalmente, naturalmente.

Los «naturalmente» se multiplicaron como moscas alrededor del cadáver.

Castle volvió al salón. Sobre la mesa baja había una botella de *whisky*, un vaso sucio y un ejemplar de Playboy.

—Le dije que tenía que dejar la bebida —afirmó el doctor Percival—. No me hizo caso.

Había dos hombres en el salón. Uno de ellos recogió el Playboy y agitó y sacudió las páginas. El otro revisaba los cajones del escritorio. Éste le dijo a su compañero:

—Aquí está su libreta de direcciones. Será mejor que verifiques los nombres. Comprueba los números de teléfono en el caso de que no correspondan.

—Sigo sin comprender lo que buscan —insistió Castle.

—Es sólo un control de seguridad —explicó el doctor Percival—. Intenté dar con usted, Daintry, porque en realidad es asunto suyo. Pero por lo que me dijeron se encontraba usted en no sé qué boda.

—Sí.

—Parece que últimamente hubo alguna negligencia en la oficina. C está ausente, pero seguramente habría querido que nos aseguráramos de que este pobre muchacho no dejó nada suelto.

—¿Como, por ejemplo, números de teléfono adjudicados a nombres que no corresponden? —inquirió Castle—. Yo no llamaría precisamente negligencia a eso.

—Estos hombres siguen siempre una cierta rutina. ¿No es así, Daintry?

Pero Daintry no respondió. Seguía en el vano de la puerta del dormitorio, observando el cadáver. Uno de los hombres dijo:

—Échale una mirada a esto, Taylor —extendió una hoja de papel.

El otro leyó en voz alta:

—Bonne chance, Kalamazoo, Widow Twanky.

—Extraño, ¿verdad?

—Bonne chance es francés, Piper —apuntó Taylor—. Kalamazoo suena a nombre de ciudad africana.

—África, ¿eh? Podría ser importante.

—Será mejor que busquen en el *Evening News* —intervino Castle—. Probablemente descubrirán que se trata de tres caballos. Todos los fines de semana apostaba a las carreras.

—¡Ah! —Piper parecía un tanto decepcionado.

—Creo que tendríamos que dejar que nuestros amigos de la sección especial cumplan en paz su tarea —sugirió el doctor Percival.

—¿Qué hay de la familia de Davis? —quiso saber Castle.

—Ya se han ocupado de eso en la oficina. El único pariente próximo parece ser un primo de Droitwich. Dentista.

—Aquí hay algo que a mí me parece fuera de lugar, señor —Piper le tendía un libro al doctor Percival, pero Castle lo interceptó.

Era una pequeña selección de poemas de Robert Browning. En el interior había un *ex libris* con el escudo de armas y el nombre de una escuela, la Droitwich Royal Grammar School. Aparentemente, el premio había sido concedido en 1910 a un alumno llamado William Davis por sus cualidades en redacción, y William Davis había escrito con tinta negra y delicada caligrafía: «A mi hijo Arthur, de su padre, por haber aprobado física con la más alta calificación, 29 de junio de 1953». Era evidente que Browning, la física y un adolescente de dieciséis años formaban una extraña mezcla, pero sin duda no era eso lo que Piper quería expresar al decir «fuera de lugar».

—¿Qué es? —inquirió el doctor Percival.

—Unos poemas de Browning. No veo nada fuera de lugar en ello.

De todos modos, tuvo que reconocer que aquella antología no encajaba con Aldermaston, las carreras y Playboy, y menos aún con la monótona rutina burocrática y la valija de Zaire. ¿Se descubren siempre indicios de complejidad hasta en la existencia más sencilla si se rebusca lo suficiente después de su muerte? Naturalmente, Davis podía haber conservado el libro por devoción filial; pero era obvio que lo había leído. ¿No había citado a Browning la última vez que Castle le vio con vida?

—Si mira bien, señor, encontrará párrafos marcados —le comentó Piper al doctor Percival—. Usted sabe más que yo de claves en libros. He considerado que debía llamar su atención sobre este detalle.

—¿Qué piensa usted, Castle?

—Sí, hay marcas —hojeó el libro—. Esta antología perteneció a su padre y las marcas pueden haber sido hechas por éste… Aunque la tinta parece demasiado

fresca: en todos los casos apunta una «c» al margen.

—¿Es significativo?

Castle nunca se había tomado a Davis en serio, ni su forma de beber, ni sus juegos de azar, ni siquiera su amor sin esperanzas por Cynthia, pero no es tan fácil desentenderse del cadáver de un hombre. Por primera vez, Castle sintió una auténtica curiosidad por Davis. La muerte le había hecho importante a Davis. Le otorgaba una especie de estatura. Quizá los muertos son más sagaces que nosotros. Volvió las páginas del libro como si fuese un miembro de la Browning Society que se dispone a interpretar un texto.

Daintry se separó de la puerta del dormitorio y preguntó:

—¿No hay nada, verdad… en esas marcas?

—¿Nada de qué?

—De significativo —repitió la expresión de Percival.

—¿De significativo? Supongo que sí. Significativo de un estado de ánimo.

—¿Qué quiere decir? —Lo acució Percival—. ¿Realmente cree…? —La voz de Percival sonó esperanzada, como si realmente deseara que el hombre que estaba muerto en la habitación contigua hubiera podido representar un riesgo para la seguridad (y, en cierto sentido así había sido, pensó Castle). Tanto el amor como el odio son peligrosos, le había dicho Boris. Una escena ocupó sus pensamientos: un dormitorio en Lourenço Marques, el zumbido de un acondicionador de aire y la voz de Sarah en el teléfono: «Aquí estoy». Luego, la repentina sensación de enorme alegría. Su amor por Sarah le había conducido a Carson; y Carson, finalmente a Boris. Un hombre enamorado vaga por el mundo como un anarquista con una bomba de relojería en la mano—. ¿Realmente cree que hay pruebas…? —insistió el doctor Percival—. Usted tiene experiencia en claves. Yo no.

—Escuche este pasaje. Está marcado con una línea vertical y la letra «o»: «Pero sólo te diré lo que dicen los simples amigos, o un pensamiento más fervoroso: te tomaré la mano si todos podemos…».

—¿Tiene idea de lo que significa esa «c»? —preguntó Percival, y otra vez había en su voz un tono de esperanza que irritó a Castle—. ¿No podría significar «clave», como procedimiento para recordar que ya había utilizado ese pasaje concreto? Yo supongo que en una clave por medio de libros se han de tomar muchas precauciones para no repetir a veces el mismo párrafo.

—Es verdad. He aquí otro fragmento marcado: «*Aprecia cómo esos oscuros ojos grises, y ese cabello tan oscuro y querido hacen ver que el hombre debe luchar y agonizar y vivir el mismísimo infierno en la tierra*…».

—A mí me suena a poesía, señor —opinó Piper.

—Nuevamente una línea vertical y una «c», doctor Percival.

—¿Entonces sinceramente cree…?

—Una vez Davis me dijo: «Cuando hablo en serio no puedo comportarme seriamente». En consecuencia, supongo que tenía que recurrir a Browning en busca

de palabras.

—¿Y la «c»?

—Sólo representa un nombre de mujer, doctor Percival. Cynthia. Su secretaria. Una chica de la que estaba enamorado. Una de las nuestras. No es un caso para la sección especial.

Daintry había sido una reflexiva presencia desasosegada, muda, encerrada en sus propios pensamientos. Ahora intervino, con agudo tono acusador:

—Tienen que hacerle la autopsia.

—Naturalmente —coincidió el doctor Percival—, si su médico la exige. Yo no soy su médico. Sólo soy su colega… aunque me consultase y yo le hiciese unas radiografías.

—El médico de Davis tendría que estar ahora aquí.

—Haré que lo llamen en cuanto estos hombres concluyan su trabajo. Precisamente usted, coronel Daintry, sabrá apreciar la importancia que entraña. La seguridad nacional es lo primero que hay que considerar.

—Me pregunto qué resultado dará una autopsia, doctor Percival.

—Creo que puedo adelantárselo: su hígado está prácticamente destruido.

—¿Destruido?

—Por la bebida, por supuesto, coronel. ¿A qué otra causa podría atribuirse? ¿No me oyó decírselo a Castle?

Castle les abandonó a su duelo encubierto. Había llegado el momento de mirar a Davis por última vez antes de que los forenses comenzaran a trabajar en él. Se alegró al ver que su cara no mostraba ningún rastro de sufrimiento. Cerró la pijama sobre el pecho hundido. Le faltaba un botón. Coser botones no formaba parte del trabajo de la asistenta. El teléfono de al lado de la cama dejó oír un retintín preliminar que luego se perdió en la nada. Quizás en algún sitio lejano estaban desconectando de la línea un micro y un grabador. Davis no estaría ya bajo vigilancia. Se había evadido.

CAPÍTULO VIII

1

Castle estaba inclinado sobre lo que, en su fuero interno, sabía que iba a ser su último informe. Era evidente que, después de la muerte de Davis, tenía que cesar toda la información de la Sección África. Si continuaban las filtraciones, no habría duda sobre el responsable de las mismas; si cesaban, la culpabilidad recaería inevitablemente sobre el muerto. Davis ya estaba más allá de todo sufrimiento; su expediente personal sería cerrado y enviado a algún impreciso centro de archivos, donde nadie se molestaría en consultarlo. ¿Qué importancia tenía que encerrase una historia de traición? Como cualquier secreto de Estado, permanecería bien guardado durante unos treinta años. En cierto triste sentido, aquella muerte había sido providencial.

Castle oyó la voz de Sarah, que leía para Sam antes de arroparle en su cama. Se había retrasado treinta minutos sobre su hora habitual de acostarse, pero aquella noche estaba necesitado de un consuelo suplementario, porque la primera semana de clases había transcurrido desdichadamente.

¡Qué larga y pesada tarea la de transcribir en clave un informe por medio de un libro! Ahora nunca lograría llegar al final de *Guerra y paz*. Al día siguiente quemaría su ejemplar, por razones de seguridad, en una hoguera de hojas otoñales, sin aguardar la llegada del Trollope. Sintió alivio y pesar: alivio porque dentro de lo posible había pagado su deuda de gratitud con Carson, y pesar porque no podría concluir el expediente sobre «Tío Remus» y acabar de vengarse de Cornelius Muller.

Cuando terminó el informe, bajó a la planta baja para esperar a Sarah. Al día siguiente era domingo. Tendría que depositar el informe en el buzón, aquel tercer buzón que ya nunca volvería a ser utilizado. Desde una cabina telefónica de Piccadilly Circus, antes de coger su tren en Euston, había informado que dejaría un mensaje. Esta forma de hacer su última comunicación era inusitadamente lenta, pero la vía más rápida y peligrosa la reservaban para emplearla sólo en una urgencia extrema. Se sirvió un J & B triple y el murmullo de voces del primer piso comenzó a proporcionarle una transitoria sensación de paz. Se cerró suavemente una puerta, unas pisadas recorrieron el pasillo de arriba. Los peldaños de la escalera crujían siempre cuando alguien descendía… Pensó que para algunas personas aquello parecería una rutina oscura, doméstica, incluso intolerable. Para él, representaba una seguridad que a cada minuto temía perder. Sabía exactamente lo que diría Sarah cuando entrara en

la sala y sabía lo que respondería él. La intimidad era una protección contra la oscuridad exterior de King's Road y el farol iluminado del cuartelillo de la esquina. Siempre había imaginado a un policía de uniforme —al que probablemente conocía muy bien de vista— acompañando al hombre de la sección especial cuando llegara la hora.

—¿Has tomado tu *whisky*?

—¿Puedo servirte uno a ti?

—Uno corto, cariño.

—¿Está bien Sam?

—Se durmió antes de que le arropara.

Como en un cable bien transmitido, no había un solo elemento que sobrara.

Castle le alcanzó el vaso: hasta ese momento no había podido hablar de lo ocurrido.

—¿Cómo estuvo esa boda, querido?

—Horrible. Lo sentí por el pobre Daintry.

—¿Por qué pobre?

—Estaba perdiendo una hija y dudo que tenga amigos.

—Parece haber mucha gente solitaria en tu oficina.

—Sí. Todos los que no tienen pareja. Bebe, Sarah.

—¿Por qué tanta prisa?

—Quiero que los dos nos sirvamos otro vaso.

—¿Por qué?

—Sarah, tengo malas noticias. No podía decírtelo delante de Sam. Se trata de Davis. Ha muerto.

—¿Muerto? ¿Davis?

—Sí.

—¿Cómo?

—El doctor Percival lo atribuye al hígado.

—Pero el hígado no reacciona así… de un día para otro.

—Repito lo que dijo el doctor Percival.

—¿No le crees?

—No. En absoluto. Y me parece que Daintry tampoco.

Sarah se sirvió dos dedos de *whisky*. Castle nunca la había visto hacer eso antes.

—Pobre, pobre Davis.

—Daintry quiere que se practique una autopsia con independencia de la Casa. Percival está de acuerdo. Es obvio que está absolutamente seguro de que confirmará su diagnóstico.

—Si está tan seguro, tendría que ser verdad…

—No lo sé. Realmente no lo sé. ¡En nuestra empresa pueden trucarse tantas cosas! Quizá hasta una autopsia.

—¿Qué le diremos a Sam?

—La verdad. No es bueno ocultarles la muerte a los niños. Es algo natural.

—¡Pero quería tanto a Davis! Cariño, permíteme que no le diga nada hasta dentro de una o dos semanas. Hasta que se adapte a la escuela.

—Haz lo que te parezca mejor.

—¡Me gustaría que pudieras alejarte de toda esa gente!

—Lo haré… dentro de unos años.

—Quiero decir ahora mismo. En este instante. Deberíamos sacar a Sam de la cama e irnos al extranjero. A cualquier sitio, en el primer avión que despegara.

—Espera hasta que me den la jubilación.

—Yo podría trabajar, Maurice. Podríamos ir a Francia. Allí sería más fácil. Están acostumbrados a mi color.

—No es posible, Sarah. Todavía no.

—¿Por qué? Dame una buena razón…

Castle trató de restarle importancia a la cuestión:

—Bien, ya sabes que debo dar previo aviso…

—¿Se preocupan ellos por cosas como el aviso previo? —a Castle le asustó la rapidez de la percepción de Sarah cuando agregó—: ¿Le dieron previo aviso a Davis?

—Si el responsable es el hígado…

—Pero tú no lo crees, ¿verdad? No olvides que en otros tiempos trabajé para ti… para ellos. Fui uno de tus agentes. No creas que no me he dado cuenta de lo angustiado que has estado durante el último mes… Hasta por el empleado que viene a leer el contador. Ha habido una filtración, ¿verdad? ¿En tu sección?

—Creo que es lo que ellos piensan.

—Y la cargaron en la cuenta de Davis. ¿Crees que era culpable?

—Puede que no haya sido una filtración deliberada. Davis era muy descuidado.

—¿Crees que pueden haberlo matado porque era descuidado?

—Supongo que en nuestra empresa debe existir eso que se llama negligencia culpable.

—Podrían haber sospechado de ti, en lugar de Davis. Entonces el muerto serías tú… de beber demasiado J & B

—¡Oh, yo siempre he sido muy prudente! —agregó, como si se tratara de una broma pesada—: Excepto cuando me enamoré de ti.

—¿A dónde vas?

—Quiero tomar un poco el aire. Lo necesito. Y *Buller* también.

2

Al otro lado de la larga vereda que atravesaba el ejido, y que era conocida como Gold Harbour, comenzaba el bosque de hayas que descendía en suave pendiente hacia la carretera de Ashridge. Castle se sentó en un banco, mientras *Buller* retozaba entre las hojas caídas el año anterior. Sabía que no debía permanecer allí. La curiosidad no era una excusa valedera. Tendría que haber dejado su mensaje y haberse alejado. Un coche subía lentamente por el camino procedente de Berkhamsted y Castle miró su reloj. Hacía cuatro horas que había hecho la señal desde la cabina telefónica de Piccadilly Circus. Logró divisar el número de matrícula del automóvil, pero, tal como esperaba, era tan desconocida para él como el mismo coche, un pequeño Toyota rojo. El coche se detuvo cerca de la casa del guarda, en la entrada de Ashridge Park. No había otro automóvil a la vista. Y ningún transeúnte. El conductor apagó los faros y, luego, como si lo hubiera pensado mejor, volvió a encenderlos. A Castle le dio un vuelco el corazón cuando oyó un ruido a sus espaldas, pero sólo era *Buller* que se revolcaba entre los helechos.

Castle se alejó, trepando por entre los altos árboles, cuya corteza verde oliva se iba ennegreciendo con la última luz crepuscular. Hacía más de cincuenta años que había descubierto aquel hueco en uno de los troncos… Cuatro, cinco, seis árboles contando desde el camino. En aquellos tiempos se veía obligado a ponerse casi de puntillas para llegar al agujero, pero su corazón latía con el mismo ritmo irregular que lo hacía ahora. A los diez años de edad ya depositaba allí sus mensajes de amor: la destinataria sólo tenía siete años. Él le había mostrado el escondrijo un día en que fueron juntos de excursión y le había dicho que dejaría algo importante para ella la próxima vez que volviese por allí.

En la primera oportunidad que tuvo, dejó un gigantesco caramelo de menta envuelto en papel impermeable y, cuando volvió a revisar el hueco, el caramelo había desaparecido. Entonces dejó una nota en la que le declaraba a la niña su amor —en letras de imprenta, porque ella apenas empezaba a leer—; pero cuando regresó por tercera vez descubrió que la nota seguía allí, aunque desfigurada por un dibujo grotesco. Algún desconocido, pensó, ha descubierto el lugar secreto. Se negó a creer que fuera ella la responsable, hasta el día en que le sacó la lengua al cruzarse con él desde la otra acera de High Street, y comprendió que estaba desilusionada porque no había encontrado otro caramelo de menta. Aquella había sido su primera pena de amor y ya nunca se acercó al árbol, hasta que, casi cincuenta años más tarde, en el salón del Regent Palace, un hombre al que jamás volvió a ver, le sugirió que buscase otro buzón más seguro.

Colocó la correa a *Buller* y vigiló desde su escondite entre los helechos. El hombre del coche tuvo que utilizar una linterna para encontrar el hueco. Castle vio, durante un instante, el contorno de la mitad inferior de su cuerpo, mientras la luz de la linterna descendía por el tronco: una panza abultada, la bragueta abierta. Hábil precaución: sin duda el hombre incluso había almacenado una razonable cantidad de orina. Cuando la linterna cambió de posición e iluminó el camino de vuelta hacia la

ruta de Ashridge, Castle emprendió el regreso a su casa. Se dijo a sí mismo: «Éste es el último informe». Sus pensamientos retrocedieron a la niña de siete años. Le había parecido como perdida en la excursión donde se conocieron; era tímida y fea, y quizá le atrajo precisamente por estos motivos. ¿Por qué algunos de nosotros, se preguntó, somos incapaces de enamorarnos del éxito, o del poder, o de la belleza? ¿Porque nos sentimos indignos de ellos, porque nos encontramos más a gusto con el fracaso? No creía que esa fuera la razón. Quizá fuera porque uno quería el equilibrio justo, como lo había querido Cristo, la legendaria figura en la que habría querido creer. «Venid a mí los que estáis en la aflicción y soportáis tribulaciones». Aunque la chica de aquella excursión de agosto era muy joven, soportaba las tribulaciones de la timidez y la vergüenza. Él, tal vez, sólo había querido hacerle sentir la sensación de ser amada por alguien y así empezado a amarla. No había sido piedad, como tampoco por piedad se había enamorado de Sarah embarazada por otro hombre. Él estaba para equilibrar la balanza. Eso era todo.

—Has estado fuera mucho tiempo —observó Sarah.

—Necesitaba apremiantemente dar un largo paseo. ¿Cómo está Sam?

—Profundamente dormido, por supuesto. ¿Quieres otro *whisky*?

—Sí. Corto.

—¿Corto? ¿Por qué?

—No sé. Tal vez sólo para demostrar que puedo dominarme un poco. Tal vez porque me siento más feliz. No me preguntes por qué, Sarah. La felicidad se esfuma en cuanto la mencionas.

Aparentemente la excusa les bastó a ambos. Durante el último año en África del Sur, Sarah había aprendido a no indagar demasiado. Pero aquella noche, en la cama, Castle permaneció despierto mucho tiempo repitiendo para sus adentros, una y otra vez, las palabras finales del último informe que había confeccionado con ayuda de *Guerra y paz*. Varias veces había abierto el libro al azar, en busca de una *sortes Virgilianae*, antes de escoger las oraciones en que se basaría su código. «Te dices: no soy libre. Pero he levantado mi mano y la he dejado caer». Era como si al elegir este fragmento estuviera transmitiendo una señal de desafío a ambos servicios. La última palabra del mensaje, cuando la descifrara Boris o algún otro, diría: «adiós».

CUARTA PARTE

CAPÍTULO I

1

Para Castle, las noches que siguieron a la muerte de Davis estuvieron pobladas de sueños. Sueños compuestos de los fragmentos incoherentes de un pasado que le rondaba hasta las horas del amanecer. Davis no representaba ningún papel en ellos, quizá porque pensar en sí mismo, dentro de su ahora reducida y entristecida subsección, llenaba ya muchas horas cada día. El fantasma de Davis rondaba alrededor de la valija de Zaire y de los telegramas que Cynthia cifraba ahora con más mutilaciones que nunca.

Así que, por la noche, Castle soñaba con un África del Sur reconstruida con odio, aunque a veces los fragmentos se mezclaban con un África que él ya no recordaba haber amado tanto. En uno de aquellos sueños encontró repentinamente a Sarah. Estaba en un parque de Johannesburgo repleto de basura, sentada en un banco reservado a los negros; y él se volvía y buscaba otro banco. Carson se separaba de él ante las puertas de un lavabo y elegía la que estaba reservada a los negros, dejándole fuera, avergonzado de su falta de valor. Pero, la tercera noche, otro tipo de sueño le asaltó.

—Es curioso —le dijo a Sarah al despertar—. Soñé con Rougemont. Hace años que no me acordaba de él.

—¿Rougemont?

—Había olvidado que tú no le conociste.

—¿Quién era?

—Un colono del Estado Libre de Orange. En cierto sentido, me gustaba tanto como Carson.

—¿Era comunista? Aunque si era colono no debía de serlo.

—No. Era uno de esos que tendrán que morir cuando los tuyos tomen el poder.

—¿Los míos?

—Quise decir «los nuestros», naturalmente —agregó Castle con afligida premura, como si hubiera estado a punto de romper una promesa.

Rougemont vivía en el lindero de un semidesierto, no lejos de un antiguo campo de batalla de la guerra de los bóers. Sus antepasados, que eran hugonotes, habían huido de Francia en la época de la persecución. Pero él no hablaba francés: sólo afrikaans e inglés. Antes de nacer ya había sido impregnado por la forma de vida holandesa, aunque no por el *apartheid*. Se mantenía al margen: no votaba a los

nacionalistas, despreciaba al United Party y un indefinido sentido de lealtad hacia sus mayores le impedía votar por el pequeño grupo de progresistas. No era una actitud heroica, pero quizá a sus ojos, como a los de su abuelo, el heroísmo comenzaba donde terminaba la política. Trataba a sus braceros con bondad y comprensión, sin sombra de condescendencia. Un día Castle lo oyó discutir con su capataz negro sobre el estado de las cosechas: era una discusión entre iguales. La familia de Rougemont y la tribu del capataz habían llegado a Sudáfrica aproximadamente en la misma época. El abuelo de Rougemont no había sido un millonario del avestruz de El Cabo, como lo fue el de Cornelius Muller: a los sesenta años de edad, el abuelo Rougemont había cabalgado con el comando de De Wet contra los invasores ingleses y había sido herido sobre el *kopje* de su patria chica, que caía con sus nubes invernales sobre la granja, y donde, cientos de años antes, los bosquimanos habían grabado las rocas con formas animales.

—Echo en falta la época en que trepaba por ahí, bajo el fuego enemigo, con la mochila a la espalda —había comentado Rougemont a Castle. Admiraba a las tropas británicas por su valentía y su resistencia, tan lejos de la patria, que se parecían a los intrusos legendarios de los libros de historia, a los vikingos que otrora habían desembarcado en la costa sajona. No guardaba rencor a estos otros «vikingos» que se instalaron en aquella tierra, aunque sí cierta compasión por aquellos desarraigados que se transplantaron a este viejo, cansado y hermoso suelo donde su familia se había afincado trescientos años antes. Otro día, frente a un vaso de *whisky*, le había dicho a Castle—: Usted dice que está escribiendo un estudio sobre el *apartheid*, pero nunca llegará a conocer nuestras complejidades. Yo detesto al *apartheid* tanto como usted; pero usted es para mí mucho más ajeno que cualquiera de mis obreros. Nosotros pertenecemos a este lugar… Usted es tan extranjero como los turistas que vienen y se van. —Castle estaba seguro de que, cuando llegara el momento decisivo, Rougemont descolgaría la escopeta de la pared de la sala en defensa de aquella difícil zona de cultivo, en la linde del desierto. No moriría luchando por el *apartheid* ni por la raza blanca, sino por tantos *morgen* que estimaba propios y que estaban sujetos a las sequías, a las inundaciones, a los seísmos, a las enfermedades del ganado y a las serpientes (que él consideraba una plaga menor, más o menos como la de los mosquitos).

—¿Era Rougemont uno de tus agentes? —preguntó Sarah.

—No, pero, paradójicamente, conocí a Carson por su intermedio.

Podría haber agregado: «Y por intermedio de Carson me uní a los enemigos de Rougemont». Éste había contratado a Carson para defender a uno de sus braceros, acusado por la policía local de un crimen violento del que era inocente. Sarah dijo:

—Hay momentos en que desearía seguir siendo agente tuya. Ahora me cuentas muchas menos cosas que antes.

—Nunca te dije demasiado… Quizá tú creías que así era, pero, por tu propia seguridad, te contaba lo menos posible. Y, a menudo, mentiras. Como el libro que me

proponía escribir sobre el *apartheid*.

—Y yo que pensaba que las cosas serían diferentes en Inglaterra. Creía que no iba a haber más secretos —Sarah suspiró y de inmediato se quedó dormida. Pero Castle permaneció despierto largo rato.

En momentos como aquél sentía la desbordante tentación de confiar en ella, de contárselo todo, igual que un hombre que ha vivido una aventura pasajera con una mujer —una aventura ya terminada— desea repentinamente confiarle a su esposa la triste historia… contarle de una vez por todas los silencios inexplicados, los pequeños engaños, las inquietudes que no pudieron compartir. Y Castle llegaba a la misma conclusión que aquel otro hombre: «¿Para qué preocuparla, ahora que todo ha concluido?». Porque él creía realmente, aunque sólo fuese por un instante, que todo había concluido.

2

A Castle le resultó muy extraño estar sentado en el mismo despacho que durante tantos años había ocupado a solas con Davis y ver, frente a él, al otro lado de la mesa, al hombre llamado Cornelius Muller… un Muller curiosamente transformado, un Muller que le había dicho:

—A mi vuelta de Bonn me enteré de la noticia y créame que lo lamento… No conocía a su colega, naturalmente… Pero para usted debió ser un golpe terrible…

Un Muller que comenzaba a parecerse a un ser humano más, que ya no era un funcionario del BOSS, sino un hombre al que podría haber conocido por casualidad en el tren de Euston. Le sorprendió la nota de simpatía que había en la voz de Muller: sonaba extrañamente sincera. En Inglaterra, pensó, nos estamos volviendo cada vez más cínicos con respecto a las muertes que no nos afectan directamente; e incluso en esos casos es de buena educación adoptar una máscara de indiferencia en presencia de un extraño. La muerte y los negocios no se complementan. Pero en la Iglesia Holandesa Reformada —a la que Muller pertenecía— una muerte, recordó Castle, todavía era el acontecimiento más importante de la vida familiar. En el Transvaal, Castle había asistido en cierta ocasión a un entierro y lo que de él recordaba ahora, no era el dolor, sino la dignidad, incluso el ceremonial de circunstancias. La muerte seguía siendo socialmente importante para Muller, por muy funcionario del BOSS que fuese.

—Sí, fue algo totalmente inesperado —reconoció Castle; y agregó—: Le he pedido a mi secretaria que me traiga los archivos de Zaire y Mozambique. En el caso

de Malawi dependemos del MI-5 y no puedo mostrarle el material, sin autorización de ellos.

—Iré a verles cuando termine con usted —dijo Muller y añadió—: Me sentí muy a gusto la noche que le visité en su casa. Tuve el placer de conocer a su esposa… —vaciló un segundo antes de continuar—: y a su hijo.

Castle abrigó la esperanza de que estas observaciones de apertura sólo fueran una amable preparación para que Muller reanudara su interrogatorio acerca de la ruta que había tomado Sarah para llegar a Ngwane. El enemigo tenía que seguir siendo una caricatura si quería mantenerle a distancia; mi enemigo nunca debe cobrar vida. Los generales tenían razón: no se deben intercambiar saludos de Navidad entre trincheras enemigas.

—También Sarah y yo estuvimos encantados de recibirle —tocó el timbre—. Disculpe. Están tardando mucho con esos expedientes. La muerte de Davis alteró en parte nuestra rutina —una chica a la que no conocía respondió al timbre—. Hace cinco minutos que pedí los expedientes. ¿Y Cynthia?

—No está.

—¿Por qué no está aquí?

La muchacha le miró con ojos fríos:

—Se ha tomado el día libre.

—¿Está enferma?

—No exactamente.

—¿Quién es usted?

—Penélope.

—Bien, Penélope, ¿quiere decirme qué significa exactamente «no exactamente»?

—Está alterada. Es natural, ¿no? Hoy es el entierro. El entierro de Arthur.

—¿Hoy? Lo siento. Lo había olvidado —en seguida agregó—: De cualquier modo, Penélope, quiero que nos traiga esos expedientes —cuando Penélope se retiró, Castle le dijo a Muller—: Lamento toda esta confusión. Debe darle una impresión extraña de la forma en que hacemos las cosas. Realmente lo había olvidado… Hoy entierran a Davis… A las once se celebrará el entierro. Se ha retrasado a causa de la autopsia. Esa chica me lo recordó. Lo había olvidado.

—Lo siento. Si lo hubiera sabido habría cambiado nuestra cita —se lamentó Muller.

—No es culpa suya. Ocurre que… tengo una agenda oficial y otra personal. Aquí está señalada la cita con usted: a las diez del jueves. Tengo la agenda personal en casa y allí debí de anotar el día y la hora del entierro. Siempre olvido confrontar las dos.

—De todas maneras… olvidar el funeral… ¿no le parece raro?

—Sí, Freud diría que quería olvidarlo.

—Fije otra fecha para mí y luego me iré. ¿Le parece bien mañana o pasado mañana?

—De todas formas, ¿qué es más importante? ¿«Tío Remus» o escuchar oraciones

por el pobre Davis? A propósito, ¿dónde enterraron a Carson?

—En su pueblo natal. Una pequeña población, cerca de Kimberley. Supongo que se sorprenderá si le digo que asistí.

—No. Imagino que usted tenía que vigilar y observar quiénes eran los deudos.

—Alguien… Tiene razón, alguien tenía que ocuparse. Pero yo elegí hacerlo.

—¿No el capitán Van Donck?

—No. A él le habrían reconocido fácilmente.

—No sé qué estarán haciendo con esos expedientes.

—Ese hombre, Davis… ¿Quizá no significaba mucho para usted? —inquirió Muller.

—Bueno, no tanto como Carson. A quien su gente mató. Pero mi hijo le quería mucho.

—Carson murió de neumonía.

—Sí. Claro que sí. Ya me lo dijo usted. También lo había olvidado.

Cuando por fin llegaron los expedientes, Castle los examinó, tratando de responder a las preguntas de Muller, aunque sólo con la mitad de su mente.

—Aún no tenemos información fidedigna sobre esto —se encontró diciendo por tercera vez.

Por supuesto, era una mentira deliberada —estaba ocultándole una fuente a Muller—, porque ambos se estaban acercando a un terreno peligroso y trabajaban unidos en un grado de no-cooperación que todavía seguía sin determinar por ninguno de los dos.

—¿«Tío Remus» es realmente viable? —Le preguntó a Muller—. Yo no puedo creer que los norteamericanos vuelvan a comprometerse, a enviar tropas, quiero decir, a un continente para ellos extraño. Son tan ignorantes respecto a África como lo eran en lo referente a Asia… salvo, naturalmente, lo que conocían a través de las novelas de Hemingway. ¡Ah, Hemingway! Participaba en un safari de un mes organizado por una agencia de viajes y escribía un libro sobre cazadores blancos y la caza de leones, unas pobres bestias casi muertas de hambre y reservadas para los turistas.

—El ideal que se propone «Tío Remus» es hacer casi innecesario el empleo de tropas —aclaró Muller—. Al menos en gran número. Unos pocos técnicos, por supuesto que sí; pero éstos ya están entre nosotros. Estados Unidos mantiene una estación de rastreo de misiles teledirigidos y una estación de rastreo espacial en la República; además, tienen derechos de sobrevuelo para el mantenimiento de esas estaciones… sin duda usted ya lo sabe. Nadie ha protestado, nadie ha organizado una manifestación. No se produjeron motines estudiantiles en Berkeley ni hubo interpelaciones en el Congreso. Hasta el momento, nuestra seguridad interna ha demostrado ser excelente. Como ve, nuestras leyes raciales han estado justificadas en cierto sentido: resultan una excelente cobertura. Nosotros no tenemos que acusar a nadie de espionaje… eso sólo serviría para llamar la atención. Su amigo Carson era peligroso, pero lo habría sido aún más si hubiéramos tenido que acusarlo de

espionaje. Ahora están pasando muchas cosas en las estaciones de rastreo: esa es la razón de que queramos una estrecha cooperación de los servicios de ustedes. Ustedes no tienen más que señalar cualquier peligro y nosotros nos ocuparemos de ello discretamente. Hasta cierto punto, ustedes están mucho mejor situados que nosotros para infiltrarse en los medios liberales, e incluso en los nacionalistas negros. Le daré un ejemplo. Le estoy agradecido por lo que me ha proporcionado a propósito de Mark Ngambo… aunque ya lo sabíamos, naturalmente. Pero ahora podemos tener la satisfacción de saber que no hemos dejado pasar nada importante. En este aspecto específico no hay ningún peligro, al menos de momento. Comprenderá que los próximos cinco años son de vital importancia… me refiero a nuestra supervivencia.

—Pero yo me pregunto, Muller… ¿podrán ustedes sobrevivir? Tienen una frontera demasiado abierta… Demasiado larga para evitar que se minen los campos.

—Así es, respecto a los del tipo anticuado —opinó Muller—. También sabemos perfectamente que la bomba de hidrógeno convirtió a la bomba atómica en un arma puramente táctica. Táctica es una palabra tranquilizadora. Nadie iniciará una guerra nuclear porque en un país casi desierto y muy distante se haya utilizado un arma táctica.

—¿Y qué hay de la radiación?

—Con nuestros desiertos y con nuestros vientos predominantes, somos un país privilegiado. Además, la bomba táctica es razonablemente limpia. Más limpia que la de Hiroshima y sabemos lo limitado que fue el efecto de ésta. En las zonas que, durante algunos años, pueden ser radiactivas, hay muy pocos africanos blancos. Pensamos canalizar cualquier invasión que hubiere.

—Empiezo a ver el cuadro.

Castle recordó a Sam. Como lo había recordado al ver aquella fotografía del periódico que se refería a la sequía: el cadáver con los miembros extendidos y el buitre. Claro que, en este caso, el buitre también moriría por la radiación…

—Eso es lo que he venido a plantearle, el cuadro general… No es necesario que nos perdamos en detalles. Ustedes podían evaluar convenientemente cualquier información que obtengan. En este momento, las estaciones del rastreo son el punto sensible.

—¿Porque pueden servir de tapadera, igual que las leyes raciales, a una multitud de pecados?

—Exactamente. Usted y yo no necesitamos seguir jugando. Sé que le han dado instrucciones de ocultarme ciertas cosas y lo comprendo perfectamente. Yo he recibido exactamente las mismas órdenes que usted. Lo único importante es que… ambos tendremos que contemplar un cuadro idéntico: lucharemos del mismo lado, de modo que tenemos que ver el mismo cuadro.

—¿O sea que, de hecho, estamos en el mismo compartimiento? —Castle hizo una broma para sí mismo a costa de todos ellos, a costa del BOSS, a costa de su propio servicio, incluso a costa de Boris.

—¿Compartimiento? Sí, supongo que podría llamarse así —miró la hora—. ¿No me dijo que el entierro era a las once? Faltan diez minutos. Será mejor que vaya.

—El entierro puede realizarse sin mí. Si existe un más allá, Davis lo comprenderá. Si no existe…

—Personalmente, estoy seguro de que existe un más allá —aseveró Cornelius Muller.

—¿De verdad? ¿Y la idea no le asusta un poco?

—¿Por qué habría de asustarme? Siempre he tratado de cumplir con mi deber.

—Pero esas pequeñas armas atómicas tácticas… Piense en todos los negros que morirán antes que usted y que le estarán aguardando.

—No espero volver a encontrarme con terroristas —aventuró Muller.

—No me refería a los guerrilleros. Me refiero a todas las familias de la zona afectada. Los niños, las muchachas, las abuelitas…

—Espero que tengan su propio cielo —replicó Muller.

—¿*Apartheid* hasta en el paraíso?

—¡Oh, sé que se está riendo de mí! Pero no creo que les gustara nuestro paraíso. Con todo, dejo eso para los teólogos. Las bombas de ustedes no les ahorraron nada a los niños en Hamburgo, ¿no es cierto?

—Gracias a Dios no participé en ello como participo ahora.

—Creo que, si no piensa asistir al entierro, Castle, deberíamos dedicarnos a lo nuestro.

—Lo siento. De acuerdo.

Castle lo sentía realmente; hasta estaba asustado, como lo había estado aquella lejana mañana en las oficinas del BOSS, en Pretoria. Durante siete años había atravesado con incansable prudencia los campos minados; y ahora, con Cornelius Muller, acababa de dar su primer paso en falso. ¿Sería posible que hubiera caído en una trampa dispuesta por alguien que conocía su temperamento?

—Sé que ustedes los ingleses son dados a discutir por el simple placer de la discusión —observó Muller—. Incluso su C me tomó el pelo respecto al *apartheid*. Pero en lo referente a «Tío Remus»…, bueno, en eso, usted y yo tenemos que ser serios.

—Sí, será mejor que volvamos a «Tío Remus».

—Tengo autorización para informarle, en líneas generales, por supuesto, sobre mi visita a Bonn.

—¿Tropezó con dificultades?

—Nada graves. Los alemanes, a diferencia de otras antiguas potencias coloniales, sienten, en secreto, una gran simpatía por nosotros. Podríamos decir que esto se remonta al telegrama que el káiser dirigió al presidente Kruger. Están preocupados por el Sudoeste Africano. Preferirían verlo controlado por nosotros a que se produjera un vacío de poder. Al fin y al cabo, ellos gobernaron el Sudoeste con más brutalidad de la que nosotros hayamos podido emplear nunca, y Occidente necesita nuestro

uranio.

—¿Llegó a un acuerdo?

—No deberíamos llamarlo acuerdo. Ya no estamos en los tiempos de los tratados secretos. Sólo tuve una entrevista con mi colega, no con el ministro de asuntos exteriores ni con el canciller. Del mismo modo que C mantuvo conversaciones con la CIA en Washington. Confío en que los tres hayamos alcanzado un más claro entendimiento.

—¿Un entendimiento secreto en lugar de un tratado secreto?

—Exactamente.

—¿Y los franceses?

—Ningún problema. Si nosotros somos calvinistas, ellos son cartesianos. A Descartes no le preocupó la persecución religiosa de su época. Los franceses ejercen gran influencia en Senegal, en la Costa de Marfil, incluso se entienden bien con Mobutu en Kinshasa. Cuba no volverá a inmiscuirse seriamente en África (Estados Unidos se ocupará de ella) y Angola no supondrá ningún peligro durante muchos años. Hoy, nadie es apocalíptico. Hasta a los rusos les gusta morir en la cama, no en un refugio. En el peor de los casos, con el empleo de unas pocas bombas atómicas 8pequeñas y tácticas, naturalmente), ganaremos cinco años de paz, si nos atacan.

—¿Y después?

—Ésa es la verdadera clave de nuestro entendimiento con Alemania. Nosotros necesitamos una revolución técnica y la última palabra en maquinaria para explotaciones mineras, aunque en este terreno hemos llegado más lejos de lo que se imagina por nuestra propia cuenta. En cinco años podremos reducir a la mitad, por lo menos, la mano de obra en nuestras minas, duplicar o más los salarios de los obreros especializados y comenzar a crear de este modo lo que ya tienen en Estados Unidos: una clase media negra.

—¿Y los parados?

—Pueden volver a su tierra. Para eso está el suelo natal. Yo soy un optimista, Castle.

—¿Y se mantendrá el *apartheid*?

—Siempre habrá cierto *apartheid*. Como lo hay aquí… entre los ricos y los pobres.

Cornelius Muller se quitó las gafas y frotó la montura hasta que el oro brilló.

—Espero que a su esposa le haya gustado el chal —prosiguió después de la pausa —. Ya sabe que siempre será bien acogido si decide volver a África del Sur, ahora que conocemos su auténtica posición. Y también su familia, por supuesto: puede tener la certeza de que los dos serán tratados como blancos honorarios.

Castle sintió deseos de responder: «Mientras que yo soy un negro honorario». No obstante, decidió mostrar cierta prudencia:

—Gracias.

Muller abrió su cartera de mano y sacó de ella una hoja de papel.

—Tomé algunas notas para usted en las reuniones que mantuve en Bonn —sacó un bolígrafo… también de oro—. Así tal vez pueda darnos algún dato útil sobre estas cuestiones la próxima vez que nos veamos. ¿Le parece bien el lunes? ¿A la misma hora? —y agregó—: Por favor, destrúyalo después de leerlo. Al BOSS no le gustaría que se conservara, ni siquiera en su archivos más secretos.

—Naturalmente. Como usted prefiera.

Cuando Muller se fue, Castle se guardó el papel en el bolsillo.

CAPÍTULO II

1

Había muy poca gente en la iglesia de St. George, de Hanover Square, cuando llegó el doctor Percival con *sir* John Hargreaves, que había regresado de Washington la noche anterior.

Un hombre que llevaba un brazalete negro en la manga estaba solo, de pie, cerca de la nave central, en la primera fila; probablemente —pensó el doctor Percival— es el dentista de Droitwich. Se negaba a dejar pasar a nadie delante de él. Era como si estuviera salvaguardando su derecho a la totalidad de la primera fila como pariente más cercano. El doctor Percival y C ocuparon sus asientos cerca del fondo de la iglesia. Cynthia, la secretaria de Davis, estaba dos filas detrás de ellos. El coronel Daintry se encontraba junto a Watson, al otro lado de la nave, y también había una serie de rostros sólo a medias conocidos por el doctor Percival. Quizá los había entrevisto alguna vez en un pasillo o en una conferencia con el MI-5. O tal vez se trataba de intrusos: un funeral atrae tanto como una boda a las personas ajenas. Los dos hombres desaliñados de la última fila eran, casi con toda certeza, los funcionarios del Departamento del Medio Ambiente que convivían con Davis. Alguien empezó a tocar quedamente el órgano. El doctor Percival susurró a Hargreaves:

—¿Qué tal el vuelo?

—Llegamos con tres horas de retraso a Heathrow —respondió Hargreaves—. Lo que nos sirvieron era incomible —suspiró: tal vez recordaba con melancolía el pastel de steak y riñones de su mujer, o la trucha ahumada de su club.

El órgano dejó oír una última nota y, luego, calló. Algunas personas se arrodillaron, otras se pusieron de pie. Era evidente que nadie sabía muy bien lo que tenía que hacer después.

El sacerdote, que probablemente era desconocido de todos los asistentes, incluso del muerto que ocupaba el féretro, entonó:

—Aparta tu plaga de mí; hasta tu pesada mano me consume.

—¿Qué plaga fue la que mató a Davis, Emmanuel?

—No te preocupes, John. La autopsia dio el resultado esperado.

Al doctor Percival, que no asistía a un funeral desde hacía muchos años, el servicio le pareció lleno de alusiones fuera de lugar. El sacerdote había comenzado la lectura de la primera epístola a los corintios:

—Todas las carnes no son la misma carne; hay una carne de hombre, otra de

animales, otra de peces y otra de aves.

La declaración era de una indiscutible veracidad, pensó el doctor Percival. El ataúd no contenía un pez; de haber sido así le habría interesado mucho más… una enorme trucha, por ejemplo. Echó una rápida ojeada a su alrededor. De las pestañas de la muchacha colgaba una lágrima. El coronel Daintry tenía una expresión airada, o quizá tétrica, que podía ser un mal presagio. También Watson parecía manifiestamente preocupado por algo: probablemente pensaba en quién debía ascender al puesto de Davis.

—Quiero charlar contigo después del servicio —dijo Hargreaves.

También esto sería un fastidio, pensó Percival.

—He aquí que os manifiesto un misterio —leyó el sacerdote.

¿El misterio de haber matado o no al hombre que debía matar? Pero ese misterio no se resolvería nunca, a menos que continuaran las filtraciones… lo que sin duda sugeriría que se había cometido un lamentable error. C se irritaría muchísimo, lo mismo que Daintry. Era una pena que no se pudiera volver a arrojar a un hombre al río de la vida, como era posible hacerlo con los peces.

—¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? —la voz del sacerdote se había elevado para destacar el conocido pasaje de la literatura inglesa, igual que un mal actor, intérprete de Hamlet, necesita sacar de su contexto el famoso monólogo; pero retornó a la monocordia para la opaca y académica conclusión—: El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado, la ley. —Aquello sonaba como un teorema de Euclides.

—¿Qué dijiste? —susurró C.

—Q. E. D. —replicó el doctor Percival.

2

—¿Qué quisiste decir exactamente con Q. E. D.? —quiso saber *sir* John Hargreaves cuando lograron salir.

—Me pareció una respuesta más conveniente que «amén» a lo que decía el sacerdote.

Después caminaron casi en silencio, en dirección al Travellers Club. Por una especie de acuerdo tácito, el Travellers les pareció más adecuado que el Reform para almorzar aquel día… Davis se había convertido en viajero honorario en razón de su gran viaje a las regiones inexploradas, y evidentemente había perdido todo derecho a exigir el sufragio universal.

—No recuerdo cuándo asistí por última vez a un funeral —comentó el doctor Percival—. Una tía abuela anciana, creo, hace más de quince años. Una ceremonia un tanto envarada, ¿no te parece?

—A mí me gustaban mucho los entierros de África. Llenos de música…, aunque los únicos instrumentos fuesen ollas, cacerolas y latas de sardinas vacías. Le hacían pensar a uno que la muerte podía ser muy divertida. ¿Quién era la chica que lloraba?

—La secretaria de Davis. Se llama Cynthia. Parece que estaba enamorado de ella.

—Imagino que debe ser una cosa muy frecuente. Es inevitable en una empresa como la nuestra. Supongo que Daintry habrá investigado exhaustivamente con respecto a ella.

—¡Oh, sí, sí! De hecho, y en forma totalmente inconsciente, nos proporcionó cierta información útil… ¿Recuerdas aquel asunto del zoológico?

—¿El zoológico?

—Cuando Davis…

—Ah, sí, ahora lo recuerdo.

Como habitualmente ocurría los fines de semana, el club estaba casi desierto. Habrían iniciado su almuerzo —era prácticamente un reflejo automático— con trucha ahumada; pero ese día en el club no disponían de truchas. El doctor Percival aceptó a regañadientes un salmón ahumado como sustitutivo, y añadió:

—Me habría gustado conocer mejor a Davis. Creo que podría haber llegado a gustarme mucho.

—Sin embargo, todavía crees que es el responsable de la filtración, ¿no?

—Hizo muy inteligentemente el papel de un hombre bastante simple. Admiro la inteligencia… Y también el valor. Debió de necesitar una gran dosis de valor.

—Al servicio de una causa equivocada.

—¡John, John! Ni tú ni yo estamos en condiciones de hablar de causas. No somos cruzados… Hemos nacido en un siglo que no nos corresponde. Hace mucho tiempo que Saladino fue expulsado de Jerusalén. Y no es que Jerusalén haya ganado mucho con ello…

—De todas maneras, Emmanuel… no puedo admirar la traición.

—Hace treinta años, cuando era estudiante, me consideraba algo así como una especie de comunista. Mírame ahora. ¿Quién es el traidor, Davis o yo? Creía de verdad en el internacionalismo y ahora estoy librando una guerra subterránea por el nacionalismo.

—Has madurado, Emmanuel, eso es todo. ¿Qué quieres beber? ¿Clarete o Borgoña?

—Clarete, si te da igual.

Sir John Hargreaves se acomodó en la silla y se sumergió en las profundidades de la carta de vinos. Parecía estar sufriendo tal vez únicamente porque no podía decidirse entre un Saint-Emilion y un Médoc. Finalmente se decidió.

—Emmanuel, a veces me pregunto por qué estás entre nosotros.

—Tú lo has dicho: porque he madurado. No creo que el comunismo funcione, a largo plazo, mejor de lo que lo ha hecho el cristianismo, y yo no pertenezco a la especie de los cruzados. ¿Capitalismo o comunismo? Tal vez el mismo Dios sea capitalista. Mientras viva prefiero estar del lado que tiene más probabilidades de ganar. No te escandalices, John. Me tomas por un cínico, pero lo que ocurre, sencillamente, es que no quiero perder demasiado el tiempo. El lado que gane podrá construir mejores hospitales y destinar más dinero a la investigación sobre el cáncer… el día en que se renuncie a todas esas pamplinas atómicas. Entretanto, disfruto con el juego que estamos jugando. Disfruto, sólo disfruto. No finjo ser un entusiasta de Dios ni de Marx. ¡Cuidado con los que tienen fe! No son jugadores dignos de confianza. De todos modos, a uno llega a gustarle que haya un buen jugador al otro lado del tablero… eso aumenta el placer.

—¿Aunque sea un traidor?

—Traidor… ¡Qué palabra tan anticuada, John! El jugador es tan importante como el juego. Yo no disfrutaría del juego si tuviera un mal jugador al otro lado de la mesa.

—¿Y sin embargo… mataste a Davis? ¿O no?

—Murió del hígado, John. Lee el resultado de la autopsia.

—¿Una feliz coincidencia?

—La carta marcada, el sistema que tú sugeriste, salió bien; ya ves… el truco más antiguo. Sólo él y yo conocíamos mi pequeña fantasía sobre Porton.

—Tendrías que haber esperado a que yo volviera. ¿Lo comentaste con Daintry?

—Me habías encargado de este asunto, John. Y cuando sientes que el pez ha picado, no te quedas en la orilla aguardando a que alguien te aconseje lo que debes hacer.

—¿Crees que este Château Talbot está a la altura de su categoría?

—Es excelente.

—Sospecho que me destrozaron el paladar en Washington, con tantos martinis secos… —Volvió a paladear el vino—. Si es que no es culpa tuya. ¿Nunca te atormenta nada, Emmanuel?

—Bueno, sí, estoy un poco preocupado por el funeral. Habrás notado que incluso hubo música de órgano… Sin contar el entierro. Todo eso debe de costar muy caro y no creo que Davis haya dejado mucho dinero. ¿Crees que ese pobre diablo de dentista lo habrá pagado todo? ¿O serán nuestros amigos del Este? Esto no me parece del todo correcto.

—No te inquietes por eso, Emmanuel. Pagará la empresa. No tenemos que dar cuentas del fondo secreto —Hargreaves dejó su vaso a un lado e insistió—: Este Talbot no me parece del 71.

—Yo mismo, John, me quedé estupefacto ante la inmediata reacción de Davis. Había calculado su peso exactamente y le administré una dosis que no consideré mortal. Como sabes, nunca había probado antes la aflatoxina en un ser humano y quería estar seguro, por si se presentaba un caso de urgencia repentina, de conocer la

dosis exacta. Tal vez su hígado ya estaba enfermo.

—¿Cómo se lo administraste?

—Fui a su casa a tomar un trago y me invitó a tomar un *whisky* horrible al que dio el nombre de White Walker. Su gusto ya era suficiente para encubrir el de la aflatoxina.

—Sólo me queda rogar porque hayas acertado con el pez que buscábamos —concluyó *sir* John Hargreaves.

3

Daintry dobló sombríamente por St. James's Street y al pasar frente a White's, camino de su apartamento, una voz le llamó a gritos desde la escalinata. Levantó la vista desde la nada en que estaba sumido. Reconoció el rostro, pero no pudo darle nombre, ni siquiera recordar en qué circunstancias le había visto. ¿Baffin? La palabra cruzó por su mente. ¿O Buffer?

—¿Tiene algún Malteser, viejo?

Entonces la escena de su encuentro anterior retornó a la mente de Daintry, al mismo tiempo que una sensación de desconcierto.

—¿Qué le parecería si tomásemos un bocado, coronel?

El absurdo nombre era Buffy. Era evidente que tenía que tener otro, pero Daintry lo ignoraba.

—Lo siento —respondió—. El almuerzo me espera en casa.

No era totalmente mentira. Preparó una lata de sardinas antes de dirigirse a Hanover Square, y había sobrado pan y queso del almuerzo del día anterior.

—Entre a tomar un trago, entonces. Las comidas de casa siempre pueden esperar —insistió Buffy, y Daintry no encontró ninguna excusa para negarse.

Como todavía era temprano, sólo había dos personas en la barra. Parecían conocer bien a Buffy, porque le saludaron sin entusiasmo. A él no pareció importarle. Hizo un amplio ademán de saludo que incluía al barman.

—Éste es el coronel —los dos hombres gruñeron a Daintry con aburrida cortesía —. En aquella cacería no logré entender su nombre.

—Yo tampoco el suyo.

—Nos conocimos —explicó Buffy a los otros dos— en casa de Hargreaves. El coronel es de la secreta. James Bond y todas esas cosas.

Uno de los otros dos dijo:

—Jamás pude leer un solo libro de ese Fleming.

—Para mi gusto hay demasiado sexo —intervino el otro—. Una exageración. A mí me gusta un buen polvo como a cualquiera, pero no es tan importante, ¿verdad? Sobre todo los detalles, quiero decir.

—¿Qué va a beber? —preguntó Buffy.

—Un martini seco —replicó el coronel Daintry; y, recordando su encuentro con el doctor Percival, añadió—: Muy seco.

—Uno largo y muy seco, Joe. Y un rosado también largo. Realmente largo, ¿eh, viejo? No seas tacaño.

Un profundo silencio cubrió el bar, como si cada uno pensara en algo diferente: en una novela de Ian Fleming, en una partida de caza, en un funeral. Luego, Buffy tomó la palabra:

—El coronel y yo tenemos un gusto común: los Maltesers.

Uno de los hombres emergió de sus pensamientos íntimos y dijo:

—¿Maltesers? Yo prefiero los Smarties.

—¿Qué diablos son Smarties, Dicky?

—Pequeños confites de chocolate de diferentes colores. Todos tienen el mismo sabor pero, personalmente, y no sé por qué, prefiero los rojos y los amarillos. No me gustan los malva.

—Le vi venir calle abajo, coronel —dijo Buffy—. Parecía hablar solo, si me permite que se lo diga. ¿Secretos de Estado? ¿A dónde se dirigía?

—Sólo a casa —aclaró Daintry—. Vivo aquí cerca.

—Parecía harto de todo. Me dije a mí mismo: el país debe estar en serias dificultades. Los de la secreta saben más que nosotros.

—Vengo de un funeral.

—Espero que no sea un pariente cercano.

—No. Alguien de la oficina.

—A mi entender, un funeral siempre es mejor que una boda. No soporto los casamientos. Un funeral es algo definitivo. Una boda… bueno, sólo es una lamentable etapa hacia otra cosa. Prefiero celebrar un divorcio… claro que a menudo también es una etapa hacia otra boda. La gente se habitúa.

—¡No me digas, Buffy! —intervino Dicky, el hombre al que le gustaban los Smarties—. Tú mismo pensaste en hacerlo una vez. Todos estamos enterados de que recurriste a una agencia matrimonial. Tuviste la suerte de escapar. Joe, sírvele otro martini al coronel.

Daintry, con la sensación de estar perdido entre extranjeros, bebió el primero de un trago. Dijo, como quien escoge una oración de un libro de frases hechas en un idioma que no domina:

—Yo también estuve en una boda. No hace mucho.

—¿También secreta? Quiero decir, ¿uno de los de su equipo?

—No. Era mi hija. Se casó.

—¡Santo Dios! —exclamó Buffy—. Nunca hubiese creído que usted fuera uno de

esos… Un tipo casado, quiero decir.

—Lo uno no se desprende necesariamente de lo otro —sentenció Dicky.

El tercer hombre, que apenas había abierto la boca hasta entonces, dijo:

—No tienes por qué adoptar ese aire de superioridad, Buffy. Yo mismo fui uno de esos en otros tiempos, aunque ahora me parece una historia antigua. De hecho, fue mi mujer quien inició a Dicky en los Smarties. ¿Recuerdas aquella tarde, Dicky? Habíamos soportado un almuerzo bastante lamentable, porque de alguna manera intuíamos que estábamos rompiendo el hogar. Entonces ella dijo: «Unos Smarties»; así como suena, tontamente: «Unos Smarties»… No sé por qué. Supongo que creía que debíamos de hablar de algo. Era grandiosa para crear falsas apariencias.

—No puedo decir que lo recuerde, Willie. Me parece que los Smarties se remontan a una etapa anterior de mi vida. Creía haberlos descubierto por mi cuenta. Sírvele otro seco al coronel, Joe.

—No, si no le importa… La verdad es que tengo que irme a casa.

—Es mi ronda —dijo el que se llamaba Dicky—. Joe, llénale el vaso. Viene de un funeral. Necesita levantar el ánimo.

—Me acostumbré a los funerales desde muy corta edad —comentó Daintry para su propia sorpresa, después de echar un trago del tercer martini seco.

Se dio cuenta de que hablaba con mayor libertad de la que solía con los extraños. Y para él la mayor parte del mundo se componía de extraños. Le habría gustado invitar a una ronda pero aquél era el club de los otros. Él se sentía entre amigos, pero a los ojos de ellos seguía siendo un extraño, estaba seguro. Quería despertar su interés, pero le estaban vedados demasiados temas.

—¿Por qué? ¿Hubo muchas muertes en su familia? —inquirió Dicky con alcohólica curiosidad.

—No, no exactamente —respondió Daintry, ahogando su reserva en el tercer martini. Por alguna razón misteriosa recordó una estación campesina del ferrocarril, a la que había llegado con su pelotón más de treinta años atrás… Los rótulos que daban nombre al lugar habían sido retirados después de Dunkerque, en previsión de una posible invasión alemana. Le pareció que se liberaba otra vez de una pesada carga y que la dejaba caer estruendosamente en el suelo de White’s—. Mi padre era clérigo, de modo que de niño asistí a muchos funerales.

—Jamás lo habría adivinado —dijo Buffy—. Me imaginaba que usted provenía de una familia de militares… Hijo de general, el antiguo regimiento, todas esas pamplinas. Joe, mi vaso está sediento. Aunque, claro, pensándolo bien, el hecho de que su padre fuera clérigo explica muchas cosas.

—¿Qué explica? —preguntó Dicky. Por alguna razón parecía molesto y deseoso de ponerlo todo en duda—. ¿Los Maltesers?

—No, no, los Maltesers son una historia diferente. Ahora no puedo contártela. Llevaría demasiado tiempo. Me refería a que el coronel pertenece a los muchachos de la secreta. Y en cierto sentido, si lo piensas bien, lo mismo ocurre con un clérigo…

Ya sabes, los secretos del confesonario y todo eso, están en la misma línea.

—Mi padre no era católico. Ni siquiera pertenecía a la iglesia anglicana conservadora. Fue capellán de la marina. En la primera guerra.

—La primera guerra —dijo aquel hombre hosco llamado Willie, que una vez había estado casado— fue la que libraron Caín y Abel —su declaración era terminante, como si quisiera poner fin a una conversación superflua.

—El padre de Willie también era clérigo —aclaró Buffy—. Un pez gordo. Un obispo contra un capellán naval. Jugada maestra.

—Mi padre estuvo en la batalla de Jutlandia —dijo Daintry.

Daintry no quería desafiar a nadie, ni oponer Jutlandia a un obispado. Sólo era otro recuerdo que le había asaltado.

—Aunque no como combatiente. Por lo tanto, eso apenas cuenta, ¿no? —opinó Buffy—. En comparación con Caín y Abel…

—Sin embargo, usted no parece tan viejo —dijo Dicky con tono suspicaz, mientras tomaba su vaso a sorbos.

—Por aquel entonces mi padre no estaba aún casado. Se casó con mi madre después de la guerra. En los años veinte —Daintry comprendió que la conversación se estaba volviendo absurda. La ginebra actuaba como una droga de la verdad. Sabía que se le estaba yendo la lengua.

—¿Se casó con su madre? —interrogó Dicky, con el tono insidioso de inquisidor.

—Claro que se casó con ella. En los años veinte.

—¿Todavía vive su madre?

—Hace mucho que ambos murieron. Bueno, tengo que irme a mi casa. Se me estropeará la comida —agregó Daintry, pensando en las sardinas que se desecaban en el plato. La sensación de estar entre una gente amable y desconocida le abandonó. La conversación amenazaba con agriarse.

—¿Qué tiene que ver todo esto con un funeral? Y además, ¿de qué funeral se trata?

—No le haga caso a Dicky —aconsejó Buffy—. Le encanta hacer preguntas. Estuvo en el MI-5 durante la guerra. Otra ronda, Joe… Ya nos lo ha dicho, Dicky. El de un pobre diablo de su oficina.

—¿Le acompañó hasta que le enterraron?

—No, no. Sólo asistí al servicio. En Hanover Square.

—Entonces era en St. George —especificó el hijo del obispo y elevó el vaso ante Joe como si fuera un cáliz.

Daintry necesitó bastante tiempo para despegarse de la barra de White’s. Buffy le acompañó hasta la escalinata. Pasó un taxi.

—¿Ve usted lo que quiero decir? —quiso saber Buffy—. ¡Autobuses por St. James’s! Nadie está ya seguro en esta ciudad.

Daintry no tenía la menor idea de lo que el otro quería decir. Mientras caminaba calle abajo en dirección al palacio de St. James, tuvo conciencia de que había bebido

más que nunca a esa hora del día. Eran unos buenos tipos, pero siempre conviene desconfiar. Había hablado demasiado. De su padre, de su madre. Pasó junto a la sombrerería Lock's y el restaurante Overton's. Se detuvo en la acera justo en la esquina de Pall Mall. Se había pasado… Lo comprendió a tiempo. Volvió sobre sus pasos hasta la puerta del apartamento donde le aguardaba su almuerzo.

Todo estaba allí: el queso, el pan y la lata de sardinas, que en realidad no había abierto aún. No era muy hábil con las manos y la delgada hojalata se rompió antes de que estuviera abierta la tercera parte del bote. Sin embargo, logró sacar la mitad de las sardinas en pedazos, valiéndose de un tenedor. No tenía hambre… aquello le bastaría. Vaciló, no sabiendo qué beber después de los martinis secos y se decidió por una botella de Tuborg.

Su almuerzo duró menos de cuatro minutos, pero el tiempo le pareció muy largo en razón de sus pensamientos, que oscilaban como los de un borracho. Primero pensó en el doctor Percival y en *sir* John Hargreaves bajando por la calle, delante de él, cuando concluyó el servicio, con las cabezas bajas, como conspiradores. Luego pensó en Davis. No es que él sintiese ninguna simpatía personal por Davis, pero su muerte le preocupaba. Dijo en voz alta a su único testigo, que resultó ser una cola de sardina mantenida en equilibrio sobre su tenedor:

—Con esas pruebas, un jurado nunca le habría condenado.

¿Condenado? Nada demostraba que Davis no hubiese muerto, tal como demostró la autopsia, de muerte natural… La cirrosis es algo que se llama muerte natural. Trató de recordar qué le había dicho el doctor Percival la noche de la cacería. Aquella noche había bebido demasiado, igual que esta mañana, porque se encontraba incómodo entre una gente a la que no comprendía y Percival había entrado, sin ser invitado, en su dormitorio y le había mencionado a un artista llamado Nicholson.

Daintry no probó el queso. Lo devolvió, junto con el grasiento plato, a la cocina —o *kitchenette*, como se decía ahora—, donde sólo había espacio para una persona. Recordó los vastos espacios de la cocina del sótano de aquella oscura rectoría de Suffolk a donde su padre había sido relegado después de la batalla de Jutlandia, y recordó las desconsideradas palabras de Buffy acerca del confesonario.

Su padre nunca había aprobado la confesión, ni el confesonario instalado por un pastor soltero de la High Church en la parroquia cercana. Las confesiones llegaban a él, cuando llegaban, de segunda mano, porque la gente a veces se confesaba con su madre, que era una persona muy apreciada en la aldea, y él la había oído filtrar esas confesiones a su padre, sin suprimir nada de su grosería, de su malicia ni de su crueldad. «Creo que debes saber lo que me dijo ayer la señora Baines».

Volvió a hablar en voz alta —al parecer estaba adquiriendo la costumbre—. Esta vez se dirigía al fregadero:

—No había pruebas concretas contra Davis.

Se sintió culpable de un fracaso… el fracaso de un hombre bien entrado en años, próximo al retiro. ¿Retiro para qué? Para cambiar una soledad por otra. Deseó estar

otra vez en la rectoría de Suffolk. Deseó atravesar el largo sendero lleno de malas hierbas, bordeado de unos laureles que nunca florecían, y entrar por la puerta principal. Sólo el zaguán era más amplio que todo su apartamento actual. A la izquierda, un perchero del que colgaba una serie de sombreros, y a la derecha, el casquillo de cobre de un obús lleno de paraguas. Cruzó el zaguán y, al abrir muy suavemente la puerta, sorprendía a sus padres sentados en el sofá de cretona, cogidos de la mano, porque se creían solos.

—¿Debo dimitir —les preguntaba— o esperar a la Jubilación?

Sabía muy bien que la respuesta de ambos sería «no». En el caso de su padre porque, a sus ojos, el comandante de su crucero de Jutlandia, compartía algo del derecho divino de los reyes y era imposible que su hijo supiese mejor que sus superiores el camino a seguir. En cuanto a su madre… bueno, siempre que una chica del pueblo tenía problemas con su patrón, ella le decía: «¡No te precipites! No es fácil encontrar otro trabajo». Su padre, el ex capellán de la marina —que creía en su comandante y en su Dios— le habría dado la respuesta que consideraba cristiana, y su madre, la respuesta práctica y terrenal. ¿Tenía él más oportunidades de encontrar otro trabajo mejor, si dimitía ahora, de las que habría tenido una asistenta en la pequeña aldea donde había vivido con sus padres?

El coronel Daintry volvió a la sala, con total olvido de que aún tenía en la mano el tenedor lleno de aceite. Por primera vez en muchos años, disponía del número de teléfono de su hija. Ésta se lo había enviado después de su boda, en una tarjeta impresa. Era su único vínculo con la vida cotidiana de Elizabeth. Tal vez, pensó, le invitara a cenar. Él no se lo sugeriría, pero si ella insinuaba algo…

No reconoció la voz que atendió el teléfono.

—¿Es el 6731075? —preguntó.

—Sí. ¿Con quién quiere hablar? —era una voz de hombre… un desconocido.

Perdió simultáneamente el valor y su memoria para los nombres. Respondió:

—Con la señora Clutter.

—Se ha equivocado de número.

—Disculpe —colgó.

Naturalmente, tendría que haber agregado «quiero decir la señora Clough», pero ahora era demasiado tarde. El desconocido, supuso, era su yerno.

4

—No te molestó que no fuera, ¿verdad? —preguntó Sarah.

—No. Claro que no. Ni yo mismo pude asistir… Tenía una cita con Muller.

—Tuve miedo de no estar de vuelta antes de que Sam regresara de la escuela. Me habría preguntado dónde había estado.

—De cualquier manera, en algún momento tendrá que saberlo.

—Sí, pero todavía hay tiempo. ¿Había mucha gente?

—No demasiada, según me dijo Cynthia. Watson, por supuesto, como jefe de la sección. El doctor Percival. C. Fue un buen detalle de su parte, porque Davis no era nada importante en la empresa. También estaba su primo… Cynthia creyó que sería su primo porque llevaba un brazalete negro.

—¿Qué ocurrió después del servicio?

—No lo sé.

—Quiero decir… con el cadáver.

—Creo que lo llevaron a incinerar a Golders Green. Eso corresponde a la familia.

—¿El primo?

—Sí.

—En África celebrábamos mejores funerales —opinó Sarah.

—Bueno… son otros países, otras costumbres.

—Se supone que tu civilización es una de las más antiguas…

—Sí, pero las civilizaciones antiguas no siempre se caracterizaron por la profundidad de sus sentimientos ante la muerte. No somos peores que los romanos —Castle acabó de beber su *whisky*—. Subiré cinco minutos a leerle algo a Sam… si no, acabaría pensando que algo anda mal.

—Júrame que no le dirás nada —rogó Sarah.

—¿No confías en mí?

—Claro que confío en ti, pero…

El «pero» le persiguió escaleras arriba. Había vivido mucho tiempo con peros: confiamos en usted, pero… Daintry registrando su cartera; el desconocido de Watford, cuyo deber era asegurarse de que iba solo a la cita con Boris. Incluso el propio Boris. Pensó: ¿será posible que algún día la vida sea tan sencilla como en la infancia, que hayan concluido los peros, que todos confíen naturalmente en mí, como confían Sarah… y Sam?

Sam le esperaba. Su carita negra destacaba sobre la blanca almohada. Aquel día habían cambiado las sábanas, lo que acentuaba aún más el contraste, que parecía un anuncio del *whisky Black and White*.

—¿Cómo anda todo? —le preguntó porque no se le ocurría otra cosa; pero Sam no respondió: él también tenía sus secretos—. ¿Qué tal la escuela?

—Muy bien.

—¿Qué clases tuviste hoy?

—Aritmética.

—¿Cómo te fue?

—Muy bien.

—¿Qué más?

—Reda…

—Se dice redacción. ¿Cómo estuviste?

—Muy bien.

Castle sabía que ya casi había llegado el momento de que el niño se alejase de él para siempre. Cada «muy bien» penetró en sus oídos como el ruido de una explosión distante que destruía los puentes tendidos entre ambos. Si le hubiera preguntado a Sam «¿No confías en mí?», quizá la respuesta habría sido: «Sí, pero…».

—¿Quieres que te lea?

—Sí, por favor.

—¿Qué te gustaría?

—Ese libro que habla de un jardín.

Por un instante, Castle se sintió perdido. Recorrió con la vista el único estante de gastados volúmenes que se mantenían en su lugar gracias a dos perros de porcelana que tenían cierta semejanza con *Buller*. Algunos de los libros pertenecían a su propia niñez; y casi todos los demás los había elegido él mismo, porque Sarah había accedido tardíamente a la lectura y todos sus libros eran para adultos. Cogió un libro de versos que conservaba desde la infancia. No había lazos de sangre entre Sam y él, ninguna garantía de que tuvieran algún gusto en común, pero siempre abrigaba la esperanza… Hasta un libro puede servir de puente. Abrió el volumen al azar, o al menos eso creyó; pero un libro es como un sendero arenoso que guarda en su interior la huella de las pisadas. Durante los dos últimos años le había leído a Sam párrafos de aquella obra, pero las huellas de su propia infancia habían quedado más profundamente impresas y el libro se abrió por un poema que nunca había leído antes en voz alta. Al cabo de uno o dos versos se dio cuenta de que lo sabía casi de memoria. En la niñez hay versos, pensó, que modelan la vida más que la Sagrada Escritura.

En las fronteras, un pecado sin perdón
quiebra las ramas y se arrastra,
pasa la brecha del muro del jardín.
Bajamos por las márgenes del río.

—¿Qué son fronteras?

—Es el lugar donde termina un país y empieza otro —en cuanto lo dijo le pareció una definición poco comprensible; pero Sam la aceptó.

—¿Qué es un pecado sin perdón? ¿Son espías?

—No, no, no son espías. Al chico del cuento le dijeron que no debía salir al jardín y…

—¿Quién se lo dijo?

—Supongo que su padre o su madre.

—¿Y eso es un pecado?

—Este libro se escribió hace mucho tiempo. En aquel entonces la gente era mucho más severa y además no está dicho en serio.

—Yo creía que el asesinato era un pecado.

—Sí, claro, matar es malo.

—¿Cómo se sale del Jardín?

Castle empezó a lamentar haber elegido aquel poema y haber pisado en aquella huella concreta de su propio camino.

—¿No quieres que siga leyendo? —examinó superficialmente los versos siguientes… y le parecieron bastante inocuos.

—Ese poema no. No lo entiendo.

—¿Cuál entonces?

—Hay uno de un hombre…

—¿El farolero?

—No, ése no.

—¿Qué hace el hombre?

—No sé. Está en la oscuridad.

—No es demasiado para guiarse —Castle volvió las páginas, buscando al hombre en la oscuridad.

—Va a caballo.

—¿Es éste? —Castle leyó:

Cada vez que la luna y las estrellan se apagan,
cada vez que el viento arrecia,
a lo largo de la noche oscura y húmeda…

—Sí, sí, ése es.

… Pasa un hombre a caballo.
Tan avanzada la noche, cuando las luces están
todas apagadas, ¿por qué galopa y galopa?

—Sigue. ¿Por qué te paras?

Cada vez que los árboles gimen
y los barcos se zarandean en el mar,
el camino al galope recorre.
Al galope va y al galope vuelve,
al galope siempre.

—Éste. Éste es el que más me gusta.

—Es algo aterrador —comentó Castle.

—Por eso me gusta. ¿Lleva una máscara hecha con una media?

—No dice que sea un ladrón, Sam.

—Entonces, ¿por qué va y viene por delante de la casa? ¿Tiene la cara blanca como tú y el señor Muller?

—Aquí tampoco dice eso.

—Yo creo que es negro, negro como mi sombrero, negro como mi gato.

—¿Por qué?

—Creo que todos los blancos le tienen miedo y se encierran en sus casas por si llega con una navaja y les corta la garganta… Muy lentamente —agregó, deleitándose.

Nunca le había parecido Sam tan negro, pensó Castle. Le rodeó con sus brazos en un gesto protector, aunque no podía protegerle de la violencia y del espíritu de venganza que empezaban a anidar en su corazón infantil.

Castle fue a su estudio, abrió un cajón que tenía echada la llave y sacó las notas de Muller, que llevaban un título: «Solución Final». Al parecer Muller no había sentido ninguna vacilación en decir esa frase en un oído alemán y la solución, era obvio, no había sido rechazada: la discusión continuaba abierta. Volvió la misma imagen, como una obsesión, a la mente de Castle: el niño muerto y el buitre.

Se sentó e hizo una copia fiel de las notas de Muller. Ni siquiera se tomó el trabajo de mecanografiarlas. El anonimato de una máquina de escribir, como había demostrado el caso Hiss, era muy relativo y, de cualquier manera, Castle no sentía el menor deseo de tomar precauciones triviales. En cuanto a la clave por medio de libros, la había abandonado con su último mensaje, que concluía en la palabra «adiós». Ahora, mientras escribía «Solución Final» y copiaba con exactitud las palabras que seguían, se identificó realmente con Carson por primera vez. En unas circunstancias como éstas Carson habría corrido el último riesgo. Como Sarah le había dicho un día, «había ido demasiado lejos».

5

A las dos de la madrugada Castle seguía despierto cuando le sobresaltó un grito de Sarah:

—¡No! ¡No!

—¿Qué sucede?

No obtuvo respuesta, pero cuando encendió la luz vio que Sarah tenía los ojos desorbitados de pánico.

—Has tenido otra pesadilla. Sólo es una pesadilla.

—Fue espantosa.

—Cuéntamela. Un sueño nunca vuelve si lo cuentas rápidamente, antes de olvidarlo —sintió que ella temblaba a su lado y empezó a compartir sus temores—. Sólo es un sueño, Sarah, cuéntamelo. Líbrate de él.

—Yo estaba en un tren que se movía. Tú te quedaste en el andén. Estaba sola. Tú tenías los billetes. Sam estaba contigo. No parecía importarle. Ni siquiera sabía a dónde Íbamos. Oí al revisor en el compartimiento de al lado. Supe que estaba en un coche que no me correspondía, reservado para blancos.

—Ahora que lo has contado, el sueño no volverá.

—Sabía que me diría: fuera de aquí. No tiene nada que hacer aquí. Este coche es para blancos.

—Sólo es un sueño, Sarah.

—Sí. Lo sé. Lamento haberte despertado. Necesitas dormir.

—Parecido a los sueños que tenía Sam. ¿Recuerdas?

—Sam y yo tenemos consciencia de nuestro color, ¿verdad? A los dos nos obsesiona hasta en sueños. A veces me pregunto si sólo me amas por mi color. Si fueras negro no amarías a una blanca sólo porque es blanca, ¿no?

—No. Yo no soy un sudafricano que pasa un fin de semana en Ngwane. Te traté casi un año antes de enamorarme. Ocurrió lentamente. Durante todos aquellos meses que trabajamos juntos en secreto. Yo pasaba por diplomático y estaba tan seguro como un edificio bien construido. Tú corrías todos los riesgos. Yo no tenía pesadillas; pero solía permanecer en vela preguntándome si acudirías a nuestra próxima cita o si desaparecerías y no volvería nunca a saber de ti. Tal vez sólo un mensaje de alguno de los otros, avisándome de que el circuito estaba cortado.

—De modo que lo que te preocupaba era el circuito.

—No. Me preocupaba lo que te ocurriría a ti. Te amaba desde hacía meses. Sabía que no podría seguir viviendo si tú desaparecías. Pero ahora, los dos estamos a salvo.

—¿Estás seguro de ello?

—Claro que estoy seguro. ¿No te lo he demostrado durante siete años?

—No me refería a tu amor. Quería decir si estás seguro de que estamos a salvo.

Aquella pregunta no tenía una respuesta fácil. El último informe cifrado cuya última palabra era «adiós» había sido prematuro y el pasaje que había escogido —«He levantado mi mano y la he dejado caer»— no era un signo de libertad en el mundo de «Tío Remus».

QUINTA PARTE

CAPÍTULO I

1

Con la neblina y la llovizna de noviembre, había oscurecido muy pronto. Castle abandonó la cabina telefónica. No habían respondido a ninguna de sus señales. En Old Compton Street las desvaídas luces rojas del cartel «Libros» —que indicaba el lugar donde Halliday hijo realizaba su turbio comercio— brillaban sobre el pavimento con menos descaro que de costumbre. Al otro lado de la calle, Halliday padre estaba encorvado como siempre bajo una única bombilla, economizando energía. Cuando Castle entró en la tienda, el anciano giró un interruptor, sin levantar la cabeza, para iluminar ambos lados de los estantes atiborrados de clásicos pasados de moda.

—No derrocha usted electricidad —comentó Castle.

—¡Ah, es usted, señor! Sí, pongo mi granito de arena para ayudar al gobierno. De todos modos, no entran muchos clientes después de las cinco. Unos pocos tímidos vendedores, pero los libros rara vez están en buenas condiciones y tengo que dejar que se vayan desilusionados… Creen que cualquier libro de cien años tiene valor. Lamento la tardanza del Trollope, si es eso lo que busca. Hay dificultades para conseguir el segundo ejemplar… Una vez lo dieron por televisión, ese es el problema. Hasta los Penguin están agotados.

—Ya no hay prisa. Con un ejemplar tendré suficiente. He venido a decírselo. Mi amigo se ha ido a vivir al extranjero.

—Echará de menos sus noches literarias, señor. El otro día le decía a mi hijo…

—Es curioso, señor Halliday, pero nunca he llegado a conocer a su hijo. ¿Está en la tienda? Se me ocurrió que podría hablar con él de unos libros de los que quiero desprenderme. He perdido el gusto por los curiosos. La edad, supongo. ¿Le encontraré?

—Ahora no, señor. Si he de decirle la verdad, se ha metido en dificultades. Le iba demasiado bien. El mes pasado abrió otra tienda en Newington Butts y la policía de allí es menos comprensiva que la de aquí… O más cara, si me permite ser un poco cínico. Esta tarde tuvo que presentarse ante el juez por una de sus estúpidas revistas y todavía no ha vuelto.

—Espero que esas dificultades no le creen problemas a usted, señor Halliday.

—Oh, no. La policía es muy comprensiva. Realmente creo que lamentan que tenga un hijo en esa línea de negocios. Yo les digo que si fuera joven haría lo mismo

que él y se ríen.

A Castle siempre le había parecido extraño que «ellos» hubieran elegido un intermediario tan equívoco como el joven Halliday, cuya tienda podía ser registrada en cualquier momento por la policía. Tal vez, pensó, era una especie de doble engaño. La Brigada contra el Vicio no estaba adiestrada en las sutilezas de los servicios secretos. Incluso era posible que Halliday hijo fuera tan inconsciente como su padre del uso que hacían de él. Eso es lo que necesitaba saber, porque pensaba confiarle lo que equivalía a su vida.

Volvió la mirada a la tienda de enfrente, al cartel escarlata y a las revistas pornográficas del escaparate y se asombró de la extraña emoción que le empujaba a correr un riesgo tan abierto. Boris no lo habría aprobado, pero ahora que les había enviado su ultimo informe y su renuncia, sentía un irresistible deseo de comunicarse directamente y de viva voz, sin la intervención de discretos buzones, claves por medio de libros y elaboradas señales desde teléfonos públicos.

—¿No sabe cuándo regresará? —le preguntó al señor Halliday.

—No tengo la menor idea, señor. ¿No puedo ayudarle yo?

—No, no, no quiero molestarle.

No tenía ninguna clave de señales telefónicas para atraer la atención de Halliday hijo. Les habían mantenido tan escrupulosamente separados que a veces se preguntaba si habrían programado su único encuentro para la emergencia definitiva. Preguntó:

—¿Por casualidad tiene su hijo un Toyota rojo?

—No, pero a veces usa el mío en las afueras… Para las entregas, señor. De vez en cuando me ayuda, porque yo no puedo moverme tanto como antes. ¿Por qué me lo pregunta?

—Me parece que una vez le vi frente a la tienda.

—No puede ser el nuestro. En la ciudad es imposible. Con tantos embotellamientos, no resultaría económico. Tenemos que hacer todo lo posible por economizar cuando el gobierno lo exige.

—Bien, espero que el juez no haya sido demasiado severo con él.

—Gracias, señor. Le diré que estuvo aquí.

—Traje una nota que usted podría entregarle. Pero es confidencial. No quiero que nadie se entere del tipo de libros que coleccionaba cuando era joven.

—Puede confiar en mí, señor. Nunca le he fallado. ¿Y el Trollope?

—Olvídelo.

En Euston, Castle compró un billete a Watford. No quería mostrar su abono de ida y vuelta a Berkhamsted. Los revisores tienen buena memoria para los abonos. En el tren, para mantener su mente ocupada, leyó un periódico de la mañana que alguien había dejado en el asiento contiguo. Contenía una entrevista con un actor de cine al que nunca había visto (el cine Berkhamsted había sido transformado en una sala de bingo). Al parecer, el actor se había casado por segunda vez. ¿O era la tercera? Varios

años atrás, durante una entrevista, había dicho al mismo periodista que no quería saber nada más del matrimonio. «¿Así que cambió de idea?», le preguntaba insolentemente el reportero.

Castle leyó la entrevista palabra por palabra, hasta el final. He ahí a un hombre que podía hablar con un periodista acerca de los aspectos más íntimos de su vida: «Era muy pobre cuando me casé por primera vez. Ella no comprendía… Nuestra vida sexual siempre anduvo mal. Con Naomi es diferente. Sabe muy bien que cuando vuelvo exhausto del estudio… Siempre que podemos nos tomamos una semana de vacaciones, solos los dos, en algún lugar tranquilo, Saint-Tropez por ejemplo, y nos desahogamos». Soy un hipócrita al juzgarle, se dijo Castle. En este preciso momento estoy yendo a hablar con Boris: llega un instante en que uno tiene que hablar.

En Watford repitió cuidadosamente el camino que siguió la vez anterior, vaciló en la parada del autobús, continuó andando, esperó en la esquina siguiente para comprobar que nadie le seguía. Llegó a la cafetería, pero no entró. La vez anterior lo había guiado el hombre que llevaba desatados los cordones de los zapatos, pero ahora avanzaba sin guía. ¿Había girado a la izquierda o a la derecha? Todas las calles de esa parte de Watford parecían iguales: hileras de casas idénticas, con tejados a dos aguas e iguales jardincillos delante, con rosales que goteaban humedad; cada casa unida a la próxima por un garaje de una plaza.

Dio una vuelta al azar, y luego otra, pero siempre encontró las mismas casas, a veces formando calles rectas y otras veces un semicírculo. Se sintió burlado por la similitud de los nombres, todos relacionados con la flora: Laurel Drive, Oaklands, The Shrubbery, lo mismo que el que buscaba: Elm View. Un policía que le vio perdido le preguntó si podía ayudarle. Las notas originales de Muller pesaban como un revólver en el bolsillo de Castle. Respondió que no, que sólo quería ver si en aquella zona anunciaban alguna casa para alquilar. El policía le dijo que había dos carteles tres o cuatro calles a la izquierda, y por pura coincidencia la tercera resultó ser Elm View. No recordaba el número, pero un farol de la calle hizo brillar la vidriera coloreada de la puerta y la reconoció. No había luz en ninguna de las ventanas. Con pocas esperanzas, atisbando muy de cerca la tarjeta mutilada de «Edition Limited», tocó el timbre. No era probable que Boris estuviera a aquella hora. En realidad, tal vez ni estuviera en Inglaterra. Ya que él había cortado su contacto con ellos, no tenía ningún sentido que mantuvieran abierto un peligroso canal. Tocó el timbre por segunda vez pero no obtuvo respuesta. En aquel momento, incluso se habría alegrado si Iván, que había intentado sobornarlo, le hubiese abierto la puerta. No quedaba nadie —literalmente nadie— con quien pudiese hablar.

En el camino había pasado junto a una cabina telefónica y volvió a ella. En una casa, al otro lado de la calle, a través de la ventana sin cortinas, vio a una familia sentada ante una mesa servida para un té tardío o una cena adelantada: un padre y dos hijos adolescentes, un muchacho y una chica, ocuparon sus asientos. Entró la madre con una bandeja y el padre debió de bendecir la mesa, porque los hijos inclinaron la

cabeza. Castle recordaba aquella costumbre de su infancia, pero creía que se había perdido hacía ya mucho tiempo… Quizás aquellas gentes fueran católicas, esas personas en quienes las costumbres parecen sobrevivir mucho más. Empezó a marcar el único número que le quedaba por intentar, un número que sólo debía utilizar en la emergencia definitiva, colgando el teléfono a intervalos que cronometró con su reloj. Después de marcar cinco veces sin obtener respuesta, salió de la cabina. Era lo mismo que si hubiera pedido cinco veces socorro en la calle desierta, sin saber si le habían oído. Tal vez después de su último informe habían cortado para siempre todas las líneas de comunicación.

Miró de nuevo hacia la ventana de enfrente. El padre hizo una broma, la madre sonrió aprobadoramente, y la chica le guiñó un ojo al muchacho como diciendo «el viejo, siempre con lo mismo». Castle siguió su camino hacia la estación… Nadie le siguió, nadie observó su paso a través de una ventana, nadie se cruzó con él. Se sentía invisible, abandonado en un mundo extraño donde no había otros seres humanos que le recordaran como a uno de los suyos.

Interrumpió sus pasos al final de la calle que se llamaba The Shrubbery, junto a una horrible iglesia, tan nueva que podría haber sido construida la noche anterior con los relucientes ladrillos de un equipo de «Hágalo usted mismo». En el interior había luz, y el mismo sentimiento de soledad que le había llevado a la tienda de Halliday, le empujó a entrar allí. Por los recargados ornamentos del altar y las sentimentales imágenes, supo que era una iglesia católica romana. No había un tenaz coro de fe burguesa cantándole, codo a codo, a una verde colina lejana. No lejos del altar dormía un anciano apoyado en su paraguas, y dos mujeres, que podrían haber sido hermanas por la similitud de sus ropas oscuras, aguardaban junto a lo que Castle supuso que era un confesonario. Desde detrás de una cortina salió una mujer con impermeable y se metió otra sin él. Parecía una de esas casitas-barómetro anunciando lluvia. Castle se sentía cansado. Hacía rato que había pasado la hora de su J & B triple. Sarah estaría cada vez más inquieta. Y, mientras escuchaba el leve murmullo de la conversación del confesonario, creció en él el deseo de hablar abiertamente, sin reservas, después de siete años de silencio. Han retirado a Boris de la circulación, pensó; nunca podré volver a hablar… A no ser que termine en el banquillo de los acusados, naturalmente. Allí sí que podría hacer lo que llaman una «confesión a puerta cerrada», por supuesto (porque el juicio sería a puerta cerrada).

Salió la segunda mujer y entró la tercera. Las otras dos se habían desembarazado con bastante rapidez de sus secretos… a puerta cerrada. Estaban arrodilladas separadamente ante sendos altares, ambas con la mirada de orgullosa satisfacción que da el deber cumplido. Cuando salió la tercera mujer no había nadie esperando. Sólo él. El anciano había despertado y salió con una de las mujeres. A través de una abertura de la cortina del sacerdote, divisó un rostro alargado y pálido; oyó un carraspeo delator de la humedad de noviembre. Castle pensó: quiero hablar, ¿por qué no hablo? Un sacerdote tiene que guardar mi secreto. Boris le había dicho: «Acude a

mí siempre que sientas necesidad de hablar: es un riesgo menor». Pero Castle estaba convencido de que Boris se había ido para siempre. Hablar era un acto terapéutico… Avanzó lentamente hacia el confesionario, como el paciente que visita a un psiquiatra por primera vez y se siente conturbado.

El paciente que no sabe lo que hay que hacer. Cerró la cortina a sus espaldas y permaneció vacilante en el pequeño y restringido espacio que allí quedaba. ¿Cómo empezar? Alguna de las mujeres debió de dejar el leve aroma a agua de colonia que ahora percibía. Se abrió con estrépito un postiguillo y vio un perfil anguloso, como el de un detective de cine. El perfil tosió y murmuró algo. Castle dijo:

—Quiero hablar con usted.

—¿Qué haces ahí de pie? —preguntó el perfil—. ¿Has perdido el uso de las rodillas?

—Sólo deseo hablar con usted —insistió Castle.

—No estás aquí para hablar conmigo —respondió el perfil. Se oyó un tintineo. El sacerdote tenía un rosario en el regazo y parecía usarlo como una cadena de tormento —. Estás aquí para hablar con Dios.

—No, usted no me comprende. Estoy aquí sólo para hablar.

El sacerdote se volvió, remiso. Tenía los ojos inyectados en sangre. Castle tuvo la impresión de que por una funesta coincidencia, había dado con una víctima, como él, de la soledad y el silencio.

—Arrodíllate, hijo. ¿Pero qué clase de católico eres?

—No soy católico.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Quiero hablar, eso es todo.

—Si deseas recibir enseñanzas, puedes dejar tu nombre y domicilio en el presbiterio.

—No deseo recibir enseñanzas.

—Me estás haciendo perder el tiempo —dijo el sacerdote.

—¿No se aplican los secretos de la confesión a los no católicos?

—Tienes que dirigirte a un sacerdote de tu Iglesia.

—No tengo Iglesia.

—Entonces creo que lo que necesitas es un médico —concluyó el sacerdote.

Cerró de un golpe la ventanilla. Castle abandonó el confesonario. Era el final absurdo de un acto absurdo, pensó. ¿Cómo pudo esperar que aquel hombre lo comprendiese, aunque le hubiera permitido hablar? La historia que tenía que contar era demasiado larga y había comenzado muchos años atrás, en un país remoto.

2

Sarah salió a saludarle mientras colgaba su abrigo en el vestíbulo:

—¿Te ha ocurrido algo?

—No.

—Nunca llegas tan tarde sin avisar por teléfono.

—He andado de un lado para otro tratando de ver gente. No encontré a nadie. Supongo que sus fines de semana son muy largos.

—¿Tomarás tu *whisky* o prefieres cenar en seguida?

—*Whisky*. Prepáralo largo.

—¿Más largo que de costumbre?

—Sí, y solo.

—Algo te ha ocurrido.

—Nada importante. Pero hace casi tanto frío y tanta humedad como en invierno. ¿Sam está dormido?

—Sí.

—¿Dónde está *Buller*?

—Buscando gatos en el jardín.

Se sentó en el sillón acostumbrado, y el silencio acostumbrado cayó entre los dos. Normalmente, Castle sentía el silencio como si fuera un chal que le cubría los hombros. El silencio significaba relajación, el silencio significaba que las palabras eran innecesarias entre ambos. Su amor era demasiado estable para necesitar seguros: con su amor, habían adquirido una póliza de vida. Pero aquella noche, con el original de las notas de Muller en el bolsillo, y la copia, previsiblemente en manos del joven Halliday, el silencio era como un vacío en el cual no podía respirar: el silencio era la ausencia de todo, incluso de la confianza, un anticipo de la tumba.

—Otro *whisky*, Sarah.

—Estás bebiendo demasiado. Recuerda al pobre Davis.

—No lo mató la bebida.

—Pero yo creía…

—Sí, tú creías lo mismo que todos los demás. Pero te equivocabas. Si te molesta darme otro *whisky*, dímelo; me lo serviré yo.

—Sólo te dije que recordaras a Davis…

—No quiero que me cuides tanto, Sarah. Eres la madre de Sam, no la mía.

—Sí, claro, yo soy su madre y tú ni siquiera eres el padre.

Se miraron atónitos, consternados.

—No quise… —se apresuró a agregar Sarah.

—Tú no tienes la culpa.

—Lo siento.

—Así será nuestro futuro si no podemos hablar. Me preguntaste qué había estado haciendo. Estuve toda la tarde buscando a alguien con quien hablar, pero no encontré

a nadie.

—¿Hablar de qué? —la pregunta hizo enmudecer a Castle—. ¿Por qué no puedes hablar conmigo? Porque ellos te lo prohíben, supongo. La ley de secretos de Estado y todas esas estupideces.

—No son ellos.

—¿Quién, entonces?

—Sarah, cuando vinimos a Inglaterra, Carson envió a alguien a verme. Os había salvado a ti y a Sam. Todo lo que me pidió a cambio fue un poco de ayuda. Yo estaba agradecido y acepté.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Mi madre me decía cuando era niño que siempre daba demasiado en los canjes… Pero nada era demasiado para el hombre que te había librado de las garras del BOSS. De modo que… me convertí en lo que llaman un agente doble, Sarah. Esto significa pasar el resto de mi vida en la cárcel.

Castle siempre supo que algún día esta escena se produciría entre ambos, pero nunca había logrado imaginar la clase de palabras que se dirían.

—Dame tu *whisky* —le pidió Sarah; Castle le acercó el vaso y ella bebió un dedo —. ¿Estás en peligro? Quiero decir ahora. Esta noche.

—He estado en peligro durante todo el tiempo que hemos vivido juntos.

—¿Pero ahora es peor?

—Sí. Creo que han descubierto una filtración y que pensaron que era Davis. Estoy convencido de que Davis no ha muerto de muerte natural. Algo que dijo el doctor Percival…

—¿Crees que le mataron?

—Sí.

—O sea, que podrías haber sido tú en lugar de él…

—Sí.

—¿Y continúas con ello?

—Escribí lo que entonces consideré como mi último informe. Me despedí de toda la cuestión. Pero luego… ha pasado algo más. Con Muller. Tenía que hacérselo saber a los otros. Espero haberlo logrado. No lo sé.

—¿Cómo descubrieron la filtración en la oficina?

—Supongo que cuentan con un confidente en la otra parte… probablemente alguien que tiene acceso a mis informes y los devuelve a Londres…

—¿Y si devuelve éste?

—Ya sé lo que me vas a decir: Davis ha muerto, y yo soy el único de la oficina que trató con Muller.

—¿Por qué has continuado, Maurice? Es un suicidio.

—Puede ser que esto salve muchas vidas… vidas de tu pueblo.

—No me hables de mi pueblo. Yo ya no tengo pueblo. Tú eres «mi pueblo».

Castle pensó que eran palabras de la Biblia. Las había oído antes. Recordó que

Sarah había asistido a una escuela metodista. Ella le rodeó con un brazo y le acercó el vaso de *whisky* a los labios:

—Ojalá no hubieras esperado todos estos años para decírmelo.

—Tuve miedo, Sarah —el nombre del Antiguo Testamento volvió a la mente de Castle con el nombre de ella. Había sido la mujer llamada Ruth la que había empleado las mismas palabras que ella… u otras muy parecidas.

—¿Miedo de mí y no de ellos?

—Miedo por ti. No puedes imaginar lo largo que me pareció cuando te esperaba en el Hotel Polana. Pensé que no vendrías nunca. Mientras había luz natural observaba los números de las matrículas de los coches con unos prismáticos. Los números pares significaban que Muller te había atrapado. Los impares que estabas en camino. Pero esta vez no habrá Hotel Polana, ni estará Carson. Las cosas no ocurren dos veces de la misma forma.

—¿Qué quieres que haga?

—Lo mejor sería que te fueras con Sam a casa de mi madre. Sepárate de mí. Hacer como si hubiéramos tenido un terrible altercado y quisiera pedir el divorcio. Si no ocurre nada me quedaré aquí y podremos volver a reunirnos.

—¿Y qué haré mientras tanto? ¿Mirar las matrículas de los coches? Sugiéreme otra cosa.

—Si ellos me protegen todavía (no sé si es así), tengo prometida una fuga segura. Pero tendría que ir solo. De modo que aun así tendrás que ir, con Sam, a casa de mi madre. La única diferencia es que no podremos comunicarnos. Que no sabrás lo que ha ocurrido… quizá durante mucho tiempo. Creo que preferiría que viniera la policía… Al menos, de ese modo, volveríamos a vernos en la sala del tribunal.

—Pero Davis no llegó a un tribunal, ¿verdad? No, si te buscan, márchate, Maurice. Por lo menos sabré que estás a salvo.

—No me has dicho ni una sola palabra de reproche, Sarah.

—¿Qué clase de reproche?

—Bueno, soy lo que habitualmente se llama un traidor.

—¿Y a quién le importa eso? —apoyó una mano en la de Castle: era un acto más íntimo que un beso: también se puede besar a un desconocido—. Tenemos nuestro propio país. Tú, y yo, y Sam. Nunca has traicionado a ese país, Maurice.

—No debemos seguir preocupándonos esta noche. Todavía tenemos tiempo y debemos dormir.

Pero, en cuanto llegaron a la cama hicieron el amor de inmediato, sin reflexionar, sin hablar, como si fuera algo que hubieran acordado una hora antes y toda su conversación sólo hubiera sido un aplazamiento. Hacía meses que no se unían de aquella forma. Ahora que el secreto se había revelado, el amor se liberaba. Castle se quedó dormido casi en cuanto se separó de ella. Su último pensamiento fue: todavía hay tiempo… Pasarán días, quizá semanas, hasta que puedan informar de alguna filtración. Mañana es sábado. Tenemos ante nosotros todo un fin de semana para

tomar una decisión.

CAPITULO II

En su casa de campo, *sir* John Hargreaves estaba en su estudio, leyendo a Trollope. Todo parecía reunido para constituir un momento de paz casi perfecta: el tranquilo fin de semana, que sólo podría interrumpir un funcionario de guardia con un mensaje urgente (y los mensajes urgentes eran sumamente raros en los Servicios Secretos), y la hora del té, durante la cual *lady* Hargreaves respetaba su ausencia (ella sabía que una taza de Earl Grey por la tarde le aguaba el Cutty Sark de las seis). Durante su servicio en el África Occidental había llegado a apreciar las obras de Trollope, aunque no era un lector de novelas. En momentos de irritación, había descubierto que *The Warden* y *Barchester Towers* eran unos libros tranquilizantes: reforzaban la paciencia que África exige. El pastor Slope le hacía pensar en un fastidioso y santurrón Comisario de Distrito, y la señora Proudie, en la esposa del gobernador. Ahora se sentía desazonado por una obra de ficción que tendría que haberle calmado en Inglaterra lo mismo que le había calmado en África. El título de la novela era *La vida que hoy vivimos*… Alguien, no recordaba quién, le había dicho que habían hecho con ella una buena serie de televisión. No le gustaba la televisión, pero sin duda le hubiese gustado ver la novela de Trollope.

Aquella tarde, por un rato, había sentido el mismo placer sosegado que siempre le proporcionaba Trollope, la sensación de un sereno mundo victoriano donde lo bueno era bueno y lo malo malo, y el mal y el bien se diferenciaban claramente. No tenía los hijos que tal vez pudieran haberle enseñado lo contrario… Nunca había querido tener hijos, ni su esposa tampoco. En este sentido estaban plenamente de acuerdo, aunque quizá por diferentes razones. Él no había querido sumar responsabilidades personales a las públicas (en África, los niños habrían significado una constante angustia) y su mujer —se decía él con afecto— deseaba conservar su línea y su independencia. Su común indiferencia por los niños reforzaba su amor recíproco. Mientras *sir* John Hargreaves leía a Trollope con un *whisky* al alcance de la mano, ella tomaba el té en su habitación con igual satisfacción. Era un tranquilo fin de semana para ambos: ni cacería, ni invitados, y la noche de noviembre cayendo muy pronto sobre el parque. Él incluso podía imaginarse en África, en una residencia montañesa, durante una de las largas caminatas de que siempre disfrutaba, lejos del cuartel general. La cocinera estaría desplumando un pollo detrás de la residencia y los perros callejeros se reunirían allí con la esperanza de recibir los despojos… Las luces distantes por donde pasaba la autopista podrían haber sido las luces de la aldea donde las muchachas se estarían despiojando mutuamente.

Leía ahora algo sobre el viejo Melmotte (el «estafador», como lo calificaban sus colegas en el Parlamento). Melmotte ocupaba su lugar en el restaurante de la Cámara de los Comunes: «Era imposible expulsarle… casi tan imposible como sentarse a su lado. Hasta los camareros estaban poco dispuestos a atenderle; pero, a fuerza de paciencia y tenacidad, conseguía al fin su cena».

Inconscientemente, Hargreaves se sintió atraído por Melmotte y su aislamiento; recordó con pesar lo que le había dicho al doctor Percival cuando éste expresó cierta simpatía por Davis. Había empleado la palabra «traidor», tal como los colegas de Melmotte usaban el término «estafador». Siguió leyendo: «Los que le observaron comentaron que era dichoso con su propia audacia; pero lo cierto era que, probablemente, en aquel momento se sentía el hombre más desgraciado de Londres». Hargreaves no había conocido a Davis… no le habría reconocido si se hubiera cruzado con él en un pasillo de la oficina. Pensó: quizás hablé con precipitación… quizá reaccioné estúpidamente… Pero fue Percival quien le eliminó… No tendría que haber encargado el caso a Percival… Prosiguió con su lectura: «Pero incluso él, aislado ahora del mundo entero, sin nada ante sí, salvo la más extremada desdicha que puede producir la indignación de las leyes violadas, logró emplear los últimos momentos de su libertad para ganar, al menos, una reputación de audaz». Pobre diablo, pensó; hay que reconocer su valor. ¿Adivinó Davis la poción que podía estar dejando caer el doctor Percival en su *whisky* cuando abandonó la sala por un instante?

Entonces sonó el teléfono. Oyó cómo su mujer interceptaba la llamada desde su habitación. Ella estaba tratando de proteger su paz mejor de lo que lo había hecho Trollope; pero, no obstante, debido a alguna urgencia manifestada desde el otro extremo de la línea, se vio obligada a pasarle la llamada. Levantó el receptor de mala gana. Una voz, que no reconoció, dijo:

—Habla Muller.

Sir John Hargreaves seguía en el mundo de Melmotte y preguntó:

—¿Muller?

—Cornelius Muller —hubo una incómoda pausa y luego la voz explicó—: De Pretoria.

Por un instante, *sir* John Hargreaves pensó que el desconocido podía estar llamando desde esa remota ciudad pero luego recordó.

—Sí. Sí. Por supuesto. ¿Puedo serle útil en algo? Espero que Castle…

—Quisiera hablar con usted, *sir* John, sobre Castle.

—Estaré en la oficina el lunes. Si quiere llamar a mi secretaria… —miró la hora —. Todavía debe de estar en el despacho.

—¿No irá usted a la oficina mañana?

—No. Pasaré todo el fin de semana en casa.

—¿Puedo ir a verle, *sir* John?

—¿Tan urgente es?

—Creo que sí. Tengo la impresión de que he cometido un grave error. Necesito hablar con usted, *sir* John.

«¡Adiós Trollope!, pensó Hargreaves. ¡Y pobre Mary…! Trato de mantener la oficina apartada de nosotros cuando estamos aquí, pero siempre acaba entrometiéndose». Recordó el día de la cacería, cuando Daintry se había mostrado tan difícil…

—¿Tiene usted coche? —preguntó.

—Sí. Naturalmente.

Todavía puedo tener el sábado libre, calculó *sir* John, si soy razonablemente hospitalario esta noche. Propuso:

—Estoy a menos de dos horas en coche. Si le apetece venir a cenar…

—Por supuesto. Muy amable de su parte, *sir* John. No le habría molestado si no creyera que es muy importante. Yo…

—Es posible que sólo podamos ofrecerle una tortilla, Muller. Lo que haya, sin cumplidos —agregó.

Colgó el receptor, recordando el relato apócrifo que sabía contaban sobre él y los caníbales. Se acercó a la ventana y miró hacia afuera. África desapareció. Ahora las luces eran las luces de la autopista que conducían a Londres y a la oficina. Sintió la proximidad del suicidio de Melmotte… No tenía otra solución. Fue al salón: Mary estaba sirviendo una taza de Earl Grey con la tetera de plata que había comprado en una subasta de Christie. Le dijo:

—Lo lamento, Mary. Tenemos un invitado a cenar.

—Me lo temía. Cuando insistió en hablar contigo… ¿Quién es?

—El tipo de Pretoria que envió el BOSS.

—¿No podía esperar hasta el lunes?

—Insistió en que era muy urgente.

—No me gustan esos tiparracos del *apartheid* —las vulgaridades del inglés común sonaban siempre extrañas al ser dichas con su acento americano.

—A mí tampoco, pero tenemos que trabajar con ellos. Supongo que podremos arañar por ahí algo que comer.

—Hay un poco de carne fría.

—Es mejor que la tortilla que yo le prometí.

Fue una cena tensa, porque no tenían nada de qué hablar, aunque *lady* Hargreaves hizo todo lo que pudo, con ayuda del Beaujolais, por encontrar un posible tema de conversación. Se confesó totalmente ignorante del arte y la literatura africanos, pero era una ignorancia que Muller parecía compartir. Éste reconoció que había algunos poetas y novelistas y mencionó los premios Hertzog, pero agregó que no había leído ninguno.

—La mayoría de ellos son sospechosos —dijo.

—¿Sospechosos?

—Se mezclan en política. Ahora hay un poeta en la cárcel por ayudar a los terroristas.

Hargreaves trató de cambiar de tema. Pero no logró pensar en nada relativo a Sudáfrica, salvo el oro y los diamantes… que se mezclaban con la política tanto como los escritores. La palabra diamantes le sugirió Namibia y recordó que el millonario Oppenheimer apoyaba al partido progresista. Su África fue el África empobrecida de la sabana, pero la política se había extendido por el sur como la montaña de escorias

de una mina. Se alegró cuando se quedaron solos, con una botella de *whisky* y dos sillones. En un sillón, era más fácil hablar de cosas duras… Siempre había comprobado que, sentado allí, resultaba difícil encolerizarse…

—Me disculpará que no haya podido recibirle en Londres —dijo Hargreaves—. Tuve que ir a Washington. Una de esas visitas de rutina que es imposible evitar. Espero que mi gente le haya atendido como corresponde.

—Yo también tuve que ausentarme. A Bonn —explicó Muller.

—Pero imagino que ésa no fue exactamente una visita de rutina, ¿verdad? El Concorde ha puesto a Londres tan condenadamente cerca de Washington, que casi esperan que uno caiga por allí para almorzar. Supongo que todo ha sido satisfactorio en Bonn… Dentro de lo razonable, por supuesto, pero supongo que ya ha hablado de todo eso con nuestro amigo Castle.

—Creo que amigo suyo más que mío.

—Sí, sí. Sé que hubo un pequeño problema entre ustedes, hace años. Pero eso es historia antigua.

—¿Existe algo que sea historia antigua, señor? Los irlandeses no lo creen y lo que ustedes llaman guerra bóer todavía es nuestra guerra, aunque nosotros la llamamos guerra de la independencia. Castle me inquieta. Por eso me he permitido molestarle. He cometido una indiscreción. Le dejé unas notas que preparé sobre la visita a Bonn. Nada excesivamente confidencial, naturalmente, pero alguien que sepa leer entre líneas…

—Querido amigo, puede confiar en Castle. No le habría pedido que le informara a usted si no fuera el mejor hombre…

—Fui a cenar a su casa. Me sorprendió descubrir que estaba casado con una negra, la misma que provocó lo que usted llama pequeño problema. Incluso parece que tuvo un hijo con ella.

—Aquí no tenemos barreras de color, Muller. Y la mujer fue objeto de una profunda investigación, se lo aseguro.

—De cualquier modo, fueron los comunistas quienes organizaron su fuga. Castle era un buen amigo de Carson. Supongo que lo sabe.

—Sabemos todo lo referente a Carson… y a la fuga. Tener contactos comunistas formaba parte del trabajo de Castle. ¿Sigue Carson causándoles dificultades?

—No. Carson murió en la cárcel… de neumonía. Pude observar lo conmovido que se sintió Castle cuando se lo dije.

—¿Y por qué no? Si eran amigos…

Hargreaves miró con pena su Trollope, que yacía al otro lado de la botella de Cutty Sark. Muller se levantó bruscamente y recorrió el salón de un lado a otro. Se detuvo ante la fotografía de un negro que llevaba un sombrero negro y blando, del tipo que solían usar los misioneros. La mitad de su cara estaba desfigurada por un lupus y sonreía sólo con un extremo de la boca a quien sostenía la cámara.

—Pobre hombre —comentó Hargreaves—, estaba agonizando cuando le tomé esa

fotografía. Él lo sabía. Era un valiente, como todos los krus. Quería tener algún recuerdo de él.

—No se lo he confesado todo, señor —espetó Muller—. Por accidente, le di a Castle las notas que no correspondían. Había preparado unas para mostrarle y otras para guardar en mis informes. Se me mezclaron. Es verdad que no contenían nada demasiado secreto (aquí no habría puesto nada demasiado secreto por escrito) pero esas notas contienen algunas frases indiscretas…

—Muller, de veras, no tiene por qué preocuparse.

—No puedo evitarlo, señor. En este país viven ustedes en una atmósfera muy diferente. Tienen muy poco que temer en comparación con nosotros. Ese negro de la fotografía… ¿le gustaba?

—Era un amigo… un amigo al que quería.

—Yo no puedo decir eso de ningún negro —replicó Muller.

Muller se volvió. Al otro lado de la sala, sobre la pared, había una máscara africana.

—No confío en Castle —manifestó—. No puedo probar nada, pero tengo la intuición… Lamento que no haya designado a cualquier otro para que me informara.

—Sólo dos hombres se ocupaban del material de ustedes: Davis y Castle.

—¿Davis es el que murió?

—Sí.

—Aquí se toman las cosas demasiado a la ligera. A veces les envidio. ¡Hasta una cosa como tener un niño negro…! Según nuestra experiencia, no hay nadie más vulnerable que un funcionario del Servicio Secreto. Hace unos años tuvimos una filtración en el BOSS, en la sección que se ocupa de los comunistas. Uno de nuestros hombres más lúcidos. También él cultivaba amistades… y las amistades pasaron a ocupar el primer puesto. Carson también tuvo que ver con ese caso. Y hubo otro caso… Uno de nuestros funcionarios era un brillante ajedrecista. Para él, el servicio de información sólo era otra partida de ajedrez. Se interesaba únicamente cuando tenía que habérselas con un jugador de primera categoría. Finalmente empezó a sentirse insatisfecho. Le resultaba demasiado fácil… Entonces comenzó a jugar contra sí mismo. Creo que fue el más feliz de los hombres mientras duró el juego.

—¿Qué le ocurrió?

—Ha muerto.

Hargreaves volvió a pensar en Melmotte. La gente hablaba del valor como de una virtud primordial. ¿Qué hay de la valentía de un conocido estafador en bancarrota que ocupa su lugar en el comedor de la Cámara de los Comunes? ¿El valor es una justificación? ¿El valor es siempre una virtud, sea cual sea la causa que defienda? Dijo:

—Estamos satisfechos de que Davis fuera la filtración que tuvimos que obturar.

—¿Una muerte oportuna?

—Cirrosis.

—Como le dije, Carson murió de neumonía.

—Pero yo sé que Castle no juega al ajedrez.

—También hay otros motivos. Amor al dinero, por ejemplo.

—Indudablemente eso no es aplicable a Castle.

—Adora a su mujer y a su hijo.

—¿Y eso qué?

—Los dos son negros —replicó Muller, con sencillez.

Cornelius Muller miró al otro lado del salón, a la fotografía del jefe kru que estaba en la pared como si —pensó Hargreaves— ni siquiera yo estuviera libre de sospechas. La desconfianza, como un faro de El Cabo, barría los mares inamistosos en busca de buques enemigos.

—Esperemos que tenga razón, que la filtración fuera Davis —comentó Muller—. Yo no lo creo así.

Hargreaves observó cómo se alejaba Muller, a través del parque, con su Mercedes negro. Las luces del coche comenzaron a ir más despacio hasta que se detuvieron. Debía de haber llegado a la casa del guarda, donde, desde que se iniciaron los atentados irlandeses, estaba siempre de servicio un hombre de la sección especial. El parque ya no parecía una prolongación de la sabana africana, sino lo que era: una pequeña parcela de los Home Counties, que nunca habían sido un hogar para Hargreaves. Era cerca de medianoche. Subió a su antecámara, pero solamente se quitó la camisa. Se echó una toalla al cuello y empezó a afeitarse. Lo había hecho antes de cenar y no era un acto necesario, pero siempre pensaba con mayor claridad cuando se afeitaba. Trató de recordar exactamente las razones que Muller había aducido para sospechar de Castle. Sus relaciones con Carson… eso no significaba nada. Una esposa y un hijo negros… Hargreaves recordó con tristeza y dolor a la amante negra que él tuvo muchos años antes de casarse. La mujer había muerto de fiebre de los pantanos. Y cuando murió, él había sentido que una gran parte de su amor por África quedaba enterrada con ella en su tumba. Muller había hablado de intuición… «No puedo probar nada, pero es una intuición…». Hargreaves sería el último en reírse de la intuición. En África había vivido gracias a la intuición. Estaba acostumbrado a elegir a sus hombres por intuición… y no por los ajados carnets que llevaban, cargados de referencias ilegibles. Una vez incluso había salvado su vida por intuición.

Se secó la cara y pensó: llamaré a Emmanuel. El doctor Percival era el único amigo verdadero que tenía en toda la Casa. Abrió la puerta del dormitorio y asomó la cabeza. La habitación estaba a oscuras y creyó que su esposa dormía. Pero ella le habló:

—¿Por qué tardas tanto, cariño?

—Vendré en seguida. Sólo quiero telefonear a Emmanuel.

—¿Se fue ese Muller?

—Sí.

—No me gusta.
—A mí tampoco.

CAPÍTULO III

1

Castle despertó y miró el reloj, aunque estaba seguro de poder calcular el tiempo mentalmente… Sabía que faltaban pocos minutos para las ocho, lo que le daba tiempo suficiente para llegar a su estudio y escuchar el noticiario sin despertar a Sarah. Se sorprendió al comprobar que su reloj marcaba las ocho y cinco… Su reloj interno nunca le había fallado antes y dudó de la máquina. Pero, cuando llegó al estudio, ya habían dado las noticias más importantes; sólo quedaban los fragmentos de poca monta, los que se usan para llenar el espacio. Un accidente en la M4, una breve entrevista con la señora Whitehouse, que aplaudía una nueva campaña contra los libros pornográficos, y, acaso como ilustración al discurso de la dama, un hecho trivial: un oscuro librero llamado Holliday —«no, perdón, Halliday»— había comparecido ante un juez en Newington Butts por venderle una película pornográfica a un chico de catorce años. Le habían acusado y remitido al Tribunal Central de Londres, fijándole una fianza de doscientas libras.

O sea, que está en libertad —pensó Castle—, y se pasea con la copia de las notas de Muller en el bolsillo, probablemente vigilado por la policía. Acaso tendrá miedo de depositarlas en el buzón que ellos le habrán asignado; tal vez temerá, también, destruirlas. Su elección más probable será la de guardarlas como elemento de negociación con la policía.

«Soy un hombre más importante de lo que creen: si este asunto puede arreglarse, puedo mostrarles algunas cosas… Déjenme hablar con alguien de la Sección Especial». Castle podía imaginar el tipo de conversación que acaso estaba ya teniendo lugar en aquel momento: la policía local escéptica, Halliday mostrando la primera página de las notas de Muller como incentivo.

Castle abrió la puerta del dormitorio; Sarah seguía dormida. Se dijo a sí mismo que había llegado el momento que siempre había esperado, un momento en que debía pensar con claridad y actuar con decisión. No había lugar para la esperanza, ni tampoco para la desesperación. Éstas son unas emociones que pueden sumir la mente en la confusión. Debía aceptar que, una vez desaparecido Boris, la línea quedaba cortada y debía actuar por su cuenta.

Bajó a la sala, donde Sarah no le oiría marcar por segunda vez el número que le habían dado sólo para usarlo en caso de una emergencia definitiva. No tenía ni la menor idea del lugar en que estaba sonando el teléfono; a juzgar por el sector, en

algún lugar de Kensington. Marcó tres veces, con intervalos de diez segundos entre cada llamada, y tuvo la impresión de que su SOS se perdía en una habitación vacía, aunque no estaba en condiciones de afirmarlo. No tenía otra forma de pedir ayuda. Ya no le quedaba nada por hacer: sólo despejar el terreno. Se sentó junto al teléfono e hizo sus planes o, mejor dicho, los repasó y confirmó, ya que los había trazado mucho tiempo antes. No quedaba por destruir nada importante, de eso estaba seguro: ningún libro que hubiera utilizado para cifrar claves. También tenía el convencimiento de que no había ningún papel que debiese ser quemado. Podía abandonar la casa tranquilo, cerrar con llave sin dejar nada atrás. ¡El perro! Claro que no es posible quemar un perro… ¿Qué haría con *Buller*? En este momento era absurdo preocuparse por un perro, un perro que nunca le había gustado; pero su madre no le permitiría nunca a Sarah que introdujese a *Buller*, como huésped permanente, en la casa de Sussex. Pensó que podía dejarlo en alguna perrera, pero no tenía la menor idea de dónde habría alguna… Éste era un problema que nunca había logrado resolver. Mientras subía a despertar a Sarah, pensó que no era una cosa demasiado importante.

¿Por qué Sarah dormía tan profundamente aquella mañana? Cuando la miró recordó, con esa ternura que es posible sentir incluso ante un enemigo que duerme, que, después de hacer el amor, él se había sumido en la más profunda nada que recordaba desde hacía meses. Era, sencillamente, porque habían hablado con franqueza, porque habían dejado de tener secretos. La besó y ella abrió los ojos. Castle adivinó que Sarah comprendía de inmediato que no había tiempo que perder; que no podía, como era costumbre en ella, despertar lentamente, desperezarse y decir: «Estaba soñando con…».

—Ahora tienes que llamar a mi madre —le dijo Castle—. Si hay que hacerle creer que hemos reñido, parecerá más natural que lo hagas tú. Pregúntale si puedes quedarte con Sam unos días en su casa. Puedes mentir un poco. Tanto mejor si piensa que estás mintiendo. Así será más fácil, cuando estés allí, dejar que la historia fluya lentamente. Puedes decirle que he hecho algo imperdonable… Ya hablamos de eso anoche.

—Pero tú dijiste que teníamos tiempo…

—Me equivoqué.

—¿Ocurrió algo?

—Sí. Tienes que marcharte con Sam ahora mismo.

—¿Tú te quedarás aquí?

—Ellos me ayudarán a salir o la policía vendrá a buscarme. No tienes que estar aquí cuando eso ocurra.

—Entonces ¿éste es el fin, para nosotros?

—¡Nada de eso! Mientras sigamos vivos, podremos volver a reunirnos. De algún modo. En algún sitio.

Apenas hablaron mientras se vestían rápidamente, como unos extraños que,

durante un viaje, se han visto obligados a compartir el camarote. Sólo cuando ella estaba ya en la puerta de la alcoba para ir a despertar a Sam, le preguntó:

—¿Y en la escuela? Supongo que nadie se preocupará…

—No pienses en eso ahora. Telefonea el lunes y di que Sam está enfermo. Quiero que ambos salgáis de la casa lo antes posible. Puede venir la policía.

Sarah volvió cinco minutos después y dijo:

—Hablé con tu madre. No se mostró precisamente muy acogedora. Espera a alguien a almorzar. ¿Qué haremos con *Buller*?

—Ya pensaré algo.

A las nueve menos diez, Sarah estaba lista para irse con Sam. Había un taxi en la puerta. Castle sintió una terrible sensación de irrealidad.

—Si nada ocurre, puedes volver. Nos reconciliaremos.

Al menos, Sam estaba contento. Castle le vio reír con el chófer.

—¿Y si…?

—Fuiste al Polana, ¿no?

—Sí, pero una vez dijiste que las cosas no ocurren dos veces de la misma manera.

Junto al taxi, hasta se olvidaron de besarse. Pero luego lo recordaron torpemente: un beso que carecía de significado, vacío de todo, aparte de la sensación de que esta despedida no podía ser cierta, de que era algo que estaban soñando. Siempre habían intercambiado sueños, esos códigos privados más insondables que el Gran Enigma.

—¿Puedo telefonearte?

—Será mejor que no lo hagas. Si todo anda bien, te telefonearé yo, dentro de unos días, desde una cabina telefónica.

Cuando el taxi arrancó, Castle ni siquiera pudo verla por última vez porque se lo impidió el vidrio ahumado de la ventanilla trasera. Entró y empezó a preparar una bolsa de viaje, lo mínimo necesario para una cárcel o para una fuga. Pijamas, objetos de aseo, una toalla pequeña… Después de alguna vacilación agregó su pasaporte. Luego se sentó y comenzó a esperar. Oyó que un vecino se alejaba en su coche. Y a continuación descendió sobre él el silencio del sábado. Se sintió como si fuera la única persona que quedaba viva en King’s Road, salvo los policías de la esquina. La puerta se abrió de par en par y entró *Buller* moviendo la grupa de un lado a otro. Se sentó sobre sus ancas y fijó en Castle sus ojos hipnóticos y protuberantes.

—*Buller* —susurró Castle—, *Buller*, ¡qué maldito estorbo has sido siempre, *Buller*!

Buller continuó mirándole fijamente. Era la forma de conseguir que lo sacara a pasear.

Un cuarto de hora más tarde, seguían ambos en la misma actitud cuando sonó el teléfono. Castle lo dejó sonar. Sonó largo rato, como un niño que llora. Ésta no podía ser la señal que esperaba; ninguna llamada de control habría ocupado la línea tanto tiempo. Probablemente una amiga de Sarah, pensó Castle. En todo caso, no era para él: él no tenía amigos.

2

El doctor Percival aguardaba en el vestíbulo del Reform, cerca de la amplia escalinata, que parecía construida para soportar el peso de los antiguos estadistas liberales, aquellos hombres con patillas y gran bigote y de integridad perpetua. Cuando entró Hargreaves sólo había a la vista otro socio, un hombre menudo, insignificante y miope (tenía dificultades para descifrar la cinta del télex). Hargreaves dijo:

—Sé que hoy me tocaba a mí, Emmanuel, pero el Travellers está cerrado. Espero que no te importe que le haya pedido a Daintry que se reúna con nosotros aquí.

—Bueno, no es quizás la más alegre de las compañías —comentó el doctor Percival—. ¿Problemas de seguridad?

—Sí.

—Y yo que tenía la esperanza de que tuvieras un poco de paz después de Washington.

—En este oficio, no se puede tener paz durante mucho tiempo. Por otra parte, tampoco creo que me gustara. De lo contrario, ¿por qué no iba a jubilarme?

—No hables de jubilarte, John. Sabe Dios qué botarate del Foreign Office nos impondrían. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Déjame tomar una copa primero.

Subieron la escalinata y tomaron asiento ante una mesa del rellano, fuera del restaurante. Hargreaves bebió su Cutty Sark seco. Dijo:

—Supón que hubieras matado al hombre que no correspondía, Emmanuel.

Los ojos del doctor Percival no evidenciaron sorpresa. Examinó atentamente el color de su martini seco, lo olió, quitó con una uña el corte de cáscara de limón, como si estuviera preparando su propia prescripción.

—Estoy seguro de que sí —afirmó.

—Muller no comparte tu certidumbre.

—¡Oh, Muller! ¿Qué sabe Muller de eso?

—Nada. Pero tiene una intuición.

—Si es eso todo…

—Nunca has estado en África, Emmanuel. Allí llegas a fiarte de la intuición.

—Daintry sólo se fiará de algo que supere con mucho a la intuición. Ni siquiera estaba satisfecho con los hechos referentes a Davis.

—¿Qué hechos?

—Esa cuestión del zoológico y del dentista… para poner un solo ejemplo. Y Porton. Porton fue decisivo. ¿Qué le dirías a Daintry?

—Mi secretaria intentó dar con Castle por teléfono a primera hora de esta mañana. Nadie respondió.

—Probablemente salió con su familia a pasar fuera el fin de semana.

—Sí. Pero hemos hecho abrir su caja fuerte… y las notas de Muller no están allí.

Sé lo que me dirás. Cualquiera puede tener una negligencia. Pero se me ocurrió que si Daintry se acercase a Berkhamsted… bueno, y si no encontrase allí a nadie, sería una oportunidad para echar un vistazo a su casa, discretamente; y si Castle está en casa… se sorprenderá al ver a Daintry; y si es culpable… se pondrá un poco nervioso…

—¿Has prevenido al MI-5?

—Sí, he hablado con Philips. Volverá a intervenir el teléfono de Castle. Confío en que no trasluzca nada de todo esto. Significaría que Davis era inocente.

—No tendrías que preocuparte tanto por Davis. No es ninguna pérdida para la empresa, John. No tendrían que haberle reclutado. Era ineficaz, descuidado y bebía demasiado. Tarde o temprano habría sido un problema. Pero si Muller estuviera en lo cierto, Castle será un verdadero quebradero de cabeza. Con él no podría usarse la aflatoxina. Todo el mundo sabe que prácticamente no bebe. Tendría que ocuparse de ello un tribunal, John, a menos que podamos encontrar otra cosa. Un abogado defensor. Testimonios a puerta cerrada. Los periodistas estarían encantados. Titulares sensacionalistas. Supongo que Daintry sería el único que estuviese satisfecho. Es un verdadero rigorista en cuanto a hacer las cosas a la manera legal.

—Aquí llega —dijo *sir* John Hargreaves.

Daintry subía la gran escalinata en dirección a ellos, lentamente. Quizá deseaba comprobar la solidez de cada uno de los escalones, como si fuesen otras tantas pruebas circunstanciales.

—Ojalá supiera cómo empezar.

—¿Por qué no como lo hiciste conmigo…? Un tanto brutalmente…

—¡Ah, pero él no tiene tu piel de elefante, Emmanuel!

3

Las horas parecían estirarse. Castle intentó leer, pero ningún libro lograba aliviar la tensión de sus nervios. Entre un párrafo y otro le perseguía la idea de que, en algún lugar de la casa, había dejado algo que podía acusarle. Había mirado todos los libros de todos los estantes; ni uno solo de ellos sirvió nunca para codificar un mensaje. *Guerra y paz* había sido convenientemente destruido. Había retirado de su estudio todas las hojas usadas de papel carbón, por inocentes que fueran, y las había quemado. La lista telefónica de su escritorio no contenía nada que fuese más secreto que los números del carnicero y del dentista. Sin embargo, estaba seguro de que en alguna parte tenía que haber algún indicio que había olvidado. Recordó a los dos hombres de la sección especial que registraron el piso de Davis; recordó las líneas

que Davis había marcado con una «c» en el Browning de su padre. En esta casa no encontrarían huellas de amor. Él y Sarah nunca habían intercambiado cartas de amor… En Sudáfrica habrían sido la prueba de un delito.

Nunca había pasado un día tan largo y tan solitario. No tenía hambre, aunque sólo Sam había desayunado, pero se dijo a sí mismo que no podía saber lo que iba a ocurrir antes de la noche, ni dónde comería la próxima vez. Se sentó en la cocina ante un plato de jamón frío, pero sólo había comido una tajada cuando se dio cuenta de que era hora de sintonizar el noticiario de la una. Lo escuchó hasta el final, hasta la última nota sobre fútbol, porque nunca se puede estar seguro de que no agregarán alguna noticia de última hora.

Naturalmente, no dijeron nada que ni remotamente se relacionase con él. Ni siquiera una referencia al joven Halliday. No era probable que dijeran nada. A partir de ahora su vida sería totalmente a puerta cerrada. Para ser un hombre que durante muchos años se había ocupado de lo que se llama información secreta, se sentía extrañamente aislado. Tuvo la tentación de repetir su SOS urgente, pero ya había sido una imprudencia haberlo hecho por segunda vez desde su casa. No tenía idea de dónde sonaba la señal, pero los que controlaban su teléfono muy bien podrían rastrear la llamada. El presentimiento que tuvo la noche anterior de que toda comunicación estaba cortada, de que había sido abandonado, crecía por momentos.

Le dio a *Buller* lo que quedaba de jamón, y el perro le recompensó dejando un hilo de saliva sobre sus pantalones. Hacía tiempo que tendría que haberlo sacado, pero se resistía a dejar las cuatro paredes de la casa, ni siquiera para ir al jardín. Si llegaba la policía quería ser detenido en su hogar, no a la intemperie y con las vecinas espiando a través de las ventanas. Arriba, en un cajón de al lado de la cama, tenía el revólver cuya existencia nunca había reconocido ante Davis, un revólver relativamente legal que databa de su época de Sudáfrica. Por allí, casi todos los blancos poseían un arma. Al comprarlo sólo había cargado la recámara, para evitar un disparo de primer impulso y el cartucho no se había movido de allí desde hacía siete años. Pensó: «si la policía irrumpe, puedo usarlo contra mí mismo». Pero sabía muy bien que, en su caso, el suicidio estaba descartado. Le había prometido a Sarah que algún día volverían a reunirse.

Leyó, encendió el televisor, reanudó la lectura. Le asaltó una idea delirante: coger un tren para Londres, ir a ver al padre de Halliday y pedirle noticias de su hijo. Pero tal vez ya estaban vigilando su casa y la estación. A las cuatro y media, mientras avanzaba el gris atardecer, sonó el teléfono por segunda vez y, con una absoluta falta de lógica, lo descolgó. Casi esperaba oír la voz de Boris, aunque sabía muy bien que éste nunca correría el riesgo de llamarle a su casa.

La severa voz de su madre le llegó como si estuviera en la misma habitación:

—¿Maurice?

—Sí.

—Me alegro de que estés ahí. Sarah parecía creer que tal vez te habrías ido de

viaje.

—No, todavía estoy aquí.

—¿Qué es toda esta insensatez, qué ocurre entre vosotros?

—No es ninguna insensatez, mamá.

—Le dije que tenía que dejar a Sam conmigo y volver inmediatamente.

—Pero no lo hará, ¿verdad? —inquirió con pánico: una segunda separación le parecía imposible de soportar.

—Se niega a ir. Dice que tú no le permitirías entrar. Esto es absurdo, por supuesto.

—No es nada absurdo. Si ella viniera yo me iría.

—¿Qué demonios ha ocurrido entre vosotros?

—Algún día lo sabrás.

—¿Estás pensando en el divorcio? Eso sería un desastre para Sam.

—Por el momento sólo es una separación. Deja que las cosas reposen un tiempo, mamá.

—No comprendo nada. Y detesto todo lo que no comprendo. Sam quiere saber si le has dado de comer a *Buller*.

—Dile que sí.

La señora Castle colgó. Él se preguntó si, en algún lugar, se habría grabado aquella conversación. Necesitaba un *whisky*, pero la botella estaba vacía. Bajó a lo que en otros tiempos había sido una carbonera, y donde ahora guardaba el vino y los licores. La rampa de caída del carbón había sido convertida en una especie de ventana inclinada. Levantó la vista y sobre el pavimento vio el reflejo de la luz de un farol y las piernas de alguien que parecía estar apoyado en él.

Aquellas piernas no vestían de uniforme, aunque naturalmente podían pertenecer a un agente de paisano de la sección especial. Quienquiera que fuese, se había situado con bastante evidencia frente a la puerta, aunque, por supuesto, el objetivo del vigilante podía consistir en asustar a Castle para obligarle a realizar algún acto imprudente. *Buller* le había seguido escaleras abajo. También él advirtió las piernas y comenzó a ladrar. Parecía peligroso, sentado sobre sus ancas y con el hocico levantado, pero si las piernas hubieran estado lo bastante cerca, no las habría mordido: las habría llenado de baba. Mientras los dos estaban allí, las piernas desaparecieron de la vista y *Buller* gruñó decepcionado: había perdido la oportunidad de hacer un nuevo amigo. Castle encontró una botella de J & B (le pasó por la mente la idea de que el color del *whisky* ya no tenía ninguna importancia) y subió la escalera con ella, pensando: si no me hubiera desprendido de *Guerra y paz* ahora tendría tiempo de leer algunos capítulos sólo por el placer de hacerlo.

Le asaltó de nuevo la inquietud, que le condujo hasta el dormitorio para registrar las cosas de Sarah en busca de cartas viejas, aunque no podía imaginar que alguna vez había escrito cartas que ahora pudieran resultar acusatorias. Pero, en manos de la sección especial, tal vez la referencia más inocua podía quedar desvirtuada para

demostrar que Sarah era culpable de complicidad. A Castle se le ocurrió que quizá deseaban precisamente eso… En casos semejantes siempre aflora un horrible deseo de venganza. No encontró nada… Cuando dos se aman y están juntos, las viejas cartas tienden a perder su valor. Alguien tocó el timbre de la puerta. Se puso de pie, escuchó. Y volvió a oírlo sonar una segunda vez, y luego una tercera. Se dijo que su visitante no se dejaría engañar por el silencio y que era una tontería no abrir la puerta. Si, después de todo, no habían cortado la línea, podía ser que fuese un mensaje, o unas instrucciones. Sin saber por qué, sacó del cajón el revólver, cargado con su única bala, y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

En el vestíbulo volvió a vacilar. Las vidrieras de colores de la parte alta de la puerta proyectaban rombos amarillos, verdes y azules sobre el suelo. Pensó que si llevaba el revólver en la mano al abrir la puerta, el policía tendría derecho a dispararle en defensa propia: sería una solución fácil; nunca se exhibirían públicamente pruebas contra un muerto. Después se reprendió a sí mismo, diciéndose que ninguno de sus actos debía estar dictado por la desesperación ni por la esperanza. Dejó el revólver en el bolsillo y abrió la puerta.

—¡Daintry! —exclamó; no esperaba ver un rostro conocido.

—¿Puedo pasar? —preguntó Daintry, con voz tímida.

—Por supuesto.

Repentinamente, *Buller* surgió de su escondrijo.

—No es peligroso —aclaró Castle cuando vio que Daintry retrocedía. Retuvo a *Buller* por el collar y éste dejó caer su baba entre ambos, como un novio torpe podría dejar caer al suelo la alianza—. ¿Qué hace usted aquí, Daintry?

—Pasaba cerca y se me ocurrió hacerle una visita.

La excusa era tan manifiestamente falsa que Castle tuvo pena por Daintry. El coronel no se parecía en nada a aquellos inquisidores suaves, llenos de una amabilidad asesina, que instruía el MI-5. Era un mero funcionario de la Seguridad en quien se podía confiar para que velase por el estricto cumplimiento de las reglas y para que registrase carteras de mano.

—¿Quiere una copa?

—Me gustaría —la voz de Daintry era ronca, por lo que agregó, como si tuviera que presentar una excusa por todo—. Está una noche muy fría y muy húmeda.

—No he salido en todo el día.

—¿No?

Castle pensó: he metido la pata si la llamada telefónica de esta mañana venía de la oficina… Se apresuró a decir:

—Excepto para sacar al perro al jardín.

Daintry cogió el vaso de *whisky* y lo observó largo rato. A continuación paseó la mirada por la sala, como un fotógrafo de prensa que toma rápidas instantáneas. Casi era posible oír el chasquido de sus párpados.

—Espero no molestarle. Su esposa…

—No está aquí. Estoy completamente solo. Excepto *Buller*, por supuesto.

—¿*Buller*?

—El perro.

El profundo silencio de la casa se había multiplicado con las dos voces que lo rompían alternativamente para musitar frases intrascendentes.

—Supongo que no habré aguado demasiado su *whisky* —dijo Castle, aunque Daintry todavía no había bebido—. Pensaba en otra cosa.

—No, no. Me gusta así.

El silencio cayó de nuevo, como cae el pesado telón metálico de un teatro. Castle abrió el fuego con una confidencia:

—El caso es que me enfrento con un problema —le pareció un momento útil para establecer la inocencia de Sarah.

—¿Un problema?

—Mi mujer me ha dejado. Con mi hijo. Se ha ido a casa de mi madre.

—¿Quiere decir que han reñido?

—Sí.

—Lo siento mucho —dijo Daintry—. Es terrible cuando ocurren estas cosas —parecía estar describiendo una situación tan inevitable como la muerte—. ¿Recuerda la última vez que nos vimos… en la boda de mi hija? Fue muy amable de su parte acompañarme después a casa de mi mujer. Me alegré de tenerle a mi lado. ¡Pero rompí una de sus lechuzas!

—Sí. Lo recuerdo.

—Creo que ni siquiera le di las gracias por haberme acompañado. Era un sábado. Como hoy. Ella estaba furiosa. Mi mujer, quiero decir. Por lo de la lechuza.

—Tuvimos que irnos bruscamente por lo de Davis.

—Sí, pobre hombre.

Volvió a caer el telón metálico como a continuación de una anticuada frase efectista. Pronto empezaría el último acto. Era el momento de ir al bar. Ambos bebieron al mismo tiempo.

—¿Qué piensa de su muerte? —inquirió Castle.

—No sé qué pensar. Para decirle la verdad, trato de no pensar en ello.

—Creen que era culpable de una filtración en mi sección, ¿no?

—Ellos no hacen demasiadas confidencias a un funcionario de la Seguridad. ¿Qué le hace creer eso?

—No corresponde a la manera de proceder normal el que los de la sección especial practiquen un registro cuando uno de nosotros muere.

—No, evidentemente no.

—¿También a usted le pareció extraña su muerte?

—¿Por qué me lo pregunta?

¿Habremos invertido nuestros papeles?, pensó Castle. ¿Seré yo quien le interrogue a él?

—Acaba de decirme que trataba de no pensar en su muerte.

—¿De veras? No sé lo que quería decir. Tal vez sea un efecto de su *whisky*. No lo aguó, precisamente.

—Davis nunca divulgó nada a nadie —aseguró Castle.

Castle tuvo la impresión de que Daintry observaba el lugar en que su bolsillo, con el peso del revólver, descansaba sobre el cojín del sillón.

—¿Lo sabe usted?

—Lo sé.

No podía haber dicho nada que le acusase más plenamente. Después de todo, tal vez Daintry no era tan mal investigador, y la timidez y la torpeza que había demostrado formaban parte de un nuevo método que situaría su preparación técnica en un nivel más elevado que la de los del MI-5.

—¿Lo sabe?

—Sí.

Se preguntó qué haría Daintry. Carecía de autoridad para detenerle. Tendría que encontrar un teléfono y consultar a la oficina. El teléfono más cercano estaba en la comisaría del final de King's Road… Porque sin duda no tendría la desfachatez de pedirle que le permitiera usar el suyo. ¿Había identificado el bulto que llevaba en el bolsillo? ¿Tenía miedo? Cuando se marche, tendré tiempo de huir, pensó Castle. Si tuviera un lugar a dónde huir. Pero huir sin destino, sólo para retrasar el momento de la captura, era un acto de pánico. Prefería aguardar donde estaba… Esto, al menos, tendría una cierta dignidad.

—Siempre he dudado en decirle la verdad —apuntó Daintry.

—Entonces ¿confiaron en usted?

—Únicamente para los controles de seguridad. Era yo quien tenía que ocuparme de ellos.

—Para usted fue un mal día, ¿no es cierto? Primero rompe aquella lechuza; y luego el espectáculo de Davis muerto en su cama.

—No me gustó lo que dijo el doctor Percival.

—¿Qué fue?

—Dijo: «Yo no esperaba que ocurriera esto».

—Sí. Ahora lo recuerdo.

—Aquello me abrió los ojos —explicó Daintry—. Comprendí lo que habían hecho.

—Habían sacado conclusiones con excesiva precipitación. No investigaron a fondo las demás posibilidades.

—¿Se refiere a usted mismo?

No se lo voy a poner tan fácil, reflexionó Castle; no lo confesaré palabra por palabra, por muy eficaz que sea su nueva técnica.

—O a Watson —insinuó.

—Ah, sí, había olvidado a Watson.

—Todo lo de nuestra sección pasa por sus manos. Naturalmente, también está 69300, en Lourenço Marques. No pueden verificar fácilmente sus cuentas. ¿Quién sabe si no tiene una cuenta bancaria en Rhodesia o en África del Sur?

—Es verdad —reconoció Daintry.

—Y nuestras secretarias. No sólo pueden estar implicadas nuestras secretarias personales. Todas pertenecen a un equipo. No me dirá que no sucede nunca que una chica vaya al lavabo sin guardar bajo llave el telegrama que estaba descifrando o el informe que mecanografiaba.

—Le comprendo. Ya pensé en ello. Yo mismo investigué el equipo de secretarias. Siempre ha habido muchas negligencias.

—La negligencia también puede venir de más arriba. La muerte de Davis puede ser un ejemplo de negligencia criminal.

—Si él no era culpable, fue un asesinato —concluyó Daintry—. No tuvo la oportunidad de defenderse, de recurrir a un consejo jurídico. Ellos tenían miedo del efecto que un juicio podía causar en los norteamericanos. El doctor Percival me habló de unos compartimientos…

—¡Ah, sí! —intervino Castle—. Conozco esa canción. La he oído muchas veces. Bueno, Davis sí que está ahora en un compartimiento…

Castle tenía conciencia de que los ojos de Daintry seguían fijos en su bolsillo. ¿Fingía estar de acuerdo con él para poder llegar sin peligro hasta su coche?

—Usted y yo estamos cometiendo el mismo error… Sacamos unas conclusiones precipitadas —prosiguió Daintry—. Tal vez Davis era culpable. ¿Por qué está tan seguro de que no lo era?

—Basta con buscar los móviles —dijo Castle.

Vaciló, retrocedió luego, pero se había sentido fuertemente tentado a responder: «Porque la filtración procede de mí». Para entonces ya estaba seguro de que la línea estaba cortada y de que no podía esperar ninguna ayuda, de modo que no tenía sentido retrasar la cuestión. Le gustaba Daintry, sentía simpatía por él desde el día de la boda de su hija. A sus ojos se había vuelto repentinamente humano ante la lechuza hecha añicos, en la soledad de su matrimonio, hecho añicos también. Si alguien había de recoger los laureles de su confesión, le gustaría que fuera Daintry. Entonces, ¿por qué no ceder y entregarse sin andar por las ramas, como suele decir la policía? Se preguntó si no estarían prolongando el juego sólo por tener compañía, para evitar la soledad de una casa y la soledad de una celda.

—Supongo que el motivo de Davis habría podido ser el dinero —aventuró Daintry.

—A Davis no le importaba nada el dinero. Tenía lo que necesitaba para apostar un poco en las carreras y darse el placer de un buen oporto. No, hay que analizar las cosas un poco más a fondo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Si nuestra sección es la sospechosa, las filtraciones sólo pueden referirse a

África.

—¿Por qué?

—Hay muchas más informaciones que pasan por el Servicio antes de ser transmitidas por nosotros y que deben tener más interés para los rusos. Pero, si la filtración se hubiera producido allí, ¿no comprende que las demás secciones también serían sospechosas? De modo que la filtración sólo puede referirse a nuestro sector de África.

—Sí —convino Daintry—; comprendo.

—Eso parece indicar… bueno, si no exactamente una ideología (no hay por qué buscar necesariamente a un comunista), por lo menos una fuerte adhesión a África… o a los africanos. Y dudo que Davis haya conocido a un africano en toda su vida —hizo una pausa y luego añadió, con deliberación y no sin cierto sentimiento de complacencia en el peligroso juego—: Excepto a mi mujer y a mi hijo, naturalmente —estaba poniendo los puntos sobre las íes, pero no pensaba también ponerles las barras a las tes—. 69300 ha estado demasiado tiempo en Lourenço Marques. Nadie sabe qué amistades ha consolidado… Tiene sus agentes africanos, muchos de ellos comunistas —después de tantos años de simulación empezaba a disfrutar del juego —. Igual que yo los tenía en Pretoria —sonrió—. Como usted sabe, hasta C siente cierto amor por África.

—¡Ah, está bromeando!

—Claro que estoy bromeando. Pero quiero demostrarle lo poco que tenían contra Davis comparado con otros, como yo mismo, o 69300… o todas esas secretarias de las que no sabemos nada.

—Han sido investigadas exhaustivamente.

—Por supuesto, lo han sido. Tenemos los nombres de sus amantes en sus fichas, al menos de los amantes de aquel momento preciso. Pero hay chicas que cambian de amante como de ropa.

—Ha mencionado usted a una serie de sospechosos, pero está absolutamente seguro en lo que se refiere a Davis —con tono quejumbroso, agregó—: Usted tiene la suerte de no ser funcionario de la Seguridad. Yo estuve al borde de la renuncia después del funeral de Davis. Ojalá lo hubiera hecho.

—¿Por qué no lo hizo?

—¿A qué podría haberme dedicado para matar el tiempo?

—Podría haber coleccionado números de placas de automóviles. Yo lo hice en una ocasión.

—¿Por qué riñó con su mujer? —preguntó Daintry—. Perdone. No es asunto de mi incumbencia.

—Desaprobaba lo que hago.

—¿Se refiere a la Casa?

—No exactamente.

Castle sabía que el juego estaba tocando a su fin. Daintry había mirado

subrepticiamente su reloj de pulsera. Dudó si sería un reloj de verdad o un micrófono camuflado. Quizá Daintry creía que había llegado al final de la cinta. ¿Le pediría permiso para ir al cuarto de baño y poder cambiarla?

—Tome otro *whisky*.

—No, será mejor que no lo haga. Tengo que conducir hasta mi casa.

Castle le acompañó hasta el vestíbulo; y *Buller* también. El perro lamentó ver que se iba un nuevo amigo.

—Gracias por la copa —dijo Daintry.

—Gracias por la ocasión de hablar de tantas cosas.

—No salga. Es una noche muy destemplada.

Pero Castle le acompañó bajo la fría llovizna. Vio las luces de un coche cincuenta metros calle abajo, frente a la comisaría.

—¿Es ése su coche?

—No. El mío está algo más arriba. Tuve que venir a pie porque desde el coche, con la lluvia, no veía los números.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches. Espero que todo se arregle… Quiero decir con su esposa.

Castle permaneció bajo la lluvia lenta y fría el tiempo suficiente para saludar a Daintry con la mano cuando pasó ante él. Observó que el coche no se detenía frente a la comisaría, sino que giraba a la derecha y emprendía el camino de Londres. Claro que podía detenerse en el King's Arms o en el Swan para utilizar el teléfono, pero aun en ese caso Castle dudaba que pudiera hacer un informe muy claro. Probablemente querrían escuchar la cinta antes de tomar una decisión… Ahora Castle estaba convencido de que el reloj ocultaba un micrófono. Por supuesto, la estación del ferrocarril podía estar ya vigilada, y advertidos los funcionarios de inmigración de los aeropuertos. Algún hecho se había producido, a juzgar por la visita de Daintry. El joven Halliday debía de haber empezado a confesar; de lo contrario, nunca habrían enviado a Daintry a visitarle.

Desde la puerta, miró calle arriba y calle abajo. No se advertía ninguna clase de vigilancia, pero las luces del coche aparcado frente a la comisaría seguían brillando a través de la cortina de agua. No parecía un coche policial. La policía —suponía que incluso los de la Sección especial— tenía que conformarse con los de fabricación inglesa, y aquél… no estaba seguro, pero parecía un Toyota. Recordó el Toyota de la carretera de Ashridge. Trató de distinguir el color, pero la lluvia lo oscurecía. No era posible diferenciar el rojo del negro a través de la llovizna que estaba empezando a transformarse en granizo menudo. Entró en casa, y por primera vez se atrevió a albergar esperanzas.

Llevó los vasos a la cocina y los lavó cuidadosamente. Parecía como si estuviese quitando las huellas digitales de su desesperación. Luego preparó otros dos vasos en la sala y dejó, al fin, que su esperanza creciese. Era un brote tierno y necesitaba mucho aliento; pero se repitió a sí mismo que el coche era, sin duda alguna, un

Toyota. No se permitió pensar en cuántos Toyotas había en la región, sino que se dispuso a esperar, pacientemente, a que sonara el timbre. Se preguntó quién sería el que iba a llegar y a ocupar el lugar de Daintry en el umbral. No sería Boris, de eso estaba seguro; y tampoco el joven Halliday, que había salido bajo fianza y probablemente ya estaba profundamente ocupado con los hombres de la Sección especial.

Volvió a la cocina y le sirvió un plato de galletas a *Buller*… Tal vez transcurriría mucho tiempo hasta que el perro volviese a comer. El reloj de la cocina tenía un tictac muy estrepitoso que parecía hacer más lento el tiempo. Si realmente había un amigo en el Toyota, se estaba tomando mucho tiempo para aparecer.

4

El coronel Daintry entró al patio del King's Arms y se detuvo. Sólo había otro coche estacionado allí. Permaneció un rato sentado ante el volante, preguntándose si debía telefonear ahora y, en tal caso, qué tendría que decir. Una secreta cólera le había invadido durante su almuerzo con C y el doctor Percival en el Reform. Hubo momentos en que estuvo a punto de apartar su plato de trucha ahumada y de decir: «Renuncio. Ya no quiero tener nada que ver con su maldita Casa». Estaba harto de misterios continuos, de errores que tenían que ser encubiertos y no admitidos. Un hombre cruzó el patio desde el lavabo exterior, silbando una discordante melodía y abotonándose la bragueta en la protección de la oscuridad. Entró en el bar. Daintry pensó: Ellos mataron mi matrimonio con sus misterios. Durante la guerra se había luchado por una causa sencilla… mucho más sencilla que aquella por la que su padre tuvo que luchar. El káiser no había sido un Hitler. Pero en la guerra fría que ahora libraban era posible, como en la del káiser, discutir quiénes eran los buenos y quiénes los malos. No había nada lo bastante claro en la causa para justificar el asesinato por equivocación. Volvió a encontrar en la inhospitalaria sala de su casa, cruzando el zaguán, entrando en la habitación donde su padre y su madre estaban cogidos de la mano.

—Dios sabe lo que hace —dijo su padre recordando Jutlandia y al almirante Jellicoe.

Su madre dijo:

—Querido hijo, a tu edad es difícil encontrar otro trabajo.

Daintry apagó las luces del coche y avanzó, en medio de la densa lluvia, hacia el bar. Pensó: Mi mujer tiene dinero suficiente, mi hija está casada; y yo podría

arreglármelas para vivir con mi pensión.

En aquella fría y húmeda noche sólo había un hombre en la barra. Tomaba una pinta de cerveza amarga.

—Buenas noches, señor —dijo como si fueran antiguos conocidos.

—Buenas noches. Un *whisky* doble —pidió Daintry.

—Si es que así puede llamársele —dijo el parroquiano mientras el barman se volvía y sostenía un vaso debajo de una botella de Johnnie Walker.

—¿Llamar a qué?

—Me refiero a la noche, señor. Aunque supongo que éste es el tiempo que cabe esperar en noviembre.

—¿Puedo utilizar su teléfono? —preguntó Daintry al barman.

El barman empujó el *whisky* por encima de la barra, con aire de fastidio. Con la cabeza señaló una cabina. Evidentemente era un hombre de pocas palabras. Estaba allí para escuchar lo que los clientes quisieran decir, y no para ser más comunicativo que lo estrictamente necesario, hasta que llegaba el momento, sin duda gozoso para él, de pronunciar la frase: «Es hora de cerrar, caballeros».

Daintry marcó el número del doctor Percival y mientras escuchaba la señal de línea ocupada trató de ensayar las palabras que quería emplear. «He visto a Castle… Está solo en casa… Ha tenido una disputa con su mujer… No hay nada que informar…». Colgaría de un golpe el auricular, como lo colgó ahora… Luego volvió a la barra, a su *whisky* y al hombre que insistía en entablar conversación con el barman.

—Hmmm —decía el barman—, hmmm —y agregaba—: Bien.

El parroquiano se volvió a Daintry y le incluyó en la charla.

—Ahora ni siquiera enseñan a los niños la aritmética básica. Le pregunté a mi sobrino de nueve años cuántos son cuatro por siete, ¿y cree que supo contestarme?

Daintry bebió su *whisky* con la mirada fija en la cabina telefónica, todavía tratando de elegir las palabras que iba a emplear.

—Veo que está de acuerdo conmigo —le dijo el parroquiano a Daintry—. ¿Y usted? —Preguntó al barman—. Su negocio se echaría a perder, si usted no supiera cuántos son cuatro por siete.

El barman limpió la cerveza que se había derramado en la barra y respondió:

—Hmmm.

—Sabrá, señor, que puedo adivinar muy fácilmente su profesión. No me pregunte cómo lo sé. Es una corazonada. Me viene de tanto estudiar las caras, supongo. Y la naturaleza humana. Por eso me encontró hablando de aritmética cuando volvió del teléfono. Ése es un tema (le dije al señor Barker aquí presente) del que el caballero debe tener una buena opinión. ¿No fueron ésas mis mismísimas palabras?

—Hmmm —respondió el señor Barker.

—Beberé otra cerveza, si no le molesta —el señor Barker le llenó el vaso—. A veces mis amigos me piden una demostración. Incluso hacen apuestas de vez en

cuando. Es profesor (digo, refiriéndome a alguien que va en el metro), o químico y luego pregunto amablemente… Nunca se molestan cuando se lo explico… Y nueve veces de cada diez acierto. El señor Barker es testigo de lo que digo, ¿no es así, señor Barker?

—Hmmm.

—Ahora bien, señor, si me permite que juegue con ello, sólo para entretener al señor Barker en esta fría y húmeda noche… le diré que está al servicio del gobierno. ¿Tengo razón, señor?

—Si —concedió Daintry.

Daintry terminó su *whisky* y dejó el vaso en el mostrador. Volvería a intentar su llamada telefónica.

—Tibio, tibio, ¿no? —El parroquiano lo escrutó con ojos como cuentas—. Una especie de puesto confidencial. Usted sabe mucho más que el resto de nosotros acerca de muchas cosas.

—Tengo que telefonear —dijo Daintry.

—Espere un momento, señor. Sólo quiero mostrarle al señor Barker… —se secó un poco de cerveza de los labios con un pañuelo y acercó su rostro al de Daintry—. Usted se ocupa de cifras. Está en la Delegación de Contribuciones —Daintry se dirigió a la cabina telefónica—. Ya ve —le dijo el parroquiano al barman—, un tipo susceptible. No les gusta que les reconozcan. Probablemente es un inspector.

Esta vez Daintry obtuvo el tono de llamada y pronto oyó la voz del doctor Percival, blanda y tranquilizadora como si conservara el modo de hablar apropiado para dirigirse a un enfermo, aunque hacía mucho tiempo que ya no lo hacía.

—¿Diga? Soy el doctor Percival. ¿Quién habla?

—Daintry.

—Buenas noches, querido amigo. ¿Alguna novedad? ¿Dónde está?

—En Berkhamsted. He visto a Castle.

—Sí. ¿Cuál es su impresión?

La ira ocupó el lugar de las palabras que quería decir y las rompió en fragmentos como una carta que uno decide no enviar:

—Mi impresión es que ha asesinado usted al hombre que no correspondía.

—No hubo ningún asesinato —moduló el doctor Percival amablemente—, sino un error en la prescripción. Ese material no se había probado antes en un ser humano. Pero ¿qué le hace pensar que Castle…?

—Está seguro de que Davis era inocente.

—¿Le dijo eso? ¿Con esas palabras?

—Sí.

—¿Qué hace ahora?

—Espera.

—¿Espera qué?

—Que ocurra algo. Su mujer le ha abandonado, con el niño. Dice que han reñido.

—Ya hemos hecho circular un aviso —le informó el doctor Percival— a los aeropuertos… Y también a los puertos marítimos, naturalmente. Si intenta huir, tendremos pruebas *prima facie*… en espera de elementos más sólidos.

—Con Davis no esperaron a tener nada concreto.

—Esta vez C insiste en ello. ¿Qué hará usted ahora?

—Iré a mi casa.

—¿Le preguntó por las notas de Muller?

—No.

—¿Por qué?

—No fue necesario.

—Ha hecho un trabajo excelente, Daintry. Pero, dígame, ¿por qué cree que se le confió a usted de ese modo?

Daintry colgó el receptor sin responder y abandonó la cabina. El parroquiano dijo:

—Acerté, ¿no? Usted es un inspector de Contribuciones.

—Sí.

—Ya ve, señor Barker. He vuelto a apuntarme un tanto.

El coronel Daintry se acercó lentamente a su coche. Permaneció un rato en su interior, con el motor en marcha, observando cómo las gotas de lluvia se perseguían unas a otras por el parabrisas. A continuación salió del patio y tomó la dirección de Boxmoor, de Londres y del apartamento de St. James's Street, donde le esperaba el Camembert del día anterior. Condujo lentamente. La cellisca de noviembre se había convertido en un auténtico diluvio con anuncios de granizo. Pensó: Bien, he cumplido con lo que llaman mi deber. Aunque iba camino de su casa y de la mesa ante la que se sentaría, para escribir su carta, junto al plato del Camembert, no tenía ninguna prisa por llegar. A su juicio, el acto de dimitir ya era un hecho cumplido. Se dijo a sí mismo que ahora era un hombre libre, que ya no tenía deberes ni obligaciones. Pero nunca había tenido una sensación de soledad tan absoluta como en aquel momento.

5

Sonó el timbre. Castle lo había aguardado largo tiempo y, sin embargo, vaciló en acercarse a la puerta; ahora le parecía que había sido absurdamente optimista. Seguramente que, a estas horas, el joven Halliday ya había hablado; el Toyota no era más que uno entre miles de Toyotas. Con toda seguridad la Sección especial había aguardado a que estuviera solo y sabía lo estúpidamente indiscreto que se había

mostrado con Daintry. Volvió a sonar el timbre. Y luego lo hizo por tercera vez; no le quedaba más remedio que abrir. Se aproximó a la puerta con la mano sobre el revólver que llevaba en el bolsillo, aunque sabía que no le sería mucho más útil que una pata de conejo. Es imposible salir de una isla abriéndose paso a tiros. *Buller* le proporcionó cierta ridícula ayuda gruñendo fieramente. Pero Castle sabía que, en cuanto se abriera la puerta, el perro le demostraría su amistad a quienquiera que fuese el visitante. No logró ver nada a través de la vidriera de colores, chorreante de lluvia. Ni siquiera al abrir la puerta distinguió mucho más: sólo una figura encorvada.

—¡Es una noche glacial! —se lamentó en la oscuridad una voz conocida.

—Señor Halliday… No le esperaba.

Castle pensó: Ha venido a pedirme ayuda para su hijo. ¿Pero qué puedo hacer yo?

—Buen muchacho, buen muchacho —dijo el casi invisible señor Halliday, nervioso, a *Buller*.

—Pase, es inofensivo —le aseguró Castle.

—Ya veo que es un perro muy bueno.

El señor Halliday entró cautamente, pegado a la pared, y Muller meneó lo que le quedaba de cola y babeó.

—Como ve, señor Halliday, es amigo de todo el mundo. Quítese el abrigo. Siéntese y tome un *whisky*.

—No soy un gran bebedor, pero no diré que no.

—He oído por la radio lo de su hijo y lo siento mucho. Seguramente usted estará muy inquieto.

El señor Halliday siguió a Castle a la sala y dijo:

—Él se lo buscó, señor. Y quizá le sirva de lección. La policía le ha requisado una gran cantidad de materiales de su tienda. El inspector me mostró una o dos de las cosas que se llevaron y eran francamente repugnantes. Pero, como le dije al inspector, no creo que mi hijo leyera esas cosas.

—Espero que la policía no le haya molestado a usted.

—¡Oh, no! Como ya le he dicho, señor, creo que me tienen lástima. Saben que me ocupo de un tipo de negocio muy distinto.

—¿Tuvo la oportunidad de darle mi carta?

—¡No, no, señor! Me pareció más sensato no hacerlo, dadas las circunstancias. Pero no se preocupe. He transmitido el mensaje a donde corresponde.

Halliday tomó un libro que Castle había estado tratando de leer y miró el título.

—¿Qué demonios quiere decir?

—Bueno, señor, creo que usted siempre estuvo un tanto engañado. Mi hijo nunca se ocupó de los mismos asuntos que usted. Pero ellos juzgaron que era preferible (en caso de que se presentaran problemas) que usted lo creyera… —se inclinó y se calentó las manos en la estufa de gas y levantó una mirada de divertida astucia—. Bien, señor, tal como están las cosas, hemos de sacarle de aquí sin tardar mucho.

Castle se sintió realmente sorprendido al comprender lo poco que habían confiado

en él incluso aquellos que tenían más razones para confiar.

—Permítame preguntarle, señor, dónde están exactamente su esposa y su hijo. Tengo órdenes…

—Esta mañana, cuando escuché las noticias sobre su hijo, los envié fuera. A casa de mi madre. Ésta cree que hemos reñido.

—¡Ah, bien! Una dificultad menos.

El viejo señor Halliday, después de haberse calentado suficientemente las manos, empezó a pasearse por la habitación, inspeccionando con la mirada los estantes de la librería:

—Le pagaré por todo un precio tan alto como cualquier otro librero. Veinticinco libras… es lo que le permitirán sacar del país. Llevo encima las facturas. Sus libros están en la línea de mi librería. Los Clásicos Universales y los Everyman. No los han vuelto a reimprimir como tendrían que haber hecho. Y en los pocos casos de reimpresión, ¡qué precios!

—Creí que teníamos prisa.

—Algo que he aprendido en los últimos cincuenta años es a tomarme las cosas con calma —puntualizó el señor Halliday—. Cuando uno empieza a precipitarse, en seguida comete errores. Cuando le quede media hora para hacer algo, dígase siempre que le quedan tres. ¿Habló de un *whisky*, señor?

—Si tenemos tiempo… —Castle llenó dos vasos.

—Tenemos tiempo. Supongo que habrá preparado todo lo necesario.

—Sí.

—¿Qué hará con el perro?

—Dejarlo aquí, supongo. No había pensado en ello… Tal vez usted pudiera llevarlo a un veterinario.

—No sería prudente, señor. Una conexión entre usted y yo… no es aconsejable. Supongamos que siguieran el rastro del perro. De cualquier manera, tenemos que lograr que no moleste durante algunas horas. ¿Es ladrador cuando se queda solo?

—Lo ignoro. No solemos dejarlo solo.

—Estoy pensando en las quejas de los vecinos. Cualquiera podría telefonear a la policía. Y no tenemos necesidad de que vengan y encuentren la casa vacía.

—Pronto la encontrarán, de todos modos.

—No tendrá ninguna importancia cuando usted ya esté en el exterior. Es una pena que su esposa no se haya llevado el perro.

—No podía. Mi madre tiene un gato. *Buller* mata a los gatos en cuanto les echa el ojo.

—Sí, estos bóxers no son muy amables; con los gatos, se entiende. Yo también tengo un gato —el señor Halliday jugueteó con las orejas de *Buller* y éste lo babeó—. Es lo que le decía. Si uno se apresura, se olvida de los detalles. Como el del Perro, por ejemplo. ¿Tiene sótano?

—No es a prueba de ruidos, si está pensando en dejarlo encerrado allí.

—Creo notar, señor, que en el bolsillo derecho lleva un arma… ¿Me equivoco?

—Pensé que si venía la policía… Sólo tiene una bala.

—¿El golpe de la desesperación?

—Aún no estaba decidido a usarlo.

—Le aconsejo que me lo entregue, señor. En caso de que nos detengan, al menos yo tengo licencia. A causa de la ola de atracos en las tiendas que hay en estos tiempos. ¿Cómo se llama, señor? Me refiero al perro.

—*Buller*.

—Ven aquí, *Buller*, ven aquí. Así, eres un buen perro —*Buller* apoyó el hocico en las rodillas del señor Halliday—. Buen perro, *Buller*, buen perro. Tú no quieres originarle ningún problema a un amo tan bueno como el que tienes, ¿verdad? —*Buller* agitó el muñón de su cola—. Dicen que los animales saben si uno los quiere —rascó a *Buller* detrás de las orejas y el perro manifestó su contento—. Ahora, señor, si no le molesta darme el revólver… ¿Así que tú matas gatos, eh? Ah, eres un pícaro.

—Oirán el disparo —dijo Castle.

—Bajaremos al sótano. Nadie presta atención a un solo disparo. Creerán que es un tubo de escape.

—No irá con usted.

—Veamos. Ven, *Buller*, muchacho. Vamos a dar un paseo. Un paseíto, *Buller*.

—Ya ve, no quiere ir con usted.

—Ya es hora de irnos, señor. Será mejor que baje conmigo. Quería ahorrárselo.

—No quiero ahorrarme esto.

Castle abría camino por la escalera del sótano. Detrás iba *Buller* y, pisándole los talones, el señor Halliday.

—Yo no encendería la luz, señor, porque un disparo y una luz que se apaga podrían despertar la curiosidad.

Castle cerró lo que en otros tiempos había sido rampa para el carbón.

—Ahora, señor, si me da el revólver…

—No, lo haré yo.

Castle sacó el revólver y apuntó a *Buller*. Éste, siempre dispuesto a jugar y probablemente confundiendo la boca del arma con un hueso de goma, apretó sus mandíbulas alrededor y tironeó. Castle tuvo que apretar dos veces el gatillo recordando que la primera recámara estaba vacía. Sintió unas náuseas.

—Tomaré otro *whisky* antes de irme —dijo.

—Se lo merece, señor. Es extraño cuánto se puede llegar a querer a un estúpido animal. Mi gato…

—Yo no quería mucho a *Buller*. Pero… bueno, yo, nunca había matado nada…

6

—Es difícil conducir con esta lluvia —observó el señor Halliday, rompiendo un largo silencio: la muerte de *Buller* había anudado sus lenguas.

—¿A dónde nos dirigimos? ¿A Heathrow? Los funcionarios de inmigración ya deben de estar al acecho.

—Lo llevaré a un hotel. Si abre la guantera, señor, encontrará una llave. Habitación 423. Todo lo que tiene que hacer es subir en el ascensor directamente. No pase por recepción. Espere en su habitación hasta que alguien vaya a buscarlo.

—Suponga que una camarera…

—Cuelgue de la puerta el cartel de «por favor, no molesten».

—Después…

—Ya no sé más, señor. Éstas son todas las instrucciones que recibí.

Castle se preguntó cómo afectaría a Sam la noticia de la muerte de *Buller*. Sabía que nunca se lo perdonaría.

—¿Cómo se mezcló en esto? —le preguntó al señor Halliday.

—No me mezclé, señor. He sido miembro del Partido (en la sombra, podríamos decir) desde que era un muchacho. Ingresé en el ejército a los diecisiete años… como voluntario. Falsifiqué mi edad. Creí que me enviarían a Francia, pero me mandaron a Arkhangelsk. Estuve cuatro años prisionero. Vi mucho y aprendí mucho en aquellos cuatro años.

—¿Cómo le trataron?

—Fue duro, pero un muchacho soporta muchas cosas. Y siempre había alguno que se mostraba amable. Aprendí un poco de ruso, lo suficiente para servir de intérprete, y me daban libros cuando no podían darme comida.

—¿Libros comunistas?

—Por supuesto, señor. Un misionero me habría dado la Biblia, ¿no?

—De modo que usted es uno de los que tienen fe…

—He llevado una vida muy solitaria, tengo que reconocerlo. Como comprenderá, nunca puedo asistir a mítines ni sumarme a las manifestaciones. Ni siquiera mi hijo lo sabe. Cuando pueden me utilizan en pequeñas misiones… como en su caso, señor. Más de una vez he ido a recoger cosas de su buzón. Fue un día feliz el que le vi entrar en mi tienda por primera vez. Me sentí menos solo.

—¿Nunca flaqueó, Halliday? Quiero decir… Stalin, Hungría, Checoslovaquia.

—De joven vi lo suficiente en Rusia… y también en Inglaterra durante la Depresión, cuando volví… para estar inmunizado contra los pequeños accidentes de esa clase…

—¿Pequeños?

—Si me permite que se lo diga, señor, su conciencia es selectiva. Yo podría decirle Hamburgo, Dresde, Hiroshima. ¿Es que esos accidentes no hicieron temblar su fe en lo que ustedes llaman democracia? Aunque quizá sí; de lo contrario no

estaría ahora conmigo.

—Aquello era la guerra.

—Los míos están en guerra desde 1917.

Castle escudriñó en la noche húmeda entre uno y otro movimiento de los limpiaparabrisas.

—¡Me está llevando a Heathrow!

—No exactamente —el señor Halliday apoyó en la rodilla de Castle una mano tan liviana como una hoja de otoño en el bosque de Ashridge—. No se inquiete, señor. Ellos le protegen. Le envidio. No me extrañaría que pronto le viera Moscú.

—¿Nunca ha estado en Moscú?

—Nunca. Lo más cerca que estuve fue en el campo de concentración de Arkhangelsk. ¿Ha visto usted *Las tres hermanas*? Yo sólo la he visto una vez, pero siempre recordaré lo que dice una de ellas en el drama y lo que yo me digo a mí mismo por las noches cuando no puedo dormir. «Vender la casa, terminar con todo lo que es de aquí, y partir para Moscú…».

—Encontraría usted un Moscú muy diferente del de Chéjov.

—Hay otra cosa que dice una de esas hermanas: «Las gentes felices no notan si es invierno o es verano. Si yo viviera en Moscú, no me importaría nada el tiempo que hace». Cuando me siento deprimido, me digo a mí mismo que Marx tampoco conoció Moscú. Miro al otro lado de Old Compton Street y pienso que Londres sigue siendo el Londres de Marx. El Soho, el Soho de Marx. En este lugar se imprimió por primera vez el Manifiesto Comunista —inesperadamente apareció un camión en medio de la lluvia, patinó, estuvo a punto de estrellarse contra ellos y prosiguió indiferentemente su camino—. ¡Malditos camioneros! —gritó el señor Halliday—. Saben que no les puede pasar nada, con esos mastodontes. Tendrían que imponer graves castigos a quienes conducen peligrosamente. Eso es lo que no iba bien en Hungría y en Checoslovaquia… era una conducción peligrosa. Dubcek era un camionero… Así de sencillo.

—Para mí no es tan sencillo. Nunca he tenido deseos de terminar en Moscú.

—Imagino que le resultará un tanto extraño, no siendo usted uno de los nuestros. Pero no debe preocuparse. No sé lo que ha hecho por nosotros, pero tiene que ser importante. Le protegerán, puede estar seguro de ello. No me sorprendería que le dieran la Orden de Lenin o que emitieran un sello de correos con su efigie, como Sorge.

—Sorge era comunista.

—A mí me enorgullece pensar que se encuentra camino de Moscú en mi viejo armatoste.

—Aunque rodásemos juntos un siglo, Halliday, no lograría convertirme.

—No estoy tan seguro. Al fin y al cabo, ha hecho usted mucho por ayudarnos.

—Sólo en África, eso es todo.

—Exactamente, señor. Está en camino. Hegel diría que África es la tesis. Usted

forma parte de la antítesis (pero una parte activa) y es uno de los que participarán un día en la síntesis.

—Para mí todo lo que dice es una pura jerga. No soy ningún filósofo.

—Un militante no tiene necesidad de ser un filósofo. Y usted es un militante.

—No del comunismo. Por el momento, sólo soy una víctima.

—Le curarán en Moscú.

—¿En un hospital psiquiátrico?

Esta réplica redujo al silencio al señor Halliday. ¿Había descubierto alguna grieta en la dialéctica de Hegel o era el silencio del dolor y la duda? Castle no lo sabría nunca, porque ante ellos apareció el hotel, con sus luces desdibujadas por la lluvia.

—Bájese aquí —pidió el señor Halliday—. Será mejor que a mí no me vean.

Cuando se detuvieron, les adelantaron otros coches que formaban una larga cadena luminosa; los faros delanteros de cada uno de ellos hacían más brillantes las luces traseras del que le precedía. Un Boeing 707 descendía ruidosamente sobre el aeropuerto de Londres. El señor Halliday buscó algo en el asiento trasero del coche.

—Había olvidado algo —sacó una bolsa de plástico que tal vez había contenido un día artículos libres de impuestos—. Saque las cosas de su maletín y métalas aquí. Si se dirige al ascensor con un maletín en la mano, podría llamar la atención en recepción.

—En esa bolsa no hay sitio para todo.

—En ese caso, abandone lo que no quepa.

Castle obedeció. Incluso después de tantos años de secreto, se daba cuenta de que, ante una situación crítica, el verdadero experto era el joven recluta de Arkhangelsk. Dejó de mala gana su pijama (pensando que en una prisión se lo facilitarían) y su jersey. «Si llego hasta allí, tendrán que proporcionarme algo de más abrigo».

—Tengo un pequeño regalo para usted —dijo el señor Halliday—. Un ejemplar de aquel Trollope que me encargó. Ya no necesitará dos ejemplares. Es una obra muy extensa, pero la espera será larga. Siempre lo es durante la guerra. Se llama *La vida que hoy vivimos*.

—¿El libro que me recomendó su hijo?

—Oh, le mentí un poco. Soy yo quien lee a Trollope, no mi hijo. El autor favorito de él es un tal Robbins. Debe perdonarme el engaño… quería que tuviera mejor opinión de él, a pesar de su tienda. No es un mal muchacho.

Castle estrechó la mano del señor Halliday:

—No me cabe la menor duda. Espero que se le solucionen sus problemas.

—Recuérdelo: vaya directamente a la habitación 423 y espere.

Castle echó a andar en la dirección de las luces del hotel con su bolsa de plástico en la mano. Se sentía como si ya hubiera perdido contacto con todo lo que conocía en Inglaterra: Sarah y Sam estaban lejos, en casa de su madre, que nunca había sido su hogar. Pensó: «Pretoria estuvo más cerca de ser mi hogar. Allí tenía trabajo. Ahora no me queda nada que hacer». Una voz le gritó, a través de la densa lluvia:

—¡Buena suerte, señor! ¡Le deseo la mayor suerte del mundo!

Castle oyó cómo el coche arrancaba y se alejaba.

7

Estaba perplejo: en cuanto atravesó la puerta del hotel se encontró plenamente en el Caribe. Allí no llovía. Había una piscina bordeada de palmeras bajo un cielo tachonado de innumerables y diminutas estrellas. Encontró de nuevo el olor de aire cálido, húmedo y sofocante que recordaba de unas distantes vacaciones que se había tomado poco después de la guerra: estaba rodeado —algo inevitable en el Caribe— de voces norteamericanas. No existía el menor riesgo de llamar la atención en la recepción, porque allí estaban demasiado ocupados por la afluencia de pasajeros norteamericanos, recién transportados desde algún aeropuerto. ¿Kingston? ¿Bridgetown? Pasó un camarero negro con dos ponches de ron para una joven pareja sentada junto a la piscina. Allí estaba el ascensor, junto a él, aguardando con las puertas abiertas. Y, sin embargo, se resistía a entrar… La joven pareja empezó a tomar su ponche, con unas pajitas, bajo las estrellas. Castle extendió la mano para convencerse de que no llovía y alguien que estaba cerca exclamó:

—¡Vaya, si es Maurice! ¿Qué haces en este lugar?

Castle interrumpió el movimiento de la mano a mitad de camino del bolsillo y miró a su alrededor. Se alegró de no llevar el revólver. El interlocutor era un hombre llamado Blit, que años atrás había sido su contacto en la embajada de Estados Unidos hasta que lo trasladaron a México… tal vez porque no sabía hablar el castellano.

—¡Blit! —le saludó con falso entusiasmo. Siempre se habían tratado así. El otro le llamaba Maurice desde su primer encuentro, pero él nunca había ido más lejos de «Blit».

—¿A dónde te vas? —inquirió Blit, pero no aguardó su respuesta; siempre había preferido tener la palabra—. Yo voy a Nueva York. Mi avión no ha llegado. Pasaré la noche aquí. La construcción de este sitio fue una idea inteligente. Exactamente como las Islas Vírgenes. Me pondría las bermudas si las hubiera traído.

—Creí que estabas en México.

—Eso ya es una historia antigua. Ahora estoy otra vez en mi oficina europea. ¿Tú sigues ocupándote de la oscura África?

—Sí.

—¿También estás de paso aquí?

—Tengo que esperar —respondió Castle con la esperanza de que Blit no

advirtiera la ambigüedad de la respuesta.

—¿Qué te parece si nos tomamos un Planter's Punch? Me han dicho que aquí los preparan fabulosamente.

—Bien, dentro de media hora me reuniré contigo.

—¡O.K., O.K.! Junto a la piscina, entonces.

—Junto a la piscina.

Castle entró al ascensor y Blit le siguió:

—¿Subes? Yo también. ¿A qué piso vas?

—Cuarto.

—Yo también. Te llevaré gratis.

¿Sería posible que también los norteamericanos le vigilaran? Dadas las circunstancias, le parecía arriesgado atribuir nada a la casualidad.

—¿Cenarás aquí? —quiso saber Blit.

—No estoy seguro. Depende…

—Tú siempre con el secreto en la cabeza… ¡El viejo Maurice!

Caminaron juntos por el mismo pasillo. Apareció primero la habitación 423 y Castle fingió buscar la llave el tiempo suficiente para ver que Blit llegaba a la 427… no, a la 429. Castle se sintió más seguro cuando la puerta de su habitación estuvo cerrada, con el cartel de «por favor, no molesten» colgado en el exterior.

El termostato que regulaba la calefacción central marcaba 24°. Un calor adecuado para el Caribe. Se acercó a la ventana y miró a través del cristal. Abajo vio el bar circular y, arriba, el cielo artificial. Una fornida mujer de pelo azulado serpenteaba por el borde de la piscina: sin duda había ingerido demasiados ponches de ron. Examinó minuciosamente la habitación en busca de alguna indicación sobre el futuro… como antes había examinado su propia casa en busca de algún indicio del pasado. Dos camas individuales, un sillón, un armario, una cómoda, un escritorio —vacío, excepto una carpeta de papel secante—, un televisor, una puerta que conducía al baño. El inodoro tenía una faja de papel pegada, garantizando su asepsia; los vasos de dientes estaban envueltos en plástico. Volvió al dormitorio, abrió la carpeta de papel secante y por el papel de cartas impreso se enteró de que estaba en el Starflight Hotel. Una tarjeta ofrecía la lista de bares y restaurantes del hotel. En uno de los restaurantes había música y baile: el Pizarro. Por contraste, la parrilla se llamaba Dickens, y el tercero, un autoservicio, llevaba el nombre de Oliver Twist («No dude en servirse más»). Otra tarjeta le informó que cada media hora había autobuses hasta el aeropuerto de Heathrow.

Debajo del televisor descubrió una nevera que contenía pequeñas botellas de *whisky*, ginebra y *brandy*, agua tónica y soda, dos tipos de cerveza y botellines de champán. Por costumbre eligió J & B y se sentó a aguardar. «La espera será larga», había dicho el señor Halliday al entregarle el libro de Trollope. A falta de algo mejor que hacer, Castle empezó a leer: «Presentamos al lector a *lady* Carbury, de cuyo carácter y quehacer dependerá en gran parte el interés que puedan despertar estas

páginas, sentada ante el escritorio de su habitación personal, en su casa personal de Welbeck Street». Se dio cuenta de que no era un libro capaz de distraerle de la vida que hoy vivía.

Se acercó a la ventana. Vio pasar al camarero negro y luego observó que Blit salía y miraba a su alrededor. Era imposible que hubiera transcurrido media hora. Se tranquilizó mirando el reloj: diez minutos. Blit todavía no le echaría de menos. Apagó las luces de la habitación para que, aquél, si levantaba la vista, no le viera: Blit se sentó junto a la barra circular y pidió algo. Sí, un Planter's Punch: el barman estaba introduciendo la rodaja de naranja y la cereza. Blit se había quitado la chaqueta y lucía una camisa de mangas cortas, que reforzaba el falso efecto producido por las palmeras, la piscina y la noche estrellada. Castle le vio descolgar el teléfono del bar y marcar un número. ¿Era sólo su imaginación o Blit había levantado la vista en dirección a la ventana de la habitación 423 mientras hablaba? ¿Para informar de qué? ¿A quién?

Oyó que la puerta se abría a sus espaldas y la habitación quedó llena de luz. Se volvió vivamente y vio una imagen fugaz en el espejo del armario, la imagen de alguien que no quería ser visto, de un hombre menudo con bigote negro, traje oscuro y una cartera negra en la mano.

—Me vi retrasado por la circulación —dijo el hombre en lenguaje preciso, pero algo incorrecto.

—¿Viene a buscarme?

—Hay poco tiempo para nosotros. Hay necesidad de que usted coja el próximo autobús para dirigirse el aeropuerto.

El recién llegado empezó a vaciar el contenido de la cartera sobre el escritorio: un pasaje de avión, un pasaporte, una botella que parecía contener goma, una abultada bolsa de plástico, un peine, un cepillo para el pelo, una navaja barbera.

—Tengo conmigo todo lo que puedo necesitar —aclaró Castle, imitando la precisión del lenguaje del otro.

El hombre ignoró sus palabras y prosiguió:

—Verá que su billete sólo es hasta París. Eso es una cosa que le voy a explicar.

—Sin duda estarán vigilando todos los aviones, vayan a donde vayan.

—Vigilarán en especial el que va a Praga, que ha de salir al mismo tiempo que el que va a Moscú, que ha de salir con retraso a causa de unas dificultades en los motores. Algo que no ocurre a menudo. Quizás Aeroflot espera a algún pasajero importante. La policía prestará mucha atención a Praga y a Moscú.

—La vigilancia se instalará mucho antes, en las ventanillas de inmigración. No esperarán en las puertas.

—Ese problema será solucionado. Usted debe presentarse en la ventanilla (déjeme ver su reloj) dentro de unos cincuenta minutos. El autobús se irá dentro de treinta minutos. Tenga su pasaporte.

—¿Qué debo hacer en París, si es que llego?

—Saldrán a su encuentro a la salida del aeropuerto y le darán otro billete. Tendrá el tiempo justo para coger otro avión.

—¿Hacia dónde?

—No sé nada de eso. Usted se enterará en París.

—Para entonces, la Interpol ya habrá advertido a la policía francesa.

—No. La Interpol no interviene en los casos políticos. Va contra las reglas.

Castle abrió el pasaporte:

—Partridge. Han escogido un apellido oportuno. La temporada de caza aún no se ha cerrado —observó la fotografía—. Pero esta foto no servirá. No se parece a mí.

—Es verdad. Pero ahora haremos que usted se parezca a la fotografía.

El hombre llevó sus instrumentos de trabajo al cuarto de baño. Apoyó entre los vasos de dientes una ampliación de la fotografía del pasaporte.

—Siéntese en esta silla, por favor.

Recortó las cejas de Castle y luego se dedicó al pelo (el hombre de la foto lo llevaba cortado al rape). Castle observó el movimiento de las tijeras en el espejo… Le sorprendió ver cómo un corte de pelo cambiaba la totalidad del rostro ampliando la frente; incluso parecía modificar la expresión de los ojos.

—Me ha quitado diez años —comentó.

—Quédese quieto, por favor.

El hombre empezó a adherir los pelos de un delgado bigote: el bigote de un hombre tímido, carente de confianza en sí mismo.

—Una barba o un bigote espeso es siempre objeto de sospechas —era un desconocido el que miraba a Castle desde el espejo—. Ya está. Concluido. Creo que queda bastante bien —se acercó a la cartera y sacó de ella una caña blanca que estiró hasta convertirla en un bastón—. Usted es ciego. Un objeto de simpatía, señor Partridge. Se ha pedido a una azafata de Air France que salga al encuentro del autobús del hotel y le conduzca a usted hasta la oficina de inmigración y hasta su avión. En París, cuando salga del aeropuerto de Roissy, le llevarán a Orly… Y allí habrá otro avión con problemas en los motores. Tal vez ya no sea usted el señor Partridge… Otro maquillaje en el coche, otro pasaporte. El semblante humano es ilimitadamente adaptable. Éste es un buen argumento contra la importancia de las leyes hereditarias. Todos nacemos con un rostro muy parecido: basta pensar en los bebés. Es el entorno el que lo cambia todo.

—Parece fácil —opinó Castle—. ¿Pero funcionará?

—Creemos que funcionará —replicó el hombre bajito mientras volvía a llenar su cartera—. Ahora salga y recuerde que debe usar el bastón. Le ruego que no mueva los ojos, mueva toda la cabeza si alguien le habla. Trate de mantener los ojos fijos e inexpresivos.

Sin darse cuenta, Castle tomó *La vida que hoy vivimos*.

—No, nada de eso, señor Partridge. No es coherente que un ciego tenga un libro. También tiene que dejar esa bolsa.

—Sólo contiene una camisa de repuesto, una máquina de afeitar…

—Una camisa de repuesto que tiene la marca de una lavandería.

—¿No resultará extraño que no lleve equipaje?

—Ese detalle no lo sabrá el funcionario de inmigración, a menos que le pida su billete.

—Probablemente lo hará.

—No importa, usted vuelve a su casa. Vive en París. El domicilio figura en su pasaporte.

—¿Cuál es mi profesión?

—Retirado.

—Al menos hay algo que es verdad —suspiró Castle.

Salió del ascensor y tanteando con el bastón se dirigió hacia la entrada, en donde aguardaba el autobús. Cuando franqueó la puerta que conducía al bar y a la piscina, vio a Blit. Este miraba la hora con aire impaciente. Una mujer de edad cogió a Castle de un brazo y le preguntó:

—¿Quiere tomar el autobús?

—Sí.

—Yo también. Permítame que le ayude.

Castle oyó una voz que le llamaba:

—¡Maurice! —tuvo que caminar lentamente porque la mujer que le ayudaba así lo hacía—. ¡Eh! ¡Maurice!

—Me parece que alguien le llama —le advirtió la mujer.

—Es un error.

Oyó pasos a sus espaldas. Soltó su brazo del de la mujer y volvió la cabeza como le habían indicado. Fijó una mirada inexpresiva en un costado de Blit, que le contempló sorprendido y dijo:

—Disculpe. Creí…

—El conductor nos está haciendo señas. Tenemos que darnos prisa —dijo la mujer.

Cuando estuvieron sentados en el autobús, uno al lado del otro, la mujer se asomó a la ventanilla:

—Debe de ser usted muy parecido al amigo de ese señor. Sigue allí, con la boca abierta, mirándole.

—Dicen que todos tenemos un doble en este mundo —respondió Castle.

SEXTA PARTE

CAPÍTULO I

1

Sarah, que se había vuelto para mirar por la ventanilla trasera del taxi, no vio nada al otro lado del cristal ahumado: era como si Maurice se hubiera hundido deliberadamente, sin dar un grito, en las aguas de un lago gris acero. Le habían robado, sin esperanza de devolución, la única imagen y el único sonido que ella deseaba, y odiaba a la tierra entera por las caridades que le hacía y que ella comparaba con el mal trozo de carne que ofrece el carnicero como sucedáneo de las buenas tajadas que reserva para un cliente mejor.

El almuerzo, en la casa cercada de laureles, fue un tormento. Su suegra tenía un invitado cuya visita no pudo cancelar: un clérigo que llevaba el poco atractivo nombre de Bottomley —ella le llamaba Ezra—, que había vuelto a Inglaterra desde una misión de África. Sarah se sintió como una pieza de museo exhibida en una de las conferencias con proyecciones que sin duda pronunciaba el clérigo. La señora Castle no la presentó. Se limitó a decir «Esta es Sarah», como si hubiera salido de un orfanato, lo cual era verdad.

El señor Bottomley se mostró insoportablemente amable con Sam y la trató a ella con calculado interés, como a un miembro de su misión africana. *Tinker Bell*, que había huido en cuanto los vio llegar, por temor a *Buller*, se mostraba ahora muy cariñosa y arañaba la falda de Sarah.

—Háble me de lo que realmente es un lugar como Soweto —propuso el señor Bottomley—. Mi campo de operaciones era Rhodesia, de la que también han exagerado mucho los periódicos ingleses. No somos tan negros como nos pintan —se ruborizó inmediatamente por lo inoportuno de la frase; la señora Castle le sirvió otro vaso de agua—. Quiero decir, por ejemplo: ¿se puede educar correctamente a un niño en ese lugar? —Su viva mirada se dirigió a Sam, como un proyector en el escenario de un club nocturno.

—Ezra, ¿cómo puede saberlo Sarah? —intervino la señora Castle; y explicó de mala gana: —Sarah es mi nuera.

El rubor del señor Bottomley se incrementó:

—Ah, ¿entonces está aquí de visita?

—Sarah vive conmigo —le informó la señora Castle—. Por el momento. Mi hijo nunca vivió en Soweto. Estaba en la embajada.

—El niño debe de estar muy contento de estar con la abuelita —sugirió el señor

Bottomley.

Sarah pensó: ¿será así la vida de ahora en adelante?

Después de la partida del señor Bottomley, la señora Castle le dijo a Sarah que debían de tener una seria conversación.

—Le telefoneé a Maurice y se mostró muy poco razonable —se volvió a Sam—: Ve a jugar al jardín, querido.

—Llueve —afirmó Sam.

—Lo había olvidado, querido. Sube a jugar con *Tinker Bell*.

—Subiré, pero no jugaré con tu gato —aseguró Sam—. Mi amigo es *Buller*. Él sabe lo que hay que hacer con los gatos.

Cuando quedaron solas, la señora Castle barbotó:

—Maurice me dijo que si tú volvías a casa se iría él. ¿Qué has hecho, Sarah?

—Prefiero no hablar de eso. Maurice me dijo que viniera y vine.

—¿Cuál de los dos es… bueno, lo que se llama la parte culpable?

—¿Siempre tiene que haber un culpable?

—Volveré a telefonearle.

—No puedo impedírselo, pero no servirá de nada.

La señora Castle marcó el numero y Sarah rogó a Dios, en quien no creía, poder al menos oír la voz de Maurice, pero la señora Castle dijo:

—No contesta.

—Probablemente está en la oficina.

—¿Un sábado por la tarde?

—En su trabajo los horarios son irregulares.

—Creía que el Foreign Office estaba mejor organizado.

Sarah aguardó hasta el anochecer y, después de dejar a Sam en la cama, fue andando hasta el pueblo. Entró en el «Crown» y se tomó un J & B. Lo pidió doble, en recuerdo de Maurice. Luego entró en la cabina telefónica. No había olvidado que Maurice le había prohibido ponerse en contacto con él. Si seguía en la casa y el teléfono estaba intervenido, tendría que fingir cólera, continuar una reyerta que no existía. Pero al menos ella sabría que aún estaba allí y no en la celda de una prisión o camino de una Europa que ella nunca había visto. Dejó que el teléfono sonase largo rato antes de colgar… Se daba cuenta de que así les facilitaba a Ellos la localización de la llamada, pero no le importó. Si Ellos la visitaban, al menos tendría noticias de Maurice. Abandonó la cabina, tomó en la barra su J & B y regresó andando hasta la casa de la señora Castle.

—Sam te ha estado llamando —le dijo su suegra; y Sarah subió.

—¿Qué ocurre, Sam?

—¿Crees que *Buller* está bien?

—Claro que está bien. ¿Qué puede pasarle?

—Tuve un sueño.

—¿Qué soñaste?

—No recuerdo. *Buller* me echará de menos. Ojalá pudiera tenerlo aquí conmigo.

—No podemos, ya lo sabes. Tarde o temprano mataría a *Tinker Bell*.

—A mí no me importaría nada.

Sarah bajó la escalera de mala gana. La señora Castle estaba viendo la televisión.

—¿Algo interesante en el noticiario? —inquirió Sarah.

—Rara vez escucho los noticiarios —respondió la señora Castle—. Prefiero leer las noticias en *The Times*.

Pero a la mañana siguiente, los periódicos del domingo no ofrecieron ninguna noticia que pudiera interesarle a Sarah. Domingo. Castle nunca trabajaba los domingos. A mediodía, Sarah volvió al «Crown», telefoneó de nuevo a casa y también dejó que el teléfono sonase largo rato… ¿Estaría en el jardín, con *Buller*? Pero, finalmente, también tuvo que renunciar a esa esperanza. Se consoló con la idea de que habría logrado escapar. Pero luego recordó que Ellos podían tenerle detenido —¿eran tres días?— antes de iniciar el juicio formal.

La señora Castle sirvió el almuerzo —un codillo de *rosbif*— a la una en punto.

—¿Quiere que oigamos el noticiario? —preguntó Sarah.

—Sam, querido, no juegues con tu servilletero —reprendió la señora Castle—. Ponte la servilleta y deja el servilletero junto a tu plato.

Sarah buscó Radio 3.

—Los domingos nunca dan ninguna noticia que merezca escucharse —sentenció la señora Castle; y, por supuesto, tenía razón.

Nunca un domingo había pasado tan lentamente. Dejó de llover y el débil sol trató de encontrar una brecha a través de las nubes. Sarah llevó a Sam a dar un paseo por lo que se llamaba «el bosque», aunque ella ignoraba por qué. No había árboles… sólo unos arbustos bajos y unos matorrales (la zona había sido desbrozada en parte para construir un campo de golf).

—Ashridge me gusta más —se quejó Sam y después de una prolongada pausa, agregó—: Un paseo sin *Buller* no es un paseo.

Sarah se preguntó cuánto tiempo tendrían que llevar aquella vida. Para regresar a la casa, cortaron camino por un ángulo del campo de golf y un jugador que evidentemente había comido demasiado bien, les gritó que se salieran del recorrido. Como Sarah no reaccionó con la suficiente prontitud, el hombre chilló:

—¡Eh, tú! ¡A ti te hablo, Topsy!

Sarah creyó recordar que Topsy era el nombre de una niña negra en un libro que los metodistas le habían dado a leer cuando era pequeña.

Aquella noche la señora Castle insistió:

—Es hora de que conversemos seriamente, querida.

—¿Sobre qué?

—¿Y tú me preguntas sobre qué, Sarah? Pues sobre ti, y sobre mi nieto, por supuesto… y sobre Maurice. Ninguno de vosotros quiere decirme cuál es la causa de esa disputa. ¿Tienes tú (o tiene Maurice) motivos de divorcio?

—Quizás. El abandono del domicilio conyugal cuenta, ¿no?

—¿Quién ha abandonado a quién? El hecho de que hayas venido a la casa de tu suegra apenas puede considerarse abandono. En cuanto a Maurice… si sigue en casa no te ha abandonado.

—No está en casa.

—¿Dónde está, entonces?

—No lo sé, no lo sé, señora Castle. ¿No puede esperar un poco y no hablar?

—Ésta es mi casa, Sarah. Sería conveniente que supiera cuánto tiempo piensas quedarte aquí. Sam tiene que ir a la escuela. Hay leyes al respecto.

—Le prometo que si nos permite quedarnos una semana…

—No te estoy echando, querida. Estoy tratando de que te comportes como una adulta. Creo que tendrías que ver a un abogado y hablar con él, ya que no quieres hablar conmigo. Mañana puedo telefonear al señor Bury. Es el que se ocupa de mi testamento.

—Deje pasar una semana, señora Castle.

Hubo un tiempo en que la señora Castle le había sugerido que la llamara «madre», pero evidentemente se sentía aliviada al ver que Sarah continuaba llamándola señora Castle.

El lunes por la mañana Sarah llevó a Sam al pueblo y le dejó en una juguetería mientras ella iba al «Crown». Desde allí telefoneó a la oficina… Era una insensatez, porque, si Maurice todavía estaba en Londres y en libertad, le habría telefoneado. En África del Sur, tiempo atrás, cuando ella trabajaba para él, no habría sido tan imprudente; pero en aquella pacífica población rural que nunca había conocido un motín racial ni una llamada a la puerta a medianoche, la idea del peligro le parecía demasiado fantástica para ser cierta. Pidió que le pusieran en comunicación con la secretaria del señor Castle y, cuando una voz de mujer respondió, dijo:

—¿Cynthia?

Conocía a Cynthia de nombre, aunque nunca la había visto ni había hablado con ella. Hubo una larga pausa; una pausa lo suficientemente prolongada para tener tiempo de decirle a alguien que escuchara desde otro teléfono. Pero esto parecía increíble en aquel lugar lleno de jubilados y mientras ella observaba a dos camioneros que apuraban sus cervezas. Luego, la voz delgada y seca dijo:

—Cynthia no está hoy.

—¿Cuándo podría encontrarla?

—No lo sé, lo siento.

—¿Y el señor Castle?

—¿Quién habla, por favor?

Pensó: «He estado a punto de traicionar a Maurice». Colgó. Sintió que también había hecho traición a su propio pasado: los encuentros secretos, los mensajes cifrados, el cuidado que había puesto Maurice para llevarla a Johannesburgo, para formarla y para mantenerles, a ella y a Sam, fuera del alcance del BOSS. Y, después

de todo aquello, Muller estaba aquí, en Inglaterra… y se había sentado a su mesa.

Cuando volvió a la casa, vio un coche desconocido en la avenida de los laureles. Y la señora Castle salió a su encuentro en el vestíbulo:

—Alguien ha venido a verte, Sarah. Le he hecho pasar al despacho.

—¿Quién es?

La señora Castle bajó la voz y dijo con tono de disgusto:

—Creo que es un policía.

El hombre tenía un gran bigote rubio que se atusaba nerviosamente. No era, decididamente, el tipo de policía que Sarah había conocido en su juventud y se maravilló de que la señora Castle hubiera descubierto su profesión… Ella lo habría tomado por un pequeño comerciante conocido desde hacía años por las familias de la ciudad. Se le veía tan tranquilo y amable como el despacho del doctor Castle, donde no se había movido nada desde la muerte de éste: ni el portapipas de la mesa, ni el cuenco chino que servía de cenicero, ni el sillón giratorio en el que el desconocido no se había atrevido a sentarse. Estaba de pie junto a la librería. Sus anchos hombros ocultaban parcialmente los volúmenes rojos de los clásicos Loeb y la piel verde de la Encyclopaedia Britannica, XI edición.

—¿Señora Castle?

Tan ajena se sentía Sarah a aquella casa, que estuvo a punto de responder: «No; la señora Castle es mi suegra».

—Sí —dijo al fin—. ¿Por qué?

—Soy el inspector Butler.

—¿Qué desea?

—He recibido una llamada telefónica desde Londres. Se me ha pedido que viniese a conversar un poco con usted… es decir, si usted estaba aquí.

—¿Por qué razón?

—Creían que tal vez usted pudiera decirnos cómo podríamos comunicarnos con su marido.

Se sintió inmensamente aliviada: al menos no estaba en la cárcel. Hasta que se le ocurrió la idea de que aquello podía ser una trampa… incluso la amabilidad, la timidez y la manifiesta rectitud del inspector Butler podían ser una celada, una de aquellas trampas que el BOSS era capaz de tender. Pero no estaba en el país del BOSS. Y dijo:

—No. No puedo. Lo ignoro. ¿Por qué?

—Bien, señora Castle. En parte tiene que ver con un perro.

—¿*Buller*? —exclamó.

—Si se llama así…

—Así se llama. Por favor, dígame de qué se trata.

—Ustedes tienen una casa en King’s Road, Berkhamsted, ¿verdad?

—Sí —lanzó una carcajada de alivio—. ¿*Buller* ha vuelto a matar algún gato? Pero yo estoy aquí. No tengo la culpa. Tienen que ver a mi marido, no a mí.

—Lo hemos intentado, señora Castle, pero no logramos dar con él. En la oficina responden que no está. Al parecer se ha marchado, abandonando al perro, aunque…

—¿Era un gato muy caro?

—No estamos preocupados por un gato, señora Castle. Los vecinos se quejaron por el ruido (una especie de gemido) y alguien telefoneó a la comisaría. Como usted sabe, recientemente hubo unos robos en Boxmoor. Por eso la policía envió al lugar a uno de sus hombres. Éste encontró abierta una ventana del lavadero; ni siquiera tuvo que romper ningún cristal… Y el perro…

—No le habrá mordido ¿verdad? Que yo sepa, *Buller* nunca ha mordido a las personas.

—El pobre animal no estaba en condiciones de morder a nadie, en el estado en que se encontraba. Le habían disparado un tiro. Quienquiera que lo haya hecho, hizo un mal trabajo. Lamento comunicarle, señora Castle, que tuvieron que rematarlo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué va a decir Sam?

—¿Sam?

—Mi hijo. Adoraba a *Buller*.

—Yo también quiero a los animales.

Los dos minutos de silencio que siguieron parecieron muy largos, como los dos minutos de silencio que se guardan, en homenaje a los muertos, el Día del Armisticio.

—Lamento haberle traído malas noticias —dijo por fin el inspector Butler, y se puso de nuevo en marcha el tráfico rodado y peatonal de la vida.

—No sé qué le diré a Sam.

—Dígale que un coche atropelló al perro y murió instantáneamente.

—Sí. Creo que eso será lo mejor. Aunque no me gusta mentirle al niño.

—Hay mentiras blancas y mentiras negras —dictaminó el inspector Butler.

Sarah se preguntó si las mentiras que él le obligaría a decir serían blancas o negras. Miró el espeso bigote rubio, los benévolos ojos, y se extrañó de que un hombre como aquél hubiera podido entrar en la policía. Mentirle a él sería lo mismo que mentirle a un niño.

—¿No quiere sentarse, inspector?

—Siéntese usted, señora Castle. Discúlpeme. He estado sentado toda la mañana.

El inspector Butler contempló despaciosamente las hileras de pipas, como si fuesen el cuadro de algún maestro cuyo valor, como *connaisseur*, supiese apreciar.

—Le agradezco que haya venido personalmente y que no me lo haya dicho por teléfono.

—Bueno, señora Castle. Tuve que venir porque hay otras cuestiones. La policía de Berkhamsted cree que puede haber habido un robo. La ventana del lavadero estaba abierta y el ladrón pudo disparar sobre el perro. No parece haber nada fuera de su lugar, aunque esto sólo usted y su marido pueden saberlo. Y no logran ponerse en contacto con él. ¿Tenía enemigos? No hay huellas de lucha, ¿pero cómo iba a haberla, si el otro tenía un arma?

—No le conozco enemigos.

—Un vecino dijo que tenía idea de que trabajaba en el Foreign Office. Esta mañana tuvieron bastantes dificultades en dar con el departamento correspondiente, donde afirman que no le han visto desde el viernes. Dicen que tendría que haber ido. ¿Cuándo lo vio por última vez, señora Castle?

—El sábado por la mañana.

—¿Vino usted aquí el sábado?

—Sí.

—¿Se quedó él en casa?

—Sí. Verá, habíamos decidido separarnos… Para siempre.

—¿Una discusión?

—Una decisión, inspector. Llevábamos siete años de casados. No se obra así por un momento de cólera, después de siete años de casados.

—¿Tenía su marido algún revólver, señora Castle?

—Que yo sepa, no; pero es posible.

—¿Estaba muy alterado… por esa decisión?

—Ninguno de los dos se sentía contento, si eso es lo que quiere decir.

—¿Estaría usted dispuesta a ir a Berkhamsted y revisar la casa?

—No quisiera hacerlo. Pero supongo que pueden obligarme, ¿verdad?

—No se trata de que la obliguen. Pero comprenda que no se puede descartar el robo… Podría faltar algo de gran valor y la policía no lo sabría. ¿Una joya, quizá?

—Nunca he usado joyas. No somos ricos, inspector.

—¿Un cuadro?

—No.

—Entonces tenemos que pensar que el señor Castle puede haber cometido un acto absurdo o algo precipitado. Si se sentía desdichado y disponía de un revólver… —el inspector levantó el cuenco chino, estudió el diseño, se volvió y observó la expresión de Sarah. Ella comprendió que aquellos ojos llenos de bondad no tenían nada de infantiles—. No parece preocupada por esa posibilidad, señora Castle.

—No lo estoy. No es el tipo de actitud que él adoptaría.

—Sí, sí, claro. Usted lo conoce mejor que nadie y estoy seguro de que tiene razón. En ese caso, ¿querrá informarnos de inmediato si él se pone en contacto con usted?

—Naturalmente.

—En situaciones críticas la gente es capaz de hacer cosas extrañas. Incluso perder la memoria —echó una última mirada al portapipas, como si le costara apartarse de él —. Telefonearé a Berkhamsted, señora Castle. Espero que no haya que molestarla. Si tengo novedades se lo haré saber.

Cuando llegaron a la puerta, Sarah le preguntó:

—¿Cómo supo que estaba aquí?

—Los vecinos que tienen hijos llegan a saber más de lo que usted puede suponer,

señora Castle.

Le siguió con la mirada hasta que le vio subir al coche. Volvió a entrar en casa. Pensó: «No se lo diré todavía a Sam». Primero dejaré que se acostumbre a vivir sin *Buller*. La otra señora Castle, la auténtica señora Castle, se encontró con ella en el salón:

—Se está enfriando la comida. Era un policía, ¿no?

—Sí.

—¿Qué quería?

—La dirección de Maurice.

—¿Por qué?

—¿Cómo puedo saberlo?

—¿Se la diste?

—No está en casa. ¿Cómo puedo saber dónde se encuentra?

—Espero que ese hombre no vuelva nunca.

—A mí no me sorprendería que lo hiciera.

2

Pero transcurrieron unos días sin noticias del inspector Butler ni de nadie. Sarah no volvió a telefonear a Londres. Ahora ya no tenía sentido. En cierta ocasión, cuando telefoneó al carnicero en nombre de su suegra para encargar unas costillas de cordero, tuvo la impresión de que la línea estaba intervenida. Pero probablemente era cosa de su imaginación. Los controles telefónicos se habían convertido en un arte demasiado sutil para que los descubriera un aficionado. Presionada por la señora Castle, hizo una visita a la escuela local y lo arregló todo para que Sam pudiera asistir a ella. Volvió sumamente deprimida de aquella entrevista… Era lo mismo que si acabara de dar el último toque a su nueva vida, cerrándolo todo con un sello de lacre, como si fuera un documento, para que nadie pudiera cambiarlo. En el camino de regreso pasó por la verdulería, por la biblioteca y por la farmacia. La señora Castle le había dado una lista: una lata de guisantes, una novela de Georgette Heyer, un tubo de aspirinas para la jaqueca (de la que Sarah estaba segura de ser la causa, junto con Sam). Sin saber por qué, rememoró las grandes pirámides de tierra, de un color gris verdoso, que rodeaban Johannesburgo… Hasta Muller había hablado de su color al atardecer, y ella se sintió entonces más cerca de Muller —el enemigo, el racista— que ahora de la señora Castle. De buena gana habría cambiado aquella población de Sussex, con sus habitantes liberales, que la trataban con tan amable cortesía, incluso

por Soweto. La cortesía podía ser una barrera más insalvable que un golpe físico. Sarah no quería vivir con cortesía, sino con amor. Amaba a Maurice, amaba el olor del polvo y la disgregación de su país… Y ahora estaba sin Maurice y sin su país. Quizá por eso recibió de buen grado hasta la voz de un enemigo por teléfono. Supo en seguida que era la voz de un enemigo, aunque se presentase como la de un «amigo y colega de su marido».

—Espero no haber llamado en un momento inoportuno, señora Castle.

—No, pero no he oído bien su nombre.

—Soy el doctor Percival.

El nombre le resultaba vagamente familiar:

—Sí. Creo que Maurice me ha hablado de usted.

—En cierta ocasión, pasamos una noche memorable en Londres.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo. Con Davis.

—Sí. Pobre Davis —hubo una pausa—. Se me ocurrió que podríamos conversar un poco, señora Castle.

—Estamos conversando, ¿no?

—Bien, me refiero a una charla más íntima que la que puede sostenerse por teléfono.

—Estoy muy lejos de Londres.

—Podemos enviar un coche a buscarla.

«Podemos», pensó Sarah, «podemos». Era un error de su parte hablar como si fuera en nombre de una organización. «Nosotros» y «ellos» son términos inquietantes. Suponen una advertencia, ponen en guardia. La voz dijo:

—Pensé que si usted estaba libre algún día de esta semana podríamos almorzar juntos…

—No sé si podré.

—Quiero hablar con usted sobre su marido.

—Sí, lo suponía.

—Todos nosotros estamos un poco inquietos a propósito de Maurice.

Sarah sintió un instantáneo júbilo. «Ellos» no tenían a Maurice en un lugar secreto, desconocido por el inspector Butler. Maurice estaba lejos… toda Europa se extendía entre «Ellos» y él. Sintió que ella también, como Maurice, había logrado escapar… Ya iba camino de su hogar, porque no había más hogar que allí donde se encontrase Maurice. De todos modos tenía que ser prudente, como en los viejos tiempos de Johannesburgo:

—Maurice ya no me interesa. Nos hemos separado.

—De cualquier manera, supongo que le gustaría tener noticias de él.

Así que ellos tenían noticias. Igual que cuando Carson le había dicho: «Está a salvo en Lourenço Marques, esperándote. Ahora sólo nos falta lograr que tú llegues allí». Si Maurice estaba libre, pronto se reunirían. Se dio cuenta de que sonreía ante el teléfono… Gracias a Dios todavía no han inventado un teléfono visual, pero de todos

modos borró la sonrisa de su rostro y dijo:

—Creo que no me importa saber dónde está, tengo miedo de saberlo. ¿No puede usted transmitirme por escrito lo que haya de decirme? Tengo que cuidar a mi hijo.

—No, señora Castle. Hay cosas que no pueden escribirse. Si nos permite que mañana enviemos un coche a buscarla…

—Mañana es imposible.

—Entonces el jueves.

Se mantuvo dudando todo el tiempo que se atrevió a fingir:

—Bueno…

—Podemos enviarle un coche a las once.

—No necesito coche. Hay un tren a las once y cuarto.

—Entonces le ruego que se reúna conmigo en el restaurante «Brummell's»…, muy cerca de la Estación Victoria.

—¿En qué calle?

—¡Qué problema! ¿Walton Street? ¿Wilton…? Pero no se preocupe: todos los taxistas conocen el «Brummell's». Es un lugar muy tranquilo —agregó con tono dulzón, como si le estuviera recomendando, con su conocimiento profesional, una buena clínica de reposo.

Sarah se hizo una rápida representación mental de su interlocutor: un hombre muy seguro de sí mismo, un tipo clásico de Wimpole Street, jugando con el cordón de un monóculo del que sólo se servía en el momento de escribir la receta, a modo de señal para que el cliente se fuese.

—Hasta el jueves —dijo el doctor Percival.

Sarah ni siquiera contestó. Colgó el teléfono y fue a reunirse con la señora Castle. Otra vez llegaba tarde a almorzar, pero no le importaba. Tarareaba el himno de alabanzas al Señor que le habían enseñado los misioneros metodistas. Y la señora Castle la miró, atónita.

—¿Qué ocurre? ¿Algo anda mal? ¿Era otra vez ese policía?

—No. Sólo un médico. Un amigo de Maurice. Todo va bien. ¿Le importaría que, por una sola vez, fuera a la capital el jueves? Llevaré a Sam a la escuela por la mañana y puede volver solo.

—No me importaría, por supuesto. Pero había pensado en invitar de nuevo a almorzar al señor Bottomley.

—Sam y el señor Bottomley se llevan muy bien.

—¿Irás a ver a un abogado cuando estés en Londres?

—Es posible —una mentira a medias era un precio bajo a cambio de su felicidad reciente.

—¿Dónde almorzarás?

—¡Oh! Supongo que tomaré un bocadillo en cualquier lado.

—Es una pena que hayas elegido el jueves. Encargué un codillo de rosbif. Pero, en fin… —la señora Castle buscó una tabla de salvación— si almorzaras en Harrods,

hay una o dos cosas que puedes traerme.

Aquella noche, Sarah, en la cama, fue incapaz de dormir. Era como si hubiera conseguido un calendario y ahora pudiera empezar a tachar los días que pasaban. El hombre con el que había hablado era un enemigo, estaba convencida de ello, pero no era la policía de Seguridad, no era el BOSS, no perdería los dientes ni la visión de un ojo en «Brummell's»: no tenía nada que temer.

3

Sin embargo, se sentía un poco decepcionada cuando le identificó en el fondo de un espejeante salón de «Brummell's». Resultaba que no tenía nada de un especialista de Wimpole Street: más bien parecía un anticuado médico de cabecera, con sus gafas de montura de plata y una leve tripa redonda que casi se apoyaba en el borde de la mesa cuando se levantó para saludarla. En lugar de una receta, tenía en la mano un gigantesco menú. Le dijo:

—Me alegro de que haya tenido el valor de venir aquí.

—¿Por qué valor?

—Bueno, éste es uno de los lugares que los irlandeses eligen para poner bombas. Ya han arrojado una pequeña. A diferencia de lo que sucedía con los bombardeos alemanes, ahora es bastante probable que las bombas caigan dos veces en el mismo lugar —le dio el menú para que lo leyera: una página entera dedicada a lo que llamaban «entrantes». La totalidad de la carta, que llevaba el título de «Relación de platos» coronando un retrato, parecía casi tan copiosa como el anuario telefónico local de la señora Castle. El doctor Percival insinuó, servicial—: No le aconsejaría la trucha ahumada… Aquí siempre la preparan un poco seca.

—No tengo mucho apetito.

—Despertémoslo, entonces, mientras analizamos la cuestión. ¿Una copa de jerez?

—Si no le importa, prefiero un *whisky*. —Cuando le pidió que escogiera, agregó —: J & B. Elija usted por mí —suplicó al doctor Percival.

Cuanto antes concluyeran los preliminares, antes conocería las noticias, de las que estaba mucho más hambrienta que de la comida. Mientras él decidía, Sarah paseó la mirada por el lugar. Había un dudoso retrato satinado sobre la pared, con el nombre de George Bryan Brummell —el mismo personaje que en el menú— y el mobiliario era de un impecable y pesado buen gusto… Se advertía que no habían ahorrado gastos para hacer imposible toda crítica. Los escasos comensales eran todos hombres, y tenían el mismo aspecto, como si hubieran salido del coro de una comedia musical

pasada de moda: pelo negro ni demasiado corto ni demasiado largo, traje azul y chaleco. Las mesas estaban discretamente separadas y las dos más cercanas a la que ellos dos ocupaban estaban vacías… Sarah se preguntó si sería intencionado o casual. Notó por primera vez que todas las ventanas estaban enrejadas.

—En un lugar como éste —dijo el doctor Percival— es mejor seguir la tradición inglesa. Le sugiero la marmita de Lancashire.

—Lo que usted diga.

Durante largo rato, el doctor Percival no abrió la boca, excepto para decirle unas palabras sobre el vino al camarero. Finalmente dirigió hacia ella su atención y sus gafas bordeadas de plata, con un largo suspiro:

—Bien, ya ha pasado lo más difícil. Ahora está en manos de ellos —dio un sorbo de jerez—. Tiene que haber pasado momentos de mucha angustia, señora Castle —extendió una mano y le tocó el brazo, como si realmente fuera su médico de cabecera.

—¿Angustia?

—No saber, día tras día…

—Si se refiere a Maurice…

—Todos apreciábamos mucho a Maurice.

—Habla como si estuviera muerto. En pasado.

—No quise decir eso. Naturalmente, seguimos apreciándole… pero él ha tomado un rumbo diferente y me temo que muy peligroso. Todos abrigamos la esperanza de que usted no esté involucrada.

—¿Cómo podría estarlo? Nos hemos separado.

—Claro, claro. Obviamente, era lo que había que hacer. Habría sido demasiado llamativo que huyeran juntos. No creo que las autoridades de inmigración hubieran sido tan tontas. Usted es una mujer muy atractiva. Y, además, su color… Por supuesto, sabemos que él no la ha telefoneado a la casa donde usted está. Pero hay muchas formas de enviar mensajes: una cabina telefónica, un intermediario… No podríamos controlar a todos sus amigos, aunque los conociéramos —el doctor Percival dejó a un lado el jerez y dejó espacio para la marmita.

Sarah empezó a sentirse más cómoda ahora que el tema había sido puesto sobre la mesa, entre ambos, igual que la marmita.

—¿Cree usted que yo también soy una traidora?

—En la Casa no usamos la palabra traidor. Eso queda para los periódicos. Usted es africana… observe que no digo sudafricana, lo mismo que su hijo. Eso debió influir mucho en Maurice. Digamos que… eligió una lealtad… diferente —paladeó un bocado de la marmita—. Tenga cuidado.

—¿De qué debo cuidarme?

—Las zanahorias están muy calientes —si esto era realmente un interrogatorio, seguían un método muy distinto del practicado por la policía de Seguridad de Johannesburgo y de Pretoria—. Mi querida señora, ¿qué piensa hacer… cuando él se comunique con usted?

Sarah abandonó toda prudencia. Mientras estuviera a la defensiva no se enteraría de nada.

—Haré lo que él me diga que haga.

—Me alegro de que haya dicho eso —le hizo saber el doctor Percival—. Eso significa que podemos ser recíprocamente francos. Naturalmente, sabemos, y supongo que usted también lo sabe, que ha llegado sano y salvo a Moscú.

—¡Gracias a Dios!

—Bien, no estoy tan seguro de Dios, pero tenga la certeza de que puede agradecérselo a la KGB. Pero no debemos ser dogmáticos… (ambos pueden estar del mismo lado, por supuesto). Imagino que tarde o temprano le pedirá que se reúna con él allí.

—Y yo iré.

—¿Con su hijo?

—Por supuesto.

El doctor Percival volvió a concentrarse en la marmita. Obviamente, era un hombre que se solazaba en la comida. Sarah se volvió más temeraria con su alivio de saber que Maurice estaba a salvo.

—No puede impedírmelo.

—No esté tan segura. Como sabe, en la oficina tenemos un expediente sobre usted. En África del Sur era muy amiga de un hombre llamado Carson. Un agente comunista.

—Claro que lo era. Yo trabajaba para Maurice… al servicio de ustedes, aunque entonces lo ignoraba. Él me había dicho que era para un libro sobre el *apartheid* que estaba escribiendo.

—Y tal vez ya entonces Maurice ayudaba a Carson. Y ahora Maurice está en Moscú. En rigor, no es asunto nuestro, por supuesto, pero el MI-5 podría considerar que su caso debe ser examinado… en profundidad. Si usted permite que un viejo la aconseje… un viejo que era amigo de Maurice…

Un recuerdo destelló en la mente de Sarah: una silueta envuelta en un abrigo de felpa y que se arrastraba, jugando al escondite con Sam, entre los árboles invernales.

—Y de Davis —afirmó Sarah—. Usted también era amigo de Davis, ¿verdad?

Una cucharada de salsa se detuvo a mitad de camino de la boca del doctor Percival.

—Sí. Pobre Davis. Fue una muerte triste para un hombre todavía joven.

—Yo no bebo oporto.

—Mi querida señora, ¿cómo puede ser tan inoportuna? Para decidir sobre el oporto esperemos a que nos sirvan el queso… Tienen un Wensleydale excelente. Sólo iba a decirle que fuera razonable. Quédese tranquila en el campo, con su suegra y con su hijo…

—Mi hijo y el hijo de Maurice.

—Quizá.

—¿Qué quiere decir quizá?

—Usted conoce a un tal Cornelius Muller, un tipo bastante desagradable, del BOSS. ¡Y qué nombre! Él tiene la impresión de que el padre verdadero…, tendrá que perdonarme, querida amiga, que hable sin rodeos; no quiero que cometa el tipo de error que ha cometido Maurice…

—No está hablando sin rodeos.

—Muller cree que el padre era un hombre de su raza.

—¡Ah, ya sé lo que quiere decir…! Aunque eso fuera verdad, el hombre está muerto.

—No ha muerto.

—Claro que ha muerto. Murió en una revuelta.

—¿Vio usted el cadáver?

—No, pero…

—Muller asegura que está convenientemente encerrado bajo llave. Condenado a cadena perpetua… según dice Muller.

—No lo creo.

—Muller afirma que el hombre está dispuesto a reclamar la paternidad.

—Muller miente.

—Sí, sí, es muy posible. Ese individuo puede ser un hombre de paja. Yo todavía no me he empapado de los aspectos legales, pero dudo que ese señor pudiera probar algo ante nuestros tribunales. ¿Figura el niño en su pasaporte?

—No.

—¿Tiene pasaporte propio?

—No.

—Entonces tendrá que solicitar un pasaporte para sacarle de este país. No se imagina el galimatías burocrático que eso significa. En ciertas ocasiones, los del departamento de pasaportes pueden ser lentos, lentísimos.

—Son ustedes una banda de canallas. Mataron a Carson. Mataron a Davis. Y ahora…

—Carson murió de neumonía. El pobre Davis… fue un caso de cirrosis.

—Es Muller quien dice que fue neumonía. Es usted quien dice que fue cirrosis. Y ahora nos está amenazando a mí y a Sam.

—No estoy amenazando, mi querida señora; estoy aconsejando.

—Su consejo…

Tuvo que interrumpirse. Se había acercado el camarero para retirar los platos. El del doctor Percival estaba bastante limpio, pero la mayor parte de la ración de Sarah no había sido tocada.

—¿Qué opina de una tradicional tarta de manzanas inglesa, con clavo y un poco de queso? —inquirió el doctor Percival, mientras se inclinaba galantemente hacia adelante; hablaba en voz baja, como si estuviera acordando el precio que estaba dispuesto a pagar por ciertos favores.

—No. Nada. No quiero nada más.

—Qué lástima, querida señora. La cuenta, entonces —le dijo el doctor Percival al camarero, con tono decepcionado; y cuando éste se fue, reprochó a Sarah—: Señora Castle, no debe encolerizarse. No hay nada personal en todo esto. Si se enoja, seguramente adoptará una decisión errónea. Es una cuestión de compartimientos… —empezó a decir, pero se interrumpió, como si por una vez descubriera que la metáfora era inaplicable.

—Sam es mi hijo y lo llevaré a donde me venga en gana. A Moscú, a Tombuctú, a…

—Usted no puede llevar a Sam a ningún sitio hasta que tenga pasaporte. Y mi mayor deseo es evitar que el MI-5 dé algún paso preventivo contra usted. Si se enteran de que solicita un pasaporte… y se enterarán…

Sarah abandonó la mesa, lo abandonó todo, dejando al doctor Percival a la espera de la cuenta. Si se hubiera quedado un minuto más, tal vez no habría podido contenerse ante el cuchillo para el queso colocado junto a su plato. Una vez había visto cómo un blanco, tan bien alimentado como el doctor Percival, era apuñalado en un jardín público de Johannesburgo. ¡Parecía tan fácil hacerlo! Al llegar a la puerta se volvió y le observó. La reja de la ventana, situada detrás de él, hacía que pareciera sentado en la mesa de un comisario de policía. Evidentemente la había seguido con la mirada y, cuando ella se volvió, levantó el dedo índice y lo movió suavemente de un lado a otro, en su dirección. El gesto podía tomarse como una reprensión o como una advertencia. A Sarah le daba lo mismo.

CAPÍTULO II

1

Desde la ventana del duodécimo piso del enorme edificio gris, Castle podía ver la estrella roja colocada en lo alto de la Universidad. Había cierta belleza en el panorama, como la hay en todas las grandes ciudades por la noche. Lástima que la luz del día fuese triste y gris. Le habían hecho notar —especialmente Iván, que le había recibido cuando su avión aterrizó en Praga y le había acompañado a recibir instrucciones a un lugar de nombre impronunciable cercano a Irkutsk—, que tenía una suerte extraordinaria al ocupar aquel apartamento: dos habitaciones, cocina y ducha particular que habían pertenecido a un camarada que acababa de morir, y que antes de su muerte había logrado amueblarlo casi por completo. Por regla general, un apartamento vacío sólo contenía un radiador; todo lo demás, incluso el inodoro, había que adquirirlo. La tarea no era fácil y consumía mucho tiempo y muchas energías. Castle se llegó a preguntar si el camarada no habría muerto por esa razón, agotado por la prolongada búsqueda de la silla verde de mimbre, el sofá marrón, duro como una tabla y sin cojines, la mesa que parecía pintada de un color casi uniforme mediante la aplicación de salsa… El televisor —el último modelo en blanco y negro — era un regalo del gobierno. Iván se lo había explicado minuciosamente cuando visitaron por primera vez el apartamento. Era su manera de insinuar sus dudas personales en cuanto a que aquello hubiese sido auténticamente ganado por Castle. Para éste, Iván no resultaba más amable allí que en Londres. Quizá estaba resentido porque le habían devuelto a su país y responsabilizaba de ello a Castle.

El objeto más valioso del apartamento parecía ser el teléfono. Estaba cubierto de polvo y desconectado, pero de todos modos tenía un alto valor simbólico. Algún día (tal vez pronto) lo pondrían en uso. Podría hablar con Sarah… Oír su voz lo significaba todo para Castle, aunque tuvieran que representar una comedia para los oyentes, y no le cabía la menor duda de que habría oyentes. Oír su voz haría más soportable la larga espera. En cierta ocasión le planteó la cuestión a Iván. Había notado que éste prefería hablar al aire libre, incluso en los días más gélidos, y como el trabajo de Iván consistía en mostrarle la ciudad, aprovechó la oportunidad al salir de los grandes almacenes GUM (un lugar donde se sentía casi en su patria, porque le recordaba fotografías que había visto del Crystal Palace de Londres).

—¿Te parece posible que me conecten el teléfono?

Habían ido al GUM para comprarle a Castle un abrigo forrado de piel… La

temperatura era de cinco grados bajo cero.

—Lo preguntaré —respondió Iván—. Pero supongo que, por el momento, quieren mantenerte oculto.

—¿Será muy largo eso?

—Lo fue en el caso de Bellamy, pero tú no eres un caso tan importante. No podemos obtener mucha publicidad de ti.

—¿Quién es Bellamy?

—Tienes que recordarle. Un personaje importantísimo de vuestro British Council. En Berlín Occidental. El British Council siempre fue una cobertura, ¿verdad? Igual que el Peace Corps…

Castle no se molestó en negarlo… No era asunto suyo.

—Sí, ahora creo recordarlo —aquello había ocurrido en su época de mayor ansiedad, mientras aguardaba noticias de Sarah en Lourenço Marques, y no recordaba los detalles de la deserción de Bellamy. ¿Por qué razón tenía que desertar uno del British Council y qué valor o perjuicio podía significar para alguien semejante deserción?

—¿Sigue vivo? —Todo aquello le parecía muy lejano.

—¿Por qué no?

—¿Qué hace?

—Vive de nuestra gratitud… Como tú —agregó Iván—. Le hemos inventado un trabajo. Es asesor de nuestro servicio de Publicaciones. Tiene una dacha en el campo. Una vida mejor de la que podría haber llevado en su país con una pensión. Supongo que harán lo mismo por ti.

—¿Darme a leer libros en una dacha, en el campo?

—Sí.

—¿Hay muchos así?… Quiero decir, muchos de nosotros que vivan de vuestra gratitud…

—Conozco por lo menos seis. Están Cruickshank y Bates… Tienes que recordales. Eran de tu Servicio. Supongo que les encontrarás en el «Aragvi», nuestro restaurante georgiano. Dicen que sirven un vino excelente… (yo no puedo permitirme ese lujo). También les verás en el Bolshoi, en cuanto te permitan mostrarte. —Como pasaban por delante de la Biblioteca Lenin, Iván añadió, con voz venenosa—: Y también aquí, leyendo los periódicos ingleses.

Iván le había procurado una robusta mujer de mediana edad para que le sirviese como asistenta y también para que le ayudara a aprender algo de ruso. Designaba en ruso todo lo que había en el piso, señalándolo con el índice estirado y era muy exigente con la pronunciación. Aunque era varios años más joven que Castle, le trataba como si fuera un niño, con una severidad admonitoria que lentamente se fue transformando en una especie de afecto maternal, a medida que él se adaptaba a la casa. Cuando Iván estaba ocupado en otra cosa, la mujer ampliaba el espectro de sus lecciones, llevándole con ella a comprar en el Mercado Central y viajando en metro

(escribía números en un trozo de papel, para que entendiera los precios de los artículos y de los billetes). Después de cierto tiempo, empezó a mostrarle fotografías de su familia: su marido cuando era joven, de uniforme y fotografiado en un parque público, con un perfil del Kremlin en cartón detrás de la cabeza. Llevaba el uniforme con aire torpón (se veía que no estaba acostumbrado a él) y sonreía a la cámara con una mirada de inmensa ternura… Quizá ella estaba de pie detrás del fotógrafo. Logró hacerle entender que había muerto en Stalingrado. Castle, a su vez, le enseñó una instantánea de Sarah y Sam, que había escondido en un zapato guardándose mucho de decírselo al señor Halliday. La mujer se asombró de que Sarah y el niño fueran negros. Y después, durante cierto tiempo, su trato con él pareció algo distante… más por desorientada que por escandalizada: Castle había roto su sentido del orden. En este aspecto le recordó a su madre. Días después todo volvió a andar bien; pero, durante aquel intervalo, Castle tuvo la sensación de vivir otro exilio dentro de su exilio y creció su nostalgia de Sarah.

Llevaba dos semanas en Moscú y, con el dinero que Iván le había dado, compró algunos extras para el piso. Incluso encontró unas ediciones escolares, en inglés, de los dramas de Shakespeare y dos novelas de Dickens —*Oliver Twist* y *Tiempos difíciles*—, así como *Tom Jones* y *Robinson Crusoe*. La nieve llegaba a la altura de los tobillos en las calles estrechas y cada vez se sentía menos inclinado a pasear con Iván e incluso a hacer con Anna (era el nombre de la asistenta) sus visitas instructivas… Al anochecer, Castle calentaba un poco de sopa y se sentaba, encogido y friolento, cerca del radiador, con el polvoriento y desconectado teléfono a la altura del codo, y leía *Robinson Crusoe*. A veces oía que Crusoe hablaba, como desde un magnetófono, con su propia voz: «Consigné los episodios de mi aventura por escrito, no para dejárselos a quien me sucediera, porque probablemente tendré pocos herederos, sino para liberar mi mente de la congoja y el infortunio diarios».

Crusoe repartía entre el Bien y el Mal los consuelos y las miserias de su situación. Bajo el encabezamiento de Mal, escribió: «No tengo con quién hablar ni con quién desahogarme». En la columna Bien había consignado «tantas cosas necesarias» (rescatadas de los restos del naufragio) «que proveerán mis necesidades y me permitirán sustentarme mientras tenga vida». Bueno, él tenía el sillón de mimbre verde, la mesa color de salsa, el incómodo sofá y aquel radiador que ahora le proporcionaba calor. Si Sarah hubiera estado allí, todo esto les habría bastado… Ella estaba acostumbrada a condiciones mucho peores y Castle recordó algunas de las horribles habitaciones en que se habían visto obligados a encontrarse para hacer el amor, en hoteles dudosos, pero sin barreras de color, de los barrios más pobres de Johannesburgo. Recordó, de manera especial, una habitación sin muebles de ninguna clase, sobre cuyo suelo habían sido dichosos.

Al día siguiente, cuando Iván hizo una de sus indirectas alusiones a «la gratitud», estalló furiosamente:

—¡Llamas gratitud a esto!

—Aquí hay pocos que vivan solos y posean una cocina y una ducha particulares… además de dos habitaciones.

—No es de eso de lo que me quejo. Me prometieron que no estaría solo. Me prometieron que mi mujer y mi hijo vendrían después.

La intensidad de su ira inquietó a Iván, que dijo:

—Hace falta tiempo.

—Ni siquiera tengo trabajo. Soy un hombre en paro. ¿Éste es vuestro maldito socialismo?

—Tranquilo, tranquilo —dijo Iván—. Espera un poco. Cuando te saquen a la luz…

Castle estuvo a punto de golpearle y vio que él se había dado cuenta. Iván murmuró algo y bajó la escalera de cemento.

2

¿Fue un micrófono lo que transmitió aquella escena a alguna autoridad superior o fue Iván quien informó de ello? Castle no lo sabría nunca, pero su indignación surtió efecto. Había acabado con su aislamiento e incluso, según se enteró después, había acabado con Iván. Lo mismo que la otra vez, cuando le retiraron de Londres, porque decidieron, seguramente, que no tenía el temperamento adecuado para controlar a Castle, Iván hizo una sola aparición —una aparición bastante sumisa— y desapareció luego para siempre. Quizá tenían un servicio de controles, como en la oficina de Londres había un equipo de secretarias, e Iván había vuelto al anonimato. Y en ese tipo de servicios no era probable que prescindieran de nadie, por temor a las revelaciones.

El canto del cisne de Iván como intérprete tuvo su escenario en un edificio cercano a la prisión Lubianka, que con orgullo le había mostrado a Castle con el dedo en uno de sus paseos. Por la mañana, Castle le había preguntado a dónde se dirigían e Iván le había respondido evasivamente:

—Han decidido algo sobre tu trabajo.

La habitación donde aguardaban estaba tapizada de libros con feísimas encuadernaciones económicas. Castle leyó los nombres de Stalin, de Lenin y de Marx en caracteres cirílicos y comprobó complacidamente que estaba empezando a descifrarlos. Había una gran mesa con una carpeta de suntuoso cuero y una estatuilla de bronce del siglo XIX, que representaba a un hombre a caballo, demasiado grande y pesado para poder usarse como pisapapeles (sólo podía estar allí con fines

decorativos). Por una puerta situada detrás de la mesa emergió un robusto anciano, de abundante cabellera gris y con un anticuado bigote amarillecido por el humo de los cigarrillos. Le seguía un joven vestido muy correctamente, que llevaba un expediente en la mano. Parecía un acólito que asiste a un sacerdote de su religión. A pesar del espeso bigote, el anciano tenía algo de eclesiástico, tanto en su benévola sonrisa como en la mano que extendió en una especie de bendición. Los tres conversaron un buen rato —preguntas y respuestas— y a continuación Iván inició su función de traductor, diciéndole a Castle:

—El camarada quiere que sepas cuánto aprecian el trabajo que realizaste. Quiere que comprendas que la importancia misma de tu tarea nos ha planteado problemas que tuvieron que resolverse al más alto nivel. Por esa razón te han mantenido aislado durante estas dos semanas. El camarada no quiere que pienses que fue por falta de confianza. Sólo se pretendía que tu presencia aquí no fuese conocida por la prensa occidental hasta el momento oportuno.

—Ya deben de saber que estoy aquí. ¿Dónde, si no? —dijo Castle.

Iván tradujo, el anciano respondió y el joven acólito sonrió al oír la respuesta, con los ojos bajos.

—El camarada dice: «Saber no es lo mismo que publicar». Los periódicos no pueden publicarlo hasta que estés oficialmente aquí. La censura se ocupa de eso. Pronto convocaremos una conferencia de prensa y te haremos saber lo que tienes que decir a los periodistas. Quizá lo ensayemos antes.

—Dile al camarada —pidió Castle— que quiero ganarme mi estancia aquí.

—El camarada dice que ya te la has ganado con creces.

—En tal caso, espero que cumplan la promesa que me hicieron en Londres.

—¿Qué promesa?

—Me dijeron que mi esposa y mi hijo vendrían después que yo. Dile, Iván, que me siento terriblemente solo. Dile que quiero usar mi teléfono. Sólo quiero hablar con mi mujer, no a la embajada británica ni a un periodista. Si me han sacado ya de la sombra, que me dejen hablar con ella.

La traducción llevó largo rato. Castle sabía que una traducción siempre era más extensa que el texto original, pero en este caso resultó desmesuradamente más larga. Incluso el acólito parecía agregar su granito de arena de cuando en cuando. El camarada importante apenas se molestaba en hablar; seguía pareciendo tan benigno como un obispo.

Por fin, Iván se volvió en dirección a Castle. Tenía una expresión agria que los otros dos no podían ver.

—Están muy impacientes por contar con tu colaboración en el servicio de Publicaciones para África —movió la cabeza en dirección al acólito, y éste se permitió una sonrisa estimulante que parecía un vaciado en yeso de la de su superior —. El camarada dice que le gustaría que ocuparas el cargo de asesor jefe para la literatura africana. Dice que existe un gran número de novelistas africanos y quisieran

elegir los más significativos para su traducción. Naturalmente, los mejores de estos novelistas seleccionados por ti serán invitados a visitarnos por la Unión de Escritores. Se trata de un puesto muy importante y se sienten muy honrados en ofrecértelo.

El anciano hizo un gesto con la mano en dirección a los estantes, como si estuviera invitando a Stalin, a Lenin y a Marx —sí, y también estaba allí Engels— a dar la bienvenida a los escritores que elegiría Castle.

—No me han respondido —insistió Castle—. Quiero tener a mi esposa y a mi hijo conmigo. Me lo prometieron. Boris me lo prometió.

Iván dijo:

—No quiero traducir lo que estás diciendo. Esa cuestión corresponde a otro departamento. Sería un grave error confundir las cosas. Te están ofreciendo…

—Dile que no decidiré nada hasta que haya hablado con mi mujer.

Iván se encogió de hombros y habló. Esta vez la traducción no resultó más extensa que el texto: sólo una airada y brusca frase. Fue el comentario del camarada anciano el que ocupó todo el espacio, como las notas al pie de página de una obra excesivamente comentada. Para demostrar la contundencia de su decisión, Castle volvió la espalda y miró por la ventana, hacia una calle, que parecía una fosa, entre paredes de cemento cuyos remates no podía distinguir a causa de la nieve que caía desde arriba sobre la trinchera, como si procediera de un gigantesco e inagotable cubo volcado. Aquella no era la misma nieve que recordaba de su infancia y que relacionaba con los grotescos muñecos, los cuentos de hadas y el juego de los toboganes. Era una nieve despiadada, infinita y aniquiladora, una nieve que podría anunciar el fin del mundo.

Iván dijo, furioso:

—Ahora nos retiraremos.

—¿Qué han dicho?

—No comprendo por qué te tratan de esta forma. Yo estaba en Londres y sé la clase de basura que nos enviabas. Vámonos.

El camarada anciano extendió una mano cortés; el joven parecía algo aturdido. Fuera, el silencio de la calle cubierta de nieve era tan inmenso que Castle vaciló al romperlo. Ambos andaban rápidamente, como unos enemigos secretos que buscan el lugar conveniente para arreglar sus diferencias de una manera definitiva. Por fin, cuando ya no pudo soportar más tiempo la incertidumbre, Castle dijo:

—Bien, ¿cuál fue el resultado de toda esa conversación?

—Me han dicho que no sé tratar contigo. Exactamente lo mismo que me dijeron cuando me obligaron a regresar de Londres. «Se necesita más psicología, camarada, más psicología». Viviría mejor si fuera un traidor como tú.

La suerte les proporcionó un taxi e Iván se hundió en un silencio herido (Castle ya había notado que en los taxis no se hablaba). En la puerta del bloque de apartamentos, Iván proporcionó a regañadientes la información que Castle había solicitado.

—¡Ah! El puesto de trabajo te esperará. No tienes nada que temer. El camarada es

muy comprensivo. Hablará con los otros acerca de tu teléfono y de tu mujer. Te ruega… (te ruega, ésa es la palabra que empleó), que tengas un poco más de paciencia. Dijo que muy pronto tendrás novedades. Que comprende (que comprende) tu ansiedad. Yo no comprendo nada. Evidentemente, ando muy mal en psicología.

Dejó a Castle de pie en el portal y se alejó a zancadas por la nieve. Castle no volvió a verle nunca.

3

La noche siguiente, mientras Castle leía *Robinson Crusoe* junto al radiador, alguien golpeó en su puerta (el timbre no funcionaba). Era tanto el recelo que había acumulado a lo largo de los años, que automáticamente preguntó antes de abrir:

—¿Quién es?

—Me llamo Bellamy —respondió una voz aflautada.

Castle descorrió el cerrojo de la puerta. Entró un hombre bajito y gris, con un abrigo de piel gris, un sombrero de astracán gris, y un aire tímido y azorado. Era como un comediante que representa el papel de ratón en un espectáculo de pantomima y busca el aplauso de manos infantiles.

—Vivo muy cerca de aquí, de modo que pensé que debía reunir el valor suficiente para visitarle —miró el libro que Castle tenía en la mano—. ¡Oh, he interrumpido su lectura!

—Sólo es *Robinson Crusoe*. Me sobra tiempo para leer.

—¡Ah, el gran Daniel! Era uno de los nuestros.

—¿Uno de los nuestros?

—Quizá Defoe correspondía más al tipo del MI-5 —se quitó los guantes de piel gris, buscó calor junto al radiador y echó una ojeada a su alrededor.

—Veo que todavía sigue usted en el estadio de la austeridad. Todos hemos pasado por lo mismo. No supe cómo conseguir algo más hasta que Cruickshank me lo enseñó. Más adelante, yo se lo enseñé a Bates. ¿Todavía no les conoce?

—No.

—Es raro que no le hayan visitado. Ya le han sacado a usted de la sombra y he oído decir que en cualquier momento dará una conferencia de prensa.

—¿Cómo lo sabe?

—Por un amigo ruso —dijo Bellamy, con una risilla nerviosa. Sacó una botella de *whisky* a medio llenar de las profundidades de su abrigo de piel—. Un pequeño *cadeau* para el nuevo miembro.

—Muy amable de su parte. Siéntese. El sillón es más cómodo que el sofá.

—Con su permiso, voy a quitarme el abrigo.

La operación llevó cierto tiempo: había una gran abundancia de botones. Cuando estuvo instalado en el sillón verde de mimbre, volvió a reír:

—¿Y el suyo, su amigo ruso, cómo es?

—No muy amigo.

—Líbrese de él, entonces. No lo dude. Ellos quieren realmente que seamos felices.

—¿Y qué puedo hacer para librarme de él?

—Demuéstreles que no es la clase de hombre adecuado para usted. Basta con una palabra indiscreta, captada por uno de esos pequeños artilugios que probablemente están grabando ahora lo que hablamos. Cuando llegué aquí, me pusieron en manos de… nunca lo adivinaría… ¡de una madura dama de la Unión de Escritores! Probablemente porque yo procedía del British Council. Pronto aprendí a enfrentarme con la situación. Cada vez que Cruickshank y yo nos reuníamos, solía referirme a ella, despectivamente, como «mi institutriz». Y no me duró mucho tiempo. Desapareció antes de la llegada de Bates y… (está mal que me ría) Bates se casó con ella.

—No comprendo cómo fue lo suyo… Quiero decir por qué le trajeron a usted aquí. Yo estaba fuera de Inglaterra cuando ocurrió todo. No he leído los reportajes de los periódicos.

—Querido amigo, los periódicos… son espantosos. Me asaron vivo. Tiempo después los leí en la Biblioteca Lenin. Realmente, cualquiera hubiera creído que yo era una especie de Mata Hari.

—Pero ¿qué valor tenía usted para ellos… estando en el British Council?

—Verá, yo tenía un amigo alemán que, según parece, dirigía a una serie de agentes en el Este. Nunca se le ocurrió, pobrecito, que yo le vigilaba y tomaba notas… Luego, el muy estúpido, se dejó seducir por una horrible mujer. Tenía que ser castigado. Él mismo no hubiera tenido nada que temer, y yo nunca habría hecho nada que le pusiera en peligro; ¡pero a sus agentes…! Naturalmente, adivinó quién le había denunciado. Reconozco que no le obstaculicé la tarea de adivinarlo. Pero tuve que ausentarme a toda velocidad, porque fue a buscarme a la embajada. ¡Cuánto me alegré cuando me vi al este de Check-Point Charlie!

—¿Y es feliz aquí?

—Sí, lo soy. A mí la felicidad siempre me pareció una cuestión de personas, no de lugares. Y aquí tengo un amigo encantador. Sé que eso es contrario a la ley, naturalmente, pero en el Departamento (él es funcionario de la KGB) hacen excepciones. Por supuesto, a veces el pobre muchacho tiene que ser infiel en el desempeño de su deber, pero es absolutamente distinto de mi amigo alemán: no tiene nada que ver con el amor. Hasta nos reímos un poco de ello de vez en cuando. Si se encuentra usted solo, él conoce a montones de chicas…

—No me encontraré solo mientras duren mis libros.

—Le mostraré un lugar donde puede conseguir libros ingleses en rústica por detrás del mostrador…

Era medianoche cuando quedó vacía la botella de *whisky*. Bellamy se dispuso a marcharse. Pasó largo rato metiéndose entre sus pieles y no dejó de hablar un solo instante:

—Tiene que conocer a Cruickshank… Le diré que le he visto. También a Bates, por supuesto, aunque eso signifique conocer a la señora Unión de Escritores Bates.

Se calentó bien las manos antes de ponerse los guantes. Tenía aspecto de sentirse muy a gusto, aunque reconoció:

—Al principio era un poco desdichado. Me sentía perdido hasta que encontré a mi amigo… como en el coro de Swinburne: los rostros extraños, la muda vigilia y (¿cómo sigue?) todo el dolor. Yo, en otro tiempo, daba conferencias sobre Swinburne… un poeta subestimado.

Al llegar a la puerta agregó:

—Tiene que salir y visitar mi dacha. Cuando llegue la primavera…

4

Al cabo de unos días, Castle descubrió que echaba de menos hasta a Iván. Echaba de menos a alguien a quien detestar… En justicia, no podía revolverse contra Anna: ella parecía comprender que ahora estaba más solo que nunca. Se quedaba hasta más tarde por la mañanas y llamaba su atención sobre más palabras rusas, con su dedo inflexible. También se hizo aún más exigente con la pronunciación; comenzó a agregar verbos a su vocabulario, empezando por la palabra equivalente de «correr». Imitaba los movimientos de la carrera, levantando los codos y las rodillas. Alguien debía de entregarle su salario a aquella mujer, puesto que él no le pagaba nada. Realmente, la pequeña provisión de rublos que Iván le había dado a su llegada había disminuido mucho.

Uno de los aspectos más dolorosos de su aislamiento consistía en no ganar nada. Incluso llegó a ansiar una mesa de trabajo ante la cual pudiera sentarse a estudiar listas de escritores africanos… Tal vez esto apartaría su mente por un rato de lo que le había ocurrido a Sarah. ¿Por qué no había venido, junto con Sam? ¿Qué esperaban los otros para cumplir su promesa?

Una noche, a las nueve y treinta y dos llegó al final de la experiencia de *Robinson Crusoe*… Al registrar la hora con tanta precisión se estaba comportando como el

propio Crusoe: «Y así abandoné la isla, el diecinueve de diciembre, y por el diario de a bordo supe que corría el año 1686. Había estado en ella veintiocho años, dos meses y diecinueve días…». Se acercó a la ventana: en aquel momento no nevaba y distinguió claramente la estrella roja en lo alto de la universidad. A aquella hora, las mujeres todavía barrían la nieve: desde arriba parecían gigantescas tortugas. Alguien llamó a la puerta… «sigue llamando, no abriré». A lo mejor sólo era Bellamy o quizás alguien más inoportuno: el desconocido Cruickshank o el desconocido Bates. Pero no; entonces recordó que el timbre no funcionaba. Se volvió y, estupefacto, clavó la vista en el teléfono porque lo que sonaba era el teléfono.

Levantó el receptor y una voz le habló en ruso. No entendió ni una sola palabra. Y no hubo más… Sólo el agudo sonido del tono. Pero él mantuvo el receptor junto al oído, esperando estúpidamente. Tal vez la operadora le había dicho que aguardara. O tal vez le había dicho… «cuelgue, por favor, volveremos a llamarle». Acaso era una llamada de Inglaterra. De mala gana cortó y se sentó junto al teléfono, esperando a que volviera a sonar. Le habían «sacado de la sombra» y ahora parecía que lo habían «comunicado». Podría haber «entrado en contacto» si hubiese aprendido por boca de Anna las frases correctas… Ni siquiera sabía cómo llamar a la telefonista. En el piso no había guía telefónica. Lo había comprobado dos semanas atrás.

Sin embargo, la telefonista le había explicado algo. Estaba seguro de que en cualquier momento volvería a sonar el teléfono. Se quedó dormido junto al aparato y soñó —como hacía doce años que no soñaba— con su primera mujer. En su sueño, discutían con una violencia que nunca había existido en su vida.

Por la mañana, Anna le encontró dormido en el sillón verde de mimbre. Le despertó y él dijo:

—Anna, el teléfono está conectado —como ella no comprendió, señaló el aparato y dijo—: ¡Triiin-triim-triiin…!

Ambos rieron regocijados por lo absurdo de un sonido tan infantil en labios de un adulto. Castle sacó la fotografía de Sarah, señaló el teléfono y Anna movió la cabeza afirmativamente y sonrió para animarle. Castle pensó que Anna se llevaría bien con Sarah, que le enseñaría dónde debía hacer las compras, que le daría clases de ruso, que querría a Sam.

5

Aquel día, un poco más tarde, cuando sonó el teléfono, tuvo la certeza de que era Sarah… Alguien, en Londres, le habría dicho el número. Quizá Boris. Cuando

descolgó, tenía la boca seca y apenas pudo murmurar:

—¿Quién habla?

—Boris.

—¿Dónde estás?

—Aquí, en Moscú.

—¿Has visto a Sarah?

—He hablado con ella.

—¿Está bien?

—Sí, sí, está muy bien.

—¿Y Sam?

—También.

—¿Cuándo llegarán?

—Por eso te he llamado. No te muevas de casa. Salgo para allá.

—Pero ¿cuándo les veré?

—De eso tenemos que hablar. Hay problemas.

—¿Qué problemas?

—Espera a que nos veamos personalmente.

No pudo quedarse quieto: tomó un libro y volvió a dejarlo; entró en la cocina, donde Anna preparaba la sopa.

—¡Triiin-triiin-triiin! —dijo ella; pero ya no resultaba divertido.

Regresó a la ventana: volvía a nevar. Cuando llamaron a la puerta tuvo la sensación de que habían transcurrido horas. Boris le entregó una bolsa de plástico para artículos libres de impuestos y dijo:

—Sarah me pidió que te trajera J & B. Una botella de parte de ella y otra de parte de Sam.

—¿Cuáles son los problemas? —quiso saber Castle.

—Dame tiempo para quitarme el abrigo.

—¿De verdad la has visto?

—Hablé con ella por teléfono. Desde un cabina. Está en el campo, con tu madre.

—Lo sé.

—Habría llamado demasiado la atención si la hubiera visitado allí.

—Entonces, ¿cómo sabes que está bien?

—Porque me lo ha dicho ella.

—¿Se notaba que estaba bien?

—Sí, sí, Maurice. Estoy seguro…

—¿Cuáles son los problemas? A mí me sacasteis…

—Eso era sencillo. Un pasaporte falso, el truco del ciego y el pequeño inconveniente que solucionamos en inmigración mientras la azafata de Air France te hacía pasar cogido del brazo. Un hombre muy parecido a ti, con destino a Praga. Su pasaporte no estaba del todo en regla…

—Todavía no me has dicho cuáles son esos problemas.

—Siempre supusimos que, en cuanto estuvieses a salvo, ellos no podrían impedir que Sarah se reuniera contigo.

—Y no pueden.

—Sam no tiene pasaporte. Tendrías que haberle incluido en el de su madre. Aparentemente, puede llevar mucho tiempo arreglar esa cuestión. Hay algo más… Tus viejos amigos han insinuado que si Sarah trata de ausentarse del país puede ser detenida por complicidad. Conocía a Carson, era agente tuya en Johannesburgo… Mi querido Maurice, me temo que las cosas no serán tan sencillas…

—Lo prometiste.

—Sé que lo prometimos. De buena fe. Todavía sería posible sacarla a ella fraudulentamente si dejase al niño. Pero Sarah dice que no piensa hacerlo. Sam no está contento en la escuela. Tampoco se siente a gusto con tu madre.

La bolsa de plástico aguardaba sobre la mesa. Siempre quedaba el *whisky*… El remedio contra la desesperación.

—¿Por qué me sacasteis a mí? No estaba en peligro inmediato. Aunque yo lo creyese, vosotros debíais saber…

—Tú enviaste la señal de alarma. Y nosotros respondimos a ella.

Castle rasgó el plástico y abrió la botella. La etiqueta de J & B le hirió como un recuerdo triste. Sirvió dos medidas largas:

—No tengo soda…

—No importa.

—Siéntate en el sillón. El sofá es más duro que un banco de escuela.

Castle bebió un trago. Hasta el sabor del J & B le hirió. Si Boris hubiera traído otro *whisky* —Haig, White Horse, Vat 69, Grant's—. Y recitó para sus adentros las marcas de *whisky* que no significaban nada para él, con el propósito de mantener el vacío de su mente y la desesperación a raya hasta que el J & B empezara a obrar… Johnnie Walker, Queen Anne, Teacher's… Boris interpretó erróneamente su silencio:

—No tienes que preocuparte por los micrófonos. Podría decirse que aquí, en Moscú, estamos a salvo, en el ojo del ciclón. Para nosotros era muy importante sacarte de allí —concluyó.

—¿Por qué? Las notas de Muller estaban bien guardadas por el viejo Halliday.

—Nunca te dieron el cuadro real, ¿verdad? Esas migajas de información económica que tú nos enviabas no tenían ningún valor en sí mismas.

—Entonces, ¿por qué…?

—Sé que no soy muy claro. No estoy acostumbrado al *whisky*. Déjame que te lo explique. Tus amigos imaginaban que tenían un agente aquí, en Moscú. Pero éramos nosotros quienes habíamos metido uno entre ellos. Éste les retransmitía lo que tú nos pasabas. Tus informes le legitimaban a los ojos de tu Servicio, podían verificarlo y, simultáneamente, él les pasaba otra información que nosotros deseábamos que creyeran. Ése era el verdadero valor de tus informes. Un bonito engaño. Pero entonces se presentó la cuestión de Muller y «Tío Remus». Decidimos que la mejor

forma de contrarrestar lo de «Tío Remus» era la publicidad… y no podíamos hacerla dejándote en Londres. Tú debías ser nuestra fuente: además, traías contigo las notas de Muller.

—En Londres también sabrán que traje la noticia de la filtración.

—Exactamente. Ya no podíamos seguir el juego por mucho tiempo. A su agente en Moscú le engullirá un enorme silencio. Quizá, dentro de unos meses, tus antiguos amigos oirán rumores de un proceso secreto. Entonces estarán aún más convencidos de que toda la información que él les transmitía era auténtica.

—Y yo que creía que sólo estaba ayudando al pueblo de Sarah.

—Estabas haciendo mucho más que eso. Y mañana te reunirás con la prensa.

—Suponte que me niegue a hablar mientras no me traigáis a Sarah…

—Celebraríamos la conferencia de prensa sin ti. Pero en ese caso no podrías esperar que resolviéramos el problema de Sarah. Te estamos agradecidos, Maurice. Pero la gratitud, como el amor, necesita renovarse cada día para que no se desvanezca.

—Estás hablando como Iván.

—No, como Iván no. Yo soy amigo tuyo. Y quiero seguir siéndolo. Un amigo es enormemente necesario para hacer una vida nueva en un nuevo país.

La oferta de amistad tenía el sonido de una amenaza o de una advertencia. Volvió a la mente de Castle la noche en Watford, buscando en vano el modesto piso en donde se daban clases, con la estampa mural de la Berlitz sobre la pared. A Castle le pareció que toda su vida, desde su ingreso en el Servicio a los veinte años, había sido incapaz de hablar. Lo mismo que un monje trapense, había escogido la profesión del silencio. Y ahora, demasiado tarde, comprendía que había sido una vocación equivocada.

—Toma otro trago, Maurice. Las cosas no están tan mal. Debes tener paciencia, eso es todo.

Castle llenó su vaso.

CAPITULO III

1

El médico confirmó los temores de Sarah respecto a Sam. Pero la señora Castle había sido la primera en descubrir la naturaleza de su tos. Los viejos no necesitan preparación médica: parecen acumular diagnósticos a través de toda una vida de experiencia en lugar de hacerlo a través de seis años de aprendizaje intensivo. El doctor sólo fue una especie de requisito legal, alguien que puso la firma al final de la prescripción de ella. Era un joven que trataba a la señora Castle con gran respeto, como si fuese una eminente especialista de la que él tenía mucho que aprender. Le preguntó a Sarah:

—¿Tienen ustedes mucha tosferina? Quiero decir allá —obviamente, «allá» significaba África.

—No sé. ¿Es una enfermedad peligrosa?

—No es peligrosa… Pero exige una cuarentena bastante larga —agregó, con un comentario que no tenía nada de tranquilizador.

Sin Maurice, resultaba más difícil para Sarah disimular la angustia, porque ésta no era compartida. La señora Castle estaba perfectamente serena… aunque un tanto irritada por la interrupción de su rutina cotidiana. Era evidente —pensaba ella— que, sin la estúpida disputa del matrimonio, el niño habría caído enfermo lejos de allí, en Berkhamsted, y ella podría haber transmitido los consejos necesarios por teléfono. Les dejó solos, enviando un beso en dirección a Sam con una mano que parecía una hoja seca, y bajó a ver la televisión.

—¿No puedo estar enfermo en casa? —preguntó Sam.

—No, tienes que quedarte aquí.

—Ojalá estuviera *Buller* para poder hablar con él —echaba más en falta a *Buller* que a Maurice.

—¿Quieres que te lea algo?

—Sí, por favor.

—Después tendrás que dormir.

Sarah había llevado consigo algunos libros, escogidos al azar en la prisa de la partida, y entre los cuales se encontraba el que Sam siempre llamaba «el libro del jardín». A él le gustaba mucho más que a ella: los recuerdos de infancia de Sarah no incluían ningún jardín; sólo una cruda luz que los tejados de plancha ondulada reverberaban sobre la arcilla cocida de un vago terreno de juego. Ni siquiera en la

escuela metodista había hierba. Sarah abrió el libro. La voz del televisor llegaba desde la sala. Ni siquiera a distancia podía confundirse con una voz viviente: era una voz de lata de sardinas; envasada.

Antes de que abriera el libro, Sam se quedó dormido, con un brazo colgando de la cama, como era su costumbre, para que *Buller* lo lamiera. Pensó: ¡Sí, sí lo quiero! ¡Claro que lo quiero! Pero Sam es como las esposas de la policía de Seguridad alrededor de mis muñecas. Pasarían aún semanas hasta que la liberasen y aun entonces… Volvió a verse en «Brummell's», con la vista fija en el deslumbrante y caro tapizado del restaurante en donde el doctor Percival había levantado su dedo admonitorio. «¿Será posible que también hayan preparado este golpe?», pensó.

Cerró la puerta suavemente y bajó. La voz de hojalata había sido cortada y la señora Castle la aguardaba al pie de la escalera.

—Me perdí el noticiario —dijo Sarah—. Me pidió que le leyera, pero se durmió.

La señora Castle tenía la vista clavada más allá de Sarah, como si contemplara algo horrible que sólo ella podía ver:

—Maurice está en Moscú.

—Sí, ya lo sé.

—Apareció en la pantalla del televisor, con una multitud de periodistas. Justificándose. Tuvo esa desfachatez, ese descaro… ¿Por eso disputaste con él? Hiciste muy bien en abandonarlo.

—No fue esa la razón —afirmó Sarah—. Sólo fingimos una disputa. No quería implicarme en ello.

—¿Lo estabas?

—No.

—¡Gracias a Dios! No quisiera tener que echarte de mi casa estando enfermo el niño.

—¿Habría echado a Maurice si lo hubiera sabido?

—No. Le habría retenido el tiempo suficiente para llamar a la policía.

Giró sobre sus talones y volvió a la sala. La cruzó hasta tropezar con el televisor, como una ciega. En realidad lo era, pensó Sarah: tenía los ojos cerrados. Apoyó una mano en el brazo de la anciana.

—Siéntese. Se ha impresionado mucho.

La señora Castle abrió los ojos. Sarah esperaba verlos húmedos por las lágrimas. Pero estaban secos; secos y despiadados.

—Maurice es un traidor —sentenció la señora Castle.

—Trate de comprender, señora Castle. Es culpa mía, no de Maurice.

—Dijiste que no estabas implicada.

—Él estaba tratando de ayudar a mi pueblo. Si no nos hubiera querido a mí y a Sam… Fue el precio que tuvo que pagar para salvarnos. Aquí, en Inglaterra, usted no puede imaginar la clase de torturas que nos ahorró.

—¡Es un traidor!

Sarah perdió el control de sí misma ante la reiterada acusación:

—De acuerdo… es un traidor. ¿Traidor a quién? ¿A Muller y sus amigos? ¿A la policía de seguridad?

—No tengo la menor idea de quién es Muller. Maurice es un traidor a su patria.

—¡Oh, su patria! —dijo Sarah, desesperada por la facilidad con que los tópicos llegan a componer un juicio—. Él me dijo una vez que su patria era yo… y Sam.

—Me alegro de que su padre esté muerto.

Otro tópico. En los momentos de crisis, quizá uno se aferra a los viejos tópicos, como un niño a sus padres.

—Tal vez su padre lo habría comprendido mejor que usted.

Era una disputa sin sentido, como la que había tenido una noche con Maurice.

—Lo siento. No quise decir eso —estaba dispuesta a renunciar a cualquier cosa a cambio de un poco de paz—. Me iré en cuanto Sam mejore.

—¿A dónde?

—A Moscú. Si me dejan.

—No te llevarás a Sam. Es mi nieto. Yo soy su tutora —declaró la señora Castle.

—Sólo cuando Maurice y yo estemos muertos.

—Sam es un súbdito británico. Le pondré bajo tutela judicial. Mañana veré a mi abogado.

Sarah no tenía la menor noción de qué significaba poner a alguien bajo tutela judicial. Supuso era un obstáculo más que ni siquiera había tenido en cuenta la voz que había hablado con ella desde una cabina pública. La voz se había disculpado; la voz había afirmado, como el doctor Percival, que era un amigo de Maurice, pero ella confió más en él, a pesar de su cautela, su ambigüedad y su acento extranjero.

La voz se disculpó por el hecho de que Sarah no estuviera todavía en camino para reunirse con su marido. Si fuese sola, podría arreglarse casi de inmediato… Pero el niño hacía casi imposible que pasase sin ser descubierta, por perfecto que fuese el pasaporte amañado por ellos.

Ella le respondió con la voz plana de la desesperación: «No puedo dejar solo a Sam». Y la voz le aseguró que «con el tiempo» encontrarían alguna forma de pasar también al niño. Si confiaba en él… El hombre empezó a darle cautelosas indicaciones de cómo y cuándo podían encontrarse, sólo con un equipaje de mano… Un abrigo grueso… Todo lo que le hiciera falta se podría comprar allí, pero…

«No —dijo ella—. No. No puedo ir sin Sam». Y colgó.

Y ahora se agregaba la enfermedad de Sam y la misteriosa frase que la persiguió hasta el dormitorio: «Bajo tutela judicial». Sonaba a habitación de orfelinato. ¿Podía obligarse a un niño a ingresar en un orfelinato como se le obligaba a ir a la escuela?

2

No tenía a quién preguntárselo. No conocía a nadie en toda Inglaterra, salvo a la señora Castle, al carnicero, al verdulero, a la bibliotecaria, a la directora de la escuela… y, naturalmente, al señor Bottomley, que aparecía constantemente en la puerta, en High Street, incluso en el teléfono. Había vivido tanto tiempo en su misión africana, que quizá sólo se sentía cómodo con ella. Era muy afable y preguntón. A cada instante, repetía piadosos lugares comunes. Sarah se preguntó qué respondería él si le pedía ayuda para huir de Inglaterra.

Por la mañana, después de la conferencia de prensa, telefoneó el doctor Percival por una razón que parecía extraña. Aparentemente, le debían dinero a Maurice y querían el número de su cuenta bancaria para poder ingresarlo: parecían gentes escrupulosamente honradas en los pequeños detalles, aunque después Sarah se preguntó si ya estaban previendo que sus dificultades económicas podrían forzarla a adoptar una decisión desesperada. Tal vez era una especie de soborno para retenerla. El doctor Percival dijo, con su tono de médico de cabecera.

—Me alegro infinitamente de verla tan sensata, mi querida señora. Siga siéndolo —lo mismo que si le hubiese aconsejado «no deje de tomar los antibióticos».

A las siete de la tarde, cuando Sam aún dormía y la señora Castle se había retirado a su alcoba para «arreglarse» —como ella decía— antes de cenar, sonó el teléfono. Por la hora, cabía esperar que fuera el doctor Bottomley. Pero era Maurice. Su voz se oía con tanta claridad que habría podido estar en la habitación contigua. Sarah exclamó, anonadada:

—Maurice, ¿dónde estás?

—Ya sabes dónde estoy. Te quiero, Sarah.

—Te quiero, Maurice.

—Debemos hablar de prisa. No es posible saber en qué momento pueden cortar la línea —explicó—. ¿Cómo está Sam?

—No del todo bien. Pero nada grave.

—Boris me dijo que estaba bien.

—A él no se lo comuniqué. Es un problema más. Las dificultades son infinitas.

—Sí, lo sé. Dile a Sam que le quiero.

—Lo haré, claro que sí.

—No es necesario que sigamos fingiendo. Siempre nos estarán escuchando.

Hubo una pausa. Creyó que él se había apartado del teléfono o que habían cortado la línea. Pero unos instantes después le oyó decir:

—Te echo muchísimo de menos, Sarah.

—Oh, yo también, yo también. Pero no puedo abandonar a Sam.

—Por supuesto. Lo comprendo.

En un impulso que inmediatamente lamentó, Sarah sugirió:

—Cuando Sam sea un poco mayor… —sonó como la promesa de un futuro

distante, en el que ambos ya serían viejos—. Ten paciencia.

—Sí… Boris me dice lo mismo. Tendré paciencia. ¿Cómo está mi madre?

—Prefiero no hablar de ella. Pensemos en nosotros. Dime cómo estás.

—Todos son muy amables. Me han dado una especie de trabajo. Me están muy agradecidos, por muchas cosas que nunca tuve la intención de hacer.

Maurice murmuró algo que Sarah no pudo entender a causa de una crepitación de la línea… algo referente a una estilográfica y un panecillo con una barra de chocolate. Cuando se normalizó la comunicación, oyó el final de la frase:

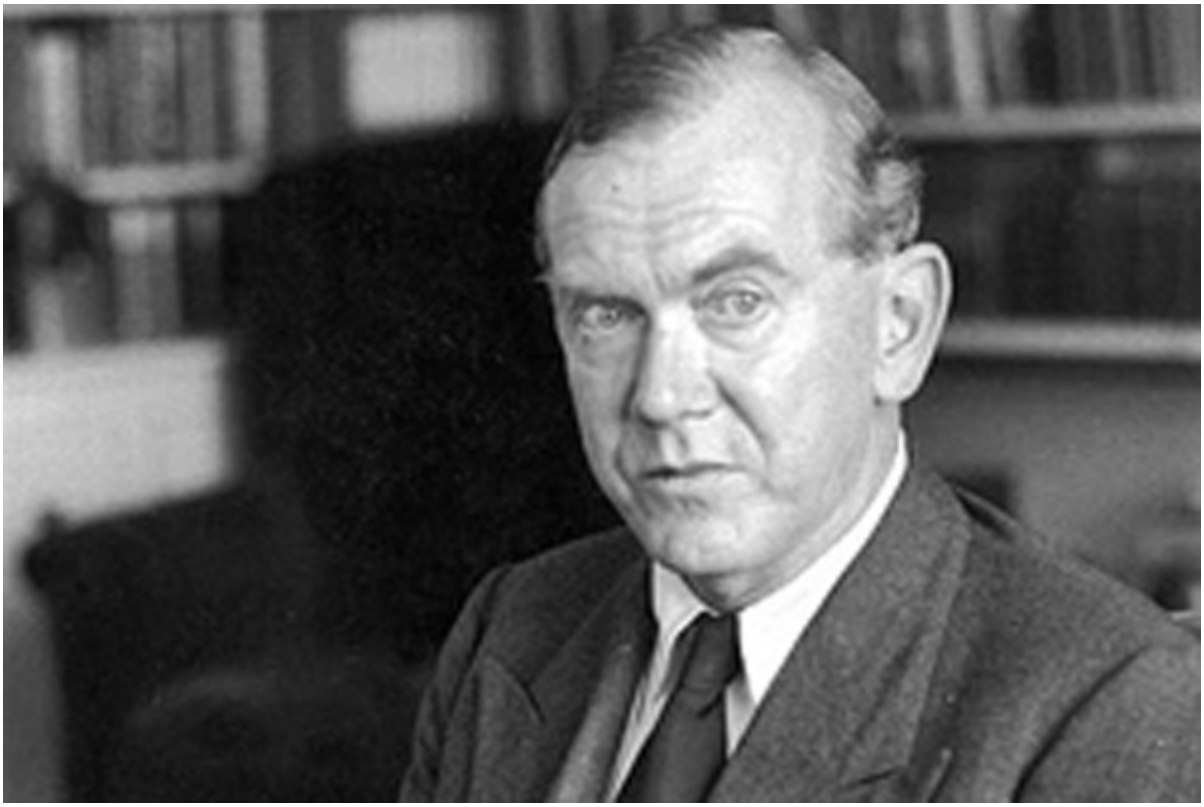
—Mi madre no estaba tan equivocada.

—¿Tienes amigos?

—Sí, no estoy solo. No te preocupes, Sarah. Hay un inglés que antes pertenecía al British Council. Me ha invitado a visitarle en su dacha del campo cuando llegue la primavera. Cuando llegue la primavera —reiteró con una voz que Sarah apenas reconoció: la voz de un hombre viejo que no podía tener la certeza de que llegase ninguna primavera futura.

—Maurice, Maurice, por favor, no pierdas la esperanza.

Por el prolongado silencio que siguió, Sarah supo que la línea con Moscú se había cortado.



GRAHAM GREENE (Berkhamsted, Hertfordshire, Reino Unido, 02-10-1904 - Vevey, Suiza, 03-04-1991). Henry Graham Greene fue un escritor, guionista y crítico británico, cuya obra explora la confusión del hombre moderno y trata asuntos política o moralmente ambiguos en un trasfondo contemporáneo. Fue galardonado con la Orden de Mérito del Reino Unido.

Greene consiguió tanto los elogios de la crítica como los del público. Aunque estaba en contra de que lo llamaran un «novelista católico», su fe da forma a la mayoría de sus novelas, y gran parte de sus obras más relevantes (p. e. *Brighton Rock*, *The Heart of the Matter* y *The Power and the Glory*), tanto en el contenido como en las preocupaciones que contienen, son explícitamente católicas.

Graham Greene estudió en la Universidad de Oxford y se formó como periodista trabajando para el diario *The Times*. Como novelista, si bien debutó en 1929, su madurez no llegó hasta los años cuarenta.

Aficionado a las tramas policiacas o de espionaje en países exóticos, sus historias analizan con frecuencia dilemas morales del ser humano. Entre sus obras, clásicos del siglo XX, destacan títulos como *El poder y la gloria* (1940), *El tercer hombre* (1950), *El americano impasible* (1955), *Nuestro hombre en La Habana* (1958), *El cónsul honorario* (1973) o *El factor humano* (1978). También escribió ensayos, crítica literaria y obras de teatro.